

Legendas y cuentos populares



La huella del dragón

Cuentos populares chinos



Lectulandia

En algún lugar de China, en el principio de los tiempos, el Dragón dejó una huella que aún hoy continúa irradiando fertilidad a cuanto la rodea: ciertamente, a un pueblo numeroso como las estrellas del cielo, pero también, para nuestro deleite, a una imaginación ilimitada y creadora materializada aquí en esta obra.

Anónimo

La huella del dragón

Cuentos populares chinos

Cuentos y leyendas populares - 03

ePub r1.0

Titivillus 15.11.2022

Anónimo, 1990

Traducción: Elena del Amo

Ilustraciones: Ester Madroño

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Leyendas y cuentos populares



LA HUELLA DEL DRAGÓN

Cuentos populares chinos

**Ilustraciones de
Ester Madroño**

INTRODUCCIÓN

Las flores rojas de los melocotoneros han brotado en las ramas cuatro mil veces, y otras tantas han sido arrancadas por el viento y confundidas con el polvo, desde que una población sedentaria de agricultores y ganaderos iniciara en el amplio y fértil valle del río Amarillo la cultura que llamamos china. Después, como las ondas que en la superficie del agua parten del punto en que se hundió el guijarro arrojado por la mano de un niño, aquellos hombres y mujeres se extendieron hacia el sur y el oeste, colonizaron otras tierras y pusieron nombres a los nuevos lugares, las nuevas plantas, los nuevos animales.

China fue así muy pronto un dilatado país teñido por los verdes diversos de hortalizas y frutales, dorado por las mieses, ajedrezado por los campos inundados de arroz, surcado por senderos sombreados por las moreras que conducían a suaves colinas perfumadas por las hojas de los arbustos del té.

La riqueza atrae a la envidia como las hormigas aladas cautivan a los pájaros, convertidos de pronto en insaciables golosos, tras las primeras lluvias del otoño. Ocurrió, pues, que los nómadas de los ásperos desiertos y altas mesetas vecinos, aguijoneados por la penuria, entraron a saco más de una vez en los feraces paisajes agrícolas chinos. Fue preciso crear un imperio que, ante todo, organizara la defensa. A continuación, los soberanos aglutinaron las distintas comarcas, tomaron medidas para prevenir o reducir los efectos de las catástrofes naturales, diseñaron una red de caminos y canales que facilitaran el comercio y establecieron la paz en el interior de unas fronteras seguras. El país progresó notablemente al principio. Después hubo de todo.

De la dinastía Chang a la Ts'ing se sucedieron períodos de esplendor y otros de decadencia; la nación china se unió unas veces en un estado fuerte capaz de conquistar territorios limítrofes para alejar de ese modo el peligro de un ataque desde la periferia, y otras se dividió en débiles principados

hostiles entre sí; hubo emperadores artistas y protectores de las letras, y otros, déspotas crueles, que cayeron sobre sus súbditos como el azote de una plaga. Al desbordamiento de los ríos siguieron épocas de sequía, pero también se produjeron largos períodos de bonanza, la tierra conoció las sucesivas caricias del sol y de la lluvia, y las buenas cosechas colmaron los graneros.

En el lento transcurrir de los siglos, surgió en China una arquitectura felizmente armonizada con el medio; se levantaron palacios y pabellones junto a lagos en cuyas orillas acudían a posarse apaciblemente las garzas; se excavaron estanques poblados de lotos en cuyas hojas los martines pescadores acechaban el paso de las jóvenes carpas, y acequias salvadas por puentes curvados como el lomo de un tigre; se erigieron quioscos de aromáticas maderas esculpidas; se alzaron sobre las cumbres de los oteros frágiles pagodas mecidas por la brisa y grandes monasterios habitados por monjes enamorados del silencio; se descubrió, se perfeccionó y se guardó con celo el secreto de la fabricación de la seda; de las manos de los orfebres, alfareros y tejedores salieron bronce, vasijas y telas no superados hasta hoy; para la administración del Estado se estableció un cuerpo de funcionarios, mandarines de conocimientos tan extensos como sus uñas enfundadas en delgados estuches de oro...

Una civilización refinada bebió en las fuentes mismas de la belleza, buscó bajo sus pies las raíces de la sabiduría y, caminando por etapas señaladas con inventos sorprendentes, alcanzó un nivel técnico en el que se quiso anclar una sociedad estable con vocación de permanencia, aunque esa meta se situara más veces en el terreno de la utopía que en el de la realidad.

Un día, el polvo de las veredas que había teñido de blanco con idéntica imparcialidad la armadura de los soldados, las pobres ropas de los humildes, los vestidos bordados de las damas y las colgaduras de los palanquines de magistrados y mandatarios, se depositó en las sandalias de dos sabios, dos hombres singulares y contemporáneos que recorrían el gran país invitando a las gentes a degustar el fruto granado de sus reflexiones. Confucio, marcando el acento en el respeto a una estructura social jerarquizada, insistía en la necesidad de adoptar una ética que integrara la conducta humana en el orden del universo. Lao Tse, el otro gran pensador chino, indagaba en la búsqueda de la última esencia, el Tao, suprema realidad y principio de todo, y proponía como regla fundamental para participar de su conocimiento el no actuar y la vuelta al estado de naturaleza.

Un solo latido

Es imposible trazar una mínima semblanza de la cultura china sin traer a colación este término: naturaleza. Y no sólo porque tanto Confucio como Lao Tse, pese a sus notables diferencias, coinciden en resaltar la necesidad de sumar al hombre a los ritmos naturales, ni porque la tercera filosofía-religión importante enraizada en China, el budismo, introducido por Kumarajiva y, más tarde, por Bodhidharma —creador de la secta Ch'an, que en Japón tomaría el nombre de Zen—, exija la mayor consideración para con toda forma de vida. Es que la veneración hacia la naturaleza alcanzó tal grado entre la población china que —como un enamorado encuentra siempre escaso el tiempo pasado junto a la amada y trata de prolongarlo con cualquier excusa— acertó a introducirla, de la mano de los artistas, en las viviendas, dividida en fragmentos plasmados en los objetos que sirven a la vida cotidiana.

Y así, la migración de las grullas y ánsares se detiene un instante para hacerse presente en la superficie lacada de un biombo; el faisán extiende sus golas desde el soporte de porcelana de un jarrón; el gorrión suspende por un momento el picoteo de las yemas del árbol para observarnos desde la cerámica vidriada de un plato, mientras la primavera renace cada día acompañada por los pétalos de las diez mil flores que revisten el tapiz o el papel de la pared. El paisaje, motivo principal de la pintura china, expresado con una economía de medios sólo comparable a la capacidad de síntesis de su autor, recreará el gesto del sauce que inclina sus ramas como el grácil talle de una danzarina, detallará las formas torturadas del pino crecido en suelo pedregoso, o sugerirá los juegos de la niebla, hecha celajes, con las siluetas lejanas de la montaña.

También los poetas. Los numerosos y delicados poetas chinos cantarán al amor, como sus colegas de cualquier parte del mundo, o moldearán en sus versos la melancolía nacida del sentimiento de una existencia condenada a la extinción tras un breve relámpago hecho conciencia; pero, mucho más a menudo, su sensibilidad se exalta y expresa ante la contemplación de la naturaleza. No extrañará, pues, que cuando Li Po —considerado el mayor poeta chino y de quien se cuenta que murió ahogado, en el año 762 de nuestra era, al intentar abrazar el reflejo de la luna en un lago— nos aconseja gozar con fruición de los placeres, dado lo efímero de nuestro paso por el mundo, argumenta con estas palabras:

*Ni el agua que transcurre torna a su manantial,
ni la flor desprendida de su tallo
vuelve jamás al árbol que la dejó caer.*

*Los corazones de los mejores hombres y mujeres chinos han latido al
unísono con el hondo palpitar de la madre tierra.*

La voz del pueblo

En la base del complejo entramado social, y sosteniéndolo con firmeza, se hallaba el pueblo: pequeños comerciantes; diestros artesanos, eternos indagadores del misterio de la perfección; pescadores embarcados en panzudos juncos o ligeros sampanes, cuando no simples poseedores de algunos cormoranes domesticados provistos de anillos en los cuellos que les impidieran tragar los peces capturados en sus zambullidas; y, sobre todo, campesinos dedicados al cultivo de la tierra con el afecto y el solícito mimo puesto por un jardinero en el cuidado de un primoroso arriate.

Probablemente, en ninguna otra nacionalidad estuvo tan claro para los dirigentes desde los primeros pasos del devenir histórico la idea del Estado y la justicia de él emanada como necesarios instrumentos de paz y progreso. Quizás antes que en ningún otro lugar se asimiló Estado a Administración, en el sentido moderno del concepto. Pero, con demasiada frecuencia, los gobernantes cedieron a la constante tentación que en sus ánimos dictaba la sombra del pecado original de la humanidad: la utilización de unos hombres por otros. En el siglo XIII de nuestra era —es sólo un ejemplo extremo—, tras largas guerras civiles e invasiones, levass incontroladas, tributos abusivos, procesos de concentración de la propiedad, inflación y hambrunas, la población china se redujo en un 40 por 100.

No siempre fue así, claro está. Pero el ideal del poder entendido como herramienta para conseguir mejorar el bienestar del pueblo quedó a menudo limitado a un imperativo ético demandado por los moralistas a los príncipes, sin demasiado éxito.

Una escritura de enorme complejidad contribuyó involuntaria pero eficazmente a ahondar el foso que separaba las clases privilegiadas y las gentes que ganaban su sustento mediante el trabajo físico. Sin duda, muchas de estas personas podían, al escucharlos, entender y apreciar los

sentimientos de líricos como Li Po, Tu Fu o Tao Ch'ien, y aun estremecerse ante la vaporosa languidez del exquisito Wang Chang-lon cuando expresa:

*Se desposa la lluvia con el río...
en un vaso de jade guardo mi corazón de cristal.*

Sin embargo, los poetas nacidos entre el pueblo o identificados con sus problemas hablan también con inquietante asiduidad de la angustia de los labriegos mientras esperan la llegada del recaudador de impuestos, y Nie Yi-chong, coetáneo de la dinastía T'ang, como algunos de Los citados antes, escribe serena pero significativamente:

*Poco se piensa que, en un tazón de arroz,
cada grano es producto de una penosa brega.*

Pero más que en este tipo de poesía, y como lógica consecuencia de la referida barrera creada por la poco o nada asequible escritura, el pueblo se expresó a través de los cuentos de transmisión oral.

Cuentos chinos

La inventiva popular concibió tantas y tan interesantes muestras de este tipo de narraciones, que la expresión «cuentos chinos» ha quedado incorporada a nuestro idioma como sinónimo de historia poco creíble por el predominio en ella del elemento fantástico.

Una primera aproximación a estos relatos pondrá en seguida de relieve una nota de originalidad. Los chinos gustaron siempre considerarse el Imperio del Centro, algo así como el meollo del mundo, de forma que otras naciones serían tan sólo añadidos semejantes a los suburbios que abrazan una ciudad. Este hecho, explicado por algunos como manifestación del racismo o de complejo de superioridad, se originaría más bien por otras circunstancias. China, en efecto, se ha visto separada de otros territorios por océanos, bosques fríos inhabilitables, desiertos, selvas, las mayores montañas del planeta y las más vastas estepas. Tanto obstáculo no fue bastante a cerrar por completo el país a cualquier comunicación —y ahí está para demostrarlo la ruta de la seda, famosa tras el periplo de Marco Polo, pero recorrida por las caravanas de mercaderes desde muchos siglos antes de que lo hiciera el

veneciano—, aunque, lógicamente, sí redujo las influencias entre culturas a un mínimo.

Apenas si es posible rastrear en los cuentos chinos, por ejemplo, la enseñanza moral característica del apólogo indio, especialmente potenciada por los budistas, y buena viajera hacia Occidente. Y si en estas narraciones hallamos elementos comunes a las manifestaciones de este género pertenecientes a etnias muy distantes, habremos de encontrar la explicación en un fenómeno de convergencia —las ideas de los humanos no están tan alejadas como sus geografías—, antes que en un producto de intercomunicación.

La religión primitiva, sencilla y ajena a toda preocupación dogmática o doctrinal, impregnada de un marcado sentido práctico que contempla a las deidades supremas Shangti, el Señor de lo Alto, y Hen-tu, el Soberano de la Tierra, como meros receptores de peticiones relacionadas con necesidades concretas; la filosofía ecléctica formada por la asimilación, conjunción y simplificación de las tres grandes corrientes de pensamiento extendidas en China, condensada en la realzada valoración del amor filial, el culto a los antepasados y la comunión con la naturaleza; los Ocho Inmortales, espíritus humanos especialmente relevantes por sus virtudes; las Cuatro Criaturas Sobrenaturales, el dragón, el fénix, el unicornio y la tortuga; las ingenuas y bellas creencias cosmogónicas: he aquí los mitos peculiares que cobran vida en estos cuentos.

Pero en ellos aparece también, y en mayor medida, otro componente fundamental: los sueños. La monotonía de una existencia excesivamente ligada a un tipo de actividades repetitivas precisa descubrir de cuando en cuando la válvula de seguridad que dé salida a los sueños —expresión de deseos insatisfechos— en forma de aventuras extraordinarias.

En las tres docenas largas de cuentos de este volumen, artesanos, aldeanos, granjeros, pescadores, carniceros —los protagonistas subrayan el origen eminentemente popular de estos relatos— alcanzarán horizontes muy diferentes a los que habitualmente limitan su cotidianidad.

En algún lugar de China el dragón dejó al comienzo de los tiempos una huella que aun hoy continúa irradiando fertilidad a cuanto la rodea: ciertamente, a un pueblo numeroso como las estrellas del cielo, pero también, para nuestro deleite, a una imaginación ilimitada y creadora, materializada aquí y ahora en la letra impresa de las páginas que siguen.

ALBERTO MARÍN

La hazaña del sabio

HABÍA una vez en China un reino víctima de la guerra civil y de la guerra exterior. El rey estaba desesperado. Se reunió con sus ministros para tratar de encontrar una solución pacífica, pero en vano. También envió mensajeros a los demás reinos para que cesaran los combates, pero sus esfuerzos fueron inútiles. La guerra continuaba su acción devastadora y parecía que nunca tendría fin.

El rey pasaba los días y las noches sumido en profundas reflexiones y presa de gran inquietud.

Un día, uno de sus consejeros le habló de la posibilidad de consultar a un hombre muy sabio, que vivía en las montañas y que tenía fama de encontrar solución a todos los problemas.

El rey le mandó llamar y cuando le tuvo en su presencia le dijo:



—¿Puedes hacer que vuelvan a renacer la paz y la armonía en mi reino?

El sabio nada respondió y, sin decir una palabra a nadie, volvió a su ermita en la cima de la montaña.

El rey se quedó muy desconcertado y mucho más inquieto que antes. Había puesto sus últimas esperanzas en el sabio y su silencio no parecía presagiar sino la continuación de los combates.

Pasaron los días y, poco a poco, la guerra civil cesó y los invasores se retiraron. La armonía y la paz volvieron al reino. ¿Cómo había ocurrido? Nadie lo sabía.

Entonces el rey se acordó del sabio y se dirigió con su séquito a la cima de la montaña. Allí estaba el sabio, silencioso y sereno, en el interior de su ermita. El rey le dijo:

—No has hecho nada. ¿Cómo es posible que haya vuelto la paz?

El sabio respondió.

—He llenado de paz mi corazón y he esperado a que se extendiera por todo el reino.

Allá lejos

UN niño de las llanuras vive fascinado por la línea de montañas que se recorta a lo lejos en el horizonte.

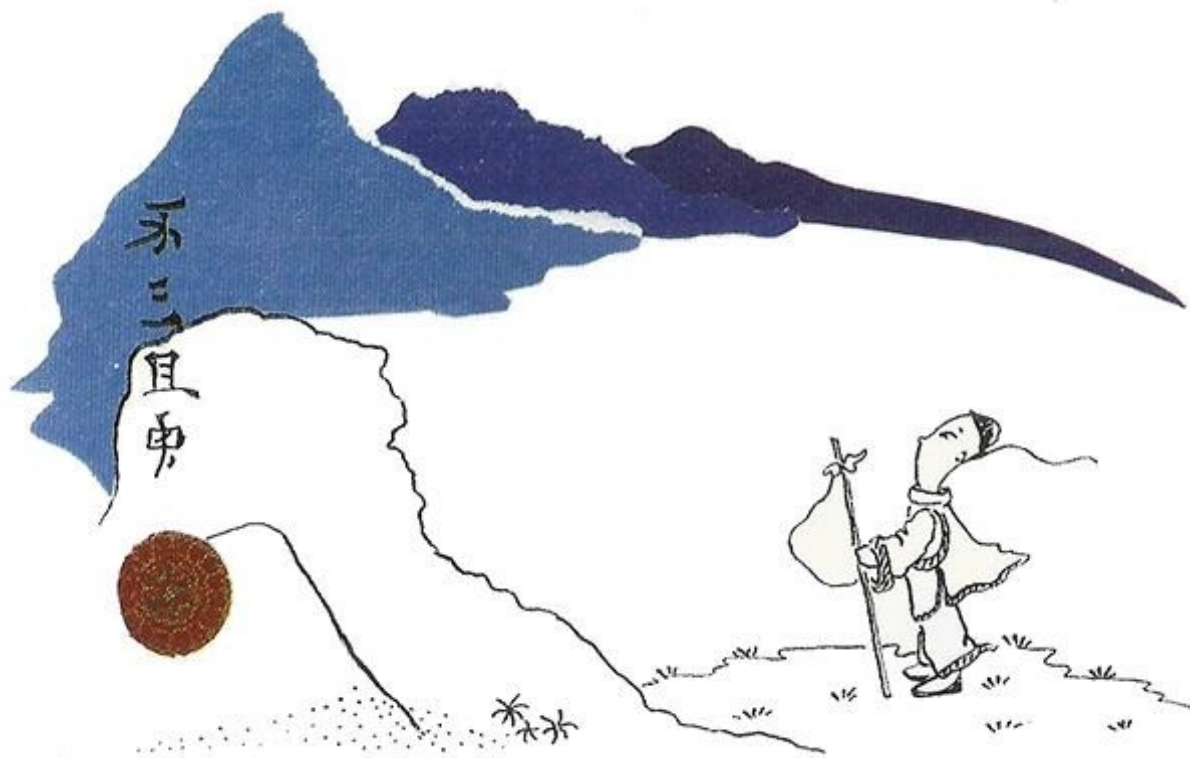
Todos los días, al amanecer, sale de su casa y se queda contemplando las montañas sin poder pensar en otra cosa. Azuladas, suaves, iguales, se le aparecen como un lugar paradisíaco.

Un día cede a la tentación y decide alcanzarlas, llegar a donde se encuentran. Coge un hatillo y se pone en marcha. El viaje dura mucho, muchísimo tiempo, a través de inmensas llanuras y pequeñas colinas. Las montañas cada vez están más cerca y, a pesar del cansancio, sigue su camino.

Agotado, llega por fin a la cordillera, sube hasta la cima más alta y descubre, decepcionado, que las montañas no son azules, sino grises y feas, exactamente como la región que ha abandonado.

Ante él han surgido otras montañas, también azules. Está cansado, pero vuelve a sentirse profundamente atraído por ellas y continúa su camino. Necesitará mucho tiempo para llegar hasta ellas, pero no pierde la esperanza de que, esta vez, encontrará lo que busca.

Sigue caminando, pues, muchos días y muchas noches. También allí, a medida que se acerca, el azul se desvanece para dejar paso a otros colores.



El tiempo pasa. El niño se convierte en hombre y, como no ha dejado de caminar, pronto sus cabellos se vuelven blancos y, antes de poder darse cuenta, es un anciano de larga barba cana.

Un día decide detenerse, se vuelve y contempla el camino que durante toda su vida ha estado recorriendo.

Detrás de él, perdido en los confines del espacio, descubre un paisaje azul, suave y maravilloso, con el que lleva soñando toda su larga vida.

La abuela oso

HABÍA una vez, hace mucho, muchísimo tiempo, una niña que se llamaba Flor de Oro. A pesar de su corta edad, era inteligente, valerosa y muy trabajadora. Vivía con su madre y su hermano menor en un lugar apartado, en lo alto de una colina. Los tres llevaban una vida dichosa y siempre estaban alegres.

Un día, la madre llamó a Flor de Oro y le dijo:

—Hija mía, tu tía está enferma y debo ir a atenderla. Esta noche tendrás que ocuparte de tu hermano, porque no estaré en casa. Si quieres, ve a pedirle a la abuela que venga a hacerte compañía.

—Sí, mamá.

—Mañana estaré de vuelta. Confío en ti.

Dicho esto, cogió una gallina, la metió en una cesta para llevársela, se despidió de sus hijos y se fue.

La jornada transcurrió como cualquier otra. Mientras el pequeño jugaba, su hermana hacía las labores del hogar.

Cuando el sol estaba a punto de ponerse en el horizonte, Flor de Oro recogió el rebaño en el redil. Una vez estuvieron guardadas las ovejas, fue a cerrar el gallinero.

Después de haber terminado su trabajo, cogió a su hermanito de la mano y fueron a llamar a su abuela, que vivía cerca, en la siguiente colina. La casa estaba silenciosa y no parecía que hubiera nadie en su interior.

—¡Abuela! ¡Abuela! —gritaron a la vez, mientras llamaban a la puerta con los nudillos.

Esperaron, pero al comprobar que la abuela no contestaba, imaginaron que habría salido por cualquier motivo y volvieron a su casa. Por el camino se hizo completamente de noche.

«Pasaremos la noche solos, no tengo miedo», pensó Flor de Oro.

Entraron, pues, en casa, y Flor de Oro cerró la puerta con pestillo. Encendió la lámpara de aceite y se puso a preparar la cena.

—¿Me contarás un cuento como hace mamá? —preguntó su hermanito.

—Claro que sí.

Después de cenar, se sentaron junto al fuego y Flor de Oro le contó no uno, sino muchos y hermosos cuentos, que su hermano escuchó sin pestañear.

De repente, se oyeron fuertes golpes en la puerta:

¡Pon! ¡Pon! ¡Pon!

Los niños se sobresaltaron.

—¡Tengo miedo! —gritó el pequeño, y se abrazó a su hermana.

Sin soltar al pequeño, Flor de Oro se acercó a la puerta.

—¡Soy vuestra abuela! —gritó una voz extraña.

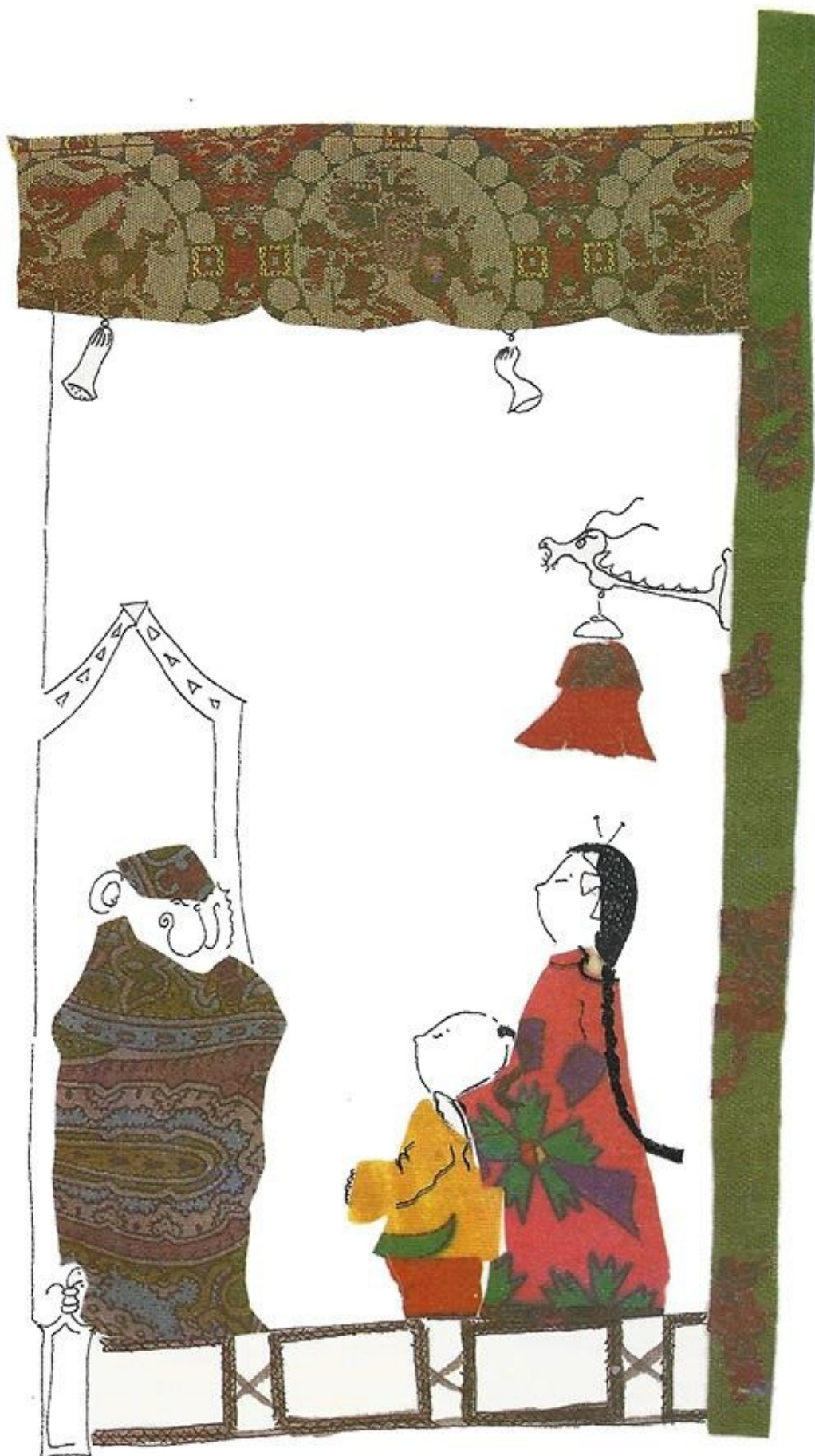
El hermanito se puso a dar saltos de alegría.

—¡Deprisa, Flor de Oro, abre, es la abuela, es la abuela!

Flor de Oro reflexionó un instante. Luego, pegó la oreja contra la puerta y preguntó.

—¿Eres tú, abuela? ¡Qué vozarrón tienes!

—Tengo catarro, por eso estoy ronca —respondió la abuela después de aclarar como pudo la voz.



—Vamos, Flor de Oro, abre —repetía el pequeño con impaciencia.

Pero su hermana quería estar segura. Fuera, la voz añadió:

—Por favor, pequeños, apagad la lámpara. Me duelen los ojos y la luz me hace daño.

Esta vez a Flor de Oro le pareció que realmente era la voz de su abuela. Apagó la luz y abrió la puerta.

La abuela entró y, como el interior de la casa estaba muy oscuro, no le vieron la cara.

La niña pidió a la abuela que se sentara en un taburete, pero en cuanto hubo posado en él sus nalgas lanzó un grito terrible y escalofriante.

Tras unos instantes de silencio, la abuela dijo:

—Nietecitos míos, me duele mucho el trasero y no puedo sentarme en una banqueta. ¡Proporcionadme otro asiento!

Flor de Oro le acercó una butaca. En ese momento se dio cuenta de que no era su abuela, sino un oso.

Flor de Oro sabía por su madre que los osos tienen horror a los piojos. Entonces cogió un puñadito de semillas, quitó el gorro a su hermano y, fingiendo que le buscaba piojos en la cabeza, echó las semillas al fuego. Las semillas se pusieron a crepitar como si fueran piojos que se estuvieran quemando.

La abuela empezó a temblar y se quedó como petrificada, contemplando la lumbre.

Sin perder ni por un instante su sangre fría, Flor de Oro aprovechó la ocasión para alejar a su hermanito de allí. Le acostó en la habitación contigua.

—Duerme tranquilo. La abuela está con nosotros y no tenemos nada que temer —le dijo.

El niño sonrió y no tardó ni un minuto en quedarse dormido.

Flor de Oro salió de la habitación, sin olvidarse de cerrar la puerta con llave.

Cuando volvió al lugar donde estaba el oso, éste había dejado de mirar el fuego.

—Acuéstate —ordenó a Flor de Oro.

Ya se le hacía la boca agua pensando en el banquete que se iba a dar a medianoche, el festín más delicioso del mundo y con el que soñaba desde hacía mucho tiempo.

Flor de Oro se acurrucó en un rincón, pero no se durmió. Estuvo pensando en lo que podía hacer y por fin se le ocurrió una idea.

Reinaba un profundo silencio y de repente Flor de Oro se puso a lloriquear:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo me duele el vientre! Tengo que salir sin falta.

«Ese dolor de estómago podría estropearme la comida», pensó el viejo oso.

Entonces la dejó salir, pero le ató el extremo de una cuerda a una mano y él se quedó con el otro extremo, para que no pudiera escapar.

Tiró varias veces de la cuerda y Flor de Oro parecía seguir atada. Podía estar tranquilo. Después de un buen rato, como Flor de Oro todavía no estaba de vuelta, el oso la llamó. No obtuvo respuesta. Furibundo, tiró bruscamente de la cuerda y se oyó un ruido sordo:

Catacroc.

Muy extrañado, se levantó y salió a tientas sujetando fuertemente la cuerda. Gritaba:

—¡Flor de Oro! ¡Flor de Oro!

Siguió avanzando a ciegas hasta que llegó al final de la cuerda. Una vez allí, ¿qué encontró? Ni rastro de Flor de Oro. Lo que había era ¡una vasija de barro!

Casi se volvió loco. Además, había pasado la medianoche y tenía un hambre de mil diablos. Desesperado, olvidó su papel de abuela y se puso a aullar.

¿Dónde podía estar Flor de Oro?

Fue en su persecución, pero, al no encontrarla por ninguna parte, se dirigió hacia un arroyo a tomar un trago de agua fresca para engañar el hambre y poder seguir buscando a la niña.

Se agachó para beber y su alegría fue inmensa cuando la vio en el fondo del agua.

—¡Ya eres mía! —vociferó.

Con todas sus fuerzas metió la patas en el agua para atraparla, pero inmediatamente la niña desapareció.

Se levantó furioso y se quedó mirando fijamente la superficie. Cuando el agua dejó de estar agitada, el oso volvió a ver a Flor de Oro en el fondo. Corriendo el riesgo de ahogarse, se lanzó al arroyo para agarrarla, pero desapareció por segunda vez. El oso, estupefacto, se puso a contemplar la superficie, presa de ira.

Una carcajada le hizo levantar la cabeza, y entonces divisó a Flor de Oro encaramada a un peral que había detrás de él.

¡Así que en el agua sólo estaba su imagen!

—¡No escaparás! —gritó enloquecido.

Con los ojos fijos en la niña intentó trepar al árbol, pero, por mucho que lo intentaba, resbalaba y no podía subir.

Lo que ignoraba el oso era que Flor de Oro había cubierto el tronco con una capa de aceite, así que, por más que trató de trepar, no lo consiguió y tuvo que quedarse al pie del árbol, mientras la niña reía a carcajadas contemplando sus inútiles esfuerzos.

Entonces, Flor de Oro, sonriendo, le dijo:

—Abuela, si quieres peras, ve a buscar la lanza que está en la habitación de en medio y te cogeré unas cuantas.

Como el oso tenía el estómago vacío, fue corriendo por la lanza.

Volvió con ella y se la tendió a Flor de Oro. Luego miró con atención las peras y señaló las más gordas.

—Quiero éstas —dijo.

—Aquí hay una pera enorme, abuela, abre bien la boca —exclamó Flor de Oro, lanzándosela.

El oso se la tragó en dos bocados, porque tenía un hambre voraz. Como una pera no le bastaba, pidió más.

Entonces Flor de Oro le dijo:

—Abuela, abre bien la boca, te he cogido una pera muy grande, ¡grandísima!

El oso abrió la boca lo más que pudo y esperó con los ojos cerrados. Flor de Oro se levantó y dirigió con todas sus fuerzas la lanza a la boca del oso.

La lanza se hundió en su garganta y cayó muerto.

Flor de Oro descendió del peral y, al ver aquella gran mole tirada en el suelo, le dio una patada.

—¡Esto te enseñará a querer comerte a los niños! —dijo furiosa.

En ese instante un gallo se puso a cantar. Empezaba a amanecer y por lo tanto era hora de levantarse. Flor de Oro fue a despertar a su hermanito, que dormía a pierna suelta.

Después le llevó a ver el cadáver del oso, y el niño comprendió que la abuela que había visto la víspera no era sino un oso disfrazado.

Un sol rojo escarlata salió por el horizonte. La madre volvió y, al enterarse de lo que había ocurrido, se puso muy contenta de tener una hija tan valiente.

La historia de cómo Flor de Oro había vencido al oso corrió de boca en boca y de aldea en aldea, hasta los últimos confines de China.



Abeja

CUENTAN por las regiones del Sudoeste que en la profundidad de las montañas, lejos, muy lejos de aquí, vive el Hada de las Hierbas que reina sobre todas las plantas de las montañas. Es ella la que cuida de que florezcan y maduren a tiempo y en número suficiente. Dicen que el hada no niega jamás su ayuda a las personas que cogen las hierbas en las montañas, pero que con frecuencia también castiga a los avariciosos y a los envidiosos.

El Hada de las Hierbas era antaño una bella muchacha llamada Abeja. Dicen que resultaba incomparable. No solamente era más bella que la reina de las flores, el Loto blanco, sino que además cantaba tan bien que los corazones suspendían sus latidos al oírla, y cuando se reía era como si tintinearan campanillas de plata, y cuando caminaba era como si una nube blanca se deslizara por el suelo. Si bordaba un pájaro, parecía más vivo que un pájaro de verdad. Pero lo que prefería era recoger hierbas, de las que conocía todos los nombres y todas las virtudes. En una palabra: sabía hacer cuanto se puede imaginar; por eso la llamaban Abeja.

Abeja era sirvienta de la corte real. El rey de aquella región, vasallo del emperador de China, era tan rico que, después de pagar los tributos a su soberano, todavía le quedaban fabulosas riquezas. La corte rebosaba de criados, la reina y las concubinas iban vestidas con la seda más fina y llevaban en el pelo flores de oro y plata.

El rey era un hombre cruel, como normalmente suelen serlo los reyes. El castigo más leve por desobedecer una de sus órdenes era la horca. Pero Abeja no temía nada. Cuando no tenía ganas de preparar el té, no lo hacía en tres días y tres noches. Cuando se negaba a preparar un pastel, no lo preparaba en siete días y siete noches. Nadie podía ir contra su voluntad y ni siquiera el propio rey conseguía nada por la fuerza. Porque Abeja preparaba un té tan delicioso y sabía hacer pasteles como ningún otro sirviente entre los cientos de criados de la corte y nadie servía al rey como ella, por eso estaba bajo su

protección especial. Iba por el palacio, ataviada con un sayal y una flor silvestre en los cabellos, y su belleza eclipsaba la de todas las mujeres del rey, incluida la reina, a pesar de sus adornos de seda y las flores de oro en sus cabellos.



Las distracciones de la corte real no la atraían. No le gustaba escuchar a los flautistas durante los banquetes de la corte. Cuando podía huía del palacio hacia la soledad de las montañas. Le gustaba oír el canto de los pájaros y las cigarras y coger hierbas. Las utilizaba para curar a la gente y a los animales enfermos.

Los pobres la querían por su bondad, pero las mujeres del rey y los cortesanos se burlaban de ella y la llamaban en secreto la Salvaje. Mas esto a Abeja no le importaba. Sólo el hechicero del rey, un hombre especialmente malvado, hacía callar su risa, y Abeja nunca se había atrevido a mirarle a los ojos.

De este modo pasó el tiempo, hasta que un año quedó marcado por numerosos acontecimientos. La cosecha había sido buena y la gente vivía bien. Pero de repente se levantó el viento del sur trayendo consigo la peste. El viento sopló, sopló durante días y días, extendiendo la terrible enfermedad. Muchos ancianos y niños murieron.

El miedo atenazaba hasta al propio rey, porque la peste golpeaba sin piedad a ricos y pobres, poderosos y miserables.

«¿Cómo evitar el peligro?», se preguntaba el rey.

Entonces, mandó llamar a su hechicero y establecieron un plan de defensa. ¡Qué les importaba la gente humilde! ¡Lo fundamental era que el rey y su corte se librasen! Así que mandaron cerrar las puertas de la ciudad y cavar alrededor de las murallas un profundo foso. Instalaron centinelas en los muros para que nadie se acercara a la ciudadela real. Ni siquiera los pájaros podían sobrevolar el palacio.

Y precisamente a Abeja le apetecía salir de la ciudad. Estaba decidida a marcharse y nada podía impedirselo, ni siquiera las órdenes más severas del rey.

Todas las salidas estaban vigiladas, pero imaginó un medio de huir. Bajó a los jardines reales y allí cogió flores con las que decoró una tina de tal forma que parecía un altar de flores. Se escondió dentro y se deslizó flotando a lo largo del canal real fuera de la ciudad.

El canal desembocaba en un río de aguas profundas y anchas como un lago. El viento empujaba suavemente la extraña embarcación, levantando pequeñas olas. Y la muchacha pronto vio la montaña milagrosa cubierta de flores silvestres. Se acercó a la orilla, saltó a tierra y pronto dejó atrás el valle salvaje en dirección a las cumbres. Allí crecían innumerables flores de extrañas variedades. Unas tenían largas hojas afiladas, otras hojas rizadas con raíces verdes o rojizas. Y la joven llenó su cesta.

De repente descubrió detrás de una enorme piedra una mata de jen-cheng, la raíz de la vida. Iba a cogerla cuando una maravillosa garza blanca descendió de las grandes nubes algodónadas. Se posó en una roca y, apenas hubo tocado la piedra, se convirtió en un bello ciervo que saltó hacia la joven y se desvaneció también. En su lugar apareció un joven, esbelto como un álamo y cuyos ojos brillaban como dos piedras de azabache. Abeja olvidó la raíz de la vida. Se miraron largo rato en silencio.

Luego, el joven preguntó:

—¿Por qué coges hierbas, muchacha? Los pobres las cogen porque las necesitan, los codiciosos para enriquecerse, pero tú, ¿quién eres?

La muchacha respondió sin vacilación:

—Las hierbas de las montañas tienen las hojas más finas y los perfumes más embriagadores. Quien las huele olvida su cansancio, quien las prueba se siente revivir. Siempre me han gustado las hierbas.

El joven sonrió:

—Solamente quienes las comprenden sienten el perfume de las hierbas. Me he dado cuenta en seguida de que no eras una muchacha como las demás. Soy el Espíritu de las Hierbas y vivo aquí, en estas montañas, como los espíritus de las flores viven en los jardines y los de los árboles en los bosques profundos. Si quieres seguirme, te conduciré a un lugar donde verás toda clase de hierbas raras.

—Sé que crecen a cientos en estas montañas —dijo la muchacha—, pero yo sólo conozco algunas. Sería muy feliz si me las mostraras. Pero hoy no he venido a coger hierbas raras. Busco hierbas que curen, para salvar a la gente de la peste.

El joven movió la cabeza.

—Veo que eres buena y valiente. Te daré un cesto lleno de las hierbas más raras. Puedes coger las que quieras.

Cogió la mano de la muchacha y escaló con ella, ágilmente, las pendientes de la montaña milagrosa hasta la cima. Era como si las nubes tocaran el cielo, pero el Espíritu de las Hierbas y Abeja se elevaron mucho más allá del séptimo lecho de nubes para llegar por fin a la cima más elevada de la montaña milagrosa donde estaba la casa del Espíritu de las Hierbas.

Abeja contempló a su alrededor un mar de nubes blancas que se extendía hasta el horizonte. El Espíritu de las Hierbas trajo una cesta de semillas y las echó a las nubes. La brisa las esparció por las laderas de las montañas, donde inmediatamente echaron raíces y formaron verdaderos macizos.

Y la muchacha vio entonces las hierbas más raras, las que sólo florecen una vez al año y las que únicamente se abren una vez cada siete años.

El Espíritu de las Hierbas se volvió hacia Abeja:

—El que consiga estas hierbas será dichoso, porque sólo crecen en las pendientes más abruptas para que solamente los más valientes las encuentren.

Abeja cogió un cesto lleno. Luego suspiró. Le daba pena separarse del Espíritu de las Hierbas.

El joven la miraba sonriendo. Le dio una flor de un bello azul claro y cantó dulcemente:

¿No quieres quedarte aquí, oh pura muchacha?

¿Volverás a la montaña milagrosa?

Si vivieras aquí hasta el fin de los tiempos,

yo sería feliz, yo sería feliz.

Pero eres semejante al torrente impetuoso.

No se te puede obligar a quedarte.

Si realmente quieres volver a mí,

te esperaré día y noche.

Cuando quieras venir otra vez

como esta flor azul claro,

dulce como la miel.

Abeja no conseguía desviar su mirada de los ojos del joven. Cogió la flor que le daba y sonrió:

—Sería muy feliz viviendo junto a ti, aquí, en medio de las nubes. Cuando haya curado a la gente de la peste, volveré contigo, Espíritu de las Hierbas.

Entonces el Espíritu de las Hierbas le hizo un gesto de despedida y Abeja descendió entre los hombres para curar a los enfermos.

Durante ese tiempo, el rey estaba muy furioso en su palacio. Los criados habían buscado a Abeja, pero la muchacha no aparecía. Al principio el rey sólo estaba contrariado, luego la ira se apoderó de él, y al final se transformó en rabia. Beber y comer ya no le agradaba porque nadie sabía preparar comidas y bebidas como Abeja.

—¡Abeja tiene la obligación de servirme! —rugía—. ¡Que la encuentren inmediatamente!

Corrieron por todas partes, buscaron por doquier, pero en vano. Los sirvientes se pusieron entonces a inventar diversas mentiras para calmar al rey. El vigilante nocturno la había visto, decía, lavar ropa en el río. La cocinera afirmó haberla visto bajo su ventana, al alba, secando hierbas. El jardinero la había oído cantar, y los guardias la habían visto correr hacia la ciudad para comprar hilo. Pero el rey no se dejó engañar mucho tiempo. Envió una escuadra de soldados con la orden severa de encontrar a la muchacha.

Los soldados volvieron al cabo de siete días y anunciaron con voz clara que la peste estaba vencida y que todos los enfermos estaban curados.

El rey se puso furioso:

—¿Es ésa la noticia que debíais traerme?

Y en su furia ordenó que ahorcaran a todos los soldados. A continuación envió una nueva escuadra en busca de la muchacha desaparecida.

Siete días más tarde, los soldados volvieron y anunciaron al rey que la cosecha era buena y que la gente pagaría importantes impuestos. El rey enfureció de un modo terrible:

—¡Decidme inmediatamente dónde se encuentra Abeja! —aulló con voz amenazadora.

—Oh, rey misericordioso —imploraron los soldados—, todo el mundo dice haberla visto, pero nadie sabe dónde está en este momento. Llevaba una cesta de hierbas y ha curado a numerosos enfermos.

El rey estaba fuera de sí. Mandó encarcelar a los soldados y decidió ir él mismo a buscar a Abeja.

Mandó ensillar su caballo real y abandonó el palacio a la cabeza de su ejército. Atravesaron muchas aldeas, villas, poblados, campos, ríos y valles y pronto llegaron al lindero de un bosque donde varias muchachas recogían champiñones. Y allí, por fin, el rey supo algo.

—Cuando Abeja hubo acabado de curar a los enfermos —le contaron las jóvenes campesinas—, comió una flor azul, se convirtió en garza blanca y emprendió el vuelo hacia las montañas salvajes. Dicen que el Espíritu de las Hierbas la esperaba allí y quería hacerle su esposa.

El rey no escuchó más. Espoleó a su caballo y volvió a toda velocidad a su palacio. Inmediatamente mandó llamar a su hechicero, que imaginó una jugada maquiavélica.

Mientras tanto, Abeja vivía con el Espíritu de las Hierbas en la montaña milagrosa. Como dos tortolitos, la vida les parecía dulce como la miel. Todas las mañanas, el Espíritu de las Hierbas despertaba así a su joven esposa:

*¡Oh, amada mía!,
abre los ojos.
Fuera brilla el sol.
Es el fin de la noche.
Ya el mar de nubes
resplandece en la luz matinal.
El rocío todavía no está seco
y las flores embriagan.
¡Oh, amada mía!,
calza tus sandalias
y coge tu cesta;
crucemos los aires juntos.*

Abeja se despertaba con el canto de su esposo. Le cogía de la mano y bajaban las pendientes de la montaña milagrosa, despertando a los pájaros a su paso y a las flores que levantaban la cabeza, y a los álamos que de lejos les saludaban con sus ramas. Los ciervos les acompañaban y los conejos daban volteretas.

De este modo vivían juntos y felices. Pasó la suave primavera, luego el deslumbrante verano. El generoso otoño les sucedió y por fin el cruel invierno. Los pájaros se escondían en sus nidos, los animales se ocultaban en sus madrigueras. Los hielos y las nieves cubrían las laderas de las montañas. Abeja tenía un frío terrible. El viento helado la traspasaba. Nada conseguía calentarla.

El Espíritu de las Hierbas no sentía el padecimiento de los humanos, pero sufría por Abeja y no sabía qué hacer. Recogía en las montañas las plumas de los pájaros y llevaba pieles de animales. Pero aquello no bastaba para calentar a Abeja. Estaba tan helada y temblaba tanto de frío que apenas hablaba. Entonces el Espíritu de las Hierbas descendió de la montaña, fue adonde estaban los hombres y volvió con una piel ligera y cálida.

—El sastre más hábil no hubiera sabido cortar una prenda parecida. Me la ha vendido el hechicero del rey. Está encantada —dijo alegremente.

La joven esposa se estremeció.

—No quiero nada que proceda el hechicero del rey, aunque tenga que morir.

Pero el Espíritu de las Hierbas no podía seguir soportando ver sufrir a su mujer. Cogió el manto de pieles y la envolvió con él. Inmediatamente un

delicioso calor invadió el cuerpo de Abeja. Dejó de temblar, sonrió y echó el manto sobre los hombros de su marido para que sintiera su ligereza y su calor.

En el mismo instante, una roca de hielo se rajó hasta el valle con un zumbido sordo. El Espíritu desapareció y en su lugar apareció una concha que rodó y se precipitó a las aguas profundas de un precipicio.

Abeja estiró la mano para agarrar a su esposo, pero su brazo no encontró sino el vacío. Sólo le quedaba el manto de piel.

Abeja lloró durante muchos días y muchas noches, maldiciendo al hechicero del rey. Vagaba por las pendientes llamando desesperadamente a su marido. El viento gemía con ella y sus lágrimas rodaban por la nieve como mil perlas de hielo.

El Espíritu de las Hierbas oyó los lamentos de su mujer y gritó de dolor desde el fondo del precipicio:

—¡Oh, esposa mía, pura como la nieve! Cuando pienso en ti olvido mi propio dolor. ¡Oh, querida mía!, el Espíritu de las Montañas te protegerá, y el Espíritu de los Vientos, y todo lo que vive en nuestras montañas. Todos los años, cuando llegue la primavera y las flores se abran, ven al borde del precipicio con el Espíritu de los Vientos. Cuando el viento aclare la superficie de las aguas, agáchate y me verás. No me queda otro consuelo, amada mía. Come la hierba de flores blancas y raíces rojas y podrás permanecer eternamente en estos lugares. Cuidarás de las hierbas de las montañas. Si consientes en quedarte, seré muy feliz.

Entonces Abeja se repuso de su gran dolor y dijo:

—Recordaré tus palabras. Cuidaré de las plantas y cuando llegue la suave primavera iré a verte con la brisa tibia. Pero antes me vengaré del rey y de su hechicero.

Y Abeja volvió al palacio. A todo el mundo le sorprendió su vuelta, pero nadie sospechó la razón.

El rey le dijo:

—A partir de ahora serás mi esclava. De mí dependerá tu libertad y tu dicha, tu vida y tu muerte. Ya no puedes escoger.

Abeja le escuchó, inmóvil, muda.

—Si me sirves como antes —continuó él rey—, ordenaré al hechicero que devuelva su forma primitiva al Espíritu de las Hierbas.

—Las ruedas del carro no marchan hacia atrás en los caminos, el río no sube hacia su origen —respondió Abeja—. Una muchacha obstinada desde su nacimiento no baja la cabeza ante la fuerza.

—¿Qué deseas? —exclamó el rey—. ¡Dímelo! ¡No te haré ningún daño!

Entonces Abeja avanzó lentamente hacia el rey y le ofreció una extraña planta con estas misteriosas y frías palabras:

—No deseo nada, rey, yo no espero nada. Toma esta hierba como recuerdo. El que la coma será eternamente joven y fuerte.

El rey se alegró y se tragó inmediatamente la planta.

Entonces la lengua le empezó a arder. Quería hablar, pero ninguna palabra salía de su boca. El cruel rey se había quedado mudo.

Desde entonces nadie volvió a ver a Abeja. En vano la buscaron por todo el palacio. Solamente vieron, dicen, una garza blanca en el horizonte que volaba hacia las montañas salvajes emitiendo un largo quejido.

Cuentan que Abeja vive desde entonces en la montaña milagrosa y que se ha convertido en el Hada de las Hierbas.

Las jóvenes campesinas que recogen plantas en las pendientes de las montañas la oyen cantar a veces. Y cada año, en primavera, desciende de la montaña con la brisa tibia hacia el profundo precipicio. Y el viento riza la superficie y Abeja ve a su Espíritu de las Hierbas.

Y si se sigue en esa época la brisa tibia de las montañas, parece ser que siempre se encuentra alguna planta rara.

Las ramas del árbol de canela

UNA antigua costumbre china ha llegado hasta nuestros días: el decimoquinto día de la octava luna la gente se reúne para observar la luna llena, en la que se ve una sombra negra y móvil. Algunos se quedan fuera mucho rato después de medianoche porque dicen que una dicha especial puede serles concedida en esa ocasión. Algo de verdad hay en ello, y si queréis saber de qué felicidad se trata, escuchad esta historia.

Hace muchísimo tiempo vivía con su madre un joven leñador. Durante el día trabajaba duramente en las montañas y, sin embargo, apenas lograba asegurar la supervivencia de su madre y la suya propia. El leñador era el mejor de los hijos y hubiera colmado a su madre de favores si hubiera podido.

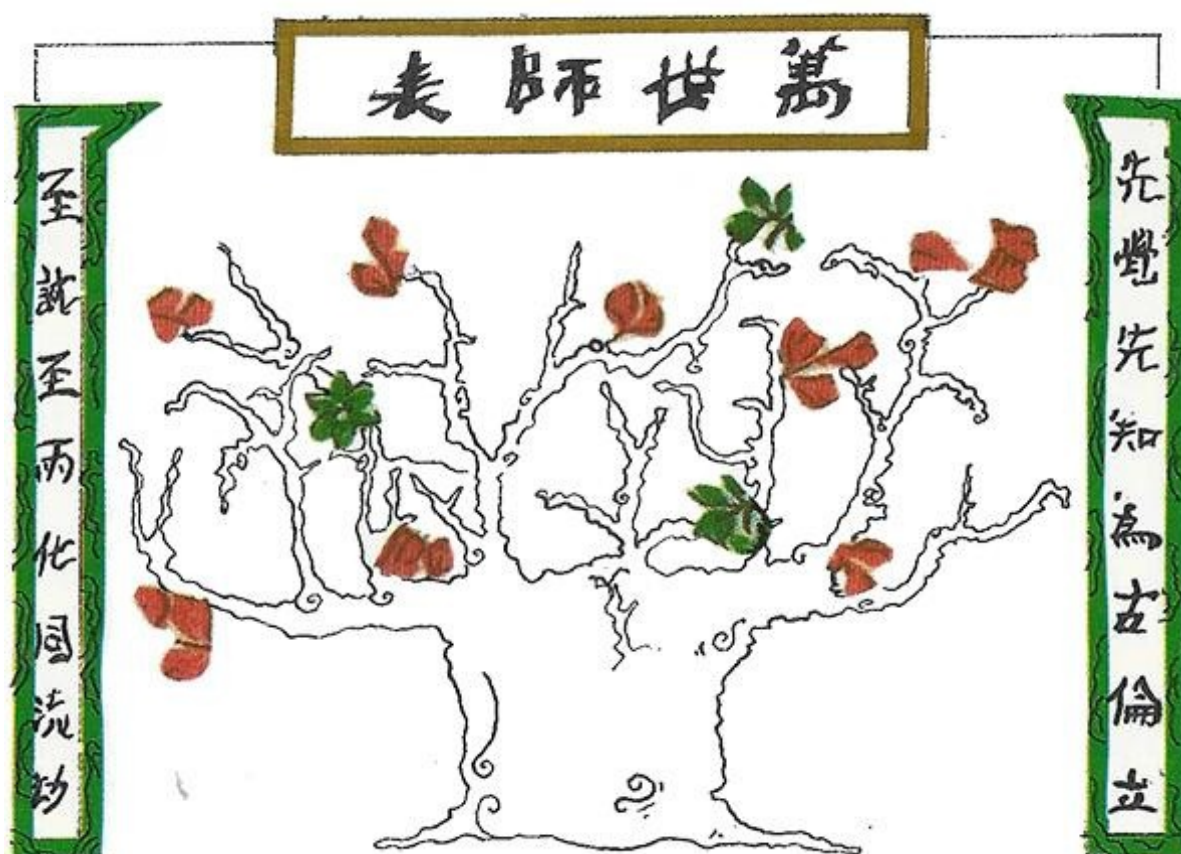
Ocurrió entonces que un espíritu celeste se compadeció de aquella madre y su hijo. Como no podía soportar más tiempo su miseria, fue a ver al Emperador del Cielo y le pidió permiso para acoger en el cielo a la madre y al hijo.

Y descubrió que, precisamente, había mucho trabajo en el cielo, por extraño que os pueda parecer. Allá arriba necesitaban a alguien para cortar las ramas de los árboles de canela de la luna. Aquel árbol crecía en la luna desde hacía un millón de años y, como nadie se había ocupado de él seriamente, se había hecho enorme y tenía más de un millón de ramas. Y hay que decir que cada nueva rama del árbol de canela significaba en la tierra una nueva generación de personas. Y el Emperador del Cielo estaba preocupado porque veía lo rápidamente que crecía la población terrestre. Fue entonces cuando le hablaron del leñador. La idea de acogerle en el cielo le pareció excelente y decidió confiarle el cuidado del árbol de canela.

Pero el árbol de canela no era como los demás. Las ramas tenían tal grosor que el leñador sólo podía cortar una al año. Por eso, si miráis atentamente la luna el decimoquinto día de la octava luna, podréis ver cómo cae una rama. Y sobre todo no vayáis a creer que esa rama se parece a las demás. Si hicierais

con ella un barril para el arroz, tendríais arroz para todo el año; si hicierais un armario para la ropa, tendríais tanta ropa como podríais soñar. Pero en la época de la que os hablo nadie lo sabía.

Aquel día, el decimoquinto de la octava luna, la gente, como siempre, paseaba fuera de sus casas, contemplando la redonda luna, cuando se oyó un silbido en el aire y algo cayó al suelo. Los adultos no prestaron atención, pero los niños —esos diablillos tienen los ojos en todas partes—, los niños se precipitaron hacia aquella cosa insólita y trajeron una larga y gruesa rama.



—Estupenda rama —se limitó a comentar uno de los adultos—. Mañana tendremos con qué calentarnos.

Y siguió contemplando el cielo.

Al día siguiente cortaron la rama para encender el fuego. Se calentaron un mes, y otro mes, y la rama seguía ardiendo. Imposible reducirla a cenizas. La extraña noticia se extendió por la región.

En ese momento, un monje cruzó la aldea y dijo a la gente:

—Era una rama del árbol de canela de la luna. Si hubierais fabricado un barril para el arroz, hubierais tenido arroz toda la vida; si hubierais hecho un armario de ropa, os hubierais vestido para el resto de vuestros días; si hubierais fabricado una hucha, jamás os hubiera faltado dinero.

En este mundo nada permanece en secreto. Corrió la noticia.

Entonces, cada año, el decimoquinto día de la octava luna todo el mundo contemplaba ávidamente el cielo con la esperanza de ver caer una rama del árbol de la luna.

Los tres barriles de vino

HABÍA una vez un granjero al que le importaba el dinero más que a un diablo ganar un alma. Todo el mundo había olvidado hacía mucho tiempo su verdadero nombre y sólo le llamaban Roñoso.

Roñoso tenía tres hijas, y en consecuencia tres yernos. Sus yernos, os lo puedo asegurar, no eran demasiado diferentes de su suegro; pronto lo veréis.

Aquel año, Roñoso iba a festejar su cumpleaños y pensaba en los regalos que le harían sus hijos. Pero... como a cada cual se le da lo que le corresponde..., y el granjero conocía muy bien a sus hijas y a sus yernos, le pareció más prudente mandarles llamar para comunicarles sus deseos.

—Me gustaría —les dijo— que me regalarais cada uno un tonel de vino.

Los yernos se pusieron furiosos. ¡Menuda suma! ¡Pero no había otro remedio! Entonces al mayor de los yernos se le ocurrió una idea: ¡podría llevar agua! Al mezclarla con el vino de los otros dos toneles, nadie notaría la diferencia. Un poco de agua en el vino, y no pasa nada.

Sólo el diablo sabe cómo; ocurrió que los dos yernos más jóvenes tuvieron la misma inspiración.

Durante este tiempo, en el patio, el granjero Roñoso había preparado un enorme tonel para que pudieran verter en él el vino. Pero de repente pensó que no era conveniente que el tonel estuviera vacío.

«Sería una pena desperdiciar el vino —se dijo—. Si echo un poco de agua, nadie lo notará», e hizo lo que había pensado.

El día del cumpleaños, los yernos fueron a felicitar a su suegro y, fieles a su promesa, vertieron los tres su barril de vino en el gran tonel.

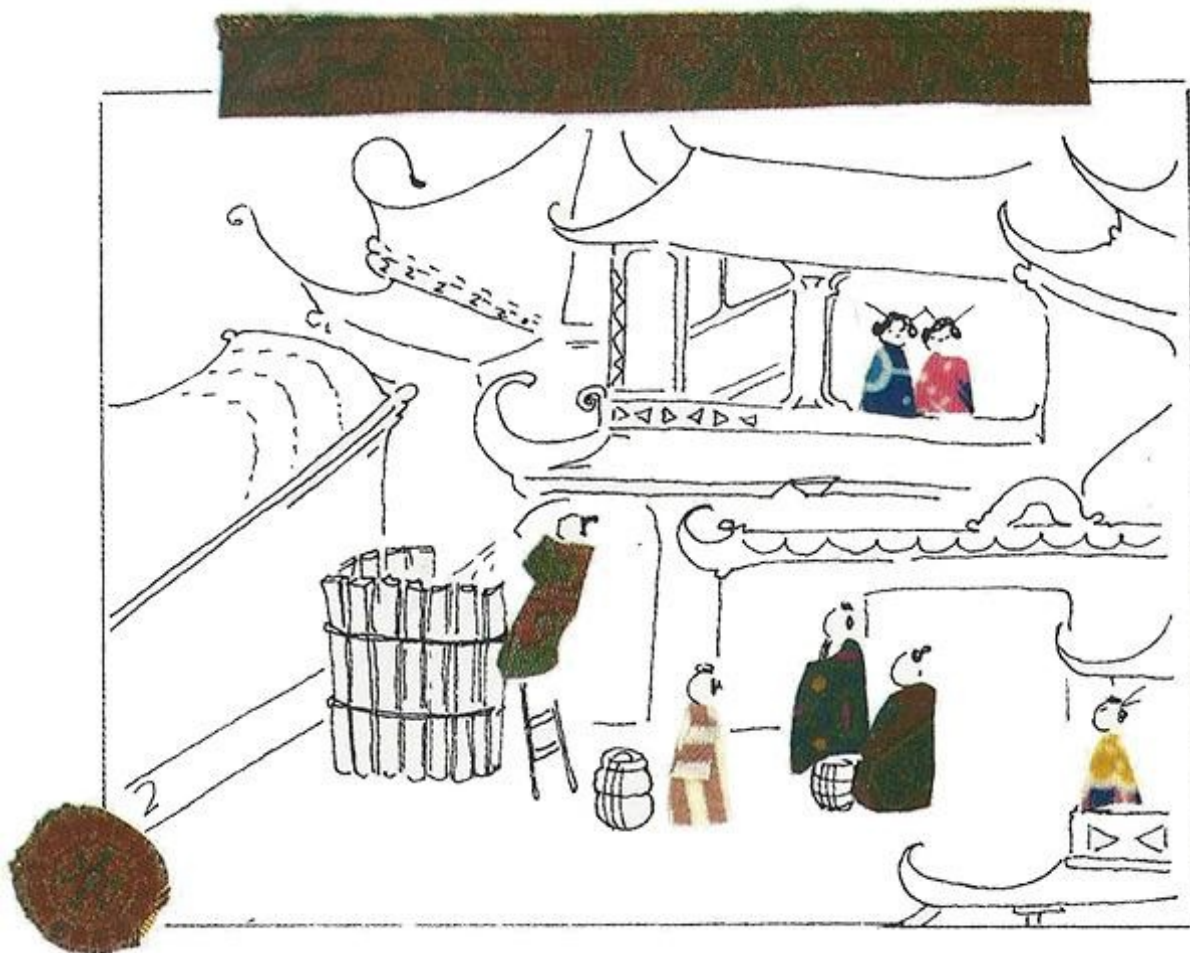
—Te he traído un vino excelente —comentó el primer yerno—. Dicen que su aroma se extiende a tres leguas a la redonda.

—Eso no es nada —continuó el segundo—, dicen del mío que basta beber un vaso para embriagarse.

—El mío es todavía mejor —concluyó el tercero—. Basta con olerlo para estar borracho.

Roñoso, como debe ser, estaba orgulloso de sus yernos. Pronto llegó el mediodía. La comida humeaba sobre la mesa.

—Bueno, voy a probar el vino —anunció Roñoso cogiendo un vaso, que inmediatamente se llevó a los labios.



Estuvo a punto de que le dieran arcadas. No tenía ningún sabor; parecía agua pura.

«No debí echar agua en mi tonel —pensó Roñoso—; he estropeado todo el vino». Pero dijo en voz alta:

—¡En efecto, es un vino excelente!

Los yernos se sirvieron a su vez un vaso y bebieron.

«Es increíble —pensaron los tres— lo que un barril de agua puede hacer...».

Pero disimularon y alabaron las cualidades del vino.

«Yo también tengo que probarlo —se dijo el sirviente—; como dicen que es tan bueno...», y furtivamente se sirvió un gran vaso.

—¡Puaf! —exclamó, escupiéndolo inmediatamente—. ¡Me pregunto cómo a los amos les puede parecer bueno este aguachirle!

Las dos peonías

HABÍA una vez un país llano como la palma de la mano, y la llanura era tan extensa que un caballo veloz no la hubiera atravesado, al galope, en menos de diez días. En raras ocasiones se veía desde allí cómo se dibujaban en el horizonte las cimas de las montañas, saliendo de la bruma. En aquella llanura había una aldea, y a las afueras de la aldea, una pequeña cabaña apartada, muy baja, que apenas sobresalía del suelo. Una anciana madre vivía allí con sus dos hijos. Los dos muchachos habían llegado ya a la edad de tomar esposa, eran fuertes y apuestos, trabajadores y serios. Pero ni uno ni otro querían oír hablar de matrimonio. Era la única pena que causaban a su madre, a quien tanto hubiera gustado mecer nietos en sus rodillas... En vano la anciana les proponía ésta o aquélla, muchachas casaderas de buena familia y reputación; los hijos se obstinaban en permanecer solteros.

Una noche, cuando sus hijos ya estaban acostados y dormidos, la madre salió a tomar el aire al patio. Muy arriba, en el cielo despejado brillaban las estrellas, pero en el patio la oscuridad, era profunda.

—¡Ay, hijos míos, mis queridos hijos! —suspiró la desdichada madre—, si un día encontráis una esposa, ¿cuál será la que hayáis elegido?

No había hecho más que murmurar su lamento, pero su voz subió muy arriba, muy arriba, hasta las estrellas.

De repente vio, hacia el sudoeste, una bola luminosa que se elevaba del horizonte y se dirigía hacia ella. Era una bola enorme, redonda, más grande que la luna, que volaba, descendía y volvía a subir, para ir al final a posarse en el suelo ante la anciana madre. Ésta se tapó los ojos, pues la luz de la bola la deslumbraba.

¿Qué era aquello? Se frotó los ojos, creyendo que se trataba de una ilusión de sus sentidos. En el centro de la bola luminosa había un anciano de larga

barba blanca, todavía más luminoso que el círculo de luz que le rodeaba, y su cara sonrosada la miraba con una gran sonrisa.

—¡Traigo prometidas para tus hijos! —dijo el anciano, y la madre creyó oír que sonaban campanas celestiales.

—¡Oh, buen espíritu! —dijo la madre lanzando un suspiro—, temo mucho que te molestes en vano. Mis hijos son muy difíciles, y no sé, no, no sé qué prometida podría gustarles. Pero ¿dónde están las prometidas? —preguntó, llena de curiosidad.

—Tus hijos encontrarán a sus prometidas en estos espejos —dijo el anciano, y sacó del bolsillo dos espejitos redondos—. Y que no vayan a creer que sólo verán una imagen falaz: si, a medianoche, el tercer día de la tercera luna, dirigen este espejo hacia el sudoeste, verán aparecer el camino que les conducirá hacia su prometida.

Dichas estas palabras, el anciano entregó a la madre estupefacta los dos espejitos, y antes de que tuviera tiempo de salir de su asombro, la rueda luminosa que rodeaba al extraño anciano subió a los aires y emprendió el vuelo en dirección al sudoeste, donde no parecía sino una bola de luz, una estrella más grande que las demás.

La madre entró en la cabaña, despertó a sus dos hijos y les contó la sorprendente visita. Luego, entregó un espejo a cada uno de ellos.

El mayor miró en el espejo, miró, y casi se quedó sin aliento. Vio una bellísima muchacha vestida de rosa que le sonreía. ¡Y qué sonrisa! El joven se quedó muy impresionado, y de inmediato se enamoró perdidamente de la bella desconocida.

—¡Mamá, mamá! ¡Con ella me quiero casar, y con ninguna otra! —y añadió—: Dime dónde puedo encontrarla.

La madre guardó silencio, pero observó a su hijo menor. Él también miró en el espejo, y se sintió invadido por una inmensa dicha, porque vio a una muchacha bella como una flor de primavera, ataviada con un largo vestido color verde guisante, que al mirarle se ruborizó ligeramente y bajó la cabeza.

—¡Mamá, mamá! ¡Con ella me quiero casar, y con ninguna otra! —exclamó, como su hermano. Y añadió—: Dime dónde puedo encontrarla.

La madre se quedó con los brazos cruzados, y de sus ojos brotaron abundantes lágrimas.

—¡Ay, desdichados hijos! —dijo lanzando un suspiro—. ¡Esas bellas muchachas, ay, no son más que una ilusión! No sé, no, no sé si alguna vez podréis conquistarlas.

Entonces contó a sus hijos lo que el viejo le había confiado.

—Mamá, iremos a buscar a nuestras prometidas —dijeron los dos hijos a su madre.

—No vayáis, queridos hijos; quién sabe qué peligros tendréis que afrontar...

Pero, como insistían, se dejó convencer, aunque con una condición:

—Que por lo menos uno de vosotros se quede conmigo.

—Yo iré el primero —dijo el mayor, invocando su derecho de primogenitura.

A medianoche, el tercer día de la tercera luna, el hijo mayor salió al patio silencioso y orientó la luz de su espejo hacia el sudoeste. En ese instante un rayo de luz blanca salió del espejo, y se dirigió como una cuerda hacia el sudoeste. Y la luz avanzaba y avanzaba hacia adelante y a medida que el joven seguía la dirección indicada. Allí donde antes se perfilaba vagamente el contorno del macizo montañoso, estaba ahora el bosque oscuro y espeso, un erizamiento de escarpados acantilados, mientras los senderos serpenteaban hacia profundos barrancos. Como un sonámbulo, el joven seguía el camino luminoso que le conducía hacia la montaña.

Caminaba y caminaba sin darse cuenta del tiempo, y la noche del segundo día se detuvo al pie de una montaña, porque el camino mágico terminaba allí. Entonces vio una gruta de la que salía un rayo brillante, como si el ojo de la montaña escudriñara los alrededores. A la entrada de la gruta, un anciano de larga barba blanca estaba sentado, y parecía esperar a alguien. El joven recordó lo que su madre le había contado, y llegó a la conclusión de que aquel anciano debía de ser el que le había regalado los espejos. Se acercó al anciano y le dijo respetuosamente:

—Buen espíritu, el camino de luz termina aquí; dime, por favor, hacia dónde debo dirigir mis pasos para encontrar a mi prometida.

—Has hecho bien en venir —respondió el anciano acariciando su larga barba—. Te esperaba. Tu prometida está prisionera de una malvada bruja que la ha convertido en peonía rosa, en su jardín situado en un pico elevado, yendo hacia el Oeste desde aquí. Si diriges el rayo de tu espejo sobre la peonía, le devolverás su forma original. Pero el camino que conduce hasta allí no es fácil. Tendrás que atravesar la colina de los Dragones y el desfiladero del Diablo. Sólo un muchacho de corazón valeroso puede conseguirlo.

—No temo ningún peligro —declaró el joven en tono firmemente decidido.

—Voy a ayudarte —añadió el anciano, y entregó al joven un látigo y un ovillo de lana y le explicó la forma de servirse de ellos.

El joven dio las gracias al anciano, cogió el látigo y el ovillo de lana, y prosiguió su marcha.

Avanzaba y avanzaba sin parar, el camino se extendía ante él como una serpiente, subía y volvía a bajar sin fin.

Por fin divisó una colina inaccesible, de abruptas pendientes, envuelta en una niebla oscura y espesa. El joven se detuvo un instante para cobrar aliento, pero entonces vio dos ojos verdes que brillaban ante él.

«Es un tigre», pensó, y sacó rápidamente el látigo. El tigre, que estaba sentado en un bloque de piedra, emitió un terrible rugido y se lanzó sobre nuestro amigo, que no se dejó asustar.

Acordándose, por tanto, de los consejos del buen espíritu, hizo restallar el látigo por encima de su cabeza, gritando:

—Tigre, poderoso señor de esta montaña, déjame pasar, porque voy a buscar a mi prometida, la bella muchacha de rosa.

Y —¡oh, maravilla!— el tigre movió la cola, fue a frotarse amistosamente contra las piernas del joven y se alejó lentamente, contoneándose, hacia la espesura.

El joven hizo acopio de sus últimas fuerzas para subir hasta la cima. La montaña misteriosa parecía ahora al alcance de la mano, con su jardín y la peonía. Pero ¡ay!, un terrible barranco separaba al joven de la montaña, y al fondo del barranco se arremolinaba un torrente cuya agua impetuosa hacía un ruido infernal. El joven cogió entonces el ovillo de lana, lo devanó y lanzó un extremo a las turbulentas olas, diciendo:

—Espíritus de estas aguas, buenos o malos, ayudadme, os lo ruego, porque voy a buscar a mi prometida, la bella muchacha de rosa.

Apenas había acabado de realizar su petición cuando una ninfa salió del agua, una sirena, medio mujer medio pez, elevando entre los dedos el extremo del hilo de lana, y se puso a tensarlo hasta la otra orilla. Y, ¡oh, maravilla!, apenas lo había enganchado al otro lado cuando se transformó en una estrecha pasarela que pasaba sobre el precipicio.

El joven avanzó por ella decididamente. Al llegar al centro de la frágil pasarela no pudo resistir la tentación de mirar bajo sus pies. Entonces la sangre se le heló en las venas. En las olas torrenciales e impetuosas, los ojos de brasa de los malos espíritus estaban fijos en él y le acechaban. Sólo vaciló un instante, un único y fugaz instante fue presa del pánico, y sin embargo aquella fracción de segundo bastó a los malos espíritus para romper el encanto que había dado la solidez de un puente al hilo de lana: desapareció la pasarela, y nuestro amigo sólo se encontró sujeto a un finísimo hilo; fue

cayendo, cayendo al precipicio, se hundió en el agua, donde le esperaban los ojos de brasa, y el agua se cerró en calma sobre él.

Un año había pasado ya desde entonces, y el tercer día de la tercera luna llegó.

—Mamá —dijo el menor a su madre—, voy a ir a buscar a mi prometida.

—¡Oh, hijo mío, no vayas, te lo suplico! —le dijo su madre, hecha un mar de lágrimas—. ¡Tu hermano no ha vuelto, quédate tú conmigo, por lo menos!

Pero el joven estaba completamente decidido.

—No llores, mamá, ya verás cómo no sólo voy a traer a casa una bella esposa, sino que también te devolveré a mi hermano, tu hijo mayor.

Al comprobar que era inútil discutir, la madre no insistió más, y cuando llegó la medianoche el hijo salió al patio y dirigió el reflejo de su espejo hacia el sudoeste. De él salió un rayo luminoso, que indicó claramente el camino al muchacho. Lo siguió mucho tiempo, sin parar de andar, hasta que llegó ante la gruta donde le esperaba el anciano de larga barba blanca.



—Has hecho bien en venir —le dijo el anciano cuando le vio—, porque tu hermano no escuchó mis consejos y ayó al abismo de los malos espíritus.

—Yo no tengo miedo —aseguró el joven—, y estoy absolutamente decidido a llevarme a mi prometida, así como a mi hermano mayor.

El anciano le entregó a él también un látigo y un ovillo de lana, y el joven continuó su camino. Después de haber buscado mucho tiempo, encontró por fin el abismo del Diablo, con sus estruendosas aguas y sus aulladores demonios.

—Espíritus de estas aguas, buenos o malos, ayudadme, os lo ruego, porque voy a buscar a mi prometida —murmuró mientras lanzaba el extremo de su hilo de lana al agua.

Dicho esto, los malos espíritus se calmaron, las olas cesaron, y una ninfa salió del agua, mitad mujer mitad pez. La sirena cogió el extremo del hilo, lo ató a la otra orilla, e inmediatamente el hilo se transformó en una estrecha y frágil pasarela. Apenas el joven había posado su pie en ella cuando debajo las aguas se pusieron a rugir y los demonios a aullar, pero el joven no se dejó impresionar; sólo tenía en la cabeza a la bella muchacha del vestido verde guisante, no pensaba en nada más, no miraba sino la imagen que llevaba consigo, y avanzó, corrió por su frágil soporte, hasta que llegó sano y salvo a la otra orilla. Entonces miró a su alrededor y vio que estaba en un espeso bosquecillo de cipreses y pinos. Se puso en marcha, caminó y caminó, y llegó ante la pared de un jardín de donde le llegaba un perfume indefinible, embriagador y dulcísimo.

«Seguramente es el famoso jardín de la bruja del que me habló el buen espíritu», se dijo el joven, y examinó los alrededores, para ver por dónde podría penetrar en el jardín. Pero el muro era alto y liso, sin una sola posibilidad de acceso. Entonces el joven cogió el látigo, lo apoyó contra el muro y en el mismo instante el látigo se transformó en escalera. A continuación trepó fácilmente hasta lo alto de la pared.

¡Oh!, ¡qué hermoso era por dentro! Había tantas flores magníficas y extrañas, que no supo dónde posar la mirada. «No es ésta, ni ésta tampoco», se decía yendo de una flor a otra después de haberse dejado caer en el jardín, sin hacerse ningún daño. Siguió andando y llegó al centro del jardín, donde dos peonías espléndidas se abrían una al lado de otra: una peonía rosa y una peonía verde, color guisante.

El joven cogió su espejito y dirigió su reflejo a la peonía verde. En el mismo instante se estremeció al ver aparecer ante él a la bella muchacha de verde, que le sonreía tiernamente.

—Mi bella muchacha de verde —le dijo inclinándose—, he venido a buscarte. ¿Me acompañarás?

—Te acompañaré, apuesto joven —le contestó ella—, pero mi corazón permanecerá aquí, junto a mi desdichada hermana querida —añadió, señalando a la peonía rosa.

«Sin duda es la prometida de mi pobre hermano —se dijo el joven—, pero ¿cómo ayudarla? Para liberarla necesitaría el espejo de mi hermano, y se encuentra en su bolsillo, al fondo del agujero del diablo».

Ante este pensamiento, al hermano menor se le llenaron los ojos de lágrimas.

Entonces, como si hubiera comprendido, la peonía rosa inclinó su bella corola, en cuyos pétalos aparecieron gotitas plateadas de rocío. ¡Era como si ella llorara también!

—¡Rápido, ven conmigo! —exclamó de repente la muchacha de verde—, ¡llega la bruja!

Y llevó al joven a una pequeña cabaña. Apenas se hubo cerrado la puerta tras ellos cuando apareció la bruja.

—¿Quién te ha transformado en mujer? —rugió—. ¿Y a quién escondes ahí dentro? ¡Abre inmediatamente!

Pero por mucho que sopló con furia por entre las rendijas de la puerta, no tuvo poder alguno sobre la muchacha de verde.

Al darse cuenta de su impotencia, cambió de táctica y se dirigió en estos términos al intrépido joven:

—Querido, mi enfado no ha sido más que una broma. Te doy de buena gana a tu muchacha de verde, porque sé que eres fuerte y valiente. Pero antes me gustaría que me hicieras un favor. Allí arriba, en la cima de la colina, hay un prado donde pasta mi manada de caballos. Temo que vengan a robármelos. ¿Quieres guardarlos para mí esta noche?

—¡No vayas! —imploró la muchacha de verde—. No son caballos, sino tigres y enormes escorpiones. ¡Te destrozarán!

—No tengas miedo, ¡mi látigo me protegerá! —respondió él.

Y marchó resueltamente al prado de la bruja, pero no vio ni la sombra de un caballo. Se sentó, decidido a esperar. Cuando cayó el crepúsculo, empezó a ver brillar en la espesura unos ojos fosforescentes que le acechaban, luego montones de escorpiones comenzaron a arrastrarse a su alrededor, tigres y otros animales se acercaron lentamente, formando un círculo en torno a su presa.

¡Chac! ¡Chac! ¡Chac! El látigo del joven restallaba a su alrededor, y los tigres, escorpiones y otras bestias inmundas se dispersaron lo más lejos posible. Al ver aquello, la bruja empezó a lamentarse de forma tan compungida que partía el corazón:

—¡Oh, valiente joven! ¡Llévame contigo! Estoy tan acostumbrada a la compañía de la muchacha de verde que, si me privas de ella, inmediatamente moriré.

La muchacha de verde sabía perfectamente que era una nueva artimaña, pero dijo:

—Muy bien, te llevaremos con nosotros. Pero el camino es muy largo, y temo que te agote. Tú lo sabes todo: hazte diminuta, te meteremos en un frasco, y así podremos llevarte fácilmente.

Entonces la bruja se hizo pequeña como el pulgar, y la metieron en un frasco, que el joven tapó cuidadosamente. Y los tres emprendieron el camino de vuelta a casa, donde la madre esperaba a sus hijos.

Cuando llegaron al borde del abismo del Diablo, el joven sacó el frasco del bolsillo y lo lanzó justo al centro de las aguas turbulentas y torrenciales. La muchacha de verde se sentó en la orilla, y se puso a llorar:

—¡Oh! ¡Mi pobre hermanita! ¿Cómo voy a vivir sin ti? ¿Cómo puedo dejarte completamente sola en estas montañas deshabitadas?

Mientras así se lamentaba, gruesas gotas de lluvia empezaron a caer de las negras nubes que cubrían aquel hostil lugar, y las gotas de lluvia perlaron las agujas de los viejos pinos. El joven tampoco pudo resistir su tristeza, y se puso a llorar con el paisaje. Pensaba en su desdichado hermano, perdido en el fondo del abismo, situado a sus pies, con sus aguas tumultuosas y sus espíritus aulladores.

Pero de pronto una claridad surgió de las aguas verdosas, la oscura niebla se abrió, se iluminó. En el cielo apareció la bola de luz, danzando en los aires se acercó, y fue a posarse junto a los jóvenes. El buen anciano apareció en el centro del círculo de luz. Elevó su dulce voz, y era como oír sonar las campanas celestes:

—Espíritus de estas aguas, buenos o malos, haced salir de estas olas a aquel que fue a buscar a su prometida y no lo consiguió.

Entonces las aguas se calmaron, la superficie se quedó quieta y lisa, y la sirena, medio mujer medio pez, emergió. El hermano mayor estaba sentado a horcajadas en su espalda.

Apenas pisó el suelo, el superviviente se frotó los ojos y dijo:

—¿Estoy dormido o despierto?

—Has tenido un mal sueño —le respondió su joven hermano riendo entre las lágrimas.

Y los dos se abrazaron.

En el mismo instante, el círculo de luz comenzó a elevarse desde la tierra y hasta el cielo, donde subió y subió, convirtiéndose en una bola de fuego que se llevó para siempre al buen espíritu a las nubes.

Los tres jóvenes volvieron rápidamente al jardín de la bruja. El hermano mayor sacó su espejito del bolsillo, donde por suerte había permanecido a pesar de su ahogamiento, y dirigió su reflejo a la peonía rosa, que empezaba a marchitarse, con sus pétalos tristemente lacios. En el instante en que recibió el rayo del espejo mágico, la peonía se enderezó, recobró todo su frescor y se transformó en un abrir y cerrar de ojos en la bella muchacha del vestido rosa.

El encuentro fue motivo de gozo sin fin. Entonces, los cuatro, los dos hermanos y sus prometidas, volvieron a casa de su madre, que fue la mujer más dichosa de la tierra por volver a ser no solamente madre sino pronto abuela, como tanto había deseado. Porque las dos parejas fueron muy muy felices, y tuvieron muchos muchos hijos.



Draper

HABÍA una vez un hombre que tenía un hijo. Aquel hijo era semejante a los demás muchachos de su edad y, sin embargo, ¡tan diferente! Mientras todos los muchachos trabajaban valerosamente, él pasaba el día vagando. Aunque ya tenía veinte años, no sabía utilizar una herramienta o llevar un cesto. Por eso le llamaban Dragón Perezoso. Pero como el apodo era largo y la gente no tenía demasiado tiempo para dedicarlo a semejante holgazán, habían abreviado el mote y le llamaban Draper. Y así le conocían todos.

Draper, pues, vagaba el día entero por la región bebiendo, comiendo y charlando. Lo único que sabía dar a sus padres eran preocupaciones y mucho trabajo. Pero unos años más tarde los padres de Draper murieron, y su hijo se dio cuenta de que no contaba con nada para vivir. Como no tenía más ganas de trabajar que antes, se dijo sencillamente:

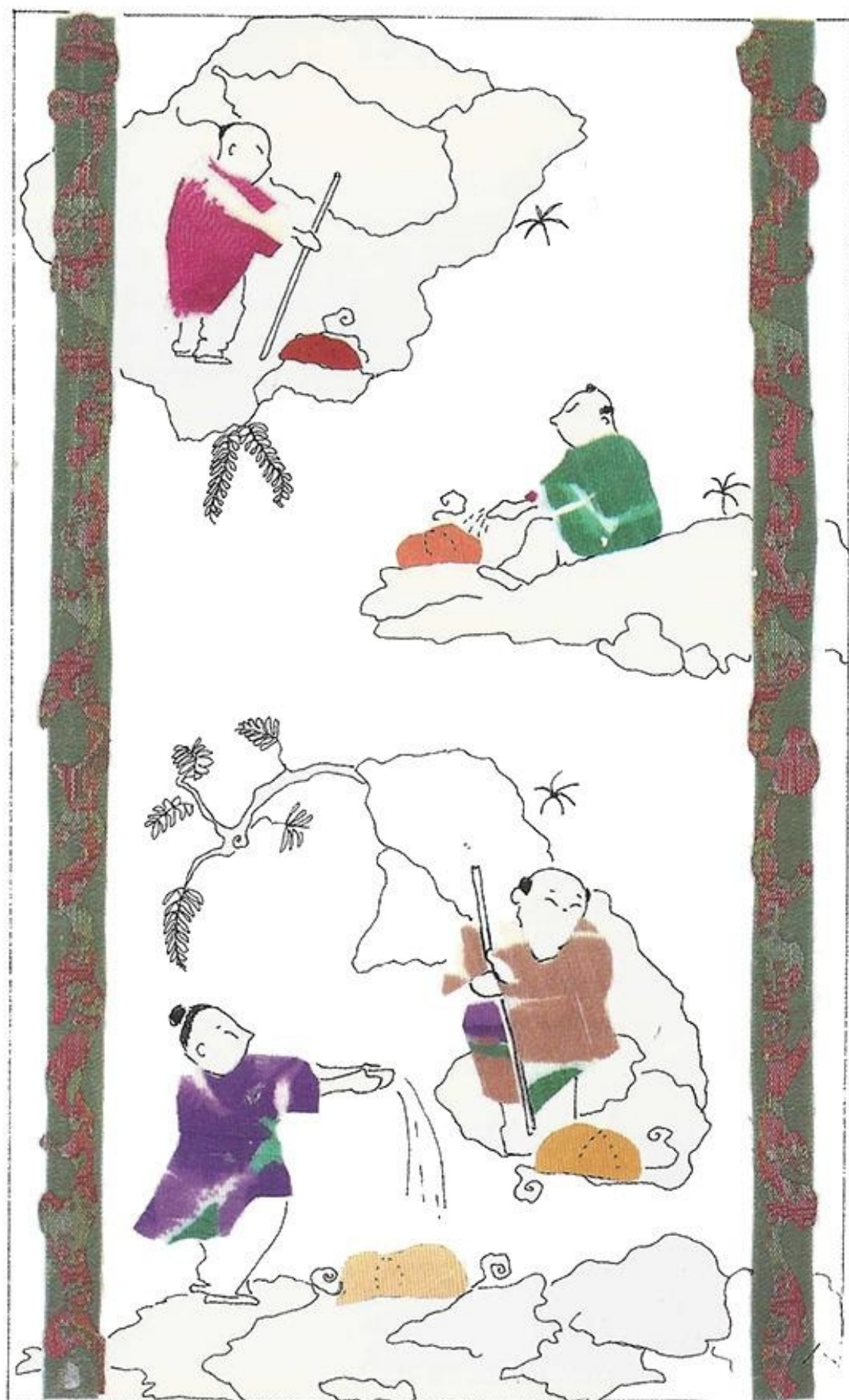
«¿Por qué romperme la cabeza? Voy a vender la casa y las tierras. Con eso tendré para un tiempo. Después ya veremos».

Pero Draper no sabía hacer números y pronto el dinero se le fue de las manos. Sin preocuparse en absoluto, se instaló en un templo en ruinas y empezó a mendigar.

Pero con la mendicidad apenas sacaba nada. La gente no era rica, y ¡quién iba a dar sin parar a semejante perezoso! Draper no tenía de qué vivir.

Un día en que un hambre terrible le atenazaba, cogió su cayado y su escudilla y se fue por el mundo llorando, llorando.

Caminaba, con la cabeza baja, lentamente, muy lentamente, y sin embargo casi derriba a un anciano que pasaba por allí con una gruesa calabaza en los brazos.



—Vaya, vaya —dijo el anciano sin rencor—, las lágrimas te impiden ver el camino, ¿eh, muchacho? ¿Qué te ha ocurrido para estar tan triste?

—¡Ay, abuelo, abuelo! —gimió Draper suspirando—, ¡tengo tanta hambre!

—¡Áh, es eso! —repuso el anciano con una sonrisa—. ¿Y por qué no comes?

Y Draper, sollozando, le contó sus desdichas.

El anciano se compadeció de su situación y dijo:

—Vamos, vamos, muchacho, no te vas a pasar la vida llorando. ¡Ya no eres un bebé! Si quieres, puedes venir conmigo, cultivarás calabazas con otros muchachos de tu edad. Te daré comida y bebida.

Draper se puso muy contento y siguió dócilmente al anciano.

Pronto llegaron a una cabaña junto a la cual se extendía un huerto. Gran cantidad de muchachos trabajaban en él. Y Draper advirtió que cada uno cuidaba una sola calabaza, sólo una.

El anciano le condujo con los demás jóvenes, le mostró una calabaza y le explicó cómo cuidarla.

A mediodía, el anciano llevó al muchacho a comer. Draper se preguntaba con curiosidad qué comerían, cuando advirtió que la mesa estaba vacía. El anciano, que no se había separado de su enorme calabaza, la puso solemnemente sobre la mesa, le dio unos golpecitos, pidió manjares y, al instante, los manjares aparecieron sobre la mesa, humeantes, deliciosos y perfumados. Draper nunca había probado nada tan bueno.

«Seguramente es una calabaza encantada», pensó.

Como si hubiera adivinado su pensamiento, el anciano se volvió hacia él y dijo:

—Si eres perseverante y cuidas bien tu calabaza, podrás llevarla a tu casa cuando esté madura.

Pero la calabaza crecía muy lentamente. Durante unos días, Draper se ocupó de ella con gran esmero. Binó la tierra alrededor de la calabaza y llevó pesados cubos de agua para regarla, pero el trabajo empezó a aburrirle.

«¿Por qué cansarse tanto?», pensó.

Comía hasta hartarse y nadie controlaba su trabajo como jornalero. ¡Por qué preocuparse!

Y empezó a descuidar cada vez más su calabaza y se volvió casi tan perezoso como antes.

Los demás jóvenes binaban y regaban a conciencia su calabaza con tres cubos de agua tres veces al día. Era un trabajo agotador y el sudor les

chorreaba por la cara y caía al suelo. Draper binaba dos veces al día sin cavar demasiado la tierra y hacía como que regaba. Ni una gota de su sudor regó la calabaza.

«Nadie se da cuenta», se repetía despreocupado.

Y realmente parecía que la calabaza estaba tan atendida como todas las demás. Crecía y engordaba a ojos vistas. Y cuando maduró, era tan grande como las otras.

Un día, el anciano dijo a los jóvenes:

—Vamos, muchachos, ha llegado el día de recolectar las calabazas. Todo el mundo cenará de la suya.

Locos de alegría, los muchachos se precipitaron al sembrado y trajeron las calabazas. Uno tras otro, fueron dejando la suya sobre la mesa mientras pronunciaban el nombre de un manjar, e inmediatamente la calabaza hacía que éste apareciera. Draper esperaba con impaciencia. Cuando llegó su turno, puso en ella su calabaza y pidió su plato preferido.

E inmediatamente la calabaza hizo que apareciera... un plato de puré de bellotas.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó Draper lleno de asombro—. ¡Quiero una verdadera comida!

Y se puso a dar golpes otra vez a su calabaza y a pedirle otro manjar mejor. La calabaza le presentó un segundo plato de puré de bellotas.

Draper explotó:

—¿Qué significa esto? ¿Acaso soy un cerdo para alimentarme de bellotas?

Y de nuevo golpeó su calabaza.

—¡Dame inmediatamente lo que te pido! —rugió con voz temblorosa de furia.

Y la calabaza le presentó un tercer plato de puré.

—¡Abuelo! —lloriqueó Draper—. ¡Abuelo! ¡Esta calabaza sólo me da bellotas!

—Naturalmente, muchacho —respondió el anciano con severidad—, porque no has hecho bien tu trabajo. La calabaza tampoco hace bien el suyo. Mientras tus compañeros binaban tres veces al día, tú sólo binabas dos veces; ellos regaban tres veces al día con tres cubos de agua, y tú hacías como que regabas. Ni una vez regaste la calabaza con tu sudor mezclado con el agua. ¡Sólo tú tienes la culpa de lo ocurrido!

Draper se calló. ¿Qué hubiera podido decir? Bajó la cabeza y empezó a comer el puré de bellotas.

El muchacho serpiente

LEJOS, muy lejos, en el corazón de las montañas, vivía hace mucho tiempo con su madrastra y su hermanastra una encantadora muchacha tan bella como buena, y cuyo corazón era tan puro que ni siquiera advertía el odio que le tenían las dos mujeres. Realizaba sin protestar los duros trabajos que le imponían en la casa.

Su hermanastra era fea y desmañada. Tenía la boca torcida, era completamente bizca y su corazón ardía de envidia. Y la madrastra, cuanto más advertía la diferencia entre las dos muchachas, más odiaba a su hijastra.

Un día la envió, como solía hacer, a recoger leña seca a la montaña. La joven cogió un hacha y una cuerda y se fue. Cuando llegó a la montaña, los pájaros se pusieron a cantar. La muchacha estaba embelesada. Y entonces vio unas abejas que, después de revolotear por encima de su cabeza, se reunían un poco más lejos para formar un enjambre. Se acercó, curiosa por contemplar el espectáculo de cerca, y vio que el enjambre se formaba sobre una planta extraña, una planta que jamás había visto antes. Las hojas eran finas y transparentes como el cristal y estaban salpicadas de gotas de rocío. Las enormes flores, de un bellissimo naranja casi rojo, brillaban como un metal precioso y derramaban un embriagador perfume. La más grande de todas era del tamaño de un enorme nenúfar.

La muchacha contempló largamente aquella maravilla. No se atrevió a coger la flor grande, pero cortó un capullo y se lo colocó en los cabellos. Durante todo el día estuvo desbordante de alegría, cantando y rivalizando con los pájaros, y, cuando volvió con aquel capullo en sus negros cabellos, parecía todavía más joven y más bella que de costumbre.

La madrastra y su hija la miraron, petrificadas de envidia.

—¿Dónde has cogido ese bonito capullo? ¡Como si necesitaras adornar tus cabellos! —vociferó con rabia su hermanastra—. ¡Deberías pensar exclusivamente en tu trabajo!

Y arrancó brutalmente el capullo del pelo de su hermana y se lo dio a su madre.

—¿Dónde lo ha encontrado? ¡Qué capullo tan bonito! —gruñó la vieja—. ¿Dónde lo has cogido? —preguntó con voz ruda—. Por aquí no crece nada parecido.

Entonces la muchacha describió la bella planta de hojas de cristal, enormes flores doradas y embriagador perfume.

La hermana se puso furiosa.

—¡Lo ha hecho a propósito, madre! ¿Por qué no has traído la flor grande, por qué?

Y se puso a patalear y a aullar.

La madrastra dirigió su cólera contra su hijastra.

—¡Pequeña miserable! Si no vienes mañana con la más grande y más bella de las flores, mejor será que no vuelvas.

La muchacha se echó a llorar amargamente y prometió traer lo que le pedían.

Ahora bien, en las montañas adonde la muchacha iba a coger leña vivía el muchacho-serpiente. Y el lugar donde crecía la flor maravillosa era su jardín. Y el muchacho-serpiente amaba la planta de las flores de oro más que a cualquier otra, porque ya estaba abierta, mientras que las demás empezaban apenas a apuntar sus hojas, y permanecía fresca mucho después de que se marchitaran las otras flores. Desde la primavera hasta el invierno, las flores de oro derramaban un delicioso perfume a su alrededor. El muchacho-serpiente iba todos los días a contemplar su preciosa planta y conocía todas las hojas y todos los capullos.

Un día descubrió que a su planta le faltaba un capullo. Su cólera fue enorme.

—Sorprenderé al ladrón —se dijo.

Y, tumbándose bajo las enormes hojas de la planta para no ser visto, esperó.

Tal como le habían ordenado su hermana y su madrastra, la muchacha volvió a la montaña. Contempló con mucha pena la enorme y resplandeciente flor. «Qué pena cogerla —pensó—; se va a marchitar». Pero la orden de su madrastra le vino a la memoria. Entonces agarró suspirando el grueso tallo de la flor.

De repente, algo se estremeció en el suelo, las hojas se apartaron bruscamente y el muchacho-serpiente dio un salto y cogió a la muchacha por la muñeca. Ella lanzó un grito de espanto.

—¿Quién te ha dado permiso para coger mis flores? —exclamó severamente el muchacho-serpiente.

La muchacha se puso muy triste y se echó a llorar de dolor. Hecha un mar de lágrimas, le contó su vida y la promesa que había tenido que hacer a su madrastra. Él muchacho-serpiente se emocionó hasta el fondo de su corazón. Ayudó a la muchacha a levantarse y acarició sus sedosos cabellos.

—No llores —dijo—. Ven conmigo y serás dichosa para siempre.

La muchacha se sintió tan reconfortada que inmediatamente consintió en seguirle.

El muchacho-serpiente la llevó a su casa, donde celebraron sus bodas. Vivieron felices en las montañas cuidando las flores de las cimas. Cuando estaban cansados, se sentaban a la sombra de los grandes árboles y la joven cantaba para su esposo dulces melodías.

Un día, el muchacho-serpiente dijo a su mujer:

—Amada esposa, las flores crecen en las montañas. Ven, voy a enseñártelas y a cogerte las más bellas.

Y tomaron el camino de las montañas.

Ese mismo día, la hermanastra de la joven estaba sentada a la ventana y contemplaba ávidamente el despertar de la naturaleza.

—Madre, mira, estamos en primavera y no tengo una sola flor —dijo lloriqueando.

—¡Qué dices, tesoro! —exclamó la madre—. ¡No tienes una flor! No puedo consentir que no tengas flores. Debe de haber montones de flores hermosísimas en las montañas.

En las montañas seguro que había, pero ¿quién iría a buscarlas si la hermanastra ya no estaba allí? La hija y su madre la dieron por muerta de hambre en alguna parte y ni una ni otra volvió a pensar en la muchacha desde ese día. Así que a la madre, para satisfacer los deseos de su hija, no le quedaba más que ponerse en camino hacia las montañas.

¡Qué bonito estaba todo! Las pendientes y los valles se hallaban cubiertos de mil flores primaverales. La madre había cogido ya un grandísimo ramo cuando oyó voces. «¿Quién podía estar en el corazón de aquellas montañas profundas?», pensó en sus adentros aguzando el oído.

Una voz grave murmuraba tiernamente:

—¡Oh, amada esposa!, permíteme poner esta flor en tus cabellos.

La madre echó un vistazo y vio a una joven pareja que se acercaba riendo.

«Seguramente son los espíritus de las montañas —pensó—. Tengo suerte».

Y se escondió rápidamente detrás de un árbol para espiarles.

Los dos jóvenes se acercaban, y de repente la madre estuvo a punto de lanzar un grito de estupor y cólera. Acababa de reconocer a su hijastra, a la que creía muerta hacía mucho tiempo. Dio tal brinco que una ramita crujió bajo sus pies. La joven se detuvo.

—¿Quién se esconde detrás de ese árbol? —preguntó con voz suave—. Sal de ahí sean cuales sean tus intenciones.

La madre se vio descubierta. Entonces salió de su escondite y se lanzó hacia su hijastra, con los brazos abiertos. Se le echó al cuello y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Mi queridísima hija, mi tesoro, qué feliz soy de volver a verte! Hace semanas que te busco, en el Sur, el Este, en el Norte, en el Oeste; he explorado todas estas montañas. Hace muchos días y muchas noches que no duermo. ¡Te he llorado tanto! ¡Qué bella estás! Al principio no te reconocí.

La muchacha no podía dar crédito a sus oídos, pero su corazón puro se dejó engañar fácilmente por aquellas melosas palabras. Entonces contó a su madre la dicha que había encontrado. La madre temblaba de celos. ¿Por qué su hija no había tenido tan buena suerte? Pero se guardó de mostrar sus sentimientos.

—Hija queridísima, espero que estés bien aquí y que no tengas frío —añadió con inquietud en la voz—. Condúceme a tu casa para que me quede tranquila viendo lo que ha sido de ti.

La muchacha no sospechó ni por un instante que tanta solicitud pudiera ser fingida. Llevó a su madrastra de buen grado al palacio donde vivía con el muchacho-serpiente.

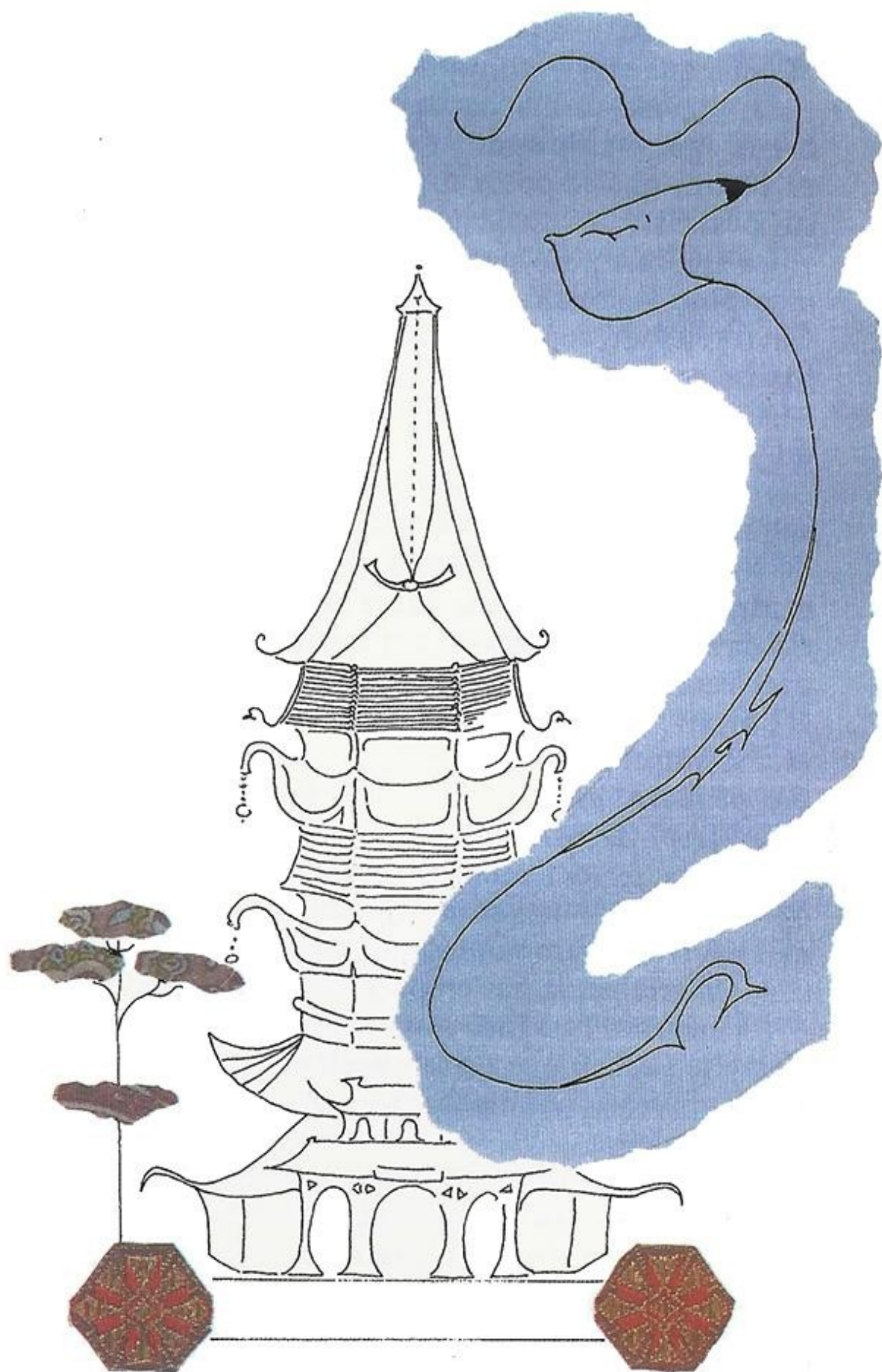
La madrastra penetró en el palacio. ¡Por todas partes había oro pulido, mármoles y cristales!

Entonces la anciana fue presa de unos celos tan profundos que estuvo a punto de desmayarse. «¿Por qué mi hija, la pobre, tiene que vivir en una vieja choza? ¿Por qué?». Y un malvado plan se forjó en el corazón de la madrastra.

Después de haber visitado las salas del palacio, salió al jardín detrás de su hijastra. Ésta le había hablado de la fuente de agua viva que se encontraba allí; y aquel agua, según decían, concedía la juventud eterna tanto a las personas como a las flores. Era muy profunda, añadían, y se hundía hasta el corazón de las montañas bajo la superficie lisa y resplandeciente donde uno se podía contemplar como en un espejo.

—Enséñame el agua, querida —suplicó la madrastra.

La muchacha levantó la tapa y la madrastra se asomó al profundo pozo.



—Ven aquí —añadió la madrastra— para que veas lo bella que eres — continuó con voz zalamera.

En seguida, la muchacha se acercó y se inclinó sobre el agua transparente, que reflejaba tan claramente su rostro, que se podía distinguir en ella cada una de sus pestañas.

La madrastra rió para sus adentros y de repente se incorporó y empujó violentamente a la joven al pozo. Cayó gritando como un pájaro herido y las aguas profundas se cerraron sobre ella.

A continuación la madre volvió al palacio sollozando y lamentándose.

—¿Dónde está mi mujer? —exclamó el joven con angustia.

—¡Ay, desdichada de mí, desdichada! —gimió la madrastra—. ¡Por qué la habré seguido al pozo! Quería enseñarme el agua viva y quería que me asomara para verla. Y yo le decía: ¡Ten cuidado! ¡No te subas al brocal! ¿Por qué no me escuchó? Subió al brocal que estaba húmedo y su pie resbaló y la pobrecilla, mi pobre pequeña, cayó al agua. ¡La llamé, grité, pero en vano! ¡Ay! ¡Desdichada madre!

El corazón del muchacho-serpiente se quedó tan oprimido que le atenazaba fuertemente. Gruesas lágrimas cayeron sobre sus trajes de seda. Luego estalló:

—¡Miserable, la has empujado tú! ¡Fuera, vete!

La madrastra aseguró que era inocente, se echó a sus pies y le suplicó que no la expulsara hasta que su hija fuera a buscarla. El muchacho volvió la cabeza sin decir una palabra.

—Haré todo lo que quieras, barreré el patio, limpiaré las ventanas, pero déjame descansar un poco. Debo recuperar fuerzas para irme —imploró la madrastra, obsequiosa.

Entonces el muchacho-serpiente movió la cabeza y salió rápidamente.

¡La madrastra no cabía en sí de gozo! «Ahora —se dijo— sólo me queda traer a mi hija y ya me las arreglaré para que el muchacho-serpiente se case con ella».

Pero el joven no pensaba en absoluto en otra esposa. No comía ni dormía. Vagaba durante el día como un cuerpo sin alma, incapaz de encontrar la paz, y pasaba las noches contemplando el cielo estrellado. La mayoría de las veces permanecía sentado en el brocal del pozo y sus lágrimas rodaban por sus mejillas y se mezclaban con el agua profunda.

Un día en que estaba allí, sentado, sollozando suavemente, la superficie del agua se onduló y un pájaro de oro salió de ella.

—¡Oh, pajarito! —exclamó el muchacho—. ¿Conoces a mi mujer, la has encontrado? Póstate en mi mano si la conoces.

Y extendió la mano. Inmediatamente el pájaro fue a acurrucarse en ella.

El joven lo apretó como un preciado tesoro y entró apresuradamente en el palacio. Metió al pájaro en una jaula y la colgó junto a su cama. El pájaro cantaba con voz tan conmovedora que todos los pájaros de los contornos se reunían a su alrededor, y el joven creía oír la voz de su esposa amada. Sólo aquel pájaro, al que alimentaba con los mejores bocados, conseguía hacerle olvidar la sed y el hambre.

La madrastra veía con muy malos ojos aquel pájaro de oro que el joven tanto amaba. Propuso al muchacho enviárselo a su hija para que la distrajera. Pero el joven le dirigió una mirada llena de cólera y se fue.

Entonces a la madrastra le entraron unos celos terribles del pájaro. Aprovechó un instante de ausencia del joven, tiró la jaula y ahogó al pájaro. Luego, lo echó a rodar por el suelo y lo puso sobre la mesa del joven.

Cuando éste volvió, la madrastra le esperaba, fingiendo que sollozaba.

—¡Ay, se me parte el corazón! —gritó—. Apenas te fuiste me quedé dormida. Durante mi sueño entró el gato, tiró la jaula y ahogó a tu querido pájaro.

—¡Miserable! —gritó el joven, loco de dolor—. ¡Desaparece para siempre de mi vista!

Pero la madrastra no tenía ningún deseo de abandonar un palacio tan hermoso. No cesaba de trazar planes para casar a su hija con el joven. Así que no abandonó la mansión de las montañas. Se escondió y vagaba entre los arbustos del jardín espiando el momento en que la tristeza y la cólera del muchacho-serpiente se hubieran apaciguado.

El joven acarició durante mucho rato al pájaro muerto, llorando. Luego lo envolvió en un trozo de tela de seda y lo enterró bajo su ventana, al pie de un melocotonero. Y a partir de entonces pasaba allí los días y las noches llorando. Sus lágrimas rodaban al suelo, y las raíces del melocotonero las bebían ávidamente. Y el alma del pájaro pasó al árbol y a sus ramas. Y el melocotonero se cubrió de gruesos frutos rojos y frescos, más dulces que la miel. Bastaba que el joven comiera uno solo para calmar la sed y el hambre. El rumor de sus hojas calmaba su tristeza y le hacía soñar, con los ojos perdidos en el horizonte.

Mientras tanto, la madrastra seguía viviendo en el palacio, procurando no aparecer ante los ojos del señor de la casa. Y tramaba sin descanso nuevos

proyectos para casar a su hija. Entonces advirtió el amor del joven por el melocotonero e inmediatamente empezó a odiar a aquel árbol.

La madrastra aprovechó una ausencia de unos instantes para abatir el melocotonero. A su vuelta, el joven lo encontró tumbado en el suelo, muerto. Entonces se arrodillo junto al árbol y besó sus ramas. Las lágrimas rodaban por su cara cuando cogió los melocotones, uno a uno, acariciándolos largamente.

Luego, cortó una rama del árbol muerto y construyó un laúd con ella. Y cuando hizo vibrar las cuerdas del instrumento, el laúd emitió un sonido puro y dulce, semejante al de los arroyos en las pendientes montañosas, al del viento en la copa de los pinos. El muchacho-serpiente se sentó con su laúd y empezó a tocar. Su dolor se apaciguó y su tristeza se le hizo más soportable. Y el laúd cantó desde la salida del sol hasta el crepúsculo y desde la noche hasta la aurora.

La madrastra no podía soportar el amor del joven por su laúd. Esperó el momento propicio y echó el laúd al fuego.

Prendió y ardió en un abrir y cerrar de ojos. A su vuelta el joven buscó su laúd por todo el palacio. Y entonces vio, sobresaliendo de la chimenea, un trozo de cuerda calcinada. Se estremeció de espanto y de dolor y se lanzó al fuego para extender las cenizas; pero de su laúd sólo quedaban algunos fragmentos incandescentes. Desesperado, reunió sin embargo los pobres restos, los puso en una bandeja y los dejó al lado de su cama.

Día y noche siguieron ardiendo y despedían tan agradable calor que hacía tan bueno en la habitación como en el corazón de la más suave primavera. El muchacho-serpiente no apartaba los ojos de las llamas y permanecía sentado todo día junto al fuego sin alejarse nunca de allí.

Y una noche su gato se acercó a él sigilosamente, saltó a sus rodillas y murmuró:

—Muchacho-serpiente, yo sé cómo liberar a tu mujer. Si eres capaz, durante cien días, de regar este fuego con cien cubos de agua viva, entonces tu mujer volverá en el centésimo cubo, el centésimo día.

—¡Gato, precioso gato! —exclamó el muchacho-serpiente—, ¿cómo has sabido eso? ¿Es realmente posible?

—Créeme, muchacho-serpiente —ronroneó el gato en sus rodillas—, durante mucho tiempo he corrido y preguntado en todas partes sin olvidar ningún animal, ninguna piedra. Nadie sabía nada. Y, por fin, el viejo pino del valle me ha contado el secreto.

—¡Ay, gato, precioso gato, con tal de que sea verdad! —exclamó el joven loco de alegría.

E iba corriendo a buscar un cubo cuando encontró a la madrastra.

—¿No quieres ver a mi hija? —preguntó ella con voz zalamera—. Seguramente sabrá distraerte.

—Si quieres, tráeme a tu hija —respondió el joven—. Pero no antes de que hayan pasado cien días.

Y desde entonces el muchacho-serpiente se levantaba antes del amanecer y llevaba pesados cubos de agua hasta que salían las primeras estrellas.

Y durante cien días regó el fuego con cien cubos de agua. Estaba tan cansado que apenas podía andar. Y cuando llegó el centésimo día y el muchacho-serpiente hubo vertido el centésimo cubo al amanecer, de repente sintió que las piernas le flaqueaban. El mundo se puso a dar vueltas, se desmayó y se durmió con profundo sueño.

Durmió toda la noche, inconsciente del tiempo que pasaba. Y cuando por la mañana volvió en sí, sintió que una mano suave acariciaba sus cabellos.

Entonces abrió los ojos y una dicha inimaginable y profunda le invadió. A su lado estaba sentada, más joven y más bella que antes, su amada esposa.

Y de repente llamaron a la puerta. Era la madrastra que entraba, empujando a su hija, a la que tanto deseaba casar con el muchacho-serpiente.

A la vista del espectáculo que se ofreció a sus ojos, fueron presas de tal terror que huyeron enloquecidas y cayeron en un abismo profundo adonde nadie fue a buscarlas jamás.

Y el muchacho-serpiente vivió para siempre dichoso con su mujer.

Ni a la suela del zapato

NO había en este mundo mejores amigos que Li Kuei y Chang Tsai. Chang Tsai tenía una esposa tan habilidosa como bella. Todos la consideraban tan experta en coser y bordar como en cocinar o cultivar su jardín. Chang Tsai lo sabía y estaba muy orgulloso de ella.

Su amigo Li Kuei, en cambio, se avergonzaba de la suya, fea y estúpida. Y todos añadían que además era autoritaria y perezosa, tenía mal genio y era celosa. ¡Pobre de Li Kuei si alababa a alguien delante de ella!

—¡No me llega ni a la suela del zapato! —exclamaba siempre con voz malvada, porque realmente creía que era una mujer perfecta.

Un día que Li Kuei recibió a unos amigos, alguien comenzó a hablar de la mujer de Chang Tsai y los demás alabaron sus virtudes.

La mujer de Li Kuei puso mala cara y, cuando se fueron los invitados, explotó:

—¡Li Kuei, no te comprendo! No me defiendes jamás. Durante la velada no hemos oído otra cosa que la mujer de Chang Tsai por aquí, la mujer de Chang Tsai por allá... ¡Como si yo no existiera! Y, sin embargo, ¡seguro que no me llega ni a la suela del zapato!

Y de este modo continuó vociferando durante la noche. Li Kuei callaba y miraba por la ventana.

—¡Es indignante! ¿Por qué no vas tú mismo a ver qué aspecto tiene la casa de la mujer de Chang Tsai?

Comprobarás lo que hay de cierto en lo que cuenta la gente. ¡Vamos! ¡Ve allí, ve allí, mi pobre amigo! ¡Seguro que está lejos de llegarme a la suela del zapato!

Entonces Li Kuei, sin prisa, fue a casa de Chang Tsai.

La bonita puerta negra de mimbre trenzado estaba cuidadosamente cerrada. Li Kuei llamó y una amable voz le contestó.

—¿Quién llama a nuestra puerta?

—Ábreme, mujer —dijo Li Kuei—; soy el amigo de Chang Tsai y vengo a visitarle.

La puerta se abrió y la mujer de Chang Tsai apareció, limpia y bien peinada.

—Te doy la bienvenida, querido huésped. Entra, te lo ruego, y siéntate un instante, aunque tendrás que conformarte con mi compañía, porque mi marido está ausente.

Y le hizo un gesto para que entrara. Li Kuei, embelesado por sus amables palabras y su tono educado, no sabía qué contestar.

Al penetrar en el patio vio un asno atado en un rincón, un asno muy gordo, con la piel reluciente como la seda y que comía alegremente balanceando la cabeza.

—¿Es vuestro ese asno? —preguntó Li Kuei—. ¡Qué animal tan hermoso!

—Los he visto mejores en la aldea —respondió la mujer de Chang Tsai con modestia—. Nosotros sólo lo alimentamos con heno.

Y Li Kuei entró en la casa, donde una anciana estaba sentada junto al fuego, hilando.

—Qué buen aspecto tiene esta dama —exclamó Li Kuei.

—Es mi suegra —dijo la mujer de Chang Tsai—. Le ofrecemos respetuosamente el mejor alimento que tenemos.

—¡Ah, bien, bien! —farfulló Li Kuei, que no podía dar crédito a sus ojos ni a sus oídos—. Y entonces, ¿qué eres tú, mujer? —añadió Li Kuei, curioso por oír la respuesta que iba a darle.

—Yo, querido huésped, soy una hoja verde sobre una rama florida.

—¿Puedes explicarme, mujer, lo que se dice por ahí? —preguntó Li Kuei cada vez más aturdido.

—Que soy la sirvienta de tu amigo —respondió la joven.

Li Kuei, maravillado ante tanta amabilidad y encanto, no tenía ganas de irse. Permanecieron sentados charlando de toda clase de trivialidades. Y cuando casi llegó el mediodía, Li Kuei se levantó para despedirse. Pero la mujer de Chang Tsai protestó:

—Estaría bueno, vecino, que te fueras ahora. Espera un instante; la comida estará lista en seguida.

Marchó a la habitación contigua, sacó un plato y preparó unas pastas.

—Mujer —preguntó Li Kuei—, ¿qué es lo que suena?

—No es nada, vecino —contestó la joven riendo—. Son mis pulseras que tintinean sobre el plato.

Li Kuei estaba mudo de asombro, pues todo en aquella casa respiraba limpieza y buen gusto. Y antes de que hubiera podido saciarse de aquel espectáculo, la mujer de Chang Tsai entró en la habitación con una fuente de pastas humeantes. La vajilla resplandecía, las pastas eran largas y finas. Li Kuei tuvo la impresión de no haber comido jamás nada tan bueno.

—¿Utilizas alguna harina especial?

—Harina de loto —respondió la joven.

«La gente tiene razón —pensó Li Kuei al terminar de comer—, es inteligente y bella».

Entonces dio las gracias a su anfitriona, se despidió y volvió a su casa.

—¿Y qué? —lanzó su mujer con burla—, ¿has visto los milagros? Te has quedado sin aliento, ¿verdad?

—Tienes razón, me he quedado sin aliento —reconoció Li Kuei.



母親節小畫家及小作家比賽



Y le contó lo que había visto y oído.

Durante su relato, su mujer pasó del enfado a la ira, hasta que por fin gritó:

—Ahora vas a ir a invitar a Chang Tsai, y yo le recibiré. ¡Lo que hace la mujer de Chang Tsai lo hago yo cien veces mejor! ¡Ya te he dicho que no me llega ni a la suela del zapato!

El desdichado Li Kuei, acompañado por los gritos de su mujer, fue a invitar a su amigo.

—¡Ja, ja! ¡Vas a ver que no me llega ni a la suela del zapato! —oyó todavía Li Kuei mientras cruzaba el portal.

Pero apenas Li Kuei hubo desaparecido, su mujer dejó inmediatamente de gritar para repetir en alta voz lo que había dicho la mujer de Chang Tsai. Pronto se sabía de memoria las respuestas. ¡Podría decir exactamente lo mismo! Sólo una de las respuestas le preocupaba: no conseguía acordarse de «soy una hoja verde sobre una rama florecida». Entonces, para recordarlo, cortó una ramita de melocotonero y la escondió en su armario.

Durante ese tiempo, la noticia de que la mujer de Li Kuei iba a recibir visita se extendió por la aldea y todo el mundo se sorprendió mucho. Y el día en que Chang Tsai se dirigió a casa de Li Kuei, la mitad del pueblo, lleno de curiosidad, le siguió. Li Kuei se escondió fuera y dejó a su mujer sola.

Chang Tsai llegó ante la puerta entreabierta.

—¿Está Li Kuei? —preguntó cortésmente Chang Tsai.

La mujer de Li Kuei, que se había aprendido la pregunta: «¿Quién llama a nuestra puerta?», se quedó confusa.

—¡No, no es demasiado pronto! —dijo a Chang Tsai—. Hace un rato que espero. ¿Por qué no has llamado a la puerta?

Chang Tsai se quedó muy turbado.

—Soy el amigo de Li Kuei y vengo a visitarle.

Esta vez, la mujer conocía la respuesta.

—Te doy la bienvenida, querido huésped —respondió con voz alegre, y abrió el portal de par en par.

—Entra, te lo ruego, y siéntate un instante, aunque tendrás que conformarte con mi compañía porque mi marido está ausente.

Y la mitad del pueblo, curioso por ver lo que ocurría, se precipitó al patio detrás de Chang Tsai. Había un asno atado en el patinillo, paciendo heno.

—Tiene buen apetito —dijo Chang Tsai.

—Es nuestro asno. Le servimos respetuosamente el mejor alimento que tenemos —se apresuró a contestar la mujer de Li Kuei.

Chang Tsai no daba crédito a sus oídos, pero se abstuvo de mostrar su asombro.

Entonces entró en la casa y la mitad del pueblo tras él. Junto al fuego había una anciana sentada hilando lana.

—¡Qué buen aspecto tiene! —dijo Chang Tsai.

—Las he visto mejores en el pueblo —comentó inmediatamente la mujer de Li Kuei—. Sólo la alimentamos con heno.

Y estaba encantada de saber responder a todas las cuestiones como la mujer de Chang Tsai.

Los vecinos se guiñaban el ojo unos a otros y no se atrevían a reírse demasiado alto, pero les costaba contenerse y carraspeaban para evitar soltar la carcajada. Por fin, uno de ellos, que ya no podía más, se apresuró a hacer la pregunta que le quemaba los labios:

—¿Y tú qué eres, mujer?

A la mujer de Li Kuei se le ensombreció el semblante. ¡No conocía la respuesta! Hum, soy..., yo..., imposible acordarse... Entonces corrió hacia el armario y miró lo que había metido. Pero la rama de melocotonero había cambiado de aspecto y en la rama seca no quedaba sino un melocotón medio podrido.

—Yo... ¡soy un melocotón podrido en una rama seca! —gritó con voz triunfal.

Ninguno de los vecinos presentes pudo contenerse más y estalló una carcajada general.

Feliz por su éxito, la mujer de Li Kuei estaba muy orgullosa.

«He contestado bien —pensó—. Qué celosa va a estar de mí la mujer de Chang Tsai».

Pero los huéspedes empezaron a cansarse de tanta estupidez y les hubiera gustado marcharse. A Chang Tsai también.

—Bueno, mujer —dijo con cierta vacilación—, volveré cuando mi amigo esté en casa.

Pero la mujer de Li Kuei protestó y le obligó a la fuerza a quedarse a comer. Chang Tsai no tenía más remedio que llevarlo con paciencia.

La mujer abandonó la habitación, se puso gruesos brazaletes, llenó un cuenco de harina y añadió agua. Empezó a amasar. La masa se desbordó por la mesa, cayó por los bordes del cuenco al suelo, pero a ella no parecía importarle. Se arremangó. La masa le saltó a la cara, le salpicó las mangas. De pronto se dio cuenta de que los brazaletes estaban llenos de masa y no

podían tintinear. Entonces se puso a gritar y a dar tan fuertes golpes contra, el cuenco que rompió un trozo.

En la habitación contigua, Chang Tsai se sobresaltó.

—¿Qué ocurre, mujer?

—Oh, no es nada —respondió la mujer de Li Kuei—. Son mis brazaletes que tintinean al chocar con el cuenco.

Chang Tsai movió la cabeza y no dijo nada. Pasó un largo rato y la mujer de Li Kuei apareció con una fuente de pastas. Los huéspedes se pusieron a comer. Las pastas estaban espesas, amargas y medio crudas.

—¡Por lo menos, ya sabéis todos lo que sé hacer! —pregonó la mujer de Li Kuei en tono victorioso. Y añadió desafiante—: ¡Ya decía yo que ninguna mujer me llega ni a la suela del zapato, ni a la suela del zapato!

Y continuó dándose importancia sobre su habilidad, la forma en que se ocupaba de su familia y de su casa. Poco a poco su voz fue la única que sonaba en la habitación, pero eso no le impidió seguir hablando sin parar. Hacía mucho que nadie la escuchaba. Todos se dedicaron a pensar en otra cosa y, después de posar discretamente los palillos, desaparecieron.

Chang Tsai se fue el último. Vio fuera a Li Kuei, que volvía a su casa.

—Bueno —susurró Li Kuei—, francamente, ¿qué te parece mi mujer?

Chang Tsai le miró fijamente a los ojos y contestó moviendo la cabeza:

—¡No le llegas ni a la suela del zapato!

Y soltó una carcajada.

Desde ese día, a la mujer de Li Kuei no le llamaron otra cosa que «¡Ni a la suela del zapato!».

La fuente roja

LO que voy a contaros pasó hace mucho tiempo. El joven Che-tuán vivía entonces ya no sé si en una aldea del Sur o del Norte. Era un apuesto muchacho, valiente y perseverante. Una florida primavera conoció a una joven llamada Flor de Jade, y poco después se casó con ella. Flor de Jade era bella como una piedra preciosa, buena y diligente.

Che-tuán era muy feliz, pero no habría de serlo por mucho tiempo. Su madrastra vivía con la joven pareja y, como ocurre a menudo, la anciana tenía celos de la joven. La pobre niña nunca hacía nada a su gusto. Un día, la madrastra se negó a comer, con el pretexto de que la comida estaba demasiado caliente, y al siguiente, porque estaba demasiado fría. La recién casada hacía lo que podía para complacer a su suegra, pero muy pronto comprendió que perdía el tiempo. Parecía incluso que cuanto más servicial era y más primor ponía en los trabajos de la casa, más desagradable se mostraba la anciana.

Flor de Jade amaba a Che-tuán con toda su alma, por lo que se esforzaba en atender lo mejor posible a su madrastra, cuya injusta actitud le partía el corazón. A menudo derramaba en silencio abundantes lágrimas, y Che-tuán, con el corazón oprimido, observaba cómo la rosa de las mejillas de Flor de Jade se iba marchitando, pero se sentía impotente para poner remedio a aquella situación. Las costumbres de entonces no permitían a un hijo rebelarse contra su madre.

Una noche, al volver a casa, Che-tuán descubrió horrorizado a Flor de Jade deshecha en llanto junto a la chimenea. Con el corazón destrozado, se acercó a su querida esposa, la tomó en sus brazos y trató de consolarla; sintió más que nunca su impotencia frente a la madrastra.

—Oh, Che-tuán —sollozaba la pobrecilla—, puedes creerme, si no fuera por ti, hace mucho tiempo que hubiera huido de aquí. Pero ya no tengo fuerzas para soportar este calvario. ¡Ay! ¿Qué vamos a hacer?

Che-tuán se sintió profundamente afligido. Contempló a su querida Flor de Jade, que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y tomó una decisión.

—No podemos permanecer aquí por más tiempo —dijo en tono decidido—. Esta misma noche nos escaparemos.

Al llegar la medianoche, se deslizaron sin hacer ruido a la cuadra, ensillaron dos flacos caballos, cruzaron en silencio el portal y se dirigieron rápidamente hacia el Noroeste.

Cabalaron durante mucho tiempo, atravesando varias aldeas, y llegaron a una región montañosa. Allí, Che-tuán abandonó el camino y enfiló un sendero tortuoso y desigual. Flor de Jade le siguió dócilmente. En la oscuridad de la noche, la marcha se hizo más difícil todavía. Los caballos resbalaban en las piedras y sus cascos retumbaban en el silencio.

La aurora empezaba a despuntar en el momento en que llegaron a la cima del monte. Flor de Jade y Che-tuán se habían detenido, y guardaban silencio, uno al lado de otro. Contemplaban las flores primaverales que, en el crepúsculo, resplandecían en el verde de los prados altos; parejas de garzas volaban en el fresco aire matinal y los gorriones piaban en las ramas.

—Cada uno de estos pájaros tiene su nido —suspiró Flor de Jade—. Toda criatura posee un lugar donde reposar la cabeza, y nosotros no contamos con nada. ¡Cuántos problemas tienes por mi culpa, mi pobre Che-tuán!

—¿Problemas? No te preocupes —dijo Che-tuán moviendo alegremente la cabeza—. Por la noche dormiremos en una gruta, y de día descansaremos al pie de un árbol. ¡Arre, caballito!

Y de nuevo los cascos de los caballos retumbaron en el suelo pedregoso, atravesaron los bancos de niebla, se deslizaron por las pendientes heladas, hasta que por fin las cabalgaduras se detuvieron en la cima más alta.

Che-tuán miró a Flor de Jade sonriendo, y la joven se puso ligeramente colorada.

—No estoy nada cansada —dijo a su joven esposo—; sólo desearía poder estar así contigo toda la vida.

Y una vez más lanzaron a sus animales por montes y valles, senderos y bosquecillos. Cuando el sol empezó a salir, los caballos se detuvieron. Che-tuán y Flor de Jade se quedaron maravillados ante una fuente cuya agua despedía reflejos de rubí con los primeros rayos del sol. La superficie del espejo que formaba el agua brillaba como la luna. Un manantial surgía de la fuente, cuya agua transparente era roja como la sangre. A su alrededor crecía, tupida como la hierba, una florecita escarlata cuyo perfume, penetrante y embriagador, llenaba el espacio.

Flor de Jade lanzó un gritito de admiración. Che-tuán la ayudó a bajar del caballo y la dejó en medio de la alfombra de flores.

—Debemos descansar un poco —dijo.

Flor de Jade miró un instante los caballos, que pacían con buen apetito las flores rojas, luego se levantó y se acercó a la fuente. Como fascinada, contempló durante mucho rato aquel agua a la vez cristalina y roja e, inclinándose un poco más, la cogió en el hueco de la mano y bebió de ella. El agua estaba deliciosa. Le reconfortó el cuerpo como si hubiera sido un vino exquisito, e inmediatamente se disipó su cansancio.

Dirigió una sonrisa a su marido, que constató que las flores de melocotonero habían vuelto a sus mejillas, frescas como antes. En ese momento, uno de los caballos relinchó. Che-tuán se volvió y no pudo dar crédito a sus ojos. En lugar de los flacos jamelgos que les habían conducido hasta allí, dos briosos corceles piafaban entre las flores rojas, agitando sus brillantes crines. Che-tuán se estremeció, y también Flor de Jade tembló de miedo.

—Todo esto me da mala espina. Vámonos de aquí en seguida —dijo.

Inmediatamente saltaron a las sillas y lanzaron sus cabalgaduras al trote. Pero ahora, ¡era muy distinto! Los dos caballos galopaban alegremente, siempre hacia adelante, sin preocuparse de cuevas ni pendientes, volaban como el viento por encima de rocas inaccesibles; como pájaros, pasaban sobre barrancos de varios metros de anchura. Después de galopar todo el día y toda la noche, la montaña de la fuente roja había quedado muy atrás, perdida en las brumas, más allá del horizonte.

Aquella noche, los dos jóvenes llegaron a una aldea e hicieron alto junto a una pequeña cabaña. Che-tuán golpeó la aldaba de la puerta. Una ancianita acudió a abrir.

—¿Así que sois viajeros? Supongo que venís de lejos, porque nunca os había visto por estos parajes —les dijo en tono agradable.

—Mi buena señora —contestó la joven en tono afligido—, hemos viajado todo el día y toda la noche, no conocemos a nadie por aquí y estamos rendidos, nosotros y nuestros caballos. Creo que no podríamos seguir viajando un día más. Tenga la bondad de dejarnos pasar aquí la noche.

—Con mucho gusto —respondió la anciana—. De todas formas, estoy completamente sola. Os daré la pequeña habitación de poniente, y os quedaréis el tiempo que queráis.

Luego, la anciana invitó a entrar a sus huéspedes, y les dio de comer y de beber. Mientras estaban allí los tres, sentados tranquilamente y charlando, les

pareció a los dos jóvenes enamorados que habían encontrado su verdadero hogar. La anciana era tan entrañable que tenían la impresión de que la conocían desde hacía mucho tiempo. Por eso se lo contaron todo, las razones que les habían obligado a huir y su carrera por montes y valles. Ni siquiera omitieron hablarle de la fuente misteriosa, de agua escarlata. Al oír el incidente de la fuente roja, la anciana se echó a llorar. Los dos jóvenes se quedaron consternados ante su llanto.

—¿Sabe algo sobre esa fuente, buena anciana? —preguntó Che-tuán, con un nudo en la garganta.

—¡Ay! ¡Tenía que ocurriros a vosotros, hijos míos! Temo mucho que no sigáis juntos mucho tiempo. Esa Fuente Roja pertenece a la Montaña Roja. En esa montaña hay un arce rojo. El manantial brota de las raíces de ese arce. Todos los años, cuando en otoño las hojas del arce enrojecen, éste se transforma en un Espíritu de Cara Roja, con grandes ojos de brasa ardiente. Esos ojos ven más allá de diez cimas de montañas y miles de acantilados rocosos, y nadie puede escapar a ellos. ¡Ay, hijos míos, nadie, hasta ahora, ha escapado a ellos!

Y la anciana siguió sollozando cada vez más.

—Pero ¿qué es lo que teme tanto, abuela? ¿Es tan malvado ese espíritu? —preguntó Che-tuán, muy sorprendido.

—No, no es malvado con todo el mundo —dijo la anciana lanzando un gran suspiro—, pero es terrible si ve a una bella joven. Cada año, desde lo alto de la montaña, acecha para descubrir a la más bella muchacha del país. Y cuando caen los primeros copos de nieve, el Espíritu de la Cara Roja y su mujer se transforman en arcas. ¡Ay, hija mía!, tengo miedo por ti.

Flor de Jade se asustó mucho con aquellas palabras, pero, como no quería entristecer todavía más a la buena anciana, se echó a reír, cogió a Che-tuán de la mano y dijo:

—¿Cómo podría desearme por mujer el Espíritu de la Cara Roja si ya estoy casada?

La anciana enjugó sus lágrimas y comentó, mientras suspiraba.

—Esperemos que todo salga bien, hijos míos. Me he acostumbrado a estar con vosotros hasta el punto de que ya no me parecéis forasteros. Si queréis, podéis quedaros conmigo. No me sentiría tan sola.

Che-tuán y Flor de Jade aceptaron encantados, y Che-tuán afirmó en tono convencido, antes de separarse de ella por la noche.

—No tema, abuela, nada en el mundo podrá separarnos a mi querida esposa y a mí.

Desde entonces, vivieron los tres en la pequeña cabaña, y los dos jóvenes ayudaban a la anciana lo mejor que podían. Los días pasaban, y hacía mucho que habían olvidado el triste presagio de la noche de su llegada.

Pero la anciana no olvidaba. Observaba, angustiada, el trigo que amarilleaba, las uvas que maduraban, y cuanto más cortos eran los días, mayor era su angustia. Llegó al fin el tiempo en que la hoja del arce toma su color rojo. El miedo impedía entonces dormir a la anciana, pero hasta aquel momento todo continuaba como antes.

Los días se acortaban cada vez más y llegaba la noche en seguida. Chetuán volvió del campo una tarde cuando ya caía la noche. Acompañado de Flor de Jade, fue a dar de comer a los caballos al establo; la luna brillaba en el cielo. La anciana salió al umbral para observarles. Estaba muy inquieta.

Entonces vio una hoja roja de arce revolotear por el patio llevada por la brisa. Dio vueltas y vueltas y desapareció en un gran torbellino de viento salvaje y, en medio del patio, surgió el Espíritu de la Cara Roja. Sus rojos cabellos flotaban al viento, sus grandes ojos de brasa lanzaban rayos, las largas mangas de su manto rojo barrían el suelo. El Espíritu de la Cara Roja agitó el brazo, e inmediatamente la hoja de arce rojo se transformó en una carroza nupcial.



La anciana lanzó un grito de terror y se desplomó, medio muerta. Al oír el grito, Che-tuán salió de la cuadra, seguido de Flor de Jade. Entonces Cara Roja movió el brazo por segunda vez, y Flor de Jade se encontró sin saber cómo en la carroza.

Cara Roja soltó una sardónica carcajada y agitó el brazo por tercera vez. La carroza se elevó por los aires, y antes de que Che-tuán, recuperado de su asombro, hubiera comprendido lo que pasaba, Flor de Jade había desaparecido en la oscuridad de la noche. A lo lejos, en la cumbre de la montaña, se oyó una voz que retumbó en la llanura:

—¡Bebió el agua de mi fuente y será mi mujer, será mi mujer!

Che-tuán se quedó estupefacto, como sumergido en un sueño. No gimió ni lloró. Silencioso, tenía la mirada fija en la dirección en la que había desaparecido Flor de Jade. Pero en ese momento oyó un suspiro. La anciana había despertado de su desvanecimiento y empezaba a lamentarse.

Che-tuán se acercó para levantarla del suelo, y le dijo:

—No llores, abuela, yo la traeré.

—Estás loco, hijo mío —dijo la anciana, horrorizada—. ¿Quieres que te mate a ti también? Se ha llevado así a muchísimas jóvenes, y jamás, jamás ha vuelto ni una sola.

—A pesar de todo, abuela, yo voy —declaró tranquilamente Che-tuán, dirigiéndose hacia la cuadra para sacar a su caballo.

—Por lo menos coge un cuchillo, no vayas con las manos vacías —le recomendó la anciana.

Che-tuán tomó el cuchillo que la anciana le daba, y la abrazó como si fuera su propia madre. Se puso el puñal en el cinturón, de un salto montó en el caballo y se dirigió hacia la montaña.

Al llegar al pie del primer macizo, dijo esta plegaria:

—¡Amable caballo, llévame más allá de esta gran roca!

El caballo se encabritó, y de un solo impulso voló literalmente por encima de la montaña. Y al galope prosiguió su marcha en línea recta, sin preocuparse por los caminos o los bosques, retumbando sus cascos sobre las duras piedras. Y una vez más Che-tuán suplicó a su fiel cabalgadura:

—¡Amable caballo, llévame por encima de aquel alto acantilado!

El caballo reunió todas sus fuerzas y saltó por encima de un profundo barranco, hasta lo alto del acantilado. Avanzaba la noche y la oscuridad se hacía más densa. El caballo galopaba, volaba por la noche profunda, sus cascos soltaban chispas. Y Che-tuán, como petrificado en su montura, iba

inclinado sobre las crines. Los ojos del hombre y del animal parecían lanzar fuego.

Llegó la aurora y el caballo se detuvo. Che-tuán levantó la cabeza. Ante él, una enorme cadena de montañas se erguía hasta el cielo. La Montaña Roja se encontraba allí, pero inextricables malezas de zarzas interceptaban los caminos, árboles gigantescos crecían tupidos como la hierba, y en donde había un poco de espacio las rocas se amontonaban unas sobre otras. ¿Cómo penetrar allí? ¿Por dónde buscar la Fuente Roja? El macizo montañoso estaba lleno de pendientes abruptas y barrancos, los acantilados rocosos se alzaban hasta el cielo.

Che-tuán se dijo que podría perfectamente buscar el camino durante mil días y mil noches sin encontrarlo, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró a su alrededor, y sólo vio una montaña después de otra, hacia cualquier lado. Entonces estiró el puño, impotente, hacia aquella montaña hostil, y exclamó:

—¡A pesar de todo, te lo juro, Espíritu de la Cara Roja, recuperaré a Flor de Jade! ¡Amable caballo, te lo ruego, llévame a la cima de la montaña más alta!

Inmediatamente el caballo se puso al trote y se elevó por encima de las cumbres y los barrancos, los picos y los abismos, los precipicios, y fue a detenerse en la cima del macizo más elevado. En ese instante, Che-tuán ignoraba todavía que precisamente en el centro de aquella montaña estaba la gruta donde el Espíritu de la Cara Roja había escondido a Flor de Jade.

Hacía ya un buen rato que la joven se encontraba allí. La gruta era de un esplendor como ella jamás había visto. De las paredes colgaban cuadros incrustados de piedras preciosas; sobre los divanes se extendían lujosos brocados de seda. En la gruta reinaba el silencio. No llegaba a ella ni el canto de los pájaros ni el murmullo del viento. El Espíritu de la Cara Roja acababa de convertirse en un apuesto joven.

—Bebiste el agua de mi fuente; por lo tanto, debes ser mi mujer —dijo sonriendo a Flor de Jade.

—Jamás seré tu mujer —respondió ella—, aunque haya bebido el agua de tu fuente.

—¿Acaso crees que alguien vendrá a liberarte? —dijo el Espíritu, sin dejar de sonreír a la joven, que no parecía temerle—. Aunque tenga tres cabezas y seis brazos, tu amado no llegará hasta aquí. Quítatelo de la cabeza.

—¿Y si a pesar de todo viene?

—Si llega hasta aquí, como tú piensas, te liberaré, te lo prometo.

Al decir esto, el Espíritu soltó una carcajada. Se volvió para mirar, fuera de la gruta, las puntas rocosas cubiertas de zarzas. Entonces se quedó paralizado de estupor. Su mirada había atravesado las murallas naturales y había descubierto a Che-tuán avanzando a toda velocidad en su fogoso corcel.

Frunciendo el ceño, el Espíritu de la Cara Roja se quitó el cinturón y lo lanzó fuera de la gruta, el cual se transformó en un gigantesco dragón que, con las enormes fauces abiertas, comenzó a descender la pendiente arrastrándose.

Che-tuán, que escrutaba ansiosamente el horizonte, divisó entonces dos luces rojas. Antes de que hubiera comprendido de qué se trataba, el dragón estaba ante él, con sus dos ojos llameantes sobre su enorme boca de fuego, abierta como un horno. Apretando los dientes, Che-tuán lanzó su caballo hacia el monstruo. Como una flecha, el jinete, firme en su montura, penetró en la enorme garganta abierta como un portalón, y enfiló directamente hacia el estómago. Era como si montura y jinete hubieran caído en una cuba de agua hirviendo. Pero Che-tuán no se dejó asustar. Agarró su cuchillo con una mano que no temblaba en absoluto, rajó valientemente la pared elástica, y el jinete todavía montado rodó al suelo. Cuando miró a su alrededor, Che-tuán no vio el menor rastro del dragón. Solamente un cinturón yacía en el suelo, semejante a una serpiente.

Una vez más, Che-tuán habló a su caballo, que emprendió de nuevo el vuelo por encima de los montes y los valles, por encima de los acantilados rocosos, dirigiéndose siempre hacia la cima más alta.

Durante ese tiempo, en la gruta, el Espíritu de la Cara Roja se dedicaba a hacer reverencias ante Flor de Jade, intentando seducirla con dulces palabras. Pero la joven no le escuchaba. Temblaba de miedo pensando que el dragón hubiera aniquilado a Che-tuán y lloraba todas las lagrimas de su cuerpo. En ese momento, el Espíritu se volvió para mirar fuera, y se sobresaltó. Che-tuán vivía, llegaba a todo galope montado en su brioso caballo. Solamente dos cimas le separaban ya del lugar dónde se encontraba su amada.

Frunciendo el ceño, el Espíritu de la Cara Roja arrancó un cuadro de la pared y agitó el brazo. De inmediato una montaña enormemente alta salió del cuadro, un pico como no se había visto jamás, recto y desnudo, se alzó a la entrada de la gruta.

Che-tuán se detuvo un instante, sorprendido, pero en seguida incitó a su caballo a que avanzara valientemente hacia adelante y hacia arriba. Mas en vano el intrépido animal hizo acopio de sus fuerzas esta vez. Sus cascos

resbalaban por la abrupta pared y, por mucho que Che-tuán le rogó y le suplicó, el caballo se caía al intentar el ascenso.

Como último recurso, Che-tuán se bajó del caballo y se puso a trepar por sus propios medios. Sus pies resbalaban por las piedras, las manos le sangraban, pero trepaba cada vez más arriba. Entonces una piedra rodó bajo su peso, y nuestro pobre héroe rodó también hasta el fondo del acantilado. Tenía las manos y el rostro desgarrados por las aristas rocosas, pero no hizo caso de ello y volvió a intentarlo, trepando lentamente, con gran dificultad; al final iba ganando altura, a fuerza de valor y de voluntad. Estaba cerca de la meta, casi a punto de llegar a la cima, y resbaló de nuevo y descendió en un abrir y cerrar de ojos cuando había subido con tan enorme esfuerzo. Estaba cubierto de heridas, tenía la ropa hecha jirones, pero apenas se daba cuenta de ello. Sólo sabía una cosa, que tenía que vencer a aquella montaña, porque era el camino que conducía a Flor de Jade. Otras tres veces se cayó cuando se hallaba muy próximo a la cima, y tres veces volvió a empezar, sin detenerse ni un instante a cobrar aliento. El sudor cegaba sus ojos nublándole la vista, la sangre se le coagulaba en la cara, en los brazos y en las piernas, hasta el punto de que la ropa se le pegaba al cuerpo. Sin embargo, Che-tuán no se rendía. Pasándose la manga por el rostro para enjugarlo, se agarró a un saliente de la roca, y entonces la montaña mágica se vino abajo de repente, y nuestro amigo se encontró al pie de un pino silvestre, en una rama de la cual colgaba el cuadro que antes había adornado la gruta, y que ahora estaba empapado de sudor y de sangre.

Che-tuán levantó los ojos. Recta ante él se perfilaba en el cielo la cima roja de la montaña mágica. Había llegado a su meta. Montó por última vez el caballo, y le dirigió hacia las alturas por vencer.

Sombría y grave, el Espíritu de la Cara Roja se hallaba de pie a la entrada de la gruta. Al ver llegar a su rival, se volvió y agitó su larga manga, mirando a Flor de Jade. De repente, la joven se quedó inmóvil, muda e incapaz de realizar un solo movimiento: en una palabra, petrificada. El Espíritu hizo el mismo gesto sobre dos almohadones, que al instante tomaron el aspecto de Flor de Jade. Era imposible reconocer, de las tres, cuál era la verdadera. Entonces el Espíritu desapareció.

Che-tuán había llegado al centro de la Montaña Roja, vio las rocas rojas, el arce rojo y, volviéndose, descubrió la entrada de la gruta. Desmontó del caballo, apartó las rocas rojas que impedían el acceso al lugar donde estaba su amada y cuando penetró allí se quedó inmóvil de estupor. Ante él había tres Flor de Jade, idénticas, e idénticamente inmóviles.

—¡Flor de Jade! —llamó, con el corazón oprimido.

No hubo respuesta.

—¡Oh, amada mía, te estoy buscando desde hace mucho tiempo, y no me respondes! —se lamentó mientras se acercaba.

Flor de Jade le veía y le oía, pero le era imposible responder. Quería correr a sus brazos, pero su cuerpo tenía la rigidez de la piedra. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Che-tuán examinó con atención a las tres jóvenes exactamente iguales. Dos pares de ojos miraban fijamente al vacío sin expresión, pero los ojos de la tercera joven expresaban un sufrimiento indecible y estaban bañados en lágrimas.

—¡Eres tú, sí, tú eres mi Flor de Jade! —exclamó Che-tuán.

Cogió a su amada en brazos para huir con ella, pero pesaba tanto y estaba tan rígida como el bloque de piedra al que se parecía. Con gran esfuerzo, la llevó fuera de la gruta, donde le esperaba su fiel caballo. ¡Ay, el valiente animal no podría llevarles! Entonces Che-tuán hizo esta súplica:

—¡Amable y buen caballo, condúcenos a casa; tú conoces el camino mejor que yo!

A continuación tomó firmemente a Flor de Jade en brazos, y se puso en marcha detrás del caballo, tropezando y avanzando con dificultad por el escabroso sendero.

Pero ahora ya no se trataba de elevarse por encima de las cumbres y los barrancos. El caballo avanzaba lentamente, abriendo un paso con sus cascos para el amo y su amada carga, a través de los bosquecillos, las zarzas y las bardanas que se le enganchaban y desgarrando lo que quedaba de su traje. El hombre cayó y se levantó cien veces, pero jamás soltó su precioso fardo, jamás lo rozó ni lo hirió. Che-tuán perdía el aliento, perdía sangre, las piernas le flaqueaban. Estaba agotado, pero avanzaba, avanzaba sin parar. No veía ni oía nada. ¡Llevaba a su amada en brazos, y nadie se la quitaría! Y así caminaban, mientras el inteligente animal mostraba y despejaba el camino.

Llevaban andando mucho tiempo cuando de repente el caballo se detuvo. Che-tuán levantó sus cansados ojos y vio que habían llegado al bosque de arces. Le hubiera gustado descansar, pero temía soltar a Flor de Jade. Con el pensamiento, sin poder expresarlo, ella le decía: «Déjame aquí, Che-tuán. Jamás llegaremos a casa. ¡Morirás por el camino!». Sus lágrimas se habían secado, pero sus ojos expresaban un dolor inconmesurable, amasaban y ardían como el fuego.

Che-tuán sentía el sufrimiento de su amada. Contempló con dulce sonrisa aquel rostro de ojos tan tristes, y le dijo:

—¡Aunque realmente te hayas convertido en piedra, jamás te abandonaré!

Apretó todavía más firmemente a Flor de Jade contra su corazón, y siguió su camino. En aquel instante, una hoja de arce revoloteó en el aire y fue a caer al suelo, entre las grandes piedras rojas. El Espíritu de la Cara Roja salió de ella sin hacer el menor ruido.

Che-tuán se sobresaltó, y apretó todavía más fuerte a su amada. Pero el Espíritu permaneció silencioso, contemplando a los dos enamorados. Por fin elevó la voz, mientras él mismo se elevaba por encima de la corona de arces, para desaparecer en sus montañas. Dijo:

—Muchachos, mi corazón es duro como la piedra. Jamás he tenido piedad de nadie, pero nunca he visto un amor como el vuestro. He perdido y me retiro.

Desde arriba dirigió una última mirada a Flor de Jade, y brotaron lágrimas de sus ojos. En ese instante desapareció. En el lugar en que había estado se alzaba ahora un bello arce en el que resplandecían gotas de rocío brillantes como la plata.

Como en un sueño, Che-tuán continuó la marcha. Mientras avanzaba, el árbol se movió, las gotas de rocío se desprendieron de él y cayeron como lluvia benéfica sobre la joven petrificada. Ésta lanzó un grito y saltó al suelo, ligera como una pluma. Radiante de felicidad, Che-tuán instaló a su amada ante él, en el caballo, y el trío emprendió alegremente el vuelo.

Pasaron por encima de muchas montañas, recorrieron muchas leguas, hasta que por fin llegaron a su hogar. La bondadosa anciana les acogió como a sus propios hijos, y les hizo millones de preguntas sobre sus aventuras. Estaba desbordante de alegría porque habían vuelto sanos y salvos. Desde ese día, los tres vivieron en perfecta armonía y tierna amistad, en la calma, la paz y el amor.

A veces ocurría que algún viajero pasaba junto a la Fuente Roja y, atraído por aquel agua clara como el rubí, bebía en ella al pasar. Pero nunca más el arce se transformó en el Espíritu de la Cara Roja en el momento en que sus hojas tomaban los tintes cobrizos del otoño.

Uno de tantos sabios

ANTAÑO vivía en una aldea un hombre que jamás dejaba de proclamar a los cuatro vientos su sabiduría. Todos le tenían por sabio y con frecuencia iban a consultarle.

En la misma aldea vivía un matrimonio formado por un hombre y una mujer terriblemente perezosos. Apenas lograban cada mañana salir de la cama. Y la gente hacía mucho que había comido y labrado un gran trozo de campo cuando nuestros perezosos seguían durmiendo. Imposible despertarse.

Un día, un vecino dijo a la mujer:

—¡Buena vida os dais, comadre! ¿Por qué no os compráis un gallo? Se pondría a cantar al amanecer y os despertaría...

—Gracias por el consejo, vecino —dijo la mujer, y corrió alegre a contar a su marido tan buena idea.

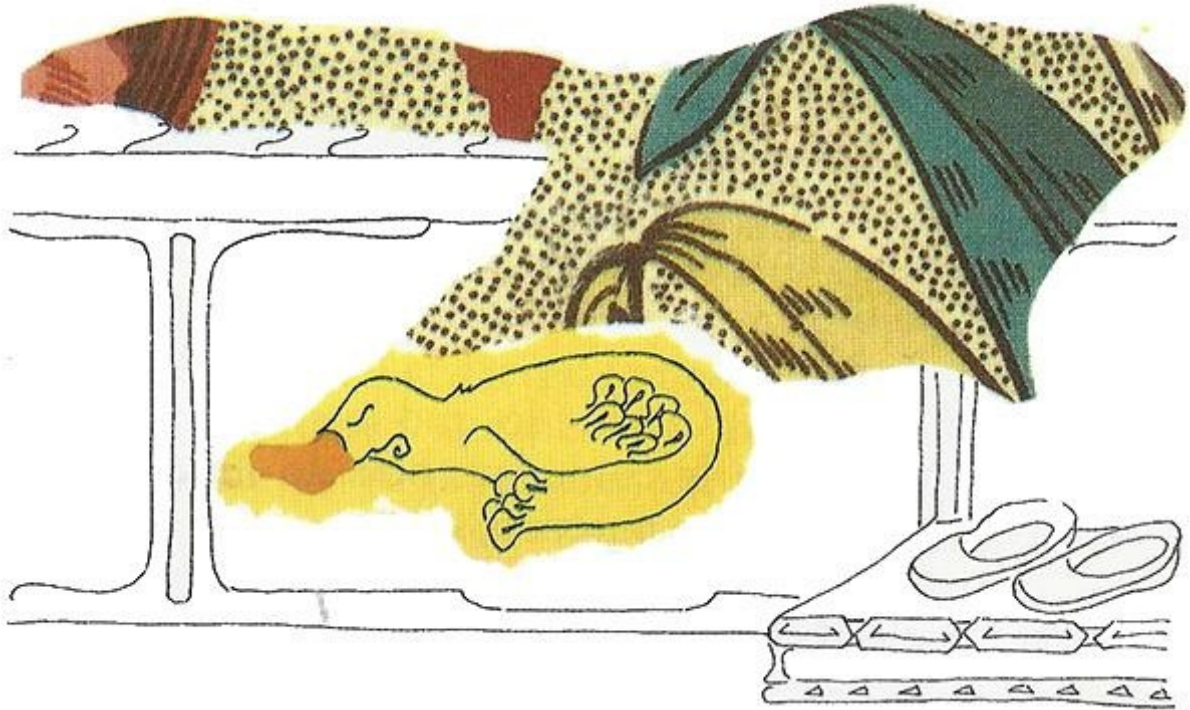
Los perezosos decidieron entonces comprarse una de esas maravillosas aves cantoras, y fueron al mercado de la ciudad vecina. Pero, como en su vida habían visto un gallo, se equivocaron de ave y compraron un pato grande.

Le llevaron a casa, le metieron debajo de la cama y se durmieron tranquilamente. Llegó la mañana, luego el mediodía, y los perezosos seguían durmiendo. El pato, acurrucado debajo de la cama, permanecía mudo.

—¡Menuda ave cantora! —se dijeron cuando por fin se despertaron, a media tarde—. Podíamos ir a consultar al sabio...

El sabio llegó, miró al pato por todas partes, y dio un largo silbido:

—¡Ya está, lo encontré! —exclamó—. ¡Habéis aplastado el pico del gallo! ¿Cómo iba a cantar el pobre animal?



Los dos perezosos se quedaron mudos de admiración por la sabiduría de aquella respuesta y creció aún más su respeto por el sabio.

Entonces ocurrió, unos días más tarde, que un buey rompió su atadura en el establo de los perezosos y empezó a correr por el patio. De pronto el buey divisó un puchero de barro lleno de semillas. Metió en él la cabeza para comerlas y luego no podía volverla a sacar. Los perezosos le tiraron del rabo, pero en vano: la cabeza seguía prisionera. Entonces, mandaron llamar de nuevo al sabio.

Éste observó un instante al buey, que corría de un lado para otro por el patio con el puchero en la cabeza, y dijo:

—Liberarle, vecinos, es lo más fácil del mundo. ¡Basta con cortar la cabeza!

—¡Oh! ¡Ah! —exclamaron con gratitud y admiración los dos perezosos.

Cogieron un cuchillo y, ¡zas!, el cuello del buey quedó partido en dos. Pero la cabeza seguía metida en el puchero.

—Ahora —ordenó el sabio— tirad el puchero al suelo y la cabeza saldrá.

—¿Cómo no se nos había ocurrido? —se sorprendieron de nuevo los perezosos.

Y, cogiendo el puchero, lo lanzaron al suelo. Se rompió en mil pedazos que cubrieron el patio. La cabeza del buey rodó.

—No imagina lo agradecidos que le estamos por sus excelentes consejos —dijeron los perezosos—. Permita que le invitemos a compartir nuestra

frugal comida.

Entonces, prepararon en honor del sabio los restos del buey muerto para organizar un gran festín. En medio de la fiesta, el sabio se puso de repente muy triste. Soltó los palillos y gruesas lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Qué le pasa? ¿Qué es lo que le entristece hasta el punto de no dejarle comer un bocado más? —preguntaron inquietos los perezosos.

—Queridos amigos —respondió el sabio lanzando un suspiro—, no lloro por mí, sino por vosotros, porque pienso en qué haréis cuando yo no esté aquí...

Y los tres se pusieron a llorar muy amargamente. Pero los perezosos no tenían por qué llorar. Pues el sabio no murió antes que ellos, y estoy seguro de que vive todavía.

Las vírgenes celestes

FUE hace mucho, muchísimo tiempo, tanto que sin duda nadie lo recuerda. La Luna y el Sol no brillaban entonces tan alto en el cielo, sino que vivían más abajo, muy cerca de la Tierra. Y hoy nadie sabe ya que la Luna y el Sol eran dos bellas muchachas de las que difícilmente se hubiera podido decir cuál aventajaba en belleza a la otra. Bastaba con levantar los ojos para poder contemplar a placer a las vírgenes celestes. En cuanto a los niños, no pasaba un solo día sin que encontraran una escalera para ir a reunirse con las dos muchachas en el cielo.

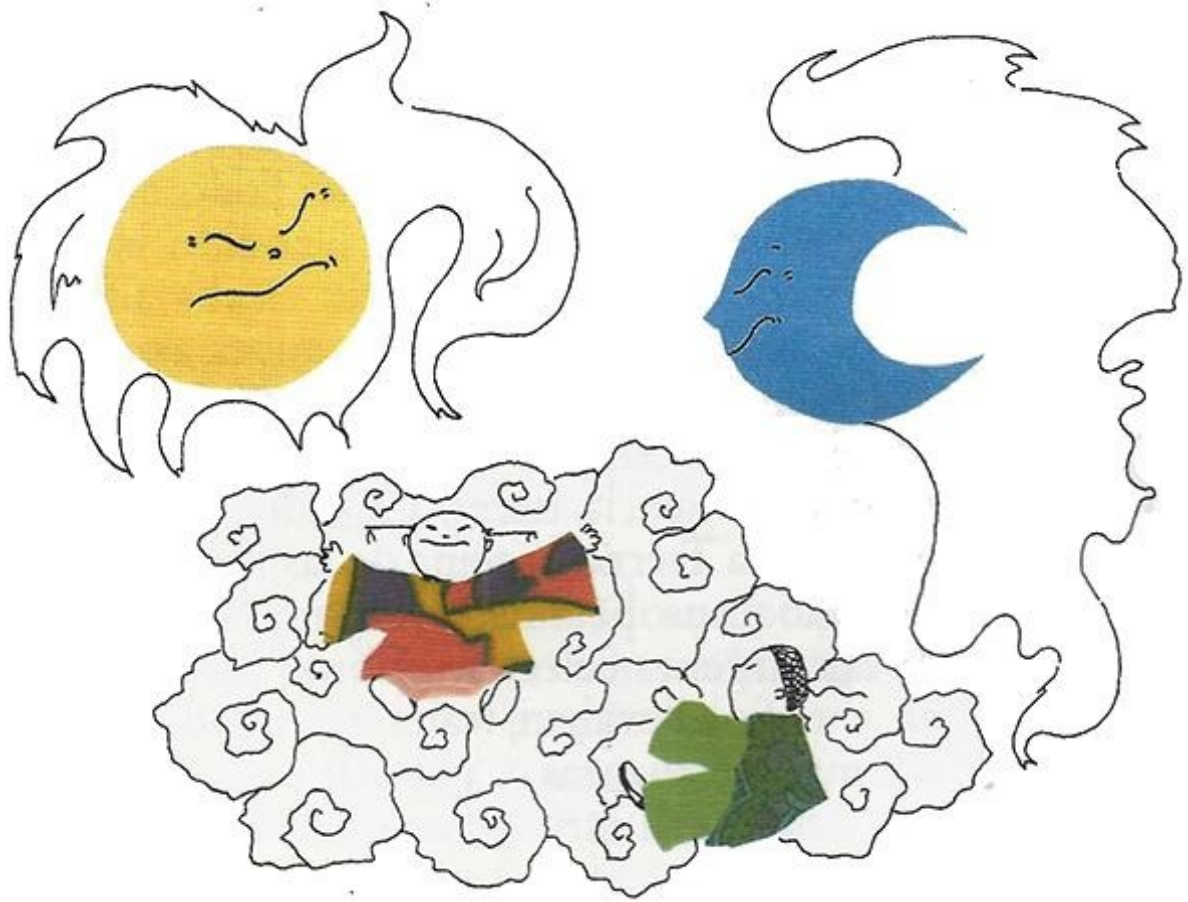
¡El cielo! ¿Qué puedo decir de él? Todo allí era tan hermoso que ningún mortal había podido imaginar jamás semejante maravilla. El suelo estaba alfombrado de nubes rizadas de seda blanca, nubes azuladas servían de cortinajes y, cuando caía la tarde, la Virgen de la Luna encendía las estrellas para que los hombres vieran claridad abajo, en la tierra. Cuando el Sol y la Luna descendían a la Tierra, la reina de las flores, la bella peonía, cerraba sus pétalos, avergonzada ante el esplendor de las vírgenes celestes. ¿Cómo sorprenderse? La Luna y el Sol llevaban trajes tejidos de nubes blancas, diademas de auroras y pañuelos de arco iris.

Sin embargo, ni una ni otra se vanagloriaban de ello. Al contrario: eran encantadoras y serviciales. De cuando en cuando levantaban los cortinajes azules del cielo para echar una ojeada al exterior y charlar un poco con los humanos. Pero preferían sobre todo a los niños, aunque los pequeños no las dejaban en paz. Cuando podían, los niños trepaban para columpiarse en los aires en alguna nube mullida. Y con frecuencia la Luna les cogía ramilletes de estrellas para iluminarles en el camino de vuelta.

Pero nada es eterno en este mundo. Un día apareció en la Tierra un hombre malvado con el alma más negra que la más oscura noche, y aquel hombre subió una mañana al cielo, destrozó los tapices y pisoteó las blancas

alfombras. ¿Sabéis lo que se atrevió a hacer también aquel desvergonzado?
¡Robó a la Luna su más bonito pañuelo de arco iris!

La ira de las dos muchachas fue terrible. Aquella misma noche fueron a instalarse muy arriba en el cielo.



Al día siguiente, al despertar, los niños levantaron los ojos al cielo. Pero... ¿qué ha pasado con nuestras amigas celestes? Entonces se pusieron a gritar muy fuerte, llorando y llamando sin parar. A la Luna le dio lástima de sus niños queridos y descendió para jugar con ellos. Pero de repente el hombre malvado surgió y atrapó a la Luna. Y no había forma de que la soltara. ¡Era el colmo de la osadía! Cuando el Sol vio la escena, sacó las agujas de su cabeza y empezó a pinchar y traspasar los ojos del miserable hasta que soltó la presa.

Pero desde ese día la Virgen del Sol no volvió a guardar las agujas y ¡pobre del que se atreva a mirarla directamente a los ojos! Pincha y traspasa despiadadamente. Pero, en cambio, la Luna no puede olvidar el mundo y sobre todo a sus amados niños. Por eso, cuando cae la noche se desliza suavemente por el cielo, mira por las ventanas de las casas y acaricia con sus rayos un poco fríos los cabellos de los niños dormidos.

La huella del dragón

HACE mucho, muchísimo tiempo, vivía un excelente muchacho, llamado San-lang. Ni que decir tiene que poseía un gran corazón. Y el muchacho debía tomar por esposa a la hija de un vecino. Pero el vecino se había hecho rico, y pensó: «Ahora que soy un señor, ¿por qué tengo que dar mi hija en matrimonio a un pobre?». Y declaró que no se la daría a semejante andrajoso. No había nada que hacer contra esa decisión.

Al saberlo, San-lang hundió la cabeza entre las manos y lloró ardientes lágrimas. Luego, pensó en su fiel amiga, su flauta, que antaño le había legado su padre, y que siempre le había reconfortado en caso de necesidad. Sabía sacar de ella todas las melodías posibles, las tristes y las alegres, las melancólicas y las conmovedoras, melodías que atraían a los pavos reales y les incitaban a bailar y aletear de forma divertida; pero también melodías que a todos los que las escuchaban hacían un nudo en la garganta y lograban que los ojos se llenaran de lágrimas. Con su flauta conseguía incluso hacer llorar a las piedras.

Un día, San-lang estaba tocando rodeado de una gran multitud. Ocurrió entonces que su ex futuro suegro pasó precisamente por allí. Uno de los oyentes exclamó:

—Mirad, es el rico campesino que no ha querido dar su hija a San-lang porque es demasiado pobre.

Aquello molestó al campesino enriquecido, y mandó a dos lacayos que prendieran aquella misma noche a San-lang y le arrojaran al mar.

Y en efecto, aquella noche, ya muy tarde, fueron a llamar a la puerta de la modesta vivienda del joven. San-lang abrió sin ningún recelo, y antes de haber podido darse cuenta de lo que ocurría le asaltaron los dos lacayos, le maniataron, le metieron en un gran saco, le cargaron a la espalda y le transportaron a la orilla del mar.

En el momento en que iban a lanzarle a las olas, San-lang les hizo una petición:

—Mis buenos señores, os lo suplico, concededme un último favor antes de que muera, dejadme tocar una breve melodía en mi flauta.

Los dos esbirros se consultaron con la mirada y, considerando que San-lang no podía escapárseles de ningún modo, accedieron a su demanda, pero le pusieron una condición:

—Debes tocar de tal forma que hagas venir a bailar a los pavos reales.

San-lang se llevó la flauta a los labios. En su ejecución expresó todo su dolor, su sufrimiento, su amargura, también su cólera. La flauta cantaba, rugía, se lamentaba y lloraba. Era una música terrible, que llegó a partir el corazón de los esbirros.

—¡Detente, que cese esa música del diablo! —exclamaron—. ¡Ya la tocarás ante el rey de los dragones, en el fondo del mar!

Pero la flauta se lamentaba y gemía cada vez más. Los dos lacayos no pudieron soportarlo, se lanzaron sobre San-lang y...

¿Creéis que le tiraron al mar? ¡En absoluto! No tuvieron ocasión, porque justo en ese momento pasó algo extraño. Se desencadenó una tormenta, fulgurantes rayos cegaron a los dos hombres, la tierra tembló, se levantaron olas enormes, y la luna desapareció tras una enorme nube.

Entonces vieron en el horizonte, sobre el mar, algo negro que se acercaba, se acercaba a toda velocidad, y cuando estuvo cerca de la orilla, San-lang y los dos hombres vieron que era la nodriza de la princesa de los dragones en persona la que llegaba, la señora Sepia.

Entonces, la señora Sepia estiró un largo brazo negro, agarró a un lacayo y, ¡plaf!, lo tiró al agua, lejos, lejos, muy lejos al mar. Luego estiró un segundo brazo negro, y el otro hombre siguió a su compañero.

A continuación dijo al joven, que se había quedado estupefacto:

—Es el Rey de los Dragones quien me envía. Te ha oído tocar la flauta, y le ha gustado tanto que te invita a visitar su palacio submarino. No temas nada —dijo la joven, cuando le vio palidecer un poco—, súbete a mi espalda, y llegaremos antes de lo que imaginas.

San-lang obedeció, y Sepia se sumergió en el agua azul.

Las olas se abrían ante ellos y volvían a cerrarse cuando ya habían pasado. En menos tiempo del que se tarda en decirlo llegaron al palacio de cristal. ¡Qué maravilloso era! En el centro de aquel esplendor, el Rey de los Dragones, el poderoso amo de las aguas, estaba sentado majestuosamente en su trono.

—¿Quién eres, muchacho? —preguntó a San-lang—. ¿Cómo te llamas? El sonido de tu flauta es tan encantador y posee tal fuerza, que mi palacio se ha estremecido hasta sus cimientos; incluso una columna de coral se ha derrumbado de emoción. Toca, muchacho, toca otra vez, toca una música alegre o triste, como quieras. Y tú, Sepia —dijo volviéndose hacia la nodriza—, trae aquí a mis hijas para que les sirva de ejemplo.

San-lang no se hizo rogar. Se llevó la flauta a los labios.

Justo cuando empezaba, se abrió la puerta e hicieron su entrada las princesas. Al verlas, San-lang se quedó casi sin respiración. Jamás había visto tanta belleza. La primera, la mayor, era bella como una imagen; la segunda era todavía más bella, y ¿qué decir de la tercera? Al contemplarla, San-lang estuvo a punto de dejar caer la flauta. Las tres princesas tenían también una flauta en la mano. Muy contento, San-lang se puso a tocar alegres melodías. Tocaba, tocaba tan bien que el Rey de los Dragones empezó a moverse en su trono de marfil, la señora Sepia se puso a dar golpecitos en el suelo con el pie izquierdo, las princesas marcaron el compás y pronto revolotearon como mariposas en la gran sala del palacio. El rey tampoco pudo resistir, cogió a la anciana ama por la cintura y se puso a bailar con ella. ¡Se organizó un baile magnífico! Jamás el Reino de las Aguas había visto nada parecido.

Por fin la flauta se calló, y los danzantes, embriagados, como en una nube, se miraron sin moverse. El primero en reaccionar fue el Rey de los Dragones, que dijo a sus hijas:

—Queridas, lo que habéis oído es música terrestre, pero no una música corriente. A partir de hoy este joven será vuestro profesor de música. Ahora, mostradle vuestros movimientos.

Las tres princesas hicieron muchos remilgos al principio, pero al final se dejaron convencer. El Rey de los Dragones volvió a su trono de marfil para escuchar en primer lugar a su hija mayor, a la que correspondía el honor de empezar. Pero desde los primeros compases el Rey apoyó la cabeza contra el respaldo del trono, cerró los ojos, volvió a abrirlos, para al final caer profundamente dormido. Al comprobar el efecto que su música hacía en su padre, la mayor de las princesas dio media vuelta y salió del salón.

La segunda princesa se puso a tocar a su vez, y entonces los párpados de la anciana nodriza empezaron a hacerse pesados, hasta que ya no pudo levantarlos: la anciana estaba profundamente dormida. La segunda hija del Rey se enfadó tanto que se levantó desdeñosamente y salió con gesto de dignidad ofendida.

Entonces la más joven de las princesas se llevó la flauta a los labios y sacó de ella sonidos tan dulces y alegres que los ojos de la nodriza se abrieron solos, el Rey se despertó, miró muy contento a la buena Sepia, se levantó, la enlazó y se puso a bailar con ella. No tenía dominio sobre sus piernas, que parecían animadas por una dicha inexplicable.

—Querida hija, reconozco que no tocas mal, pero tu ejecución todavía no puede compararse con la del joven mortal. He bailado, es verdad, pero el palacio no se ha estremecido hasta sus cimientos, y ninguna columna de coral se ha derrumbado. Así que te aconsejo, querida, que le tomes por maestro.

Y eso es lo que ocurrió. La princesa más joven de los Dragones se convirtió en la alumna más asidua del maestro, el joven mortal. Al cabo de cierto tiempo tocó de nuevo ante su padre. ¡Y ved lo que pasó! El palacio de cristal tembló hasta sus cimientos, y varias columnas de coral se derrumbaron.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó el Rey—. Tocas muy bien, hija mía, estoy contento de ti.

Pero las dos hermanas mayores sintieron ciertos celos cuando oyeron alabar así a la menor. Al día siguiente, mientras ésta se hallaba ocupada en su lección de música, fueron a ver a su padre, el Rey de los Dragones, y le dijeron:

—Papá, ¿estás ciego que no ves lo que ocurre a tus espaldas? Tu hija favorita se dispone a huir a la tierra con San-lang.

—¡No es posible! —exclamó el Rey, con el rostro congestionado de indignación—. ¡Hacedle venir aquí inmediatamente! ¡Y a la nodriza también! ¿Qué vigilancia ejerce entonces la anciana Sepia?

En seguida, la más joven de las hijas del Rey de los Dragones se presentó ante su padre, acompañada por su ama, que temblaba de miedo.

—Desdichada hija —tronó el padre—, ¿qué oigo decir de ti? Confiesa, ¿es verdad que quieres huir a la tierra con el mortal San-lang?

—Sí, papá. A pesar del respeto que te debo, debo decirte que quiero estar con él toda la vida —respondió orgullosamente la princesa.

—¡Desventurada! ¡Quieres tu perdición! Eres de dragoniana sangre real, y puedes vivir cinco siglos, mientras que esos pobres terrestres sólo en raras ocasiones alcanzan los cien años...

—Lo sé —le interrumpió la princesa, muy tranquila—, pero no puedo vivir sin él.

—¡Miseria! —se levantó el Rey—. Tu frío corazón de dragón se ha transformado en un corazón humano caliente; si no, no hablarías así.

¡Nodriz! —dijo volviéndose hacia la Sepia—, la pongo en tus manos. Vigílala bien, y no le dejes dar un solo paso fuera del palacio.

Inmediatamente, el Rey convocó al general Cangrejo, y le ordenó que llevara a San-lang a una isla del mar Occidental.

—Una isla está rodeada de agua por todas partes —dijo el Rey—, y para salir necesitaría alas. ¡Pero no creo que le salgan!

Para mayor seguridad, se arrancó un pelo de la barba y se lo dio al general, recomendándole que lo utilizara para coser la boca de San-lang. Pensaba que la princesa se había enamorado por su arte, y que cuando no pudiera tocar la flauta se vería qué hacía la princesa.

Se cumplieron las órdenes del Rey. El general Cangrejo cosió la boca de San-lang, se puso al pobre muchacho a la espalda y le transportó como un hatillo a una isla del mar Occidental.

Al cabo de unos días, la joven princesa dijo a su ama:

—Ama, me gustaría mucho ver a San-lang.

—Pero niña, ¿de qué te serviría? —dijo la anciana—. Ven, yo te consolaré, te meceré en mi seno como cuando eras pequeña. Estoy convencida de que tu padre tenía razón cuando decía que ahora tienes un corazón humano y por lo tanto caliente. ¿Acaso es posible entre los dragones? ¿Has perdido la razón? Un simple mortal ni siquiera vive cien años, y tú puedes vivir quinientos.

—No quiero vivir un solo día más si no me llevas inmediatamente con San-lang, y si no deseas acompañarme, iré sola —dijo la pequeña, que sabía perfectamente que la anciana nodriza haría lo que fuera por su querida niña.

Entonces Sepia lanzó un suspiro y respondió:

—No exageremos, sabes perfectamente que iré contigo, que te acompañaría incluso a través del fuego.

Mientras discutían así, un mandatario fue a anunciarles que el Rey de los Dragones había prometido a su hija al dragón Fierabrás, que avanzaba hacia el palacio, con toda su corte, al son de gongs y tambores.

—¡La cosa se pone fea! —exclamó la princesa—. Tenemos que huir por la puerta trasera para no encontrar al príncipe Fierabrás. Ese príncipe de dragones se alimenta de sepias y de pececitos de oro, ¡puaf!, ¡qué horror! ¿Y tendría que vivir cinco siglos con semejante esposo? ¡Antes morir!

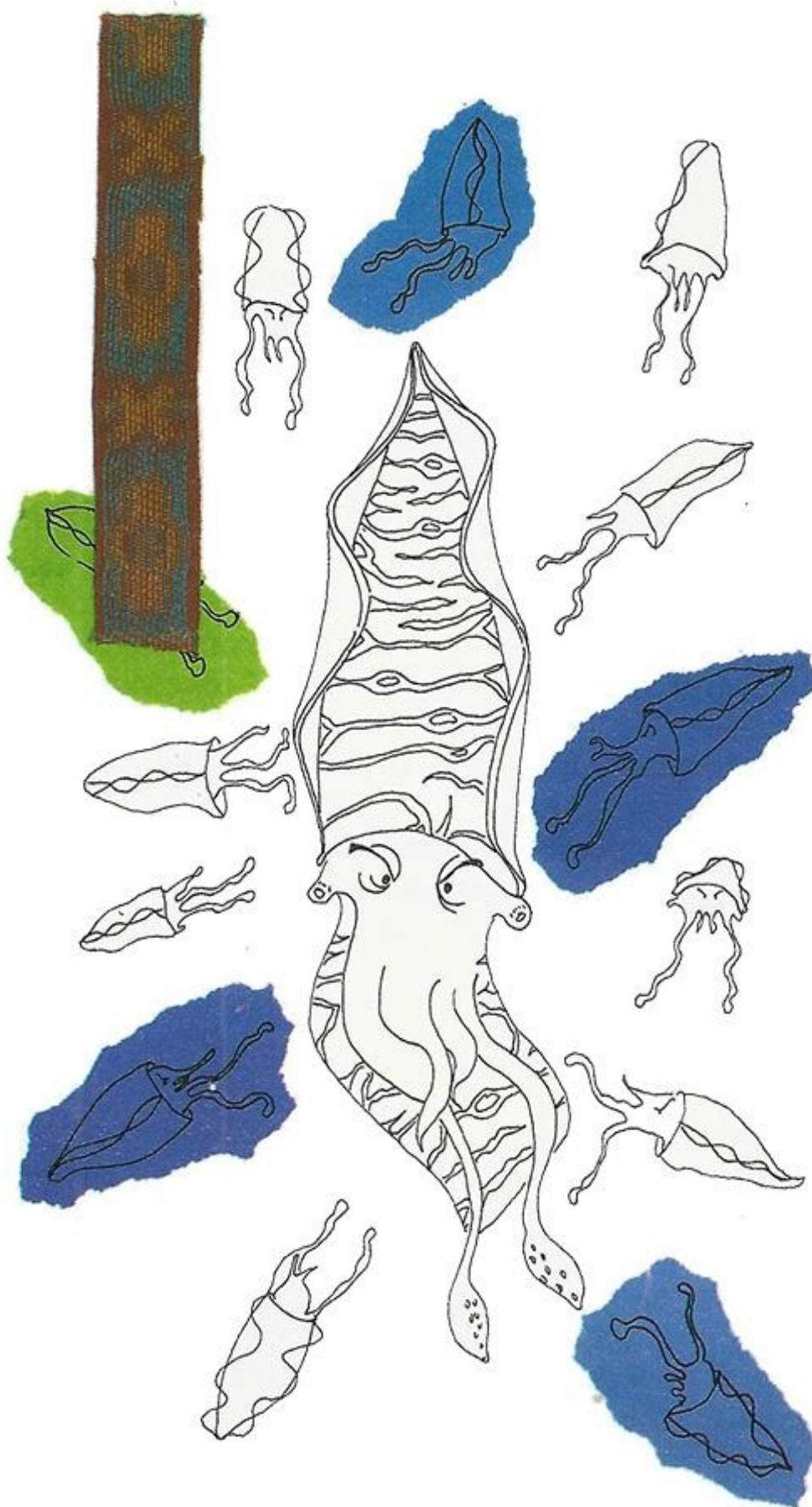
La princesita salió rápidamente por la puerta de atrás, seguida de su fiel Sepia. Todavía no estaban muy lejos cuando el agua, normalmente en calma, se puso a formar fuertes olas, y el mar empezó a rugir, a aullar, a gemir.

La anciana y sabia nodriza comprendió que la situación era desesperada. Seguramente el príncipe Fierabrás se había dado cuenta de su fuga y había comenzado a perseguirlas. La buena anciana escondió rápidamente a su pequeña en el interior de una islita de coral, en el fondo del mar, y pidió auxilio a su numerosísima parentela de sepias, mil y una exactamente. Les dijo:

—Mis queridas niñas, todas conocéis al príncipe de dragones Fierabrás. Sabéis que cada mañana, para desayunar, engulle media docena de sepias. Es el enemigo de nuestra raza, y muchos de mis hijos han perecido entre sus dientes. Y ahora resulta que persigue a mi favorita, la más joven de las princesas de los dragones. Quiere casarse con ella, contra su voluntad. Decidme, hijas mías, ¿acaso podemos quedarnos impasibles?

—No, no —respondieron mil y una voces de sepias;

Dicho esto, se pusieron en fila, abrieron sus mil y un bolsillos de tinta negra, y el príncipe Fierabrás y su séquito se encontraron perdidos en una oscuridad impenetrable. La nodriza Sepia aprovechó su desconcierto para dirigirse a toda velocidad a la isla del mar Occidental, instalar a San-lang en su grupa, llevarle hasta el lugar donde le esperaba la princesita y conducir a los dos a sitio seguro, en tierra firme. Pero cuando llegaron a tierra, ya las dos hermanas mayores de la princesita les estaban esperando.



—Hermanita —dijeron—, nuestro real padre te perdona y no quiere impedirte que vivas en la tierra con San-lang, pero te ruega que vuelvas a nuestra casa, al cabo de cien años, cuando San-lang muera. Tu prometido el príncipe Fierabrás te esperará. Y aquí tienes lo que te envía nuestro padre, para que vivas con desahogo en la tierra —añadieron, y le ofrecieron un montón de perlas, ágatas, rubíes y no sé cuántas cosas más.

—Hermanas, decid a nuestro querido padre que se lo agradezco de corazón, pero que jamás volveré al reino submarino, que quiero quedarme para siempre con San-lang y morir con él. En cuanto a todo esto, no lo necesitamos, podéis llevároslo —respondió orgullosamente la princesita.

Mientras decía esto, sacudió los brazos de sus hermanas, hasta que la cesta se volcó, y las perlas, ágatas, rubíes y no sé cuántas cosas más cayeron y rodaron al fondo del mar. Al ver aquello, las dos hermanas mayores se cubrieron el rostro con las manos y se sumergieron para desaparecer en las profundidades submarinas.

Entonces el mar se calmó, las olas se hicieron más lentas y suaves. La princesa de los dragones se inclinó sobre su querido San-lang para arrancarle el pelo de la barba paterna que le cosía la boca, y lo echó al mar.

Al ver su gesto, la nodriza exclamó:

—¡No, no hagas eso! ¡No lo tires! Ese pelo de barba está impregnado en la sangre de San-lang, y puede seros de gran utilidad.

Pero era demasiado tarde, ya estaba hecho. A la pobre Sepia no le quedaba otra alternativa que echarse al mar para intentar recuperarlo. Lo que hizo con éxito.

Se instalaron los tres en un jardín, pero pronto la inquietud se apoderó de San-lang: ¿qué haría para procurar la subsistencia de los tres?

—No te preocupes por tan poca cosa —le dijo la anciana nodriza—. Instala una cuba en el jardín y llénala de agua. Ya verás.

Cuando lo hubo hecho, la anciana nodriza cogió el pelo de barba real que había cosido la boca de San-lang y lo echó a la cuba llena de agua. Apenas el pelo tocó la superficie, unas olitas se pusieron a agitar el agua, y una gran cantidad de pececitos de oro nadaban en ella. ¡Se acabaron las preocupaciones! Muy pronto la existencia de los pececitos de oro fue conocida en las aldeas y ciudades de los alrededores, y la gente acudió en multitud a comprarlos, pues eran muy bonitos y muy decorativos en una pecera.

Pero un día ocurrió que se presentó, para comprar peces de oro, aquel campesino rico que no había querido dar su hija a San-lang. Al ver con sus

propios ojos los maravillosos peces, su corazón se llenó de envidia.

—¿De dónde has sacado estos peces de oro tan hermosos? —preguntó a San-lang.

—Proceden de la barba del Rey de los Dragones —respondió San-lang melancólicamente.

—¿El Rey de los Dragones? —se sorprendió el campesino rascándose la oreja—. ¡Caramba, como si fuera tan fácil arrancarle la barba al Rey de los Dragones!

—No tiene necesariamente que ser un pelo de la barba del Rey de los Dragones, la tuya también serviría. Si quieres te enviaré a la nodriza Sepia; ella sabe admirablemente cómo hacer que nazcan peces de los pelos de la barba.

Naturalmente, el campesino quería tener peces de oro, pero dejarse arrancar los pelos de la barba ¡era otra cuestión! Sin embargo, a fin de cuentas, su codicia podría más que él, e invitó a Sepia a su casa.

La nodriza se sentó delante de él, se puso los anteojos y ¡hop!, le arrancó un largo pelo.

—Éste no sirve —dijo examinándolo.

Y ¡hop!, le arrancó otro.

—Éste tampoco vale gran cosa.

Y ¡hop!, le arrancó el tercero.

El campesino hacía espantosas muecas, gemía, se quejaba, pero la nodriza nunca estaba satisfecha y tiraba, hurgaba, desplumaba a nuestro pobre idiota, hasta que por fin declaró:

—Sí, parece que éste servirá —pero era el último pelo de la barbilla, y añadió—: Ahora hay que rociarlo con un poco de sangre.

—Espero que no sea la mía —se defendió el campesino, que se puso a implorar a Sepia—: Señora Sepia, se lo suplico, rocíelo con su sangre, no con la mía, yo tengo demasiado miedo...

—De acuerdo —dijo la nodriza—, pero te recuerdo, amigo mío, que mi sangre es negra.

Mientras hablaba, soltó varias gotas de su tinta negra, con la que roció el pelo de la barba; luego añadió:

—Ahora, debes echar este pelo en una cuba llena de agua, taparla bien y dejarla reposar varios días —y dicho eso se fue.

El campesino esperó varias jornadas, pero se moría de impaciencia esperando el día en que vería maravillosos peces nadando en la cuba. Para celebrar el descubrimiento de su tesoro, invitó a numerosos amigos y

conocidos, y organizó una gran fiesta. Cuando hubo llegado el momento, convocó a todo el mundo alrededor de la cuba, cuya tapa levantó solemnemente. Pero ¡horror! ¡La cuba estaba llena de culebras! Los invitados soltaron una enorme carcajada, rieron tanto que les dolía el vientre. La anciana Sepia también se rió de buena gana, ella que había sido la invitada de honor a la fiesta.

El campesino, furioso, llamó a dos de sus hombres para que dieran una paliza a la anciana nodriza burlona.

Ésta le puso en guardia:

—Ten mucho cuidado con lo que haces, reflexiona, antes de que sea demasiado tarde. ¡Podrías sentirlo!

—¡Azotadla! ¡Golpeadla hasta que se quede plana como un hueso de sepia!

Los criados intentaron agarrar a la nodriza, pero ésta se agitó, y lanzó un chorro de su tinta negra en plena cara del irascible campesino. Quiso protegerse el rostro con las manos, pero ya era demasiado tarde. Tenía la cara negra como la tinta china. En vano se lavó, se frotó, se enjabonó, se raspó. Ni con cien cubos, ni con cien tintas pudo quitarse jamás aquella mancha que le ennegrecía la cara. Así fue castigado aquel codicioso campesino de duro corazón, por su avaricia. En su cara quedó la llamada Huella del Dragón.

San-lang y su princesita, bajo la protección de la anciana nodriza Sepia, vivieron largos años de apacible dicha en su jardín encantado, donde tocaban la flauta y criaban peces de oro durante el día entero.

La garza bailarina

HABÍA una vez un estudiante pobre, pero versado en la retórica de los viejos doctores, capaz de componer un poema e incluso de pintar muy bien, aunque jamás tenía una moneda en el bolsillo. Por la noche acostumbraba a reunirse con sus amigos en la taberna, cuyo patrón le apreciaba mucho. Se sentaba en un rincón para escribir o dibujar. En muchas ocasiones, el tabernero le había servido una taza de té o algo de comer sin obligarle a pagar la cuenta, porque le daba pena, y además le tenía cariño.

Una noche, el estudiante llegó a la taberna como de costumbre, pero esta vez, sin instalarse en una mesa, cogió un pincel y un frasquito de tinta china. En varios trazos dibujó una garza. Los clientes y el tabernero se reunieron alrededor del pintor para ver cómo hacía vivir en la pared de la taberna una garza formidable. Los ojos de los espectadores iban del estudiante al ave, que realmente parecía viva: se creería que hubiera bastado con que abriera las alas para emprender el vuelo.

Cuando hubo terminado, el estudiante se volvió hacia el tabernero y le dijo:

—Querido señor, hoy abandono la ciudad, me voy por mucho tiempo. Para agradecerle lo bueno que ha sido siempre conmigo y que jamás olvido lo que es tener hambre, le regalo esta garza. Bastará con que dé tres palmadas para que la garza se pose en el suelo y dance para el placer de sus clientes. Pero tenga cuidado: ¡la garza sólo puede danzar una vez al día!

Tras hablar así, él mismo dio tres palmadas, para hacer una pequeña demostración al tabernero y, de verdad de la buena, la garza desplegó sus alas, se alisó las plumas con la punta de su largo pico y de un salto fue a posarse en el centro de la taberna. Con extraños movimientos, el ave se puso a bailar. Era alucinante. Los clientes y el tabernero estaban paralizados, todos creían que debía de tratarse de un ave sobrenatural. Tras haber terminado su

danza, la garza se elevó ligeramente y fue a descansar a la pared, al lugar y en la posición en que el estudiante la había pintado, y recuperó su inmovilidad.

永九八四



En ese momento, el estudiante dijo adiós al tabernero y se fue, dejando al otro mudo de asombro.

Entonces comenzó para la taberna una verdadera época dorada. Se puede decir que la puerta jamás estaba cerrada. Los clientes llegaban en tromba, pues todos querían convencerse por sus propios ojos de aquella increíble historia: ¡un ave pintada que bailaba!

Pero un día, el rico y malvado gran propietario del lugar se dignó a ir a aquélla (para él) miserable taberna, para ver bailar al pájaro. Cuando lo hubo visto bien visto, exigió otro baile para él sólo. El tabernero le suplicó diciéndole que no era posible, ¡que estaba prohibido! Que volviera al día siguiente, porque ese día el pájaro debía descansar.

El rico insistió, y echó un puñado de monedas de oro sobre la mesa diciendo:

—Quiero que la garza baile otra vez para mí.

¿Qué podía hacer el pobre tabernero?

Tuvo que cumplir la orden, y dio de nuevo tres palmadas, contra su voluntad y con el corazón oprimido de angustia. La garza se agitó en la pared, emprendió lentamente el vuelo para descender a la sala, pero tenía el gesto triste y la cabeza baja.

El pájaro bailó, pero no como de costumbre, bailó tan lastimosamente que al verla los ojos se llenaban de lágrimas. Cuando quedó inmóvil, la puerta de la taberna se abrió y ¿a quién vieron entrar? ¡Al pobre estudiante! Sin decir una palabra, miró a la garza. Luego se llevó una flauta a los labios y se puso a tocar. La garza avanzó lentamente a su encuentro. Entre los asistentes nadie se movió. El estudiante salió de la taberna y cruzó el pueblo sin dejar de tocar una melodía llena de nostalgia. La garza le seguía a pocos pasos, con gesto triste y desanimado. Cuando llegaron a la salida del pueblo, desaparecieron como por encanto.

Y desde entonces nadie ha vuelto a ver jamás ni al estudiante ni a la garza bailarina.

Los criados poetas

EN casa de un granjero servían cuatro criados que se pasaban el santo día haciendo versos. Al patrón no le gustaba, se comprende, porque con frecuencia era él el blanco de las rimas de sus criados. Pero se vengaba, haciéndoles trabajar muy duro.

Un día en que los criados trabajaban las tierras, el cielo se cubrió de repente de nubes negras y amenazadoras. El primer criado soltó su herramienta y anunció:

—*Negro está el cielo.*

Inmediatamente dijo el segundo:

—*Lloverá.*

El tercero continuó:

—*Cuando llegue el viento...*

Pero el cuarto acabó por él:

—*La lluvia nos inundará.*

Constatado el hecho, los cuatros se echaron los arados y los rastrillos al hombro y emprendieron el camino de la granja.

En la puerta de entrada al patio vieron al patrón quitando el polvo a sus trajes.

Entonces el primero exclamó:

—*A nuestro granjero mirad.*

Pero el segundo le cortó la palabra:

—*¡Ocupado en desempolvar!*

Naturalmente, el tercero encontró la continuación:

—*Aunque jamás ayuda.*

Y el cuarto también le interrumpió:

—*¡Y mucho menos suda!*

Aquello pasaba de castaño oscuro. El patrón estaba fuera de sí ante aquella falta de respeto a su persona de importantísimo propietario. Empezó a

increparles:

—¡Canallas, tunantes, bribones! ¿Creéis que voy a alimentaros por no hacer nada y que encima podéis burlaros de mí? ¡Estoy harto! ¡Ahora mismo voy a quejarme al juez, y él sabrá hacer callar vuestras lenguas de serpiente!

No había escapatoria: el patrón quería ir a ver al juez, y obligó a sus criados a acompañarle.

Después de haber escuchado al granjero, el juez se dirigió a los criados:

火山只問長以石只身上有
出昨有大小位哥不也



—Por lo que parece, sois unos granujas. ¿Así que abandonáis el trabajo en plena jornada y encima os burláis de vuestro amo?

—No nos hemos burlado de él, señor juez —contestó el primer criado—. Lo que pasa es que nos gusta componer versos, y cuando se presenta la ocasión surgen, por decirlo así, solos. Hoy se lo dedicamos a él, pero los hacemos siempre, sobre cualquier cosa...

—¡No les crea, señor juez! —protestó el granjero—. Unos criados que sólo manejan durante todo el día entero la horca y el arado, que remueven la tierra y el estiércol, ¿cómo pueden componer versos? ¡Juraría que nunca han tenido un pincel para escribir en la mano, que jamás han leído un libro!

—Así que sabéis componer versos —se sorprendió el juez, en el que empezaba a despertarse la curiosidad—. Muy bien, pues repetidme las rimas que habéis dirigido a vuestro patrón, y de las que tanto se queja.

¡Pero los criados no eran tan estúpidos! Con un juez no convenía gastar bromas. ¿Y si le sentaban mal y les infligía una pena mayor? Entonces, el más valiente de los cuatro respondió al juez, con mucha cortesía:

—Señor juez, discúlpenos, pero nosotros no somos bachilleres. Jamás hemos escrito nuestros poemas, se nos ocurren así, de repente, según la ocasión, y en cuanto los recitamos los olvidamos. ¡No necesitamos lápiz ni pincel! Pero si usted quiere, señor juez, compondremos para usted algo nuevo...

—¡No pierda su precioso tiempo con estos desharrapados, señor juez! —interrumpió el propietario, rojo de ira—. ¡Si le digo que no son capaces de hacer dos versos aceptables, puede creerme!

Entonces el juez se volvió hacia los cuatro criados:

—¿Queréis hacer una apuesta?

—¿Cómo podríamos apostar, señor juez, nosotros que no poseemos nada, ni oro ni plata, nada aparte de nuestra piel, y que además pertenece a nuestro amo? Si perdemos, nos comprometemos a servir a nuestro patrón un año entero sin sueldo. Pero si pierde él, cada uno de nosotros tendrá derecho a pegarle diez latigazos.

—De acuerdo —respondió el patrón sin vacilar, pues estaba completamente convencido de que simples criados de granja no podían componer nada bueno, y ya les imaginaba a su servicio durante un año, a los cuatro, sin tener que pagarles nada.

Dirigiéndose al juez, uno de los criados le preguntó:

—¿Sobre qué quiere que hagamos los versos, señor juez?

—Hum —vaciló el magistrado, cogido de improviso.

Pero sus ojos se fijaron en un manzano, que se perfilaba en la ventana de la sala del tribunal, y dijo:

—¡Sobre ese manzano que está al otro lado de la ventana!

Apenas dijo estas palabras cuando el primer criado dijo:

—*Ante nosotros hay un manzano.*

Y el segundo encadenó:

—*Que da gusto mirarlo.*

Sin perder el ritmo ni la rima, el tercero añadió:

—*Sus frutos son rojos e inflados.*

Y el cuarto prosiguió:

—*¡Deliciosos, dulces y azucarados!*

Echándose a reír, el primer criado lanzó una segunda estrofa:

—*Y en el estiércol, sin embargo, el árbol encontró su arraigo* —dijo el segundo, mirando al tercero como para lanzarle una rima; y este último, sin vacilar, continuó:

—*El sol que le alienta es rico.*

Lo que llevó al cuarto a decir, con un suspiro de satisfacción:

—*¡Estas manzanas abren el apetito!*

Aplaudiendo para felicitar a aquellos poetas populares, el juez, recuperando su gesto grave y serio, se volvió hacia el granjero y le dijo:

—Me parece, mi pobre amigo, que acaba de perder la apuesta.

Como un solo hombre, los cuatro criados se echaron sobre su patrón, para cumplir lo pactado: ¡diez latigazos cada uno, un total de cuarenta golpes!

—¡Ay, ay, ay! —se lamentaba el granjero, mientras volvía a la granja, acompañado de sus criados, que seguían haciendo versos, porque no podían evitarlo.

El primero se dirigió de este modo a su patrón:

—*¿Acaso vas a lamentarte?*

Y el segundo continuó:

—*De nuestros pobres versos, ¿vas a asustarte?*

El tercero, por su parte, no dudo en reírse:

—*Ahora estás desconcertado.*

Lo que llevó al cuarto a acabar:

—*¡Apaleado, confuso y avergonzado!*

Entonces los cuatro compadres se echaron a reír, lo que puso furibundo a su patrón. Pero a partir de entonces se guardó muy bien de volver a dirigirles la palabra, porque sabía que no tenían pelos en la lengua. Sin embargo, no quería ponerles de patitas en la calle, porque eran tan buenos trabajadores

como charlatanes. Lo que hizo que de tanto contener su ira se pusiera verde y adelgazara hasta tal punto que al poco tiempo cerró los ojos definitivamente. ¡Pobre granjero, que no entendía ni la poesía ni las bromas!

Historia de Desposeído

LO que voy a contar ocurrió hace muchos años, tantos que ya nadie sabe en qué provincia ni en qué región. Dicen solamente que todavía existe, sobre una aldea lejana, una montaña cuya forma recuerda a la de una enorme calabaza. Y es así como la llaman: la montaña de la Calabaza.

Dicen que antaño una llanura semejante a las demás se extendía allí. Y en una aldea de aquella región vivía un muchacho llamado Lieu Pa-yue. Era un joven trabajador, de corazón sencillo y bondadoso. Lieu Pa-yue no poseía nada. Su padre había tenido en tiempos un trocito de tierra, pero un granjero se lo había quitado. Lieu Pa-yue vivía, pues, de su trabajo. Iba durante el día a coger leña a las montañas y la llevaba a la aldea. Realmente era tan pobre, pues sólo tenía su choza y sus manos, que le llamaban Desposeído.

Sin embargo, Desposeído no sufría por su extrema pobreza. Cuando tenía el corazón alegre, y con frecuencia lo tenía, tocaba el caramillo que él mismo se había fabricado con una caña de bambú.

Una noche, Desposeído volvió tan cansado que se durmió con un sueño muy pesado. Y entonces la puerta se abrió y un anciano apoyado en un bastón entró en su choza, se acercó al joven y le dijo:

—Te he traído una flauta encantada, Desposeído. Intenta servirte de ella lo mejor que puedas.

Y antes de que el muchacho se hubiera recuperado de la sorpresa para dar las gracias al anciano, éste había desaparecido. Al despertar, Desposeído creyó que había soñado. ¡Pero no! ¡Tenía en la mano una bella flauta de bambú!

Inmediatamente se la llevó a los labios y sonó una alegre melodía. La clara voz de la flauta le reconfortó el corazón y se sintió dichoso y ligero.

Desde aquel momento, Desposeído no abandonaba jamás su flauta y la tocaba ante cuantos querían escucharla. Si tocaba una melodía alegre, la flauta reía tanto que los pájaros se ponían a brincar por las ramas, las hormigas a

llevar el compás con sus antenas y los más cascarrabias no podían evitar echarse a reír. Sin embargo, Desposeído a veces pensaba en su soledad y su miseria. Entonces su flauta lloraba con voz tan desconsolada que las flores se cerraban, los pájaros callaban y los que le escuchaban se echaban a llorar.

Delante de la choza de Desposeído se extendía la brillante superficie de un estanque rodeado de sauces. Abundaban los peces en sus aguas límpidas. Una tarde, Desposeído vio allí a unos niños que jugaban en la orilla. El más ágil de los chicos había conseguido atrapar un pez y los demás aplaudían lanzando gritos de alegría. Desposeído se acercó y se le encogió el corazón. Era una pobre carpa que se retorció y se debatía desesperadamente en el aire.

—¡Dejadla! —gritó Desposeído.

—¡No! —protestaron los niños—. ¡Estamos contentos de haberla atrapado! La soltaremos —añadieron—, con la condición de que nos toques una melodía con tu flauta.

Desposeído cogió la carpa y la lanzó al agua. Luego tomó su flauta y sacó de ella sonidos tan alegres que los niños olvidaron inmediatamente al pez y se pusieron a saltar y a bailar.

A la mañana siguiente, Desposeído, como siempre, fue a lavarse al estanque. Y de repente las aguas se agitaron y la carpa que había liberado la víspera sacó la cabeza. Llevaba en la boca una pepita de calabaza. Nadó hacia la orilla, escupió la pepita ante Desposeído y desapareció en la profundidad de las aguas.

Desposeído estaba encantado. Cogió la pepita y la plantó delante de su choza. Poco tiempo después, frágiles hojas salieron de la tierra y unos días más tarde una bella flor se abrió. Desposeído regaba cuidadosamente la planta y le preparó un rodrigón para que pudiera trepar. La flor se marchitó y la calabaza empezó a engordar. Cuando, después de unos meses, la calabaza maduró, era tan gorda que nadie había visto jamás una igual. Venía gente de muy lejos a contemplarla y Desposeído estaba muy orgulloso de ella.

En las cálidas tardes de verano, Desposeído se sentaba delante de su choza. Las noches claras sucedían a las tardes, y la calabaza se balanceaba lentamente mientras Desposeído, apoyado contra la empalizada, tocaba largamente su flauta contemplando la luna.

Y una noche le pareció ver salir de la calabaza la sombra de una muchacha. Desposeído se frotó los ojos, creyendo que estaba soñando. Pero la sombra no se desvanecía. Entonces se levantó y se acercó tímidamente.

Junto a la empalizada había una jovencísima muchacha, bella como una flor de primavera, que le sonreía. Allí donde un instante antes estaba la gorda

calabaza, ya no quedaba en el suelo más que una envoltura flácida y verde.

—¿De qué tienes miedo? —dijo dulcemente la sombra—. ¡Vamos, acércate!

—¿De dónde vienes, hada? —farfulló Desposeído lleno de asombro.

—¿De qué hada estás hablando? —repuso la cantarina voz—. Yo he nacido de una pepita de calabaza. Me llamo Calabacina. Te agradezco que me hayas cuidado tan bien. Si quieres, seré tu esposa.



Desposeído estaba loco de alegría. Y ambos saludaron a la tierra y al cielo en la clara noche de verano y así celebraron bodas.

Vivieron muy felices en la cabaña. Desposeído iba todos los días a las montañas a coger leña, y cuando volvía a casa Calabacina le esperaba en el umbral con una sonrisa en los labios.

Pero ocurrió que un día un lacayo real pasó por la aldea. Vio a Calabacina y su belleza le impresionó enormemente. Al volver al palacio, habló de aquella belleza con tanto entusiasmo que el emperador ordenó inmediatamente que se la llevaran para hacer de ella su concubina.

Los esbirros llegaron a la aldea portadores de las órdenes del emperador. Desposeído estuvo a punto de perder la razón.

Pero Calabacina sonrió y le dijo:

—¡No llores y no temas nada! Dame un trozo de la monda de mi calabaza y dentro de siete veces siete días ven a buscarme al palacio imperial.

Y los esbirros se apoderaron de Calabacina y la condujeron al alcalde, que la entregó al precepto, el cual la condujo al emperador.

El corazón de éste se puso a latir con fuerza cuando vio a la maravillosa joven.

—¿Te quedarás aquí conmigo? —le preguntó.

—Me quedo —dijo Calabacina moviendo la cabeza—, pero no me gusta tu palacio.

—¿Qué dices? —repuso el emperador con asombro—. No hay otro más bello en la tierra. ¿O acaso lo conoces tú?

—Conozco uno más bello que el tuyo —respondió Calabacina—. A siete veces siete días de marcha hacia el Este se encuentra el palacio de cristal construido por el Emperador del Cielo para el Hijo del Cielo. Quien no es un verdadero hijo del cielo no puede ver ese palacio.

Entonces la curiosidad se apoderó del emperador y decidió dirigirse con todo su séquito y Calabacina hacia el levante.

Cuando siete veces siete días hubieron pasado, Calabacina tiró al suelo la monda de calabaza y dijo:

—¡Conviértete en palacio de cristal!

Inmediatamente, ante al asombrado emperador se alzó un deslumbrante palacio. El emperador entró en él y detrás todo su séquito.

Y de repente fue como si la tierra desapareciera bajo sus pies. Al día siguiente, en el lugar del palacio se alzaba una montaña cuya forma recordaba la de una calabaza y bajo la cual el emperador y su séquito habían desaparecido para siempre.

Mientras tanto, Desposeído se dirigía, como se lo había pedido su mujer, hacia el palacio imperial. Cuando siete veces siete días hubieron pasado, entró en la ciudad imperial por una enorme puerta abierta. No encontró ni al emperador ni a ningún cortesano de su séquito.

Sólo Calabacina fue a su encuentro.

Entonces volvieron a su aldea y allí vivieron felices para siempre.

Y desde entonces ya no se llamó a la montaña que sobresalía de las colinas del Este más que con el nombre de montaña de la Calabaza.



Los artesanos aventureros

HACE mucho tiempo vivían dos canteros que, a lo largo del año, sacaban piedras de las montañas. El verano había pasado, llegaba el otoño, los campos estaban llenos de rastrojos y por todas partes caían las hojas amarillas. Entonces uno de los canteros dijo a su compañero:

—Escucha, amigo, si quieres que te diga la verdad, no veo con buenos ojos que llegue el otoño. Ahora apenas ganamos para comer, y después será todavía peor ¡Estamos listos!

—¿Sabes? —dijo el otro—, tengo una idea: vayámonos a dar la vuelta al mundo, hagamos un largo viaje. Aquí sólo hay miseria, como seguramente en todas partes, pero en otros lugares no será peor, créeme.

Y sin vacilar se pusieron en marcha, llevando sus herramientas por todo equipaje. Por el camino encontraron a dos zapateros.

—¿Adónde vais, compañeros canteros? —les preguntaron al verles de lejos.

—Allí donde esperamos recibir con qué comer y vestir —contestaron los canteros

—Es una excelente idea —afirmaron los zapateros—. Durante todo el día estamos ante nuestro banco de zapatero, y sin embargo vamos descalzos. Si no os molesta, nos gustaría unirnos a vosotros.

—¿Por qué no? —dijeron los canteros.

Y siguieron el camino los cuatro.

Caminaron y caminaron hasta pasar cerca de dos ancianitas, junto a costureras que cosían en su puerta.

:—¿Adónde vais, muchachos? —les interrogaron.

Y cuando les hubieron dicho dónde iban, ellas decidieron:

—Vamos con vosotros. Cosemos para los demás durante todo el día y no tenemos nada que ponernos.

Y se unieron a los demás. Avanzaron, avanzaron y siguieron avanzando, y por el camino encontraron carpinteros, herreros, barberos, albañiles y no sé cuánta gente más, bueno, digamos que encontraron a mil artesanos, y quizá más, y aquellos mil artesanos se unieron a ellos.

Caminaron, caminaron, caminaron sin parar, durante Dios sabe cuántos días, sin rumbo fijo. Una vez anduvieron una jornada entera sin encontrar un alma. Ya el sol caía por el occidente, y hasta donde la vista alcanzaba no había ni sombra de un lugar habitado. Entonces uno de los canteros vio a los lejos un viejo árbol más que centenario, a la orilla del camino.

—Hermanos —dijo a los demás—, se hace tarde, para qué cansarnos más. Descansemos aquí.

Todos estuvieron de acuerdo. Cuando llegaron al pie del árbol, constataron que estaba hueco. Entraron en él, y el árbol era tan grande que encontraron bastante sitio los mil artesanos, e incluso estaban holgados. Tenían el estómago vacío, es verdad, porque no habían comido nada, pero se dijeron que «el que duerme cena»; cerraron los ojos, y pronto dormían los mil artesanos a pierna suelta.

Muy lejos de aquel lugar, tan lejos que si digo mil kilómetros serán pocos, una madre vivía en una pequeña cabaña con su único hijo. Estaba haciendo croquetas rellenas cuando vio que el fuego se apagaba; entonces pidió a su hijo:

—Ve a buscar leña; si no, no podremos comer.

El hijo, obediente, salió de la cabaña, dio unos pasos corriendo y llegó al famoso árbol en cuyo interior dormían nuestros mil artesanos.

—Con esto tendré una buena brazada de leña —dijo, y cortó el árbol en dos de un solo golpe.

¡Qué jaleo en el interior del árbol! Los mil artesanos, aterrorizados, salieron uno tras otro, ante la sorpresa del muchacho, que no daba crédito a sus ojos. Echándose a reír, muy divertido, se tumbó en el suelo para verles más de cerca, pero los artesanos estaban boquiabiertos ante semejante gigante.

Entonces el cantero Wang hizo acopio de todo su valor, avanzó un poco ante sus compañeros y pronunció en voz tan alta como pudo el discursito siguiente:

—Te saludamos, enorme niño. Sabemos que tienes buen corazón, y nos dirigimos a ti para recibir un poco de ayuda. Viajamos desde hace mucho tiempo y tenemos mucha hambre. Dinos, oh gran niño, ¿no podrías traernos algo de comer?

—Mamá está preparando croquetas rellenas; os traeré alguna si queréis — respondió el pequeño gigante.

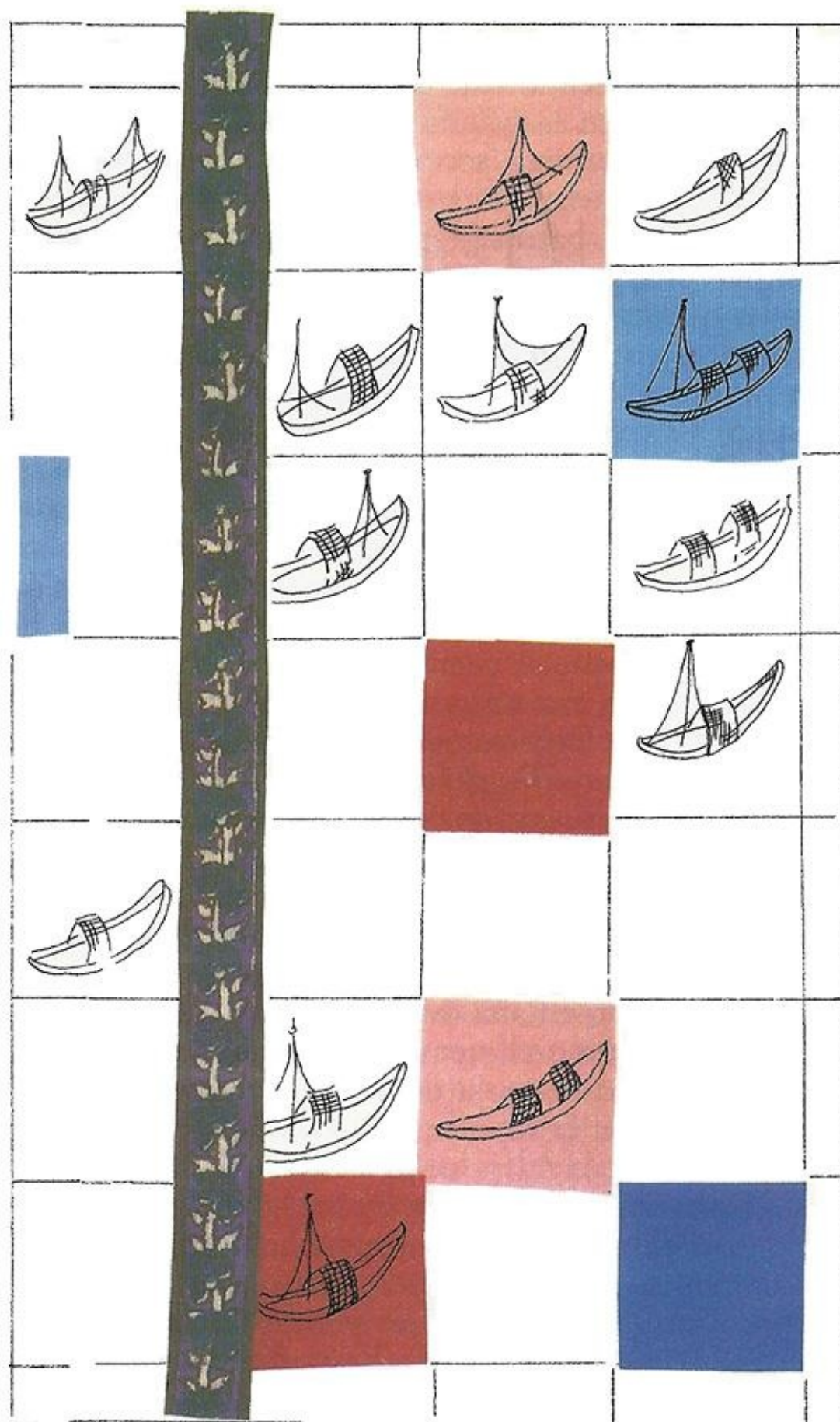
Dicho esto, se levantó y volvió a su casa corriendo. Los artesanos sintieron entonces que el suelo trepidaba a cada paso del niño exactamente como si estuvieran dentro de una barca en un mar enfurecido.

Pronto volvió el gigantesco chiquillo, que no había olvidado su promesa. Traía una croqueta. ¡Qué maravilla! Era una croqueta gorda como una montaña, blanca como nieve recién caída, bien frita y ligera como una pluma. Si los artesanos hubieran sido diez veces más numerosos, aquella croqueta hubiera bastado para saciarles a todos durante tres años, seis meses y cinco días. Se acercaron a ella y se pusieron a comer y comer, y llevaban comiendo desde hacía no sé cuántos días y apenas habían empezado el gigantesco monte de pasta. Pero ¿qué vieron cuando hubieron excavado un agujero a fuerza de mordisquear? Dentro había algo negro. ¡Naturalmente, porque era una croqueta rellena! Entonces, la alegría de los artesanos ya no conoció límites. Se empujaron, se disputaron incluso el placer de ser el primero en probar el delicioso relleno.

De este modo transcurrieron muchos días de abundancia. Pero precisamente cuando el cantero Wang estaba instalado en la galería excavada en el centro del relleno de la croqueta, sonó un terrible estruendo. Parecía que el cielo se fuera a desplomar sobre la tierra. La croqueta se balanceó peligrosamente. El cantero Wang no podía dejar pasar semejante hecho sin ir fuera a ver qué pasaba. Se precipitó hacia la salida. Cuando llegó, después de varios días de marcha, se quedó petrificado de estupor. Un espectáculo terrorífico se presentó a su mirada. Llovía. Pero no podían ser gotas de lluvia normal las que formaban cascadas tan enormes que no se veía ni un trozo de tierra firme hasta donde la vista alcanzaba. La croqueta, con todos los artesanos en su seno, flotaba en una inmensa extensión líquida. A su alrededor se veían surgir montañas de cristal irisadas que se ponían a flotar en la superficie. De repente, los artesanos lanzaron todos a la vez un grito de terror. Una enorme montaña de cristal avanzaba hacia ellos. «¡Es el fin, es el fin!», murmuraban unos a otros, y presas de pánico ninguno era capaz de hacer un movimiento para intentar salvarse. ¡Ya está, llegó el choque!, y todos cerraron los ojos, esperando la explosión, pero nada, y cuando volvieron a abrir los ojos la croqueta se balanceaba suavemente, y no había ni rastro de la montaña de cristal. Había explotado y desaparecido como el viento. No era una montaña de cristal, sino una burbuja de aire que salía del líquido para explotar en la superficie.

Poco a poco, la lluvia cesó, y mientras tanto la croqueta había sido arrastrada a un ancho río, donde traidores torbellinos y olas enormes amenazaban seriamente con engullir a los desdichados artesanos.

Pero, sin dejarse abatir, no perdieron el tiempo y, reuniendo fuerzas, atrajeron hasta su croqueta hojas muertas que flotaban en el agua, y taponaron la entrada de la gruta, para que el agua no penetrara en el interior de su casa de pasta flotante, pues corría el riesgo de zozobrar.



Así navegaron durante muchos días y muchas noches. No les faltaba alimento, ni tampoco distracciones. Pero un día se despertaron sorprendidos por la calma: la croqueta ya no se bamboleaba. Aguzaron el oído, y ningún ruido venía del exterior. Quinientos cincuenta y cinco artesanos se pusieron entonces a despejar la entrada de la gruta, antes taponada con hojas muertas y ramajes. En ese momento, todos lanzaron al unísono un atronador grito de alegría.

El sol les inundaba con sus rayos, y sobre sus cabezas el cielo azul sin una nube formaba una cúpula perfecta. Pero después de aquel instante de inmensa dicha se pusieron más graves: efectivamente, la cúpula celeste era perfecta porque en ninguna parte, hasta donde alcanzaba la mirada, se recortaba algo en el horizonte, totalmente cerrado por la línea del océano, tan azul como el cielo. De isla o de continente, ni el menor rastro. ¿Qué sería de ellos en caso de tempestad? Pero los artesanos no perdieron la cabeza por tan poco.

El cantero Wang tuvo una idea al ver una rama de árbol flotando en las proximidades:

—Hermanos —dijo a sus compañeros—, vamos a hacer barcas de salvamento con esta rama. De este modo, podremos navegar hacia tierra firme en caso de necesidad.

Los rostros se iluminaron. Era una buena idea. Aquella rama era más gruesa que el tronco más grueso del árbol más grueso. Los carpinteros la atrajeron hacia la croqueta e inmediatamente se pusieron a cortar, serrar, cepillar, con tanto ahínco que, antes de que el día hubiera transcurrido, cientos de barquitas de salvamento flotaban alrededor de la croqueta, dispuestas a acoger a los pasajeros.

Los artesanos saltaron a ellas y se pusieron a remar. Cuando por la mañana la aurora de los dedos rosados tiñó la superficie del mar, vio a mil artesanos remando con todas sus fuerzas, y cuando cayó la noche y las estrellas iluminaron el cielo, también las estrellas contemplaron a mil artesanos remar sin descanso.

Un día vieron a lo lejos dibujarse una sombra. ¿Era un continente o una isla? A pesar de su cansancio, aquella visión les dio valor y recuperaron energías; siguieron remando con mayor impulso. Ante ellos, la sombra se hacía cada vez más negra. Sí, era un continente. Ya había llegado a la base de una costa escarpada. Muy arriba, algo blanco brillaba.

«Seguramente es una roca blanca», pensaron los artesanos. Pero ¡cómo se equivocaban! No era en absoluto la tierra firme salvadora. Era un pez que flotaba perezosamente al sol. En el instante en que las cien barquitas quisieron

abordar aquella tierra imaginaria, ésta se balanceó peligrosamente, el pez abrió una ancha boca y se tragó todas las barcas, a todos los artesanos, incluso se tragó la croqueta, y como realmente tenía mucha hambre, se tragó tres barcos cuyos puentes estaban cargados de rollos de tela.

¡Brrr! ¡Qué oscuridad había en el estómago del pez!: diez veces más oscuro que cuando las nubes más negras cubren el cielo en invierno.

—Muchachos —dijo uno de los artesanos—, hubiera podido navegar durante toda mi vida en la deliciosa croqueta, pero aquí no resistiré ni un día.

—No me sorprende —dijo el cantero Wang—, pero, hermano, no se debe tirar la sogá tras el camero. Hemos traído, con el relleno de la croqueta, bastante aceite para iluminarnos, ya veréis.

¡Qué buena idea! Pronto había tanta luz en el estómago del pez como en pleno mediodía en verano. Los artesanos recuperaron su buen humor. De repente descubrieron que uno de los barcos, cargado de rollos de tela blanca, estaba muy cerca de la croqueta. ¡Qué alegría! Desde que vagaban por el mundo y navegaban tenían la ropa hecha jirones. Entonces los sastres y las costureras se pusieron manos a la obra, y cosieron trajes nuevos para los mil artesanos.

Mientras todo eso pasaba en el vientre del pez, fuera ocurría una cosa extraña. El pez había nadado hasta alta mar, donde fue descubierto por un azor, que volaba bastante bajo. El ave rapaz cogió al pez en el pico y echó a volar con su presa lo más lejos que pudo. Volaba, volaba con vuelo rápido, cuando vio una casa. Como estaba muy cansado, se posó en el suelo, justo delante de una muchacha que estaba cosiendo a la puerta de su casa. Al ver al azor con un pez en el pico, cogió su pantufla bordada y se la tiró. El azor emprendió el vuelo, pero, con gran torpeza, voló directamente a la punta de la pantufla de la muchacha.

—¡Ya te tengo! —exclamó la muchacha, triunfante—. ¡Qué pez tan magnífico! Papá se va a chupar los dedos —dijo llevando el pez a la cocina.

Y durante ese tiempo, en el estómago del pez, los mil artesanos estaban muy alegres y reían a cuál más.

La muchacha se puso a vaciar el pez, pero ¿qué vio? En las entrañas algo se movía y reía. ¿Acaso ahora los peces ríen? Siguió su operación con más prudencia y de pronto descubrió tres barcos, donde ya no quedaba un solo pedazo de tela de seda, e inmediatamente después a los mil artesanos, vestidos con sus nuevos trajes.

El cantero Wang se presentó ante la muchacha, se inclinó respetuosamente y le dio las gracias en nombre de sus compañeros por

haberles salvado la vida. La muchacha les expresó su compasión y les propuso que se quedaran en su casa. ¡Qué contentos se pusieron con aquella generosa proposición! En seguida, salieron al patio, porque necesitaban aspirar y gozar del cielo azul y del luminoso sol, pero ¡oh, terror!: caminaban mucho, muchísimo, y todavía más, pero no llegaban a ninguna parte. Su camino estaba obstaculizado por una cadena de montañas amarillas, mientras un fuerte perfume les llegaba a la nariz.

Cuando llegaron al pie de una de las montañas, los artesanos intentaron excavar un paso. Un polvillo amarillo se deshizo entre sus dedos. Era harina de arroz. Entonces comprendieron: la cadena de montañas amarillas que les interceptaba el paso eran varios granos de arroz que la muchacha había dejado caer por descuido.

Con grandes esfuerzos, los mil artesanos treparon a lo alto de la montaña de arroz, pero era demasiado tarde. Mientras tanto, el sol se había ocultado y el crepúsculo descendía sobre la tierra. Así que a los artesanos no les quedaba otra solución que volver a la casa. No llegaron hasta medianoche. El padre de la muchacha estaba allí. Era un anciano sonriente, de barba blanca. Recibió a los artesanos muy cordialmente y les invitó a cenar.

Después de la cena, la muchacha dijo a su padre:

—Papá, el cordón de tu sombrero está muy mal, te lo voy a cambiar.

Dicho esto, cogió toda la cuerda de uno de los barcos y la colocó en el sombrero de su padre.

A la mañana siguiente el padre de la muchacha se puso el sombrero, instaló a los mil artesanos en sus hombros y fue a enseñarles el jardín. ¡Ah, qué jardín tan bonito! Como era temprano, el rocío todavía perlaba las flores. Cada gota de rocío era gruesa y redonda como la luna cuando está llena, y lanzaba reflejos rosas y blancos. Los artesanos creían ver cómo se balanceaban cientos de lunas llenas en las nubes.

El anciano, con los artesanos en sus hombros, se dirigió hacia la huerta, de la que se desprendía un perfume suave de fruta madura. ¡Oh! Se les hacía la boca agua. Y seguro que el bondadoso anciano les hubiera cogido una fruta para cada uno si no se hubiera producido algo extraño que se lo impidió.

En el mismo momento en que entraba en la huerta, una nube negra cubrió el cielo y un enorme buitre descendió hacia el suelo. Desde arriba había visto el cordón del sombrero y quería apoderarse de él. Al verle, el anciano se asustó y huyó a toda velocidad. Los artesanos no contaban con eso. Grandes sacudidas agitaron aquellos anchos hombros que hasta entonces habían servido de soporte tan seguro como la tierra firme, y se vinieron abajo unos

sobre otros, cayendo a enormes precipicios; afortunadamente, el hombre iba vestido de buena y rugosa lana, así que pudieron engancharse a los pelos, a las costuras, a los bolsillos, de donde sacaban de cuando en cuando la cabeza para ver lo que pasaba en el exterior.

Pronto el buitre alcanzó al anciano, cogió su bonito cordón y emprendió el vuelo con su presa. El anciano, entonces, se puso a perseguirle. Pero el buitre era más rápido, y ya se alejaba a toda velocidad. El anciano se agachó, cogió una montaña tan alta que nuestros pequeños artesanos hubieran tenido que trepar durante tres días por ella antes de alcanzar la cima, y la tiró como un guijarro al ladrón del cordón. En el mismo momento, el buitre desaparecía por detrás de otra montaña. Entonces se oyó un enorme grito de ira:

—¿Quién echa piedras en mi sopa?

El anciano se volvió hacia la montaña de donde salía la voz y vio a otro anciano, dos veces más alto que él, que estaba sentado en la cumbre y se disponía a comer. Quitó con su bastón la montaña-piedra de su plato, y siguió comiendo tranquilamente.

El padre de la muchacha, con todos los artesanos en los pliegues y bolsillos de su traje, se alejó. Pero ante él descubrió una montaña muy alta, brillante y blanca. Le costó mucho escalarla hasta la cima. Los mil artesanos constataron su esfuerzo al ver cómo el sudor perlaba su frente. Hay un viejo proverbio que dice: «Es fácil subir, bajar es peor». El anciano estaba agotado. Las piernas le flaqueaban bajo su enorme cuerpo, titubeaba y de repente resbaló, cayendo a un precipicio profundo y terrible, erizado de rocas puntiagudas y lisas. ¡No había una sola salida!

«Jamás saldremos de aquí, salvo que nos crecieran alas», se dijeron entonces los mil artesanos, desde el fondo del agujero.

¿Pero qué pasó entonces? Las paredes se estremecen, el precipicio se inclina, se mueve, da vueltas, y el viejo cae fuera, con sus mil artesanos en los pliegues y los bolsillos. Ante ellos ven, sentado en el suelo, a un anciano mil veces más grande que el que les lleva. Y entonces comprenden que lo que habían tomado por un precipicio de montaña era el ombligo de aquel viejo gigante desconocido.

—Hermano —le dijo el primer anciano—, tú eres mil veces más grande que yo. ¿Quieres hacerme el favor de localizar al buitre que me ha cogido el bonito cordón que me adornaba el sombrero?

El gigante se puso la mano sobre los ojos, miró fijamente el horizonte, y declaró:

—La cosa está muy fea. Él buitre ya ha entrado en el Paraíso del Sur con el cordón. Y tú no podrás entrar allí, porque ha puesto a la entrada sus enormes huevos, que no podrías mover ni un milímetro. Pero si quieres, súbete en mi mano, te llevaré a la entrada del Paraíso del Sur, e intentaré retirar los huevos para dejar libre el acceso.

El anciano, con sus mil artesanos en los bolsillos y las costuras de su traje, se instaló en la palma de la mano del viejo gigante, éste extendió el brazo, se levantó, y entonces el anciano y los mil artesanos sintieron rugir en sus oídos una verdadera tempestad, pero inmediatamente se encontraron a la entrada del Paraíso del Sur, cuya puerta estaba bloqueada por un enorme huevo de buitre. El anciano se apoyó en él para moverlo, pero sus esfuerzos fueron inútiles; el huevo parecía sellado en la roca. ¿Qué hacer? El anciano portador de los artesanos estaba desesperado. Tan cerca del objetivo ¿y había que abandonar? ¿Perdería para siempre el precioso cordón de su sombrero? El pobre viejo, lleno de amargura, se sentó pesadamente en el suelo y las gruesas lágrimas que le caían de los ojos formaron un charco a su alrededor.

Daba tanta pena verle, que el cantero Wang no pudo soportarlo. Se dirigió a sus compañeros:

—¡Hermanos, no podemos dejar las cosas así!

A continuación, se volvió hacia el bondadoso anciano y le dijo:

—Abuelo, ánimo. Todos juntos vamos a romper este huevo. Luego entraremos al Paraíso con usted, y encontraremos al malvado buitre que le robó el bonito cordón.

Y rápidamente pusieron manos a la obra. Los canteros, a martillazos, golpearon y golpearon con todas sus fuerzas. Pero hacían *¡bum!*, *¡bum!*, y nunca *¡crac!* El huevo era más duro que el granito. Entonces los carpinteros acudieron en su ayuda, con sus cinceles y sus sierras; los herreros con sus tenazas, los albañiles con sus mazos; hasta los sastres, con sus tijeras; en una palabra, cada uno hacía lo que podía según su especialidad. Saltaban chispas por doquier y mil frentes estaban empapadas de sudor.

Y de repente, de repente, os lo aseguro, y al parecer sencillamente, el enorme huevo, más duro que el granito, ¡estalló! Estalló, y su contenido, blanco y amarillo, se puso a manar. Lo blanco se extendió, se extendió y formó en el valle el maravilloso lago límpido llamado Tsinghai o, familiarmente, Coconor; mientras lo amarillo manó, manó primero como un arroyo, pero siguió manando y manando tanto que acabó por dar lugar al río Amarillo, que todo el mundo conoce incluso en nuestros días.

El anciano y los mil artesanos no se preocuparon del lago ni del río. Entraron con paso decidido al Paraíso del Sur, cuya entrada acababan de dejar libre. ¿Qué aventuras les esperaban allí? Nadie lo sabe. Pero si un día encontráis a uno de ellos, preguntádselo.

El nacimiento de un río

HACE mucho, muchísimo tiempo, vivía un joven chino que se llamaba Huang-ho, que quiere decir Río Amarillo. La tierra jamás había dado hasta entonces un muchacho tan esbelto. Alto, espigado, la cintura estrecha y los hombros anchos; y, además, flexible como un junco. Su cabeza audazmente erguida contemplaba el mundo con unos ojos que sabían ser límpidos como un manantial de montaña y salvajes como el torrente durante el deshielo de las nieves. Nadie sabía domar un caballo con mano tan firme, nadie se aventuraba tan lejos en la montaña cuando iba de caza, nadie lanzaba flechas con tanta precisión ni daba en el blanco a cientos de pasos como él lo hacía.

Y, sin embargo, Huang-ho estaba solo en el mundo. Era tan pobre que hasta el momento en que empieza nuestra historia no había pensado en tomar esposa. Cada mañana, al amanecer, ensillaba su caballo y se lanzaba como el rayo a la lejana montaña, donde cazaba hasta el anochecer. La caza era su único medio de sustento.

Una noche, cuando volvía después de una jornada entera de carreras a través de montes y barrancos, pasó, como de costumbre, bajo los muros del palacio del rico prefecto del lugar. La blanca muralla brillaba en la noche, y muchas flores sobresalían, perfumando deliciosamente el aire. Maravillado, Huang-ho levantó la cabeza para admirarlas.

Bruscamente, detuvo su caballo. En lo alto del muro estaba sentada una bella joven, ¡una joven como jamás había visto antes! Jugaba con una rama florida, luego se inclinó hacia él sonriendo y le lanzó su brazalete. Antes de que el joven se hubiera recuperado de la sorpresa, ella había saltado al otro lado del muro y desaparecido.

Huang-ho permaneció allí, maravillado, tan petrificado de estupor que tenía la impresión de observar círculos de luz ante sus ojos. Recogió el brazalete, soltó las riendas y emprendió lentamente el camino hacia su casa.

Aquella noche vagó como en un sueño. La fresca sonrisa de la bella joven no se apartaba de su pensamiento. ¡Se habían terminado su despreocupación y su tranquilidad de antaño! Pero cuanto más pensaba en ello, más llegaba a la conclusión de que la bella no era una criatura terrestre. Para él no podía ser más que un hada.

A partir de entonces volvía más pronto de la caza, para quedarse un rato junto al muro, con la esperanza de volver a divisar a la bella, pero no veía otra cosa que las ramas llenas de flores que caían y se balanceaban suavemente, desprendiendo su delicioso perfume.

De este modo pasaron dos largas semanas hasta que una noche volvió todavía antes, impulsado por su deseo, para quedarse el mayor tiempo posible al pie de aquel muro misterioso y atrayente. La luna estaba en su plenitud, brillando muy arriba en el cielo y derramando su generosa luz. Al llegar precisamente bajo el blanco muro, algo todavía más blanco se dibujó ante él. Huang-ho no podía dar crédito a sus ojos, pero se trataba de ella, la joven belleza, que avanzaba suavemente a su encuentro. Esta vez su sonrisa era tímida, y el joven sintió que así le gustaba cien veces más. Detuvo su caballo y la esperó.

La muchacha se le acercó y soltó una carcajada, pero una carcajada nerviosa. El joven la contempló, estupefacto. Dijo en un susurro:

—Dime, ¿eres un hada?



Entonces, la joven rió francamente, sin nerviosismo.

—¡Qué dices! No soy una criatura sobrenatural en absoluto.

Pero el joven no podía creerlo, e insistió:

—¡Confiesa que eres un hada! Nunca había visto una muchacha tan bella. ¡Es imposible que no seas un hada!

Esta vez la joven rió a mandíbula batiente.

—¡Te aseguro que soy una muchacha y no un hada! Mi padre es el prefecto Pan. Vivo aquí, en esta casa, detrás del muro que acabo de saltar. Te veía pasar cada noche y sentí deseos de hablar contigo. Me he escapado después de la cena..., y aquí estoy.

Al decir esto, la muchacha cerró los ojos y se ruborizó. El joven la contemplaba, a la vez lleno de dicha y de pena. Luego dijo.

—Me gustaría mucho presentarme a tu padre para solicitar tu mano, pero ¡ay! no tengo nada que ofrecerte. Estoy solo en el mundo y no poseo nada.

—Pero no te he dicho que desee oro y plata a montones —replicó la muchacha.

—No, pero en mi casa no podrás comer ricos manjares ni llevar bonitos vestidos como ése...

La muchacha le miró tiernamente y le susurró:

—Seré muy feliz llevando vestidos toscos y comiendo cosas sencillas si puedo ser tu mujer.

Todavía hablaron y conversaron durante mucho tiempo, y a medida que pasaban las horas se sentían más próximos el uno del otro. Sonó la medianoche cuando decidieron separarse.

Desde entonces se vieron cada noche. Cuando él volvía de cazar, la muchacha le esperaba al pie del muro, que había saltado a escondidas de su padre. Su mutua inclinación crecía sin cesar, y ya no podían imaginar que pasara un solo día sin verse.

Pero una noche ocurrió que el joven esperó a su amada en vano. No apareció. Tampoco al día siguiente, ni al otro, ni en los diez días sucesivos. El joven se enteró de que el padre había barruntado el amorío de su hija, como él lo llamaba, y para acabar con eso la había encerrado en una habitación oscura.

Aquella noticia hizo que al joven Huang-ho le hirviera la sangre.

«La liberaré cueste lo que cueste», decidió.

Y la gente, que siempre habla demasiado, avisó inmediatamente al prefecto.

El padre de la muchacha no estaba tranquilo, porque sabía que Huang-ho era conocido como el mejor cazador de la región y también como valiente

luchador. Sabía que no se libraría fácilmente del joven, pero no quería darle a su hija. Tenía otros planes para ella.

Entonces se dirigió a la habitación oscura donde estaba su hija, y le dijo:

—Te voy a dar un hombre rico y poderoso por marido. Estarás orgullosa de la alianza.

Pero la muchacha se rebeló contra su padre:

—¡No quiero otro marido que mi amado Huang-ho!

Por mucho que el prefecto se enfadó y gritó, no consiguió que su hija cediera. Entonces decidió que lo mejor era eliminar a Huang-ho de uno u otro modo. Pero ¿cómo? Huang-ho era conocido en muchas leguas a la redonda por su indomable valor y por su extrema habilidad en el manejo de las armas. El prefecto estuvo mucho tiempo sumido en profundas reflexiones, y al fin encontró una artimaña para desembarazarse del molesto pretendiente.

Ante la entrada de su casa mandó levantar un estrado, y a doscientos metros de allí una horca en la que hizo colgar una moneda agujereada. A continuación ordenó proclamar que concedería la mano de su hija a aquel que realizara lo que él le mandase.

No escaseaban los aspirantes a la mano de la bella muchacha, y todavía eran más numerosos los que se interesaban por aquellos esponsales tan poco comunes y querían ver cómo iba a actuar Huang-ho.

El día señalado el patio de honor de la mansión del prefecto estaba repleto de curiosos, así como de jóvenes llegados de todas partes con sus armas y la esperanza de conquistar a la bella en el combate.

El prefecto apareció en el umbral y anunció en voz alta que la primera tarea impuesta era clavar una flecha, a cien pasos de distancia, en el agujero de la moneda de cobre.

Apuestos jóvenes, vestidos de seda y de brocado, avanzaron uno tras otro. Con gesto seguro apuntaron, pero pronto se retiraron, avergonzados, y se escondieron entre la multitud. Ninguno de ellos había conseguido meter la punta de su flecha en el agujero de la moneda de cobre.

Huang-ho se presentó el último. Se plantó firmemente, casi orgulloso con su pobre vestimenta, y atrajo en un instante la atención general. Tensó muy lentamente su arco, apuntó; la flecha silbó, y la multitud se quedó con la boca abierta. La flecha se había clavado exactamente en el centro del agujero.

El prefecto palideció de rabia, pero en seguida dijo:

—Todavía queda una tarea por cumplir. Tienes que sacar la primera flecha del agujero con una segunda flecha.

Un murmullo de desaprobación se extendió por la muchedumbre. Realmente aquella tarea era demasiado difícil.

Tan sereno como la primera vez, Huang-ho puso la flecha en el arco, apuntó y, con precisión, sacó la primera flecha del pequeño agujero donde estaba clavada. La asistencia lanzó un grito general de admiración, todo el mundo rodeó al joven para felicitarle, pero la voz gélida del prefecto enfrió rápidamente el entusiasmo. Dijo:

—Escucha ahora mi tercera y última condición.

El joven se volvió tranquilamente hacia el prefecto, pero no esperaba de él nada bueno. Le oyó ordenar:

—Aléjate cien pasos más del blanco, dispara a la moneda para hacerla caer y cógela al vuelo antes de que llegue al suelo.

Un clamor de indignación se elevó entre el público, porque era una tarea que estaba por encima de las posibilidades humanas.

«¡Mala peste se lleve a este hombre perverso!», pensó el joven, loco de rabia. Y antes de que nadie, ni él mismo, comprendiera lo que ocurría, había tensado su arco y apuntaba con la tercera flecha a la frente del prefecto.

Desgraciadamente para él, el prefecto había aprendido en su juventud el arte de la guerra. Desconfiado, no había dejado de observar a aquel peligroso pretendiente, así que desvió la cabeza a tiempo, y la flecha sólo le rozó la oreja.

—¡Detenedle, detenedle! —gritó, muy alterado.

Huang-ho se sentía avergonzado del fallo. Bajando la cabeza, se abrió paso entre la atónita multitud y huyó a toda velocidad, lo más lejos posible, a la montaña deshabitada. En el lugar donde siempre solía descansar cuando volvía de caza, se sentó a reflexionar. Se sentía profundamente desdichado y ofendido.

«¿Qué va a pensar de mí —se preguntaba, desesperado— ella, que me admiraba tanto como excelente cazador y como valiente luchador? La he decepcionado en este combate. ¡Cómo voy a presentarme ante sus ojos!».

Permaneció mucho tiempo reflexionando, hasta que tomó una firme decisión. Se dijo:

«Me quedaré aquí, en estos peñascos, para entrenarme todavía más en la caza y en el tiro con arco. Luego volveré, y entonces, ¡adiós prefecto! ¡Esta vez no se me escapará!».

Y eso hizo. Se quedó un año entero en la montaña, entrenándose sin descanso, cazando para alimentarse. La lluvia le azotaba, el sol le quemaba, pero no tuvo un momento de descanso. Al cabo de un año sus músculos eran

de acero, nada escapaba a su ojo de águila, y su mano golpeaba, despiadada, en el punto exacto. Ningún animal, ningún pájaro se le escapaba corriendo o volando.

Entonces Huang-ho se sintió lo bastante fuerte como para conquistar en reñida lucha a su amada contra su malvado padre. Empezó, pues, el camino de vuelta.

Estaba lejos de su casa. Hacia mediodía tuvo hambre. Miró a su alrededor, pero no había un solo animal a la vista; únicamente un buitre volaba en el cielo, como un puntito negro por encima de su cabeza. Guiñando los ojos por la deslumbrante luz, Huang-ho tensó su arco y disparó. La flecha alcanzó al ave, que comenzó a descender hacia el suelo. Abriendo sus potentes alas, intentaba recuperar altura, pero en vano; la flecha, clavada en el pecho, le obligaba a caer.

Cuando el joven se agachó a recogerle, el buitre se puso a hablar con voz humana.

—No me mates, muchacho, y te diré todo lo que deseas saber.

—De acuerdo —respondió Huang-ho—, dime dónde está ahora la hija del prefecto.

Había retirado suavemente la flecha del cuerpo del buitre y se disponía a curarle la herida.

—Ay, muchacho, más vale que no me interrogues sobre la hija del prefecto. Las noticias no son buenas —contestó el buitre en tono afligido.

—¡Di lo que sepas! —musitó penosamente el joven, pues se le había hecho un nudo en la garganta de angustia: apenas podía respirar.

—El prefecto obligó a su hija a casarse con un hombre rico y poderoso. Ella no quería, y se defendió durante mucho tiempo. Pero su padre, despiadado, decidió casarla quisiera o no. En el último momento, antes de la ceremonia, la muchacha se tiró por la ventana de la torre más alta. Se mató en el acto; yo la vi porque estaba allí —contó el buitre, muy triste, y añadió tras un instante—: Todavía oigo su grito, mientras caía: ¡Huang-ho! ¡Huang-ho!

Huang-ho se quedó inmóvil, como paralizado. Tenía la impresión de que, a su alrededor, los peñascos se derrumbaban. Se echó al suelo y se puso a llorar tan amargamente que un torrente de lágrimas manaba de sus ojos.

El buitre desplegó sus alas y empezó a elevarse lentamente por los aires. Desde lo alto divisó en la tierra cómo los chorros de lágrimas formaban arroyos que se ensanchaban para convertirse en riachuelos, y luego en un río de olas salvajes que barrían todo a su paso, hasta perderse a lo lejos, hacia el oriente.

Y Huang-ho, Río Amarillo, ya no fue a partir de entonces el nombre de un joven valiente y desdichado: es el nombre de ese río impetuoso que todavía hoy conoce crecidas catastróficas y que arrasa cuánto encuentra en su camino. Entonces la gente dice que Huang-ho, el Río Amarillo, se enfada porque no encuentra a su amada, a la que busca desde hace tanto tiempo.

Las condiciones de una suegra

HACE muchísimo tiempo había un joven chino que vivía en una pequeña aldea con su madre. Al joven siempre le habían llamado por un nombre que traduciremos por Alegrillo, porque bastaba con encontrar la mirada luminosa de sus sonrientes ojos para sentir que se esfumaban las penas, y cuando reía era como si el sol apareciera y disipara las nubes.

Sin embargo, Alegrillo estaba preocupado. En la misma aldea vivía una joven llamada Arco Iris, que había sido su amiga de la infancia, y cuya mano hubiera querido pedir, ahora que habían crecido. Pero ¡ay!, ¡no podía ser! Alegrillo era pobre y sabía que la madre de la bella Arco Iris no veía con buenos ojos el matrimonio de su hija con un pordiosero.

Un buen día, la madre habló así a su hijo:

—Alegrillo, ya eres un hombre, estaría bien que pensaras en casarte; ¿tienes alguna muchacha a la vista?

—Tú sabes, mamá —respondió Alegrillo ruborizándose—, que estoy enamorado de Arco Iris, pero ¡ay!, su madre jamás consentirá en que me case con ella.

—¿Cómo lo sabes? —replicó la valerosa mujer—. Voy a hablar con ella —añadió sin vacilar.

Pero Alegrillo estaba en lo cierto.

—Escucha, comadre —respondió la madre de Arco Iris a la de Alegrillo—, preferiría dar a mi hija a alguien que estuviera en mejor posición. Sin embargo, consentiré en la boda si Alegrillo me trae del Paraíso Occidental tres cabellos de oro de Buda.

Al volver a casa, la madre del joven le expuso la situación y le aconsejó que abandonara:

—¡No vayas, hijo mío! ¡El camino hasta el Paraíso Occidental es largo y peligroso! ¡Morirás en el empeño! Pobre de mí. ¿Es que voy a perder a mi

hijo?

Justo cuando la madre decía aquello a su dubitativo hijo, un petirrojo entró por la ventana abierta. Era un pájaro familiar, gran amigo de Alegrillo, en cuyo hombro se posó.

—Petirrojo, te lo ruego: ¿debo ponerme en marcha hacia el Paraíso Occidental? Si crees que sí, revolotea formando tres círculos por encima de mi cabeza.

Así habló el joven al pájaro, que pareció entenderle muy bien, y describió tres círculos volando sobre la cabeza de Alegrillo.

—¿Ves, mamá? ¡Mañana me pondré en camino! —declaró Alegrillo, ahora más confiado.

Y, en efecto, al amanecer del día siguiente se fue. Caminó, siempre hacia adelante, en línea recta, subiendo pendientes y bajándolas por caminos o barrancos. Una noche llegó a una aldea cuyos habitantes todavía estaban ocupados en los trabajos del campo a pesar de lo tarde que era. Sobre ellos, un pájaro volaba cantando. Alegrillo se dirigió a un anciano y le preguntó por qué la gente seguía trabajando con tanto ahínco después de haberse puesto el sol.

—Se nota que vienes de lejos, joven extranjero —le contestó el venerable anciano—; si no, sabrías la desgracia que ha caído sobre nuestra aldea. Imagínate que hace ya más de un año un pájaro vino a posarse en la rama más alta de nuestro árbol más alto, y se pasa la noche entera cantando. Al principio, durante unos días, era soportable, pero después la gente, como no podía dormir, estaba agotada. Entonces se nos ocurrió la idea de trabajar durante la noche y dormir de día. Pero tú, muchacho, ¿adónde vas?

Al conocer el propósito de Alegrillo, le suplicó:

—Ya que vas al Paraíso Occidental, ten la bondad de preguntar al futuro Buda qué podríamos hacer para librarnos del canto del pájaro.

Alegrillo lo prometió y prosiguió su camino. Caminó, caminó y caminó sin parar. Al llegar la noche encontró una choza, llamó a la puerta y pidió asilo a la ancianita que allí vivía. Ella le mandó pasar. En la única habitación, un fénix volaba, llevando en el pico un grano de arroz gordo como una avellana.

—¡Qué arroz tan magnífico, abuela! —exclamó Alegrillo.

—Es cierto, muchacho —contestó la anciana suspirando—, nuestras tierras producen un excelente arroz, y, sin embargo, todos pasamos hambre. Cada día tenemos que ofrecer a este fénix cinco sacos de nuestro mejor arroz; si no, ¡pobres de nosotros! ¡Y esto dura desde hace cinco años! Además es

imposible capturarlo. Nadie puede acercarse a él, porque este pájaro de fuego lanza un resplandor que ciega si nota que alguien quiere cogerle.

—Cuando esté en el Paraíso Occidental preguntaré al futuro Buda cómo podéis desembarazaros de esta calamidad —aseguró Alegrillo a la mañana siguiente, cuando se separó de la bondadosa anciana.

Siguió andando y andando, muchos días y muchas noches. Por fin llegó a la orilla del mar. Un barquero estaba en la playa, esperando apaciblemente a la clientela.

—¡Eh, barquero! Llévame al otro lado —le gritó Alegrillo en cuanto le vio a lo lejos.

—Ahora no puedo —contestó el otro—. La mar está demasiado agitada. Hay que esperar a que salga la luna.

Y, efectivamente, cuando salió la luna, el mar se calmó, como había anunciado el barquero.

—¿Adónde vas, muchacho? —preguntó el barquero a su cliente—. Porque estamos, por así decirlo, en el fin del mundo...

Entonces Alegrillo le contó su vida, su amor por Arco Iris y la insensata petición de su futura suegra.

—Amigo mío —dijo el barquero—, cuando estés allí, también podrías preguntar a Buda qué fuerza reside en la mar, por qué está tan agitada durante todo el día.

Alegrillo prometió una vez más, y prosiguió su camino con valor. Todavía siguió andando varios días y varias noches. Por fin se encontró ante las puertas inmensas del Paraíso Occidental. Allí se alzaba el árbol preferido de Buda: un enorme y frondoso tilo. La entrada estaba guardada por dos monjes tan altos que su cabeza se perdía en las alturas celestes.

—Muchacho, no puedes entrar ahora al Paraíso —dijeron con voz estentórea a nuestro Alegrillo, que estaba un poco acoquinado—. Buda está orando y leyendo a los monjes los libros sagrados. Si quieres, puedes esperar un instante. Pero piénsalo bien: ¡en el Paraíso un instante puede durar tres años!

Alegrillo se puso muy triste. Semejante viaje, semejante esfuerzo, tanto cansancio y sufrimiento, ¿para esperar allí tres años ante la puerta? Pero precisamente en ese momento oye sobre su cabeza un delicado pío, pío, cuyo sonido le resulta familiar. Al levantar los ojos, ¿qué es lo que ve? A su querido petirrojo. Pío, pío, repite el petirrojo, posándose sin respeto en la nariz de uno de los monjes gigantes.

—¡Oh! ¡Oh! —gritaron los monjes—. Qué pájaro tan bonito.



Y como se aburrían de la larga guardia a la puerta del Paraíso, intentaron atrapar al petirrojo para distraerse. Pero el pájaro no se dejaba coger tan fácilmente; volaba hacia arriba, hacia abajo, a la derecha, a la izquierda. Los monjes daban saltos, alargaban los brazos, se tiraban al suelo, brincaban, hacían mil esfuerzos inútiles.

Alegrillo supo aprovechar su distracción. De un salto desapareció por un resquicio de la puerta del Paraíso. Desde el vestíbulo oyó un murmullo lejano: eran los monjes que leían a coro las oraciones de los libros sagrados. Cuando Alegrillo llegó muy cerca del trono de oro en el que estaba sentado el futuro Buda, el murmullo se había convertido en un ruido ensordecedor que recordaba al bramido del mar en una tempestad.

—Buda, he venido a pedirte tres cabellos de oro —gritó Alegrillo a voz en cuello.

Fue en vano. Su voz no podía oírse en medio de la tormenta monacal. Entonces Alegrillo se agarró a los pliegues del manto de Buda y se puso a trepar, a trepar hasta el hombro del futuro dios. Los cabellos a Buda le caían sobre la espalda y el pecho como olas cegadoras, pues el oro resplandecía. Alegrillo se sujetó con una mano, cogió con la otra un cabello muy fino, tiró, tiró y, ¡uf!, lo arrancó.

—Algo me ha picado —comentó Buda.

—Soy yo, el pájaro de oro que canta por la noche —contestó Alegrillo con astucia.

Alegrillo cogió un segundo cabello de oro y, ¡hop!, lo arrancó de un solo tirón.

—Pero ¿quién me está molestando? —preguntó Buda, enojado porque había tenido que interrumpir sus oraciones.

—Soy yo, el fénix, el pájaro de fuego que roba el buen arroz —respondió Alegrillo.

—¡Pues ten cuidado de que no te atrape con este cabello! —exclamó Buda.

Sin alterarse, Alegrillo cogió un tercer cabello y, ¡hop!, ya lo tenía entre los dedos.

—Pero ¿quién me está perturbando sin cesar? —refunfuñó Buda, harto.

—Soy yo, el...

Alegrillo no tuvo tiempo de proseguir. Buda estalló y gritó:

—¡Espera, bribón, te voy a dar una lección por molestarme de este modo!

Mientras vociferaba, Buda se había agitado. Era como si se hubiera levantado una tempestad. Alegrillo se deslizó hasta el suelo, feliz porque pudo

agarrarse a los pliegues del manto para amortiguar la caída. A continuación puso pies en polvorosa en dirección a la puerta, como alma que lleva el diablo. Fuera, los monjes de guardia seguían distraídos con el petirrojo.

—¡Ya los tengo! —gritó Alegrillo escapando acompañado de su querido petirrojo.

No hubo que decirle dos veces que había que alejarse rápidamente de allí.

Una vez fuera de peligro, emprendieron su peregrinaje en sentido inverso; caminando días y noches, Alegrillo se encontró a la orilla del mar, que estaba más agitado y furioso que nunca. Sujetando fuertemente por un extremo el tercer cabello arrancado de la cabeza de Buda, Alegrillo lanzó el otro extremo al mar, como un caña de pescar, y sintió que algo se enganchaba a él, lo mordía, coleaba y se retorció. Tirando más fuerte del cabello, sacó del agua un ser medio mujer medio pez, una sirena.

—Suéltame, y nunca más haré daño a nadie ni agitaré las olas —dijo en tono implorante a su pescador.

—Bueno —dijo Alegrillo—, pero procura cumplir tu palabra —añadió devolviéndola al mar.

Apenas su cola tocó las olas se dirigió en tono amable a Alegrillo:

—Muchacho de buen corazón, iré en tu ayuda cuando me necesites. Te bastará con llamarme tres veces, y desapareció sumergiéndose delicadamente.

El mar se volvió tranquilo y liso como un espejo, súbitamente en calma.

El barquero dio calurosamente las gracias a Alegrillo, que prosiguió su camino sin esperar más. Cuando hubo llegado a casa de la bondadosa anciana que se había quejado del pájaro de fuego, cogió con mano firme el segundo cabello de oro de Buda. Inmediatamente una luz resplandeciente irradió del cabello, cegando al pájaro, a pesar de que antes el que cegaba era él. Alegrillo dio un salto, agarró al pájaro y le ató con el cabello de oro.

—Suéltame —le suplicó el pájaro—, devuélveme la libertad y jamás robaré arroz a la gente pobre.

Alegrillo tuvo lástima del pájaro y le liberó.

—Muchacho de corazón bueno y generoso —dijo el pájaro, poniendo dos huevos de oro—, llévame contigo y todos los días cuando salga el sol te bastará, para que ponga dos huevos de oro como éstos, que pronuncies este hechizo:

*Pájaro de oro, Fénix, oh tú, rey de las aves,
dame montones de monedas de oro como sabes.*

Entonces Alegrillo instaló al pájaro de oro en su hombro para emprender la penúltima etapa de su vuelta a casa. Los habitantes de la aldea fueron a decirle adiós y para darle las gracias le regalaron un saco de arroz. Cuando le entregó el saco, el más anciano de la aldea se dirigió a él en estos términos:

—Muchacho, el arroz que te regalamos es arroz corriente; sin embargo, no lo desprecies: te bastará con comer unos granos para quedar satisfecho.

Después de haber dado las gracias, Alegrillo siguió su camino. Cuando llegó a la aldea en que la noche se había convertido en día y el día en noche, sacó de su hatillo el primer cabello arrancado de la cabeza de Buda y con él cegó al pájaro, al que fácilmente pudo capturar y atar.

—Suéltame, muchacho, y nunca más turbaré el sueño de las personas honradas —suplicó el pájaro.

Una vez más Alegrillo se dejó enternecer y perdonó al pájaro la vida. Para agradecerle que les hubiera librado del que no les dejaba dormir, los campesinos regalaron un burro a Alegrillo.

Alegrillo emprendió la última etapa con aquel extraño acompañamiento. Cuando llegó a su casa hacía exactamente tres años y un día que se había ido de ella. Guardó los huevos de oro, el saco de arroz y los pájaros, y mandó llevar a la madre de su querida Arco Iris los tres cabellos de oro.

—Sin duda es un bonito regalo —dijo la futura suegra a la madre de Alegrillo—, pero di a mi futuro yerno, comadre, que la costumbre exige que se ofrezcan dos presentes. Comunica, pues, a Alegrillo que le daré con mucho gusto a mi hija en matrimonio cuando me haya traído un saco de perlas.

—¿Dónde voy a conseguir un saco de perlas? —se lamentó Alegrillo al enterarse de la nueva petición.

Pero inmediatamente se acordó de la sirena. Se dirigió al río y, desde la orilla, llamó tres veces:

—¡Sirena! ¡Sirena! ¡Sirena!

Entonces se formó un gran torbellino en la superficie del río, y del círculo espumoso salió la sirena, que preguntó a Alegrillo qué podía hacer por él. Al saber de qué se trataba, dijo:

—Coge un peine y peina mis cabellos.

Alegrillo se dispuso a peinar los largos cabellos de la sirena, y cada gota de agua que brillaba en su pelo se transformaba en una fina perla de un oriente cálido e irisado que caía a los pies del muchacho.

La sirena le dijo que las cogiera y le puso en guardia:

—Ten mucho cuidado de que estas perlas no entren jamás en contacto con el agua; si no, volverán a ser gotitas de ese líquido como antes.

Alegrillo se lo agradeció cortésmente, y metió las perlas, en un cesto que fue a regalar a la madre de Arco Iris. Ésta, satisfecha, consintió en la boda, que se celebró con grandes festejos y enorme alegría.

A la madre de Arco Iris le gustaban tanto sus perlas que no dejaba nunca de mirarlas, las hacía rodar en sus manos, las contaba y volvía a contarlas sin cesar. Pero un día las perlas se le escaparon de las manos y rodaron por el suelo. Como estaban cubiertas de polvo, la suegra pensó que sería bueno lavarlas, y así lo hizo. Pero ¡oh estupor, oh consternación! Apenas cayeron en el agua las perlas se convirtieron en pompas, como de jabón. No quedó ni rastro de aquellas bellas perlas de tan cálido oriente. ¡Se habían desvanecido, evaporado! La madre de Arco Iris estaba desesperada. Sin embargo, en seguida pensó que Alegrillo debía de haber traído otros tesoros de su peregrinación al Paraíso Occidental, y se dirigió a casa de su hija. Casualmente, Alegrillo no estaba en aquel momento. La madre aprovechó para dedicarse a husmear, a todo pasó revista y, ¿qué vio? ¡Al pájaro de fuego, al fénix!

—¿Qué pájaro es éste tan hermoso y tan brillante? —preguntó entonces a su hija, que le respondió que no era un pájaro corriente y que bastaba con darle todos los días dos granos de arroz para que pusiera dos huevos de oro si le cantaban el hechizo que tuvo la desgracia de revelar a su madre—. Arco Iris —dijo la codiciosa vieja a su ingenua hija—, préstame unos días este pájaro y enséñame bien el hechizo para que no me equivoque al conjurarlo.

Arco Iris, que en su vida había negado nada a nadie, hizo lo que su madre le pedía.

La madre se llevó a su casa al pájaro, para el que empezaron días penosos. Ya no bastaba con poner al amanecer; en todo momento la vieja recitaba el hechizo, y el desdichado animal estaba agotado de poner y poner huevos sin parar. Hasta el punto de que pronto murió, extenuado.

«¿Qué hacer? ¿Qué decir a mi yerno?», pensó la mujer.

Avara y ávida como era, se le ocurrió, para que nadie se enterara, comerse al pájaro de oro, que yacía allí, patas arriba. Pero ¡ay!, el oro se digiere mal, y la insaciable mujer fue castigada: ¡también murió!

Cuando Alegrillo volvió a casa no pudo hacer otra cosa que enterrar a su suegra y lo que quedaba del pájaro de oro, que no había podido tragar. Al cabo de cierto tiempo, un árbol creció sobre su tumba, un árbol que nació solo y que, después de haber dado flores blancas de delicado perfume, se cubrió de hermosos frutos redondos, al principio verdes, color de fuego después. Como

recordaba a los tonos del pájaro de fuego, los chinos llamaron a aquel árbol Kintan, que entre nosotros significa naranjo.

La caza de los astros

EN la orilla oriental del río Chao Pai hay un pueblo, y cerca del pueblo una colina donde se alza el templo de Eul-lang. En la cima de la colina reposa, desde la noche de los tiempos, una piedra en la que todavía puede verse, si se mira bien, la huella de un zapato. Con ese lugar se relaciona la leyenda de Eul-lang, el que atrapó al sol.

Hace muchísimo tiempo, tanto que ninguna memoria humana lo recuerda, había en el cielo siete soles. ¡Qué jaleo! ¡Qué confusión! Apenas un sol se había ocultado cuando salía otro, luego un tercero surgía en el horizonte. Siempre, siempre, y día y noche, aunque no había noche, porque sin parar uno de los siete soles derramaba su luz en el corazón de lo que debía haber sido la noche... ¡Y qué calor hacía! ¡Apenas se podía respirar con tantos soles ardiendo y quemando! Era estupendo para los pasteleros. Les bastaba con poner la masa sobre una tapia, exclamaban ¡uf! ¡Y el pastel estaba cocido! Pero la gente se quejaba:

—¡Es insoportable! —decían.

Nadie sabía qué hacer.

En esa época vivía el joven Eul-lang, que era alto, esbelto y robusto como un abedul. Un día, Eul-lang se hartó y decidió atrapar y castigar a aquellos perversos soles. ¿Pero creéis que los soles se dejaron atrapar fácilmente? Eul-lang cogía uno, luego otro y el primero se le escapaba de las manos, Dios sabe cómo. ¡Y adiós sol! No, decididamente, así no era posible. Entonces Eul-lang se sentó, hundió la cabeza entre las manos y reflexionó.

Y al final se le ocurrió una idea. Cogió una vara semejante a las que usan los campesinos para transportar sus fardos. En lugar de fardos, Eul-lang colgó de cada extremo de la vara una colina. Y puso manos a la obra. ¡Menudo esfuerzo! Cuando atrapaba un sol, rápidamente, a toda velocidad, lo metía debajo de una de las colinas para que no se escapara, y se iba en busca de otro

sol. Lo hizo tan bien que atrapó seis. Pero aquella cacería le agotó tanto que ya no sabía dónde estaba y cuántos soles quedaban todavía por coger.

Y llegó a la orilla oriental del río Chao Pai, tan cansado que ni siquiera sentía las piernas. Entonces Eul-lang se sentó en una piedra y se descalzó. Y vio que sus zapatos estaban llenos de piedrecitas.

—Así que sois vosotras las que me habéis jugado esta mala pasada y hecho perder la cabeza —refunfuñó sacándolas de los zapatos.

Y de repente las piedras se convirtieron en colina. Eul-lang se tumbó a descansar. Luego volvió a calzarse, se puso otra vez la vara al hombro y bajó para continuar la persecución. Caminó mucho, muchísimo tiempo sin ver ningún otro sol.

—¡Se esconden! —murmuró Eul-lang, pero en el mismo instante un solecito apareció tímidamente por el horizonte—. ¿Qué haces tu ahí? —exclamó Eul-lang lanzándose hacia él.

El pobrecillo sol tuvo tanto miedo, que se puso totalmente rojo y desapareció en un instante.

Eul-lang descendió hacia el horizonte, rebuscando, aunque en vano, por todos los rincones para encontrar al sol. Y entonces vio a un grupo de campesinos que reían y le hacían señas.

—¡Eul-lang! —gritaban—. ¡No vale la pena que corras, sólo queda uno!

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Eul-lang.

—Pues verás —empezó uno de los campesinos—, me dirigía a los sembrados cuando de repente, ¡qué veo! En medio del arado había una especie de solecito minúsculo llorando tan amargamente que partía el alma. ¿Qué te ocurre?, le pregunto. Búa, Búa, contesta, éramos siete solecitos y Eul-lang ha metido a mis seis hermanitos bajo una colina y yo me he quedado solo en el mundo... ¡Buaaaaaa!

En ese momento, Eul-lang soltó una carcajada y dijo:

—Bueno, ya que es el último, podría dejarle tranquilo, ¿verdad? Pero llámale, tengo que hablar con él.



Los campesinos trajeron al solecito, que todavía tenía los ojos muy colorados de tanto como había llorado. Y Eul-lang le dijo:

—Escucha, voy a dejarte tranquilo, pero tienes que hacerme una promesa. No tienes que ser perezoso. Por la mañana te levantarás suavemente por el Este e irás a acostarte por el Oeste. Cuando la gente trabaje iluminarás a todos, y cuando quieran descansar te esconderás y te harás pequeño como un ratón, sin hacer ruido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió dócilmente el solecito resoplando; y fue a acostarse.

Y desde ese día solamente hay un Sol en la Tierra, para mayor dicha de los hombres.

Las siete perlas

HACE mucho tiempo, un joven pescador llamado Pai Hai vivía a la orilla del mar. Todos los días iba a pescar. Bien que mal, ese trabajo le aseguraba la vida.

Un día, en vano echó la red, pues no cogió nada. Hacia la noche, como sacaba sin cesar la red vacía, se dijo que haría un último intento, y al retirarla de nuevo se quedó muy decepcionado notándola tan ligera. En el fondo sólo había una ostra. La contempló muy desalentado, la tiró a un rincón de la barca y se dispuso a volver a casa.

Al caer, la ostra se abrió, y Pai Hai se quedó maravillado: de ella salió una adorable muchacha, toda vestida de verde y con las mejillas sonrosadas.

—Déjame volver al mar, joven pescador, ¡te lo suplico! Mis hermanas estarán preocupadas por mi desaparición —le rogó ella.

Pai Hai sacó un trozo de pan de su saco, y mientras hacía esto respondió a la jovencita:

—Primero come, luego me dirás quién eres y dónde vives.

La muchacha comió el pan con mucho apetito, lo que pareció devolverle unas fuerzas que realmente necesitaba, y luego empezó a contar:

—Soy la menor de siete hermanas que vivimos en el mar, bajo la montaña rocosa.

—Muy bien, voy a llevarte bajo la montaña rocosa, de la que estás muy lejos. Pero no llores, pronto estarás allí.

Y Pai Hai se puso a remar con fuerza.

La barca avanzó por la superficie en calma, y al cabo de poco tiempo la montaña rocosa se elevó ante sus ojos. Pai Hai dejó suavemente la ostra en el agua, viró de bordo y siguió remando para volver a casa, cuando oyó que le llamaban. Se volvió, y se quedó enormemente sorprendido del espectáculo: la jovencita que acababa de llevar flotaba sobre las olas, pero no estaba sola:

seis ostras con la concha abierta la rodeaban. En cada una había una bella muchacha vestida con todos los colores del arco iris.

El joven pescador dejó de remar para esperarlas. Las muchachas-ostros le rodearon sonriendo, y la más joven dijo:

—Mirad, hermanas, es el amable pescador que me ha salvado y traído entre vosotras.

La que iba vestida de rojo, y que parecía la mayor, se acercó a la barca y dijo a Pai Hai:

—Gracias, hermano, por habernos traído a nuestra hermana perdida. Se había alejado y corría un grave peligro; quién sabe cómo habría acabado esta aventura si tú no hubieras tenido tan buen corazón. Deseamos recompensarte. En el fondo del mar, en esta zona, hay oro y plata en abundancia. Dinos lo que desees y te traeremos tanto como quieras.

—¿Qué iba a hacer yo con oro y plata? —dijo Pai Hai soltando una carcajada—. Soy un simple pescador, y no deseo otra cosa que poder llenar cada día mi red.

Entonces la mayor de las ostras declaró:

—Vamos a recompensarte a nuestra manera. Cada una de nosotras te dará una perla.

Entonces las siete jovencitas acuáticas sacaron cada una una perla de su larga melena y se la ofrecieron al pescador, que dudaba en aceptar un regalo de tanto valor.

—Las perlas no me convienen, sólo los ricos las llevan —se defendía.

Las jóvenes ondinas se echaron a reír a la vez y le dijeron:

—No son perlas corrientes. Cuando vuelvas a tu casa, ensártalas en una cadena de oro. El collar curará a quien esté enfermo de bocio cuando se lo ates al cuello.

«Eso no está mal —se dijo el pescador—. Mi hermano, precisamente, padece esa enfermedad».

Así que cogió las perlas después de dar respetuosamente las gracias, dijo adiós a las bellas muchachas marítimas y se puso a remar alegremente para volver a puerto.

El hermano no se puso muy contento cuando vio que Pai Hai volvía con las manos vacías, pero su rostro se iluminó cuando le enseñó las magníficas perlas.

—No vayas a creer, hermano, que he traído esto como adorno para nosotros, que somos pescadores —dijo Pai Hai riendo—. Pero al parecer estas

perlas poseen una virtud mágica: curan el bocio. Ven, vamos a probarlo inmediatamente. Por el camino me moría de impaciencia.

El hermano mayor miraba al pequeño con un movimiento de cabeza que significaba incredulidad. Pero cuando el collar de perlas milagrosas le rodeó el cuello, el bocio empezó a desaparecer, y el hombre sintió un grande e inmediato alivio.

Los dos hermanos se pusieron a lanzar gritos de alegría. El bocio había desaparecido por encantamiento, en un abrir y cerrar de ojos se había reducido y ahora no quedaba nada.

Entonces, el hermano mayor exclamó lleno de entusiasmo, con los ojos brillantes, ávidos:

—¡Cuánto dinero vamos a ganar, hermanito! Piensa un poco, ¿y si todos los que padecen bocio nos dan solamente, por curarse, digamos dos monedas de oro? ¡Llenaríamos sacos enteros en nada de tiempo!

—Está claro que no voy a curar a la gente por dinero —respondió Pai Hai.

Por mucho que su hermano intentó convencerle, se mantuvo en sus trece. Y actuó como había dicho.

La noticia de que el joven pescador curaba el bocio y de que, además, sanaba a la gente gratuitamente, se extendió como un reguero de pólvora. Todos los enfermos de bocio de la región se reunieron en verdaderas multitudes alrededor de su cabaña.

Pai Hai les curaba durante el día y, como había declarado, no cobraba un céntimo a nadie por hacerlo. Como antes, se ganaba la vida yendo a pescar, cosa que hacía durante la noche. Pero jamás se quejaba de mala pesca, como le ocurría antes. Cada noche retiraba la red llena hasta el borde, y sólo tenía que echarla una vez.

Pensó que aquello no era natural, y una noche decidió averiguar lo que pasaba. Antes de ir a la mar cogió un largo y sólido cordaje. Al llegar al lugar acostumbrado dejó inmóvil la barca como solía hacer, ató sólidamente la cuerda a la barca y se enrolló el otro extremo a la cintura. A continuación se sumergió en el agua.

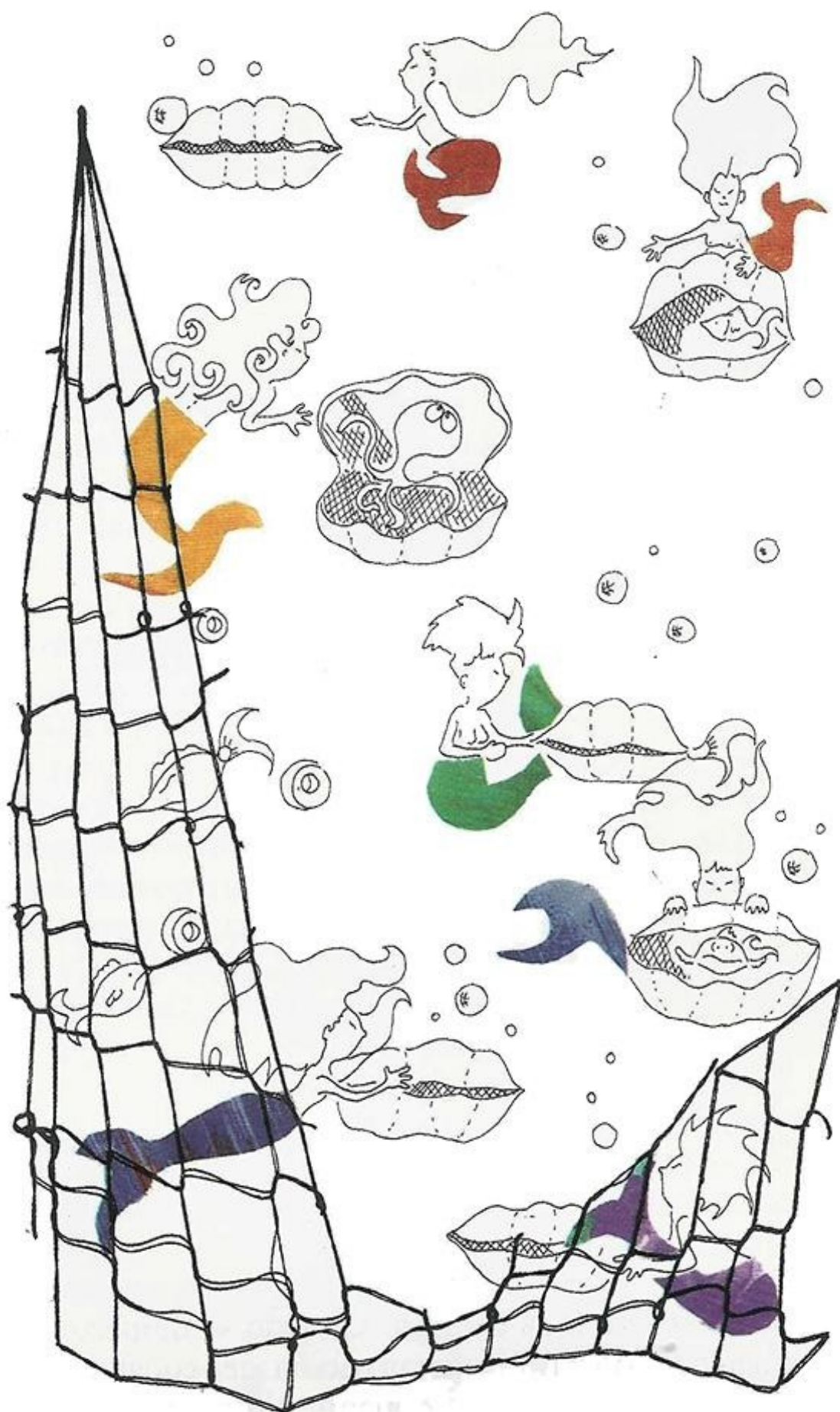
Cuando hubo llegado al fondo, se quedó maravillado. A su alrededor brotaba una claridad luminiscente. Eran las siete enormes ostras que abrían y cerraban las siete ondinas, para capturar peces que ponían en la red del pescador.

El joven se alegró mucho de volver a ver a las siete muchachas tan encantadoras, nadó hasta ellas y les dijo amablemente:

—Muchas gracias, bellas muchachas, por vuestra generosa ayuda.

Las ondinas le sonrieron dulcemente, y la mayor le contestó:

—No tienes nada que agradecernos. No vamos a dejar que te mueras de hambre ahora que pasas el día curando gratuitamente a los desdichados.



Y las muchachas, riendo, se pusieron a agitar todavía con más entusiasmo sus conchas.

Aquella vez, Pai Hai llevó a su casa una pesca verdaderamente milagrosa. Y después, cada vez que retiraba del mar su red rebosante de peces pensaba agradecido en sus queridas amigas que, en el fondo, abrían y cerraban incansablemente sus conchas nacaradas.

Pasó un cierto tiempo hasta que un día el hermano mayor llegó todo emocionado a casa.

—¡Por fin la fortuna nos sonríe! —gritó desde el umbral de la cabaña, jadeante por haber corrido, y anunció—: Imagínate, Pai Hai, que el propio emperador está aquejado de esta enfermedad. He leído una proclama: ofrece veinte mil escudos de oro al que le cure, y una situación honorífica en su palacio por añadidura.

—¿Y qué, hermano? —preguntó Pai Hai encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que qué? ¡Tienes que ponerte inmediatamente en camino hacia el palacio imperial! —respondió el hermano mayor, en tono imperativo y enfadado.

—Tan de prisa es imposible, hermano —repuso serenamente Pai Hai—; observa la gente que me espera ante la puerta. Todos sufren mucho. El emperador puede esperar, está bien atendido, y no morirá tan pronto. Primero tengo que dedicarme a esta pobre gente que día y noche se reúne aquí.

El hermano intentó convencer a Pai Hai, pero él se mostró inflexible. Entonces el mayor esperó a que el joven se fuera a pescar, durante la noche, para quitarle el collar milagroso y dirigirse apresuradamente a la ciudad imperial.

Al volver de la pesca, Pai Hai, que no sospechaba nada, se acostó y se durmió. Cuando se despertó por la mañana, constató la desaparición del collar al mismo tiempo que la de su hermano. No necesitó mucho tiempo para comprender lo que había pasado. Entonces se puso a perseguir al fugitivo lo más rápidamente que pudo.

Al pasar por la puerta de la ciudad se cruzó con un caballero ricamente vestido, a cuyo caballo asustó sin querer. Creyendo que se trataba de un gran señor, se disponía a presentarle sus más humildes disculpas cuando oyó una voz conocida que llamaba a los guardias. Pai Hai levantó los ojos hacia el personaje, y reconoció a su propio hermano en el que había tomado por un alto dignatario.

—¡Devuélveme el collar de perlas inmediatamente! —gritó Pai Hai, furioso—. ¡Los enfermos esperan!

—¡No tan deprisa, hermanito! —respondió el otro desde arriba, echándose a reír—. Realmente, nuestro augusto emperador se ha curado, pero desea conservar el collar, por si tuviera una recaída. Si quieres llevártelo a cualquier precio, ¡ve a reclamárselo tú mismo!

Y el hermano mayor sonreía maliciosamente, porque creía que Pai Hai jamás se atrevería a ir a hablar con el emperador. Pero Pai Hai no manifestó la menor vacilación:

—Puedes estar seguro de que se lo voy a reclamar —dijo en tono decidido.

E inmediatamente se puso en marcha hacia el palacio imperial. No le pusieron dificultades para introducirse hasta su majestad imperial. El emperador le recibió respetuosa y amablemente, y le dijo:

—Bienvenido, Pai Hai. Me has hecho un gran favor.

Y llamó a su tesorero, ordenándole que diera a Pai Hai todo el oro que pudiera llevar como recompensa. Además, haría de él un dignatario de su palacio.

—Su majestad imperial me permitirá decirle que no deseo ni oro ni honores —declaró Pai Hai haciendo una respetuosa reverencia—. Lo que quiero es que me devolváis mi collar de perlas.

Al oír estas palabras, el emperador se ensombreció. Declaró fríamente:

—Muy bien, como quieras. Pero con la condición de que lleves a cabo dos tareas que voy a imponerte. Si fallas, te sacaré los ojos.

—De acuerdo —respondió sencillamente Pai Hai.

—Presta atención —dijo el emperador—. Poseo un cuadro que representa a cien pájaros. Descríbemelo en dos versos, pero de tal modo que la palabra cien no figure en ellos.

Pai Hai examinó atentamente el cuadro, luego cogió un pincel y escribió:

*He pintado tres y cuatro,
uno que por el aire vuela,
cinco, seis, siete y ocho
otro posado en la tierra.*

—No comprendo —dijo el emperador—. ¿Qué significa?

—Es muy sencillo —explicó Pai Hai—. Tres veces cuatro es igual a doce; cinco veces seis, treinta; siete veces ocho hacen cincuenta y seis. Doce, más

treinta, más cincuenta y seis son noventa y ocho. Si añadís un pájaro en el aire y otro pájaro en el suelo, obtenéis exactamente cien.

El emperador se quedó con la boca abierta.

—Muy bien —dijo al cabo de un momento—. En esto has tenido éxito. Pero ahora te falta llevar a cabo la segunda tarea. Tendrás que encontrar la aguja de coser que voy a tirar al mar. Cuando caiga, te sumergirás para cogerla y me la traerás.

Riendo de antemano, el emperador ordenó que prepararan su nave imperial. Subió con el pescador y su séquito, y ordenó zarpar. Cuando estuvieron en alta mar, el emperador enseñó a todos una aguja de coser, tomando a su gente como testigo de que se trataba de una aguja especial, con marcas talladas, una aguja imperial. Luego, la tiró al agua y dijo al joven pescador:

—¡Ahora ve y tráemela!

Pai Hai saltó, sin titubear. La superficie del agua se cerró sobre él, y el emperador se burló: «Esta vez —se dijo— ¡no lo conseguirá!».

Pai Hai bajó al fondo del mar y buscó la aguja, con esperanza pero sin convicción. ¿Cómo encontrar una aguja no en un simple haz de paja, sino en el fondo del mar, que estaba cubierto de algas, musgo, plantas, crustáceos, corales, piedras y perlas, todo removido por las corrientes? Pero el espectáculo era maravillosamente bello, iluminado por una luz verdosa, mientras los peces, los cangrejos y los bogavantes paseaban entre las rocas y las plantas marítimas. Era tan bello que Pai Hai se quedó contemplando cuanto había a su alrededor sin buscar la agujita en el fondo. Y de repente, ¿qué ve? Siete conchas luminosas se acercan a él. Se abren y reconoce a sus amigas, las bellas jovencitas conchíferas, las milagrosas ostras perleras.

—¿Qué haces aquí, Pai Hai? —le preguntaron ellas, muy alegres por el encuentro.

Y el joven pescador les contó sus desgracias.

—No te preocupes, espera aquí, nosotras buscaremos la aguja.

Entonces se dispersaron en torno al lugar donde la aguja había caído, y al cabo de un breve instante la ondina más joven entregó a Pai Hai la aguja imperial.

Arriba, en la superficie del mar, en su suntuosa nave, el emperador se regocijaba ya. Hacía mucho rato que Pai Hai se había sumergido y el emperador empezaba a considerar que se había ahogado, cuando se dejó ver un remolino, y Pai Hai apareció, respirando rápidamente una gran bocanada

de aire, porque estaba empezando a faltarle. Entonces hizo una reverencia ante el emperador, que había mandado subirlo al puente, y le dijo:

—Aquí tenéis vuestra aguja, altísima majestad; ahora os ruego que me devolváis mi collar de perlas.

—¿Qué? ¿Tu collar de perlas? ¡Desvergonzado! ¿Dónde se ha visto que un andrajoso como tú tenga semejante collar? ¡Confiesa que lo has robado!

—No lo he robado —declaró Pai Hai—, pero, aunque me cueste la vida, no os diré cómo lo he obtenido.

En el colmo de la irritación, el emperador llamó a sus guardias:

—¡Soldados, venid! ¡Que agarroten a este tunante, le arranquen los ojos y lo tiren al mar!

La orden fue inmediatamente ejecutada por los guardias, y nuestro Pai Hai fue bajando y bajando hasta el fondo del mar. Cayó justo en los brazos de sus bellas amigas las ondinas.

Las ostras femeninas se enfadaron mucho al ver lo que el emperador había hecho a su fiel y honrado amigo. Rápidamente, se elevaron por las aguas, hasta debajo del casco de la nave imperial, y *toc, tic, fric, frac, bum, bum, zzz, bang*, todos los ruidos de golpes que podáis imaginaros, y se dispusieron a agujerear el fondo de la barca imperial. Se abrieron numerosas brechas, el agua entró en las bodegas y la nave se hundió con sus pasajeros. En el momento en que el barco hizo agua por todas partes, las ostras aprovecharon para recuperar el famoso collar, y rápidamente fueron a reunirse en el fondo con su desdichado amigo. Pero con las perlas milagrosas le devolvieron inmediatamente su estado primitivo. Con las dos más grandes, más luminosas, le devolvieron los ojos, y en seguida Pai Hai recobró a la vez la vida y la vista. Luego, le llevaron rápidamente a la orilla, para que respirara más a gusto.

Examinaron las cinco perlas restantes y dijeron a su amigo:

—Estas perlas no te serán de ninguna utilidad, pero déjanos un instante tu cinturón, ¿quieres?

Pai Hai se quitó el cinturón que llevaba puesto, y se lo dio, sin comprender pero sin vacilar.

Las siete ondinas redujeron las perlas a polvo, y con él espolvorearon el cinturón, que lanzaron muy alto al cielo. Entonces, sobre el mar se vio cómo se elevaba una larga banda blanca, luminosa y transparente como una suave bruma.

—Ahora, vete. Vuelve junto a tus enfermos, Pai Hai. Te esperan. Les dirás que, para gozar de excelente salud, vengan a la orilla del mar a respirar y

tragar un trozo de este cinturón.

Después dijeron adiós a su joven amigo, que las obedeció y volvió a su pequeña y modesta cabaña. E hizo como las ondinas-ostras le habían aconsejado.

Desde entonces vivió satisfecho en su casa, yendo a pescar y ayudando a la gente a curarse por medio del aire marino. Siempre tuvo la red bien llena, pero jamás volvió a ver a las siete hermanas. Añoraba sobre todo a la más joven, a la del primer día, tan bella en su concha de nácar y con su vestido verde.

Los dos lagos encantados

HABÉIS oído hablar alguna vez del palacio de Brocado? En realidad, es el palacio de las dos hadas celestes que durante todo el día tejen las nubes al Emperador del Cielo. ¡Pero os engañaríais si creyeráis que están contentas de su suerte! Las dos hadas se mueren de aburrimiento en su palacio. Así que un día se escaparon.

Aquel día era el cumpleaños del Emperador del Cielo y los sirvientes estaban ocupados en los preparativos de un gran festín. Los funcionarios celestes se divertían en las salas imperiales y la guardia de la puerta del Sur, por la que se desciende a la Tierra, bebía alegremente a la salud del Emperador y caía poco a poco en una somnolencia beatífica.

Las dos hadas celestes se habían quedado solas. Su palacio era maravilloso, me diréis. Naturalmente, pero ¿habéis pensado en el tedio de vivir constantemente la misma forma de felicidad, de beber todos los días del mismo néctar y de tejer también cada día una nube en forma de yunque y siete nubes blancas y algodinosas? Los días se parecen como un huevo a otro huevo, y nuestras dos hadas se aburrían, se morían de aburrimiento.

—¿Sabes, hermanita? —suspiraba la más joven—, me gustaría irme y bajar a la Tierra antes que seguir aquí aburriéndome. ¡Los hombres no aprecian lo que tienen! Mucho trabajo y siempre distinto. ¡Eso sí que me gustaría!

—A mí también —continuó la mayor—, y ¡si vieras sus montañas y cómo serpentean sus ríos! ¡Qué maravilla! No hay nada parecido en este tedioso palacio. ¿Y si nos escapáramos?

Dicho y hecho. Las dos hadas celestes se pusieron en camino y de puntillas, pasito a pasito, se deslizaron hasta la puerta del Sur, que conducía a la Tierra. Los guardias dormían como troncos. Las dos jóvenes salieron furtivamente.

—Ahora, hermanita —propuso la menor—, debemos separarnos. Tú irás hacia el Sur y yo hacia el Norte. Y cuando encontremos a un ser desdichado, nos detendremos a ayudarlo.



Las dos hadas se separaron. Y todo sucedió como había dicho la más joven. Encontraron a dos ancianas solitarias y consumidas y se detuvieron a ayudarlas. Pronto perdieron su tono transparente y se volvieron rosas. Se divertían mucho en la Tierra. Nunca pensaban en el cielo.

Pero ¡ay!, nada es eterno. Cien años habían pasado en la Tierra, cien años, lo que representa exactamente siete días en el cielo. Los festejos habían llegado a su fin, y el celeste Emperador comenzó a buscar a las dos jóvenes. Pero en vano, no aparecían por ninguna parte.

—¿Adónde habrán ido? —dijo furioso el Emperador—. Hace mucho que no llueve y necesitaría que me tejieran lo más rápidamente posible una nube de tormenta.

Y el Emperador mandó buscar a las dos hadas. Pronto volvieron los sirvientes para informarle de que la puerta del Sur estaba abierta y de que probablemente las dos jóvenes se habían escapado.

—¡Es el colmo! —gritó el Emperador—. ¡Que me las traigan inmediatamente! ¡Si no, enviaré sobre la Tierra una espantosa sequía!

Entonces los mensajeros celestes descendieron a la Tierra en busca de las dos hadas. Al fin las encontraron. Las jóvenes no querían volver. Sin embargo, no tuvieron otro remedio. ¿Acaso se podía desobedecer una orden del Emperador del Cielo? Con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas, las dos hadas reemprendieron el camino del cielo.

Al llegar ante la puerta del Sur, la más joven dijo:

—Hermanita, creo que moriré de tristeza si ya no puedo contemplar el mundo de abajo.

La mayor movió la cabeza suspirando y dijo:

—Tengo una idea. Lancemos nuestros espejos. Así, cuando miremos hacia abajo, veremos cómo se refleja en ellos el mundo entero.

Entonces las dos jóvenes sacaron sus espejos de sus amplias mangas y los lanzaron hacia abajo. Los espejos descendieron lanzando reflejos, giraron un instante emitiendo débiles silbidos y cayeron en la Tierra, donde se transformaron en dos lagos encantados cuyas límpidas aguas reflejaban las montañas, los bosques, las colinas y los hombres. Y ¿sabéis dónde están los dos lagos? Uno está en China, es el gran lago occidental, y el otro en Vietnam, en Hanoi.

El cinturón de brocado

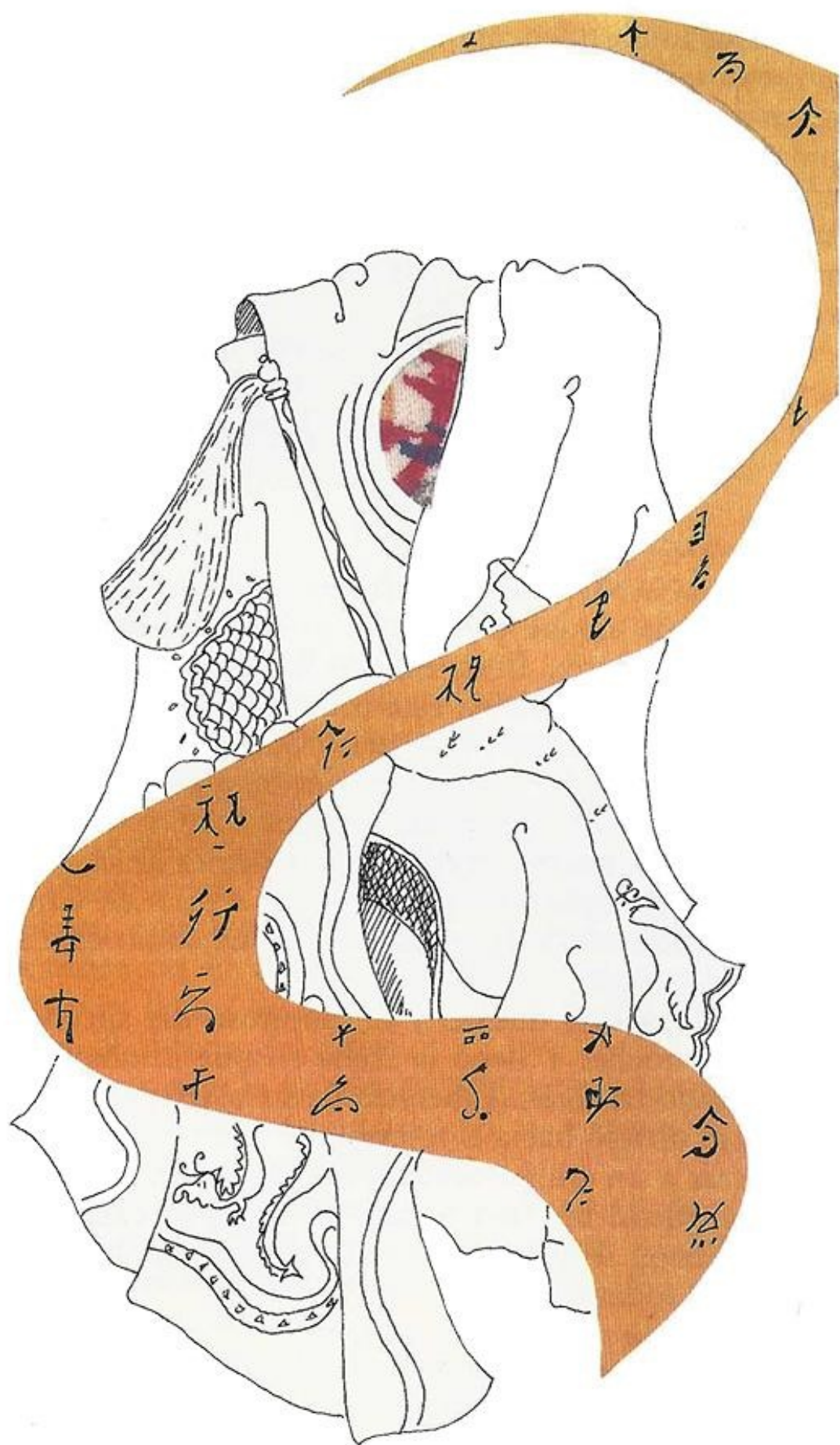
ANTAÑO, hace muchísimo tiempo, vivían en una ciudad dos hombres que se llamaban Li y Chang. Eran amigos íntimos. Pero, como acostumbra a ocurrir en este mundo, la vida pasa y la muerte golpea al azar. Y ocurrió que Chang cayó enfermo de repente y pronto murió. Su amigo Li le lloró, y sus hijos, y sus hijas, y todos iban a su tumba casi a diario a quemar incienso. Y a fuerza de incienso, el amo de los infiernos se conmovió e hizo de Chang el dios protector de la ciudad. Y así fue como éste entró en el templo.

Luego, pasó el tiempo y el luminoso día sucedió a la oscura noche. Y llegó la fecha en que Li abandonó este mundo también. Liberado de su apariencia terrestre, Li se dirigió hacia el templo del cielo. ¡Qué alegría encontrar a un amigo después de tanto tiempo!

Li se quedó una temporada de visita en casa de su amigo Chang. Pero no creáis que después de la muerte se acaban todas las penas.

Chang dijo un día a su amigo:

—Querido hermano, has permanecido en mi casa mucho tiempo, has de pensar en tu regreso a la Tierra.



—Si piensas que ya es hora, muy bien, me voy —respondió Li—, pero ¿no podrías tú, con tantas relaciones, utilizar tu poder para enviarme bajo una forma mejor a la Tierra?

—Naturalmente, eso ni se pregunta —repuso el dios protector de la ciudad—. Dime cómo te gustaría reencarnarte. Satisfaré todos tus deseos.

—Muy bien —añadió Li—, me gustaría que cumplieras cuatro cosas. En primer lugar, quisiera vivir toda mi vida en las montañas, después me gustaría tener una familia muy numerosa, en tercer lugar encontrar una mujer buena y bella y, por fin, que mi padre sea algún alto funcionario y que, en consecuencia, yo también me convierta en una personalidad.

—Me parece que eres muy avaricioso —dijo el dios protector—. Jamás podré realizar todo eso a la vez.

—Bueno, ya que no puedes cumplir todos los deseos a la vez —repuso Li decepcionado—, déjame por lo menos penetrar en tu tesoro. Allí podré elegir un traje a mi gusto y, según el traje que elija, me reencarnarás en la piel de su propietario.

—Eso sí es posible —consintió Chang abriendo de par en par las puertas de su tesoro.

¡Menudo guardarropa! Allí había trajes de una blancura resplandeciente, vestidos rosa nacarado, otros turquesa como piedras marinas, otros transparentes y adornados con cuadros o rayas, bordados de perlas, pero había también harapos y trajes remendados. Li buscó y rebuscó en el guardarropa.

—¡Quiero éste! ¡Ah, no, éste es todavía mejor! A menos que aquél...

Y apartaba los trajes uno detrás de otro hasta que, por fin, sacó uno reluciente y brillante.

—¡Sin duda, éste es el que necesito! —proclamó al descubrir que el traje llevaba además un cinturón maravilloso de transparente brocado.

«Seguramente es el traje del emperador en persona», se dijo Li, y, aprovechando un instante de distracción del dios protector, y por temor a que su amigo cambiara de opinión, se aferró al traje deseado, se lo puso a toda velocidad y abandonó precipitadamente el templo.

Huyó tan de prisa que parecía escapar del fuego. Atravesó como una flecha campos y bosques y llegó por fin, agotado y sediento, a una fuente.

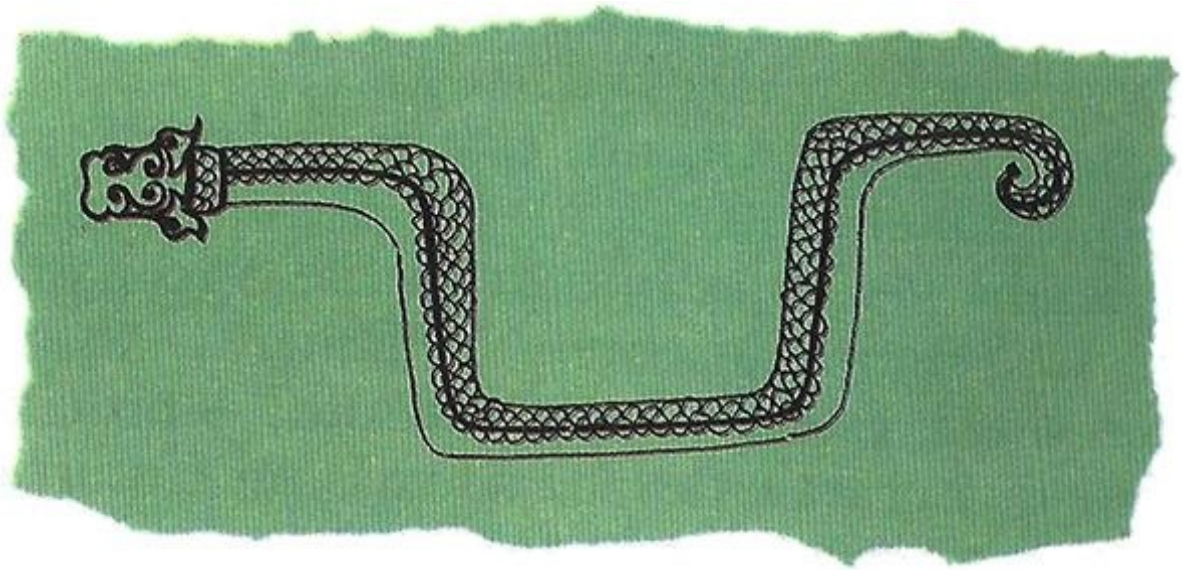
«Tengo que ver qué aspecto tengo», pensó inclinándose sobre el agua clara. Y se quedó petrificado de horror. En el espejo acuático le contemplaba la cabeza de una serpiente rayada.

«Es imposible», se dijo Li horrorizado, y asomó la cabeza para mirarse otra vez. Al momento la serpiente de rayas asomó la cabeza por el mismo

lado. Guiñó el ojo izquierdo. La serpiente guiñó el ojo derecho.

Entonces era verdad. Li, consternado, suspiró y, anonadado por el descubrimiento, contempló entonces su cuerpo. Y fue en ese momento cuando vio su largo cuerpo liso y brillante, sin brazos ni piernas, su largo cuerpo recorrido en el centro por una raya clara semejante a un cinturón de brocado.

Si encontráis algún día en el bosque una serpiente rayada a todo lo largo de su cuerpo con un cinturón de brocado, recordad al desdichado Li y sus disparatados deseos.



El amor de una esposa

EL primer emperador chino de la dinastía Tsin se llamaba Tsin Che-huang-ti. Precisamente este emperador mandó construir, en la frontera septentrional de su imperio, la famosa Gran Muralla, para protegerse de los invasores del Norte. Es evidente que para edificar una muralla así, a lo largo de miles de kilómetros, el emperador necesitó una enorme cantidad de trabajadores. Por orden suya, todos los hombres aptos en cientos de kilómetros en el interior del país y a lo largo de la frontera, todos los hombres de las ciudades, de las aldeas y de los pueblos, fueron obligados a construir la Gran Muralla. A millares cayeron en aquella tarea, extenuados por el duro trabajo, el hambre, los malos tratos, la soledad lejos de sus familias.

Por esa época vivía en uno de aquellos pueblecitos proveedores de mano de obra una bella joven, buena como el pan, llamada Meng Kiang-nu. Cuando su marido, obligado por las circunstancias, la dejó para ir a trabajar a la Gran Muralla, muy al norte, la pobre joven vagó durante mucho tiempo como un alma en pena. Deseaba que su marido volviera pronto, pero no volvía.

«Si al menos recibiera alguna noticia», esperaba; pero ninguna noticia le llegaba.

El tiempo pasaba, y su marido no daba señales de vida. Las flores primaverales se habían marchitado, abrasadas por el ardiente sol del verano, y ya habían llegado las fuertes lluvias del otoño. ¡Seguía sin noticias! La gente hablaba entre sí en voz baja de la Gran Muralla, que se construía muy lejos al norte, donde hacía tanto frío que no era posible quitarse un guante, ni siquiera un momento, sin que los dedos se congelaran. Meng Kiang-nu se puso a coser para su marido una chaqueta forrada y unos escarpines. Pero no conocía a nadie que pudiera llevárselos. Entonces, la joven decidió emprender ella misma el largo y peligroso peregrinaje.

La pobrecilla sentía un terrible nudo en la garganta al abandonar su aldea. Hasta donde alcanzaba la vista, se vio rodeada de llanuras muertas, donde

árboles desnudos dirigían sus tristes brazos hacia un cielo gris y plomizo. Un viento glacial y cortante rugía barriendo aquel desierto. De cuando en cuando, atravesaba una pequeña aldea aislada, cuyos habitantes se acurrucaban en sus casitas para protegerse del frío cruel. Caminó así, durante días y semanas, a través de regiones desconocidas y lúgubres, hasta que se encontró en un valle tan desierto como los demás. Como caía la noche, Meng Kiang-nu decidió refugiarse en un pequeño templo semiderruido que allí se alzaba solitario, olvidado de los hombres. Por la mañana, al despertar, halló la tierra cubierta de un maravilloso manto blanco de nieve inmaculada. Al principio aquel espectáculo le alegró, después se preguntó a dónde dirigiría sus pasos: no quedaba rastro alguno de camino ni de sendero. Mientras permanecía así, indecisa, oyó sobre su cabeza, en el aire, el sonido de un fuerte aleteo. *Cra, cra*. Un gran cuervo fue a posarse en el suelo nevado, cerca de ella.

«Él me indicará el camino», pensó la joven.

El cuervo emprendió el vuelo, y Meng Kiang-nu le siguió. Caminó por montes y valles, cruzó anchos ríos, supo lo que era el frío y el hambre, hasta que por fin, un día, llegó ante la Gran Muralla. Era como una gigantesca serpiente que se retorció en zigzag, siguiendo las cimas y las pendientes para ir a perderse a lo lejos, en la montaña. Entonces, la desdichada se enteró de que su marido había muerto hacía mucho tiempo y que yacía bajo la tierra sepultado al pie de la Gran Muralla.



Meng Kiang-nu se desmayó al oír la terrible noticia. Cuando la gente consiguió reanimarla, estalló en profundos sollozos. Derramó amargas lágrimas durante muchos días y muchas noches. Lloró tanto que cuantos le rodeaban lloraron con ella.

Su dolor era tan intenso que provocó, más allá de la región en que se encontraba, una tempestad espantosa, de viento y nieve, y la tempestad hizo que se desplomara todo un lienzo de la Gran Muralla. Los comentarios sobre la fuerza de las lágrimas de Meng Kiang-nu corrieron como la pólvora, de boca en boca, hasta que llegaron al palacio del emperador y al emperador mismo. Lleno de curiosidad, el soberano decidió tomar el camino del norte para ver con sus propios ojos a la mujer cuyas lágrimas eran tan poderosas que podían conseguir que se desplomara un lienzo de la Gran Muralla.

Meng Kiang-nu bajó modestamente los ojos ante tan poderoso señor, pero sus pensamientos permanecieron junto al que estaba enterrado en las profundidades de la negra y sombría tierra.

—Eres bella como una hada —le dijo el emperador—. ¿Aceptas convertirte en mi mujer?

—Aceptaré, señor, con la condición de que me concedas tres deseos —respondió con voz suave la joven y bella Meng Kiang-nu.

—¿Cuáles son tus deseos? —preguntó el emperador, impaciente por complacerla.

—Primer deseo: que mandes meter los restos mortales de mi marido en un ataúd de oro con tapa de plata. Segundo deseo: que tus ministros y generales lleven luto por él y le conduzcan hasta la sepultura. Tercer y último deseo: que tú mismo encabeces el cortejo fúnebre, detrás del ataúd, y que llores tanto como un hijo amante lloraría a su padre.

Mientras así hablaba, el emperador miraba tiernamente a la bella Meng Kiang-nu; su corazón se inflamaba cada vez más, y estaba tan entusiasmado con ella que le dijo:

—Te concederé los tres deseos y luego te llevaré conmigo a mi palacio imperial para hacerte mi esposa.

Todo se hizo como Meng Kiang-nu había deseado. El emperador en persona caminó con la cabeza baja detrás del ataúd de oro con tapa de plata, y sus ministros y generales, sin faltar ninguno, siguieron el cortejo fúnebre. Ya estaban todos reunidos alrededor de la sepultura donde se colocaría el rico ataúd. A sus pies, al fondo del acantilado, rugía el mar salvaje, y en el lamento de las olas se oían los gemidos de todas las mujeres jóvenes

abandonadas por sus maridos, caídos en el transcurso de la construcción de la cruel Gran Muralla hambrienta de hombres, sólo por capricho del emperador.

Meng Kiang-nu seguía llorando cada vez más amargamente. De repente, se incorporó, pareció dominarse, abrió mucho los espléndidos ojos que habían trastornado el corazón del emperador, contempló por última vez la tumba del marido amado y, antes de que pudieran intentar detenerla, se lanzó al vacío desde el borde del acantilado, para caer en las aguas tumultuosas y agitadas del furioso mar.

El mar recibió su presa con un gran *¡pluf!* y el emperador lanzó un lúgubre grito de desesperación y rabia. Pero antes de que sus sirvientes y cortesanos hubieran tenido el valor de lanzarse al agua para rescatar a la joven deseada por su amo todopoderoso, una ola compasiva envolvió a Meng Kiang-nu y, acariciándola con su blanca espuma, la convirtió en un pez de plata que rápidamente dio unos coletazos y desapareció en las aguas verdes y azules, que se habían calmado y serenado.

La rueda del molino

SABÉIS cómo molían antiguamente la harina en el cielo? ¡Es que no tenían molino allá arriba! ¡Tenían que uncir algún búfalo u otro animal de baja estofa que vivía en el cielo para moler el trigo!

Un día, el Emperador del Cielo se enteró de que en la tierra molían el trigo con la ayuda de una gran rueda con álabes.

—Nos convendría poseer un rueda de esa clase, nos vendría muy bien — se dijo el Emperador, y decidió inmediatamente enviar un espíritu celeste a la Tierra.

El mensajero se montó en una nube blanca y enfiló hacia la Tierra, donde se dirigió directamente a una rueda de molino.



La rueda giraba al ritmo del murmullo del agua, y el mensajero se puso a contemplarla, boquiabierto.

Estudió el funcionamiento en todos sus detalles, y por fin decidió contar las paletas de la rueda. Una, dos, tres, diez, veinte, treinta, cien, cuatrocientas, mil setecientos ochenta y nueve, un millón seiscientos mil, dos... El mensajero celeste estaba agotado, sudaba tanto que la rueda del molino tenía que hacer enormes esfuerzos para evacuar toda aquella agua. Y él seguía contando sin parar.

—¡Qué estúpidos son los hombres! ¡Nunca se han visto tantas paletas! —pensó en voz alta el mensajero.

El molinero le oyó y le contestó con voz socarrona:

—¿Acaso no sabes contar hasta cuarenta, listillo?

—¡Naturalmente! —respondió el mensajero, muy irritado—, pero ya he contado dos millones ochenta y una, ¡y todavía no he terminado!

—¿Pero qué dices? —exclamó el molinero—. Hay treinta y siete paletas, y ni una más.

Y detuvo la rueda para dejar que el mensajero contara. Era verdad, había treinta y siete solamente.

—¡Qué sabios sois los hombres! —suspiró el mensajero con admiración, saludó al molinero y se elevó.

El néctar del Inmortal

LEJOS de aquí, muy muy lejos, en el valle del río Wei, todavía existe en nuestros días una aldea que se llama El Rey del Dedo de Oro. Este nombre se debe a que antaño vivía en ella un campesino llamado Wang, que significa rey. Sin duda el destino se había querido burlar al llamarle así, porque aquel rey no tenía ni una moneda en el bolsillo, ¡y mucho menos un reino! Pocas veces había conseguido hacer una buena comida, con primer plato y postre. A pesar de que se desplomaba trabajando en su pequeño trozo de tierra y de que lo regaba con sudor, las malas hierbas crecían más abundantes que el buen arroz. Pero Wang apenas se quejaba y decía con frecuencia: «llegará un día en que todo cambie».

Una hermosa tarde se durmió con el sueño de los justos. De repente una urraca le habló:

—¡Wang, Wang! ¡Levántate! ¡Ocho Inmortales avanzan hacia aquí! — Wang se despertó, muy sorprendido.

«¿Acaso la urraca habla con voz humana? ¿Ocho Inmortales? ¿De dónde vendrán? ¡He tenido que soñar, seguro!».

Entonces volvió a dormirse.

Pero apenas había cerrado los ojos, la urraca volvió a hablar:

—¡Wang, Wang! ¡Levántate! ¡Los ocho Inmortales están aquí!

Nuestro Wang se agita, de mala gana se levanta, y va a mirar por la ventana. ¿Qué es aquel extraño cortejo que pasa ante su puerta?

Wang les cuenta mentalmente: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

—¡Increíble, hay realmente ocho! —se maravilla.

Observa con más atención. No, no es una ilusión ni una alucinación: allí, a la cabeza, va sin duda una bruja, y el que la sigue, sobre un asno, es evidentemente Chang Kuo-lao, y el último, que cojea y se apoya en un

bastón, no puede ser otro que Li el Cojo. Wang está a punto de gritar de sorpresa.

Pero rápidamente toma una audaz resolución:

«Voy a seguirles», se dijo, y lió el hatillo para lanzarse en pos del extraño cortejo.

Wang le pisaba los talones a Li el Cojo, pero ninguno de los Inmortales se volvió para mirarle ni pareció advertir su presencia. Y de este modo caminaron, caminaron, hasta llegar a la orilla de un río.

Entonces la bruja que iba a la cabeza se detuvo, se volvió hacia los demás y les dijo:

—Tened mucho cuidado, y andad despacio para no pisar la cresta de las olas.

—Para nosotros eso no es problema —la interrumpió el Cojo, que se hallaba delante de Wang—, pero ¿qué vamos a hacer con este mortal? —añadió volviéndose hacia su seguidor, como si hubiera sabido desde hacía mucho rato que estaba allí.

—La suerte lo decidirá —dijo la bruja—. Si es llamado, entonces pasará a la otra orilla; si no, tendrá que quedarse aquí.

—Escucha —dijo el Cojo a Wang—, te pasaré al otro lado si cumples tres condiciones.

—¡Treinta, si es preciso! —exclamó alegremente Wang, porque, yo os pregunto, ¿que no prometería un hombre con tal de encontrarse entre los Inmortales?

—En primer lugar, cuando te conduzca por el río, tendrás que mirar hacia adelante, y ahuyentar de tu mente todo pensamiento impuro. Si no, caerás al agua y te ahogarás —dijo el Cojo.

—Nada más sencillo —respondió Wang.

—Después —prosiguió el Cojo— debes abandonar todo lo que lleves contigo.

Wang tuvo una cierta duda interior, pues lo que llevaba en el hatillo era cuanto poseía, pero dijo:

—¡Muy bien! Si logro estar entre los Inmortales, ya no necesitaré estas cosas.

Entonces tiró el hatillo al agua con resolución.

—Por fin —añadió el Cojo—, tienes que beber el divino néctar que te lavará de todas las impurezas terrestres y te hará tan ligero que pasarás sobre las olas hasta la otra orilla.

—¡Lo beberé, lo beberé! —prometió Wang, muy contentó con la idea de probar un delicioso brebaje divino.

—Entonces coge una hoja de melón, y haz un cucurucho con ella —le recomendó el Cojo, que, mientras hablaba, había sacado del cinturón un frasquito que destapó; a continuación, echó un poco del licor divino en el cucurucho que Wang había hecho.

Pero ¡puaf!, ¡qué olor tan repugnante desprendía aquel líquido negro y viscoso! Wang cerró los ojos, intentó superar su repulsión para beberlo, pero su estómago se cerró; entonces rechazó la copa vegetal exclamando:

—¡No, jamás de los jamases! ¡Cómo se puede beber tan infame brebaje!

—¿No quieres? Es problema tuyo, pero no le echas la culpa sino a ti mismo —declaró el Cojo, que cogió la hoja en forma de cucurucho, se la acercó a los labios y tragó vorazmente su contenido—. Estúpido —dijo después de haber bebido—, has rechazado el néctar de nuestra Madre de Occidente. ¿Cómo has podido atreverte a pronunciar palabras tan injuriosas respecto de él? Sólo este néctar podía ayudarte a pasar a la otra orilla. Pero ahora es demasiado tarde. ¡Vuelve a tu casa!

—¡Ten piedad, sé generoso, mi buen Li, perdóname! —suplicó Wang cayendo de rodillas, pero el Cojo permaneció inflexible.

—Suplicas en vano, ya no puedes acompañarnos. Pero guarda como oro en paño esta hoja, te traerá felicidad. Aunque recuerda: sólo puedes utilizarla para hacer el bien a los pobres y a los desdichados. En caso contrario, todo irá mal para ti.

甲人々々々

中



Dicho esto, Li el Cojo dio a Wang la hoja de melón, y se volvió para reunirse con sus compañeros. Wang admiró la ligereza con la que los Ocho Inmortales se deslizaban sobre las olas y se alejaban rápidamente. Ahora lamentaba amargamente no haber podido esforzarse en beber el licor divino, pero de nada sirve cerrar la cuadra cuando los caballos están fuera... Contrito, Wang contemplaba el pequeño cucurucho cuando advirtió que varias gotitas de néctar se habían quedado pegadas en su interior. Con la punta del dedo intentó recoger el líquido negro, y con gran dificultad cogió exactamente una gota, que en seguida se llevó a los labios. Apenas la hubo tragado, un suave calor inundó su cuerpo, mientras sentía que se apoderaba de él una nueva fuerza. Su mirada cayó sobre el dedo con el que había reunido el resto del líquido mágico, y se quedó petrificado de estupor: ¡la punta del dedo brillaba como si estuviera hecha del oro más fino!

—Debo de tener poderes mágicos en este dedo —se dijo Wang—. ¡Gracias a él me haré rico!

Entonces recogió de la orilla del río, donde se había quedado enganchado en las ramas, su pobre hatillo, y emprendió el camino de vuelta hacia su miserable casa.

Desde entonces, su suerte cambió por completo: pronto se convirtió en un milagroso curandero, famoso en muchas leguas a la redonda. Le bastaba con introducir su dedo de oro en la boca de un paciente para que éste curase al instante de cualquier enfermedad.

Pero ocurrió que la peste se extendió a una velocidad vertiginosa en aquellas regiones. La gente moría como moscas. Wang tenía trabajo a manos llenas. Las multitudes acudían a su casa como los ríos van a parar al mar. Iban a que les curara el Rey del Dedo de Oro, como le llamaban.

Entonces Wang tuvo una desastrosa inspiración: se dijo que no podía perder tiempo con los que no tenían un céntimo para pagarle, y que sólo se ocuparía de los que tenían con qué retribuirle ampliamente. A partir de ese momento, fue haciéndose cada vez más rico, porque los pobres vendían todo para salvar la vida de los seres que les eran queridos.

Pero un día alguien fue a llamar a la puerta del Rey del Dedo de Oro. Wang acudió a abrir, pero se enfadó al ver en el umbral a un viejo mendigo andrajoso.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le apostrofó—. ¡Sabes perfectamente que yo no curo a pordioseros!

—Entonces, ¿no me reconoces? —preguntó el mendigo—. Soy tu viejo amigo.

—¿Tú? —se indignó Wang—. En toda mi vida he conocido un canalla de tu especie.

—Vamos, haz memoria —le invitó el viejo.

Al oír aquello, Wang, furioso, exclamó:

—¡Vamos, lárgate de una vez, que no te vea más!

—¿Ni siquiera por dinero quieres curarme? —preguntó el mendigo.

—¿Cuánto podrías darme, desdichado? —preguntó Wang, en tono despectivo.

—Seguramente más de lo que crees —respondió el anciano con voz suave y, mientras hablaba, sacó cien monedas de oro del bolsillo.

Wang abrió mucho los ojos, que ya brillaban de codicia. En un tono completamente distinto dijo:

—Naturalmente, señor, le curaré con mucho gusto si usted lo desea. Tenga la bondad de abrir la boca.

E introdujo su dedo de oro en la boca del anciano.

En ese instante, el mendigo cambió de aspecto, y Wang se estremeció de terror ante el rostro severo de su benefactor, Li el Cojo.

—Has olvidado la misión que te confié —dijo Li furioso—, has olvidado que debías ayudar a los pobres y a los desdichados.

Wang, el Rey del Dedo de Oro, se quedó aterrado, consternado, horrorizado.

—¡Desaparece! —ordenó Li el Cojo señalando con el índice la casa del Rey del Dedo de Oro, y al instante ya no quedaba ni rastro de la bella mansión—. ¡Desaparece! —repitió Li tocando el rico traje de Wang, y éste se encontró con sus viejos harapos de antaño—. ¡Desaparece! —atronó por último Li rozando el dedo de oro de Wang.

Y en ese momento, Wang se desvaneció de terror.

Cuando volvió en sí, su primer pensamiento fue que seguramente había soñado, pero le bastó dirigir una mirada sobre sí mismo y a su alrededor para persuadirse de lo contrario. Yacía vestido con sus viejos harapos y bajo la cabeza tenía su pobre hatillo a modo de almohada.

Los lagos de Ssē-Ch'uan

EL río Min, que riega la provincia de Ssē-Ch'uan, forma en lo más profundo de sus veinticuatro meandros veinticuatro lagos pequeños que se llaman Las Lágrimas. ¿No sabéis de dónde les viene el nombre? Pues entonces escuchad esta historia.

Hace mucho, muchísimo tiempo, vivía en una aldea de esta región un granjero tan malvado y con el alma tan negra que la gente le había puesto de apodo el Tigre Negro. Poseía tantas tierras que no se podían contar y su mesa sólo se llenaba de los manjares más exquisitos. Siempre iba vestido de seda y brocado, y explotaba sin piedad a la gente humilde. ¡Pobres de aquellos que no podían pagar a tiempo su arrendamiento!

En aquella aldea habitaba un muchacho que se llamaba Wen P'eng y vivía con su madre. Su padre hacía mucho tiempo que había abandonado este mundo como consecuencia de los malos tratos del Tigre Negro. Weng P'eng era todavía demasiado joven para los trabajos agrícolas y vivía de vender el producto de su pesca en las posadas vecinas.

En una ocasión estaba sentado como de costumbre a la orilla del río intentando pescar, cuando vio descender el crepúsculo sin haber cogida un solo pez. Iba a marcharse, pero la caña se arqueó de pronto. El muchacho se precipitó sobre ella y tiró, tiró. Pero era como si el anzuelo estuviera anclado en el fondo del agua. No se movía ni un ápice.

«Debe de ser un pez gordísimo», pensó Wen P'eng muy animado.

Y tras muchos esfuerzos, por fin consiguió sacar el pez. ¡Menudo pez! ¡Grande y resplandeciente! Escamas de oro brillaban alrededor de su boca enorme y en la cola.

—Wen P'eng, te lo suplico, suéltame —rogó el pez con voz humana—. Te recompensaré.

El muchacho tuvo lástima del maravilloso pez y lo devolvió al agua.

Unos instantes más tarde, el animal reapareció en la superficie, se dirigió hacia la orilla y en ella dejó una enorme perla brillante.

—Cógela —dijo el pez—. A partir de hoy no te faltará de nada.

Se sumergió de nuevo en las verdes aguas y desapareció.

El muchacho cogió la perla y corrió a su casa para contar a su madre lo que le había ocurrido.

—Hijo mío, ¿qué vamos a hacer con esta perla? —preguntó la madre—. Sólo es buena para la gente rica. Quizá podríamos intentar venderla en la ciudad.

Y, preocupada, cogió la perla y la escondió en la tina del arroz. Cuando, al llegar la noche, la madre fue a sacar arroz de la tina, descubrió que el nivel no bajaba y que la tina seguía llena del arroz más fino y más blanco.

—¡Hijo mío, hijo mío! —exclamó la madre—, ¡esta perla está encantada!

Inmediatamente la metió en su bolsa, donde no quedaba más que una sola moneda. Apenas la perla entró en la bolsa, ésta comenzó a inflarse, a inflarse hasta que se llenó completamente.

—Lo que te ha dicho el pez es verdad —añadió la madre—. A partir de hoy no nos faltará de nada.

Y así fue. Wen P'eng no se volvió vanidoso en absoluto y siguió siendo tan bondadoso como antes. Continuó yendo a pescar a diario.

Un día en que la madre estaba sola en casa, vio al salir al patio a la rica granjera que pasaba por allí.

—Escucha —dijo la granjera con voz insinuante—, confiesa que tú y tu hijo sois unos ladrones.

—¡Dios del cielo! —se indignó la madre—. ¡Ni mi hijo ni yo hemos robado nada jamás!

—No puede ser —continuó la granjera—. Me parece muy extraño que vosotros, que vivíais en la miseria y apenas teníais qué comer, nadéis de repente en la abundancia. Sois unos ladrones. No voy a tener más remedio que hablar con el juez para que aclare esto.

¡Imaginad el espanto de la madre! ¡Amenazar con el juez a unas personas pobres! ¡No es fácil escapar de las garras del juez cuando se es pobre!

—Bueno, le contaré lo que nos ha ocurrido —susurró la pobre mujer—, pero no debe decírselo a nadie.

Y la granjera se enteró de la extraña aventura. Escuchó las palabras de la madre sin poder dar crédito a sus oídos. Luego, sin decir nada, volvió a su casa.

La mujer se lo contó todo a su hijo.

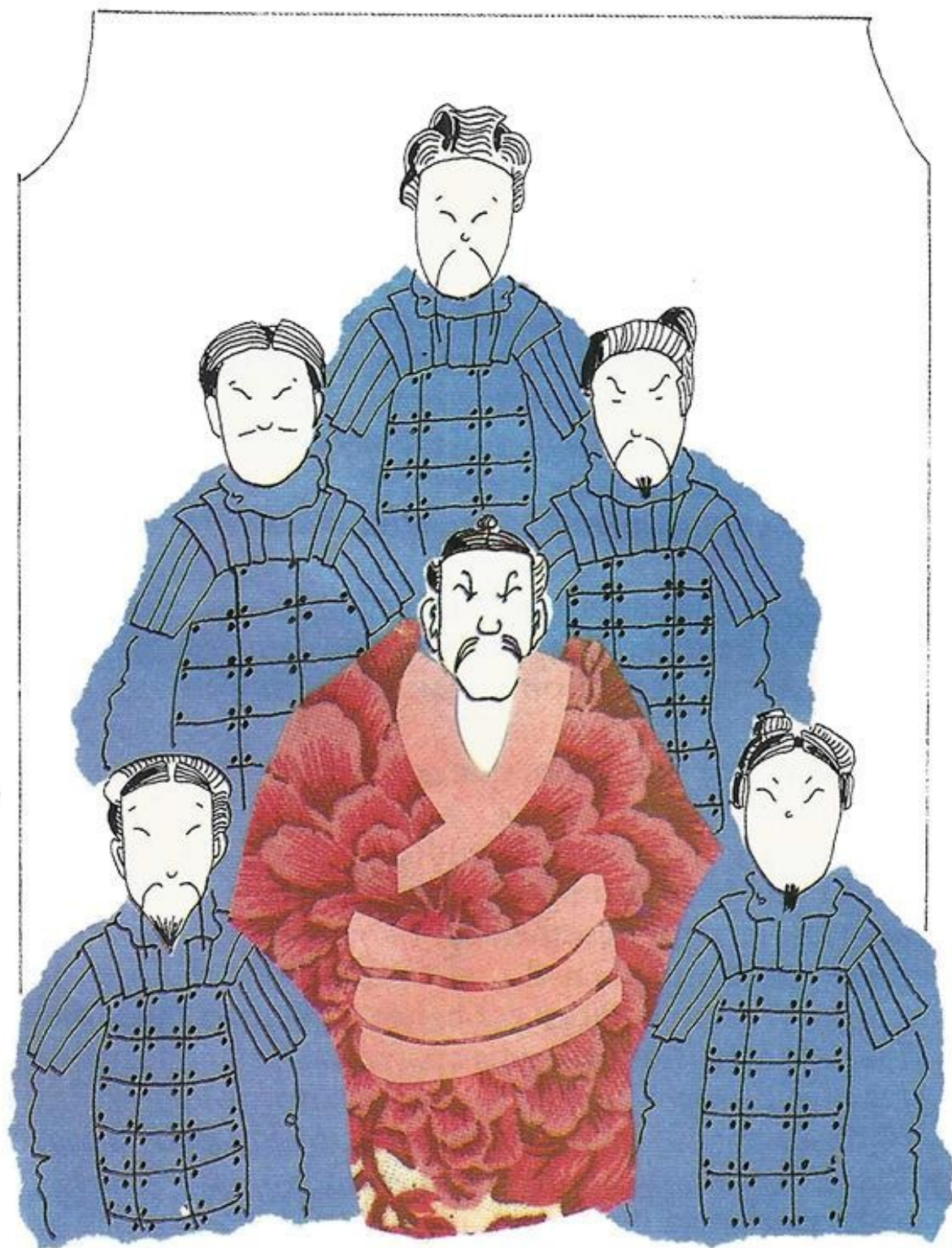
—¡Pobres de nosotros! —exclamó Wen P'eng, y apenas había dicho eso cuando llamaron a la puerta.

Temblando, la madre corrió a abrir. Era el granjero seguido de sus esbirros.

—Registrad la casa —ordenó.

Los esbirros se abalanzaron arrasándolo todo a su paso. Pero no encontraron nada.

明長史



—¡Confiesa, miserable! ¿Dónde has escondido la perla? —gritó el granjero con una voz que la ira estrangulaba, y agarró a Wen P'eng por el cuello.

El muchacho se mantuvo firme y apretó los dientes. En ese instante, uno de los esbirros le empujó y Wen P'eng fue tan fuertemente sacudido que la perla, que escondía en su boca, se deslizó por su garganta y se la tragó.

—¡Muy bien! —vociferó el granjero—. ¡No quieres hablar! ¡Ya veremos mañana ante el juez si eres más hablador!

Y se fue, seguido de sus esbirros. La madre, aterrorizada, se volvió hacia su hijo.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó—, ¿qué te ocurre? ¿Por qué tus ojos reflejan el espanto?

—¡Ay, mamá! —murmuró penosamente el muchacho—, me he tragado la perla y siento que el corazón me late, me late y los ojos me arden, me arden...

—¿Qué quieres, hijo? —preguntó la madre con angustia.

—Tengo sed, mamá, mucha sed —musitó el hijo.

—Ve a beber agua al barril —dijo la madre.

Wen P'eng se precipitó hacia el barril y lo vació de un trago.

—¡Ay, qué sed tengo, qué sed tengo! —exclamó dirigiéndose hacia el río. Su madre le siguió corriendo.

—¡Hijo mío, hijo mío! ¿Adndeó vas? ¿Qué quieres hacer? —le gritó desesperada.

Wen P'eng llegó al río, se tumbó boca abajo en la orilla y se puso a beber y a beber y bebió la mitad del río. Entonces, nubes negras aparecieron en el horizonte, el cielo entero se cubrió y un viento violento se levantó. La madre miró a su hijo y se quedó petrificada. Wen P'eng iba desapareciendo poco a poco y tomando la apariencia de un dragón.

—¡Mi pequeño, mi Wen P'eng! —gritó agarrándole de una pierna.

Pero Wen P'eng se había convertido ya en dragón; solamente la pierna que abrazaba su madre tenía todavía forma humana.

—Hijo mío, mi pequeño, ¿adónde irás? ¿Vas a abandonarme? —murmuró con voz implorante.

—Madre, ¡ay! —suspiró el dragón—, me cuesta mucho dejarte, pero debo irme, es preciso.

Y de nuevo el viento sopló, llevándose al dragón muy arriba, muy arriba, a las nubes.

—Hijo mío, mi pequeño, vuélvete, mírame una vez más —gritó la desdichada madre.

Entonces, el dragón se volvió y de sus ojos llameantes se escapó una lágrima ardiente que cayó junto al río.

—Hijo mío, hijo mío, mírame otra vez —suplicó la madre. Y cayó otra lágrima.

Veinticuatro veces la madre llamó a su hijo, veinticuatro veces se volvió el dragón, y veinticuatro lágrimas ardientes se deslizaron de sus ojos refulgentes. Por eso hoy se pueden ver en los meandros del río Min veinticuatro lagos pequeños que se llaman Las Lágrimas.

El muchacho y el crisantemo

MUY alta, hasta el cielo, se elevaba la montaña U-t'ai-chan; y al pie, muy baja, había una pequeña cabaña. Sentado en el umbral de aquella humilde casa se veía a menudo a un muchacho llamado Kin Chan-liang. Le gustaba contemplar la montaña. Observar cómo se perdía en las brumas de la noche o se iluminaba con los primeros rayos rosas del sol. Sabía que era una montaña salvaje, llena de escarpaduras de precipicios; también sabía que las plantas más raras crecían en ella, y flores que no se parecían a ninguna otra. Estaba orgulloso de su montaña. Tenía la impresión de que le protegía y le comprendía. Gracias a ella no se sentía tan solo en el mundo. Hacía ya mucho tiempo que vivía solo. Sus padres habían muerto, y tenía que subsistir como podía, cosa nada fácil. Al pie de la montaña había un gran monasterio repleto de ricos monjes y, como ocurre con frecuencia, los que tienen el dinero tienen el poder. Los monjes timaban y explotaban cuanto podían a los pobres habitantes de las aldeas de los alrededores. La gente encontraba grandes dificultades para defender sus bienes y su sustento. ¿Quién, en esas condiciones, se hubiera preocupado de un huérfano? ¡Kin Chan-liang había olvidado hacía un siglo lo que era un buen plato de sopa caliente! Su ropa estaba hecha jirones; la cabaña, tan deteriorada que el agua de la lluvia entraba en ella como por un colador, y el viento soplaba entre las rendijas como al aire libre. Pero nuestro joven jamás se quejaba. Era sencillo y valiente, tenía buen corazón y estaba contento de vivir. Le gustaba hacer favores a unos y otros, echaba una mano en los trabajos del campo, y de este modo ganaba lo justo para no morir de hambre.

Un buen día, Kin Chan-liang estaba allí, sentado delante de su cabaña y contemplando la montaña, cuando se le ocurrió la idea de ir a llenar un cesto de aquellas raras plantas de las que hablaban las gentes de la llanura. Dicho y hecho, se puso en camino.

El cielo estaba completamente cubierto de nubes mientras trepaba penosamente por la pendiente escarpada, luego se levantó un fuerte viento, seguido de una lluvia recia, que le obligó a buscar refugio bajo una roca. Allí se veía protegido de la lluvia, pero el viento no dejaba de azotarle. Se acurrucó sobre sí mismo, se hizo una bola y trató de cubrir sus miembros con los faldones de su chaqueta, que, ¡ay!, apenas servían de nada, pues la tela estaba muy raída. Se encontraba aterido de frío, y la lluvia no parecía querer cesar.

Una honda tristeza se apoderó del pobre muchacho. Se puso a pensar en su padre, al que había perdido a la edad de ocho años, y en su madre, muerta cuando no había cumplido nueve. Y se preguntó si alguien se ocuparía de él alguna vez para hacerle una buena sopa caliente o coserle un pantalón nuevo.

Entonces oyó un zumbido cerca de su oreja, y una abeja fue a posarse delante de él. Era muy brillante y tenía las alas todavía mojadas de lluvia. Kin Chan-liang no se atrevía ni a respirar por temor a asustar al bello insecto. Y le habló con el pensamiento:

«Abeja, pobrecita mía, no pareces más feliz que yo. Tengo hambre, pero tú no tienes manto, ni siquiera usado, para protegerte de la intemperie. Yo tiemblo de frío, pero a ti la lluvia cruel puede romperte las alas».

Avanzó suavemente la mano, que había metido en la manga, y tendió hacia el insecto un dedo aterido de frío, para que la abeja pudiera trepar a él.

«Pobre animalito —pensó—; hasta un hombre tiene que luchar para soportar semejante tempestad; entonces, ¿qué puedo decir de ti, pequeña?».

Se alegró de no estar tan solo, y sintió verdadera simpatía por la abeja. Ella se había puesto a caminar suavemente por su dedo, luego por la palma de su mano, y su cuerpecito le calentaba como un buen fuego. Se sintió completamente reconfortado, el agradable calor le recorrió todo el cuerpo a partir de aquel puntito de la mano donde la abeja se había detenido.

En ese momento le pareció que una voz de muchacha le llamaba:

—¡Kin Chan-liang, la abejita resplandece, la flor de crisantemo embriaga, sal de tu refugio y verás a la Dama Crisantemo!

Dando un brinco, el muchacho salió de su refugio y miró a su alrededor. Nada a la vista. La lluvia y el viento no habían cesado, pero un perfume suave, parecía llenar el ambiente.

«He debido soñar», se dijo al no ver a nadie, e iba a volver a refugiarse bajo la roca cuando la abejita que había tenido en la mano empezó a zumbar de nuevo y emprendió el vuelo. Kin Chan-liang se sintió muy apenado,

abandonado. Miró hacia su amiga alada, y la vio elevarse hasta la cima de la montaña; allí se posó sobre una flor de crisantemo.

Sin vacilar, comenzó a perseguirla, en medio de la lluvia y el viento, trepando a cuatro patas para mantener el equilibrio. Al llegar arriba, advirtió que el bello crisantemo era más grande que una peonía y más blanco que la nieve recién caída. Las hojas, de un verde fresco y vivo, se balanceaban al viento. El aire era embriagador, la abeja zumbó alrededor del muchacho inclinado sobre la flor maravillosa, y se sumergió en medio de los pétalos, que en ese instante se pusieron a lanzar reflejos de oro. Kin Chan-liang se quedó inmóvil, como hechizado. Quién sabe cómo se le ocurrió semejante idea, pero estaba seguro de que el crisantemo le sonreía. Y comprendió que no podría abandonar allí a aquella flor y volver solo a su casa.

«Voy a cogerla y a llevarla», se dijo, alargando la mano hacia el tallo.

Pero la flor pareció encogerse, y de su corazón se elevó la misma voz de muchacha que había oído un instante antes, igual de clara:

—Si coges mi flor es como si me cortaras la cabeza; si me arrancas una hoja es como si me rompieras un brazo. Soy la Dama Crisantemo, querido hijo...

—¡Dama Crisantemo! ¡Dama Crisantemo! ¡Dama Crisantemo! — exclamó Kin Chan-liang, y la flor se balanceó, como si comprendiera.

Ya la había llamado siete veces, cuando una voz gruñona se oyó detrás de él:

—¡Eh, bribón!, ¿por qué gritas así? ¿Quién es esa Dama Crisantemo a la que tanto llamas?

Sorprendido, el muchacho se volvió; un grueso monje barbudo avanzaba lentamente hacia él. Tenía las orejas tan grandes que parecían las de un asno.

—No llamaba a ninguna Dama Crisantemo —respondió Kin Chan-liang, sin saber por qué lo negaba—, solamente decía que esta flor huele maravillosamente...

El monje le observó con mirada recelosa.

—El Espíritu de los Crisantemos vive en estos alrededores, en torno al monasterio —dijo.

Kin Chan-liang nada respondió. Se volvió, y emprendió en silencio el camino hacia su casa. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

La noche había caído cuando llegó a su cabaña. No le apetecía encender el fuego, y además no tenía hambre. Nada le complacía; por los agujeros del tejado se colaba el agua, y por las rendijas de los tabiques el viento entraba sin respeto alguno. Pero todo le daba igual. Se tumbó junto a la chimenea, con

la intención de dormir. Pero no hacía más que pensar en la Dama Crisantemo, y temía que el monje le hubiera hecho daño. Al final, preocupado, se levantó y salió al exterior de su cabaña. En la oscuridad, tenía la impresión de que la cima de la montaña estaba al alcance de la mano.

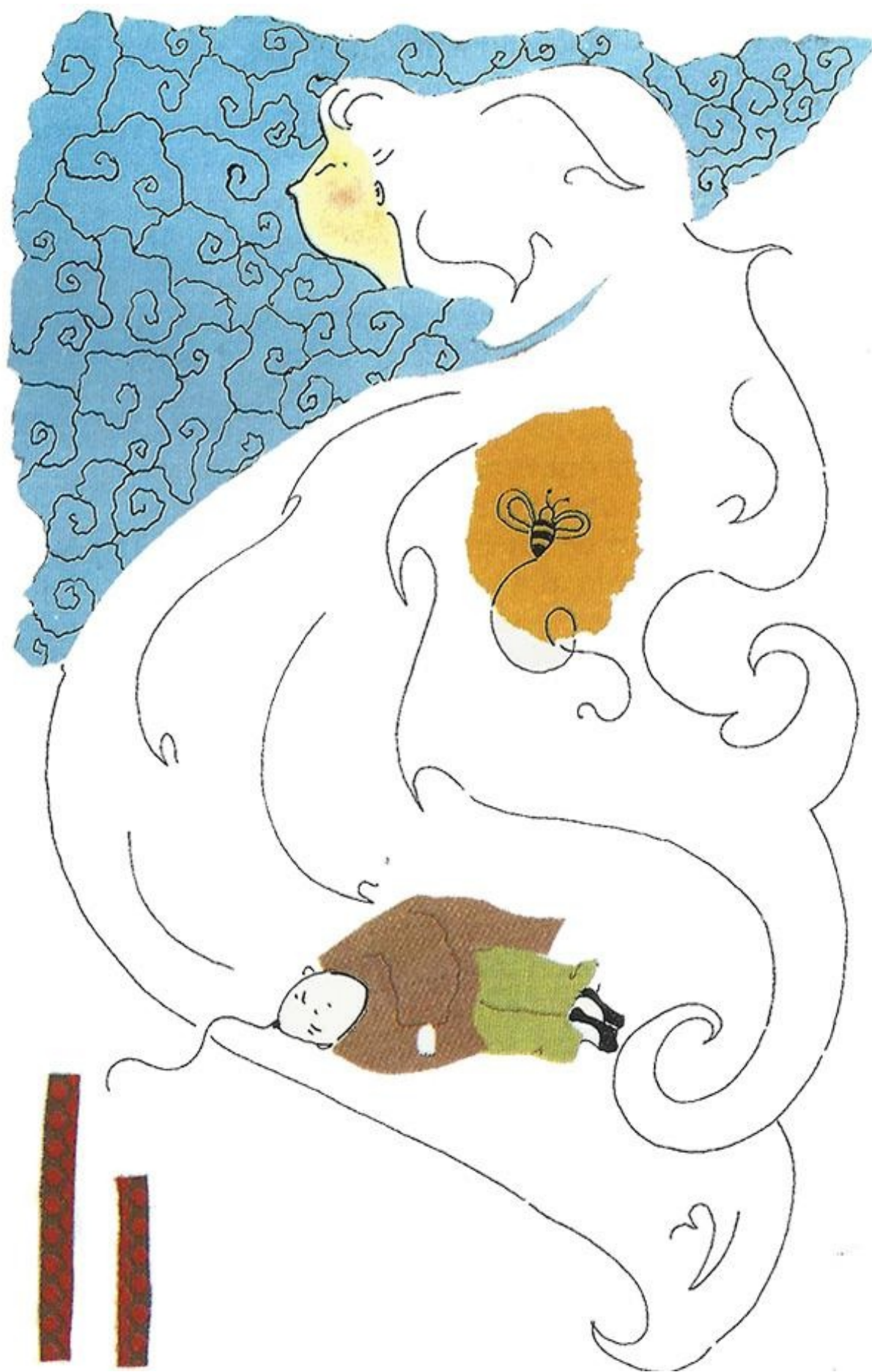
«Voy a llamarla. ¿Quién sabe si me oirá?», se dijo.

Con todas sus fuerzas, llamó tres veces en la noche:

—¡Dama Crisantemo! ¡¡Dama Crisantemo!! ¡¡¡Dama Crisantemo!!!

Y la cumbre de la montaña le respondió tres veces.

Apenas había sonado la tercera llamada cuando un rayo de plata se dibujó ante la ventana. En el centro había una bella muchacha. Sus largos cabellos negros le caían sobre los hombros, su vestido parecía hecho de nubes, y la abeja resplandecía en su cintura.



—Aquí estoy —dijo ella con una dulce sonrisa—. La Dama Crisantemo soy yo. Siento mucho que no tengas padre ni madre.

—Ahora tú serás a la vez mi padre y mi madre —le contestó él, y, cogiéndola de la mano, la introdujo en la cabaña.

—Estás bromeando. ¿Dónde vas a instalarme?

—Aquí conmigo —respondió el muchacho.

Entonces miró, consternado, los agujeros del techo, y añadió:

—Dormirás junto a la chimenea, ahí no llueve.

La muchacha volvió a sonreír, pero sus ojos estaban llenos de compasión.

Kin Chan-liang extendió en el suelo las hierbas de su cesta y se tumbó sobre ellas diciendo:

—Yo voy a dormir aquí; tú instálate al lado de la chimenea; allí estarás bien.

—Me voy a quedar un momento a tu lado, aquí, en el suelo, hasta que te duermas —decidió la Dama Crisantemo, y mientras hablaba le acarició la frente.

Luego, sopló en todas direcciones, e inmediatamente la estancia se llenó de un perfume delicioso, como si estuviera llena de flores. De repente hacía tan bueno, la temperatura era tan agradable, que Kin Chan-liang dejó caer los párpados, soñó mientras se adormilaba que estaba en el palacio más bello del mundo, y se durmió profundamente.

No se despertó hasta el tercer canto del gallo. Al abrir los ojos, vio que estaba acostado junto a la chimenea. Tuvo miedo:

—¡Dama Crisantemo! —llamó, pero nadie respondió.

Kin Chan-liang examinó la estancia: todo estaba limpio, ardía el fuego, y de la olla de sopa salía un vapor tal, que se le hizo la boca agua. Sobre la mesa, el cuenco y los palillos estaban preparados, dispuestos para ser usados. En una silla había una chaqueta nueva forrada de algodón, una cálida casaca y preciosas botas. Kin Chan-liang estaba tan contento que no sabía por dónde empezar: ¿comer o vestirse? Pero ¿dónde estaba la Dama Crisantemo? A toda velocidad, engulló la comida, se vistió con la ropa nueva y salió en busca de la desaparecida.

Había nevado durante la noche, y toda la región resplandecía como la plata. Pero Kin Chan-liang sólo tenía ojos para la cima de la montaña que, a la luz del sol que empezaba a salir, brillaba como un diamante. Con gran dificultad, se arrastró por las resbaladizas pendientes hasta la cima del peñasco más alto. El crisantemo estaba allí, todavía más bello que la víspera. Kin Chan-liang se sentó a su lado.

—¿Por qué me has dejado solo en casa? ¿Por qué has abandonado al pequeño Kin Chan-liang? —se lamentó, y una lágrima tras otra cayó de sus ojos sobre los pétalos de la flor.

Entonces pareció que gotas de rocío perlaban los pétalos y la voz conocida explicó:

—Hijo mío, no está en mi poder conservar la forma humana durante el día. Para ello tendrías que arrancar mis raíces del suelo.

Al mirar bien en la parte baja de la flor, el muchacho advirtió que brotaba de una roca lisa y dura. No había la menor fisura en la piedra. Pero decidió:

—Si gota a gota el agua excava la piedra, ¿por qué no podría yo hacer lo mismo? Voy a traer un pico y cavaré, cavaré sin detenerme, aunque me muera de hambre y mis manos se llenen de ampollas.

La Dama Crisantemo le contuvo explicándole:

—Hijo mío, no serviría de nada, sería inútil. Voy a decirte lo que vamos a hacer, escúchame bien. Hoy, en el monasterio, el malvado monje gordo está completamente solo. Los demás se han ido al valle. Pronto vendrá por aquí. En cuanto le veas, ponte a gritar a pleno pulmón: «¡Dama Crisantemo, florece y perfuma!». Y no tengas miedo; haga lo que haga, grita sin parar.

El muchacho asintió con un gesto.

Aquel día, solo en el monasterio, el monje gordo se aburría. No le apetecía leer los libros sagrados y le daba pereza encender los cirios. Se acordó de que el prior tenía una varita mágica, y la deseó. Estaba tan sumido en sus pensamientos mientras se dirigía hacia la celda del prior, que no constató el hecho hasta la mitad del camino. «Ya que estoy aquí —se dijo—, llegaré hasta el final», y al aproximarse a la puerta, sus pies le introdujeron en el interior casi sin que se diera cuenta. ¡Y la varita mágica estaba allí, ante sus ojos! No había tenido intención de robarla, todo había ido, por así decirlo, rodado; la tenía en la mano y la llevaba «prestada» antes de tener conciencia exacta de su acto. Ya en el exterior, se alejó rápidamente.

Al principio se divirtió exponiendo la varita al sol, bajo todos los ángulos, maravillándose de verla brillar y lanzar mil reflejos. Luego paseó con ella por los alrededores del monasterio, dándose importancia. Pero de repente se detuvo y, levantando la nariz, empezó a husmear el aire. Un olor suave y penetrante le impregnaba.

«¿Qué es lo que huele tan bien? —se preguntó, perplejo—. No huele a peonía, ni a dalia, que no tiene olor. Debe de ser ese nuevo crisantemo que acaba de florecer en la cima de la montaña».

Sin poder evitarlo, agarró fuertemente la varita mágica y se puso a trepar hasta la cumbre, para contemplar la rara flor.

Al ver acercarse al monje, Kin Chan-liang se puso a gritar:

—¡Dama Crisantemo, florece y perfuma!

El monje se enfadó:

—¿Otra vez tú, tunante chillón? ¿Quién va a oírte? ¿Y qué tramas siempre por aquí?

Kin Chan-liang elevó todavía más la voz, y gritó más fuerte, tanto que parecía que los tímpanos iban a estallar. El monje no podía contener su furia.

—¡Cállate de una vez! —vociferó.

Y se echó sobre el muchacho con tal violencia que le hizo tambalearse y caer de la roca, que tenía diez toesas^[1] de altura, y estaba llena de salientes y aristas. Por suerte, la nueva chaqueta forrada de algodón del muchacho, ligera como una pluma, le sirvió de alas, y se encontró al pie de la roca sin un rasguño.

Arriba, el monje se inclinó sobre la flor de crisantemo para aspirar mejor su perfume. Pero aquella exhalación mareante le penetró hasta el cerebro, la cabeza le dio vueltas y, antes de que pudiera darse cuenta, había caído, él también, al pie de la roca escarpada. En su caída soltó la varita mágica, que fue a aterrizar muy cerca de Kin Chan-liang.

De arriba llegó una voz:

—¡Hijo mío, golpea la roca con la varita con todas tus fuerzas!

El muchacho hizo acopio de toda su energía y, tan fuerte como pudo, golpeó la roca. Surgieron estrellas y, en su centro, un águila de oro. Se agitó, movió la cabeza, y el muchacho se tiró al suelo, cerrando los ojos. El águila-dragón batió sus alas y, lentamente, se elevó por los aires. Se oyó un terrible estruendo procedente de las rocas; un enorme bloque de piedra bajó rodando por la pendiente hasta el valle. Las rocas estallaron en terrorífico estrépito, y los trozos bajaban las laderas como un alud.

Pasó mucho tiempo hasta que el muchacho tuvo el valor de levantar la cabeza. La enorme roca estaba surcada hasta la base por una grieta en zigzag, y la Dama Crisantemo se alzaba ante Kin Chan-liang con un vestido resplandeciente, y sus bellos ojos negros sonreían.

La joven cogió al muchacho de la mano y, sin darse cuenta, se encontró con ella en su choza. La bella joven se sumió en una profunda ensoñación. Por fin dijo al muchacho:

—Hijo mío, te encuentres donde te encuentres algún día, aunque sea en el paraíso, jamás deberás olvidar en qué cabaña naciste.

—Jamás lo olvidaré, Dama Crisantemo —respondió gravemente el muchacho.

Le dio la mano, y ambos se dirigieron fuera de la cabaña, a la claridad del día.

Caminaron juntos durante horas, hasta la noche, y toda la jornada del día siguiente. Al llegar a una región maravillosa, se detuvieron a la orilla de un estanque de agua verdosa. Desde hacía mucho tiempo las flores de loto habían florecido, y las hojas, amarillas y pálidas, morían en la superficie del agua. Kin Chan-liang estaba sediento y pidió a su compañera que le permitiera beber un poco de agua del estanque para calmar su sed.

Ella le detuvo sonriendo:

—¿No preferirías refrescarte con un succulento melón antes que con esta agua estancada? Tengo una hermana que vive por aquí, Flor de Loto, voy a llamarla.

Se quitó del dedo un anillo de plata y lo tiró al estanque. Varios círculos se formaron en el agua en torno al lugar donde había caído el anillo, y del centro se elevó un magnífico capullo rosa de loto. La abeja, que brillaba en los cabellos de la Dama Crisantemo, emprendió el vuelo con un zumbido. En el mismo instante el círculo desapareció, el agua se iluminó de un rojo fuego y el capullo de loto se abrió.

Kin Chan-liang miraba, estupefacto. En el mismo corazón de la flor se alzaba una bella muchacha que llevaba en las manos una fuente de plata en la que dos melones perfumaban el ambiente hasta la orilla, hacia la cual la bella Flor de Loto avanzó lentamente.

Kin Chan-liang tenía una sed imposible de describir. Esperaba con impaciencia febril a que la muchacha llegara a la orilla, pero ¡ay!, en la fuente había efectivamente dos melones, mas uno de ellos era muy pequeño y no estaba maduro. Todo el mundo sabe que un melón pequeño que no está maduro es amargo y carece de perfume, y sobre todo no tiene zumo; en una palabra: ¡una calabaza y no una fruta! Kin Chan-liang lo sabía, ¡y tenía tanta sed!

Cogió con ambas manos el melón grande y maduro y se lo ofreció a la Dama Crisantemo, diciéndole:

—Este melón es para ti; tú también tienes sed y eres mayor que yo. El pequeño me bastará, ni siquiera lo comeré entero.

En el mismo instante, la sortija de plata llegó rodando por el suelo; Flor de Loto desapareció, y la abeja volvió, zumbando, a engancharse a los cabellos de la Dama Crisantemo.

Ésta recogió la sortija, se la puso en el dedo y dijo:

—Veo que tienes buen corazón, pequeño.

Y de repente el melón de Kin Chan-liang se volvió muy grande, muy redondo, maduro y perfumado, un melón delicioso como no lo había comido en toda su vida.

Después siguieron su camino y anduvieron durante horas y días, hasta que al fin la Dama Crisantemo se detuvo.

—Todavía tenemos un largo camino que hacer —dijo—, y necesitaremos dinero. Debemos pedir prestado un subsidio de viaje a la Dama Piedra.

Kin Chan-liang miró a su alrededor. Hasta donde alcanzaba la vista aquello era una áspera llanura y unos montes desérticos. Ni rastro de viviendas.

—Toma esta varita y golpea ligeramente en esa roca —dijo la Dama Crisantemo.

Y Kin Chan-liang lo hizo.

Inmediatamente, la roca estalló y apareció un fina grieta. La Dama Crisantemo recogió una ramita seca entre los hierbajos, la agitó un poco y ya tenía entre sus bellos dedos una larga vara que introdujo en la grieta. La roca se abrió lo bastante como para dejarles paso. A medida que avanzaban, el corredor luminoso se ensanchaba ante ellos.

De repente la abeja se echó a volar saliendo del pelo de la Dama Crisantemo, y dejó oír un alegre zumbido. Un gran resplandor rojo iluminó una puerta que se abrió sola para dejar paso a una delgada muchacha: la Dama Piedra. Su largo vestido blanco caía hasta el suelo, y llevaba en las dos manos juntas un cofre de jade.

La Dama Crisantemo levantó la tapa del cofre, y Kin Chan-liang vio, en el fondo, dos monedas de cobre.

—Debes de tener hambre —le dijo la Dama Crisantemo—. Coge estas dos monedas y ve al mercado a comprar algo de comer.

—¿Al mercado? —preguntó el muchacho, muy sorprendido.

—No está lejos de aquí, ya verás —respondió su maravillosa amiga.

Kin Chan-liang cogió las dos monedas de cobre y se fue. Y, de verdad de la buena, no había recorrido cien pasos cuando se encontró en medio de una animada multitud. La gente se apiñaba en torno a los puestos, y había mucho ruido y mucho movimiento.

El muchacho descubrió un tenderete donde vendían tortas. Consiguió ponerse en primera fila, y pidió dos. El comerciante cogió las dos monedas de cobre y dijo:

—¡Pero si sólo tienes dinero para una torta!

Y no le dio más que una, aunque, eso sí, era una preciosa torta, dorada y en su punto.

En cuanto le llegó su olor, a Kin Chan-liang se le hizo la boca agua. Pero quería compartir la única torta con la Dama Crisantemo, hasta el punto de que la llevaba cuidadosamente con las dos manos, dirigiendo su mirada a izquierda o a derecha y no hacia delante, para no verla y correr el riesgo de caer en la tentación. ¡Y el camino no acababa, y la puerta había desaparecido como por encantamiento!

De pronto, una anciana apareció a la orilla del camino. Era una ancianita encorvada por la edad; no era más alta que el muchacho. Levantó la cabeza, y Kin Chan-liang comprobó que miraba la torta con avidez. La mujer habló así:

—¡Oh! ¡Qué bien huele esa torta! ¡Y no he comido nada desde esta mañana, muchacho, desde esta mañana! Estoy tan débil que temo no poder llegar hasta casa.

—Tome la torta, abuela, ¡cómasela! —exclamó Kin Chan-liang, y le dio su única torta, tan bonita y tan apetitosa.

Al instante la ancianita desapareció, y la Dama Crisantemo ocupó su lugar. Se encontraban en el mismo sitio donde estaban antes de entrar en la roca.

—Decididamente, tienes buen corazón, pequeño —dijo ella—, pero debo hacer algo para que no mueras de hambre.

Y, sin dejar de sonreír, tiró su sortija de plata al suelo. Y del suelo surgió una fuente llena de un montón de preciosas tortas doradas que olían maravillosamente a pasteles recién hechos.

Esta vez, Kin Chan-liang comió hasta saciarse, y cuando ya no tuvo más hambre la fuente de plata volvió a transformarse en sortija que la Dama Crisantemo puso en su dedo, y los dos compañeros siguieron su camino.

Caminaron mucho, muchísimo tiempo. Guardaban las monedas en una cajita y, cogieran lo que cogieran, siempre había dos monedas de cobre. Así pasaron varios días, y una preciosa mañana se encontraron a la orilla de un gran océano.

Del fondo del mar se alzaba una enorme roca, tan alta que se perdía en las nubes, tan escarpada que nadie hubiera podido mantenerse en ella, tan lisa que el pie no hubiera encontrado dónde apoyarse. Kin Chan-liang advirtió que cepas de viña trepaban por ella.

—Ahora, pequeño, tienes que hacer acopio de todo tu valor para subir detrás de mí —le dijo la Dama Crisantemo.

Y se puso a escalar por las viñas, ascendiendo tan deprisa y tan arriba que antes de que el muchacho tuviera tiempo de mirar por dónde debía pasar ya le habían tragado las nubes.

¿Qué podía hacer? El que pueda imaginarse aquella montaña sabrá el miedo que tendría Kin Chan-liang. Pero ya conocéis el proverbio: «Por muy profunda que sea el agua, siempre hay una barca», y por muy escarpada que sea una montaña siempre hay un sendero para escalarla.

Kin Chan-liang dio la vuelta a la roca para ver si descubría una pequeña senda, y se encontró de nuevo en el punto de partida. Ni el menor rastro de un sendero para subir. Por un lado, la roca estaba erizada de crestas abruptas, y por otro, las rugientes olas rompían contra la pared cortada a pico.

Lleno de ansiedad, Kin Chan-liang miró hacia arriba. Los sarmientos de las viñas parecían tan frágiles y se balanceaban tan suavemente al viento... Pero acabó por decirse que si la Dama Crisantemo había escalado por allí, ¿por qué no habría de seguir él el mismo camino?

Se agarró a la primera cepa, y se dispuso a trepar, valientemente. No se atrevía a mirar ni hacia abajo ni hacia arriba, tenía los ojos fijos justo ante él, pensando en la Dama Crisantemo, y en nada más.

Trepó durante una hora, durante medio día, durante todo el día, sin ver el fin de aquella angustiosa montaña. Tenía sed, y en el momento en que la sintió, un precioso racimo se presentó ante él. Aquello le dio nuevas fuerzas, y siguió escalando. Escaló toda la jornada del día siguiente, y hacia la noche se encontró por fin en la cima de aquella montaña mágica. ¡Qué maravilla descubrió entonces! Allí ni el viento glacial azotaba ni el sol ardiente quemaba. Por doquier brotaban las flores más bellas, dalias, peonías blancas y otras flores raras que Kin Chan-liang jamás había visto antes. Miró a su alrededor: una ligera brisa agitaba las flores, pero la Dama Crisantemo no estaba a la vista. Sintió pánico. Se dijo que seguramente se había enfadado porque había dudado en trepar por las viñas. La llamó:

—¡Dama Crisantemo, te lo ruego, no estés enfadada! ¡No me dejes aquí solo, te lo suplico, no tengo a nadie más que a ti en el mundo!

Entonces la brisa agitó un poco las flores, y la Dama Crisantemo apareció de nuevo. Estaba apoyada en el tronco de un granado, y el muchacho vio que parecía enferma. Tenía un gesto de preocupación.

—No estoy enfadada, pequeño, pero no me encuentro muy bien.

—¿Qué tienes? ¿Puedo ayudarte? Haré lo que quieras —dijo atropelladamente, lleno de angustia.

—Para curarme, tengo que comer melocotones —dijo ella.

—Yo te los traeré —exclamó el muchacho, y se lanzó a buscar aquellos frutos.

Pero la tarea era difícil. Veía gran cantidad de árboles frutales de todas clases, pero ni la sombra de un melocotonero. Por fin divisó uno. Justo al borde de la roca, suspendido en un precipicio sobre el mar, un precioso melocotonero se perfilaba en el cielo, pero no tenía más que un melocotón.

Kin Chan-liang avanzó hasta el borde de la roca. Muy abajo, las olas rugientes estallaban al pie del acantilado, haciendo un ruido aterrador. Elevó los ojos hacia el árbol. La rama en la que estaba el fruto deseado era muy delgada, se veía de antemano que no podría soportar ni siquiera el peso del muchacho. Pero al final de aquella rama estaba el único melocotón, el melocotón que curaría a la Dama Crisantemo.

Sin pensarlo más, Kin Chan-liang se puso a trepar al árbol. Ya tocaba el melocotón con la mano estirada, cuando la débil rama se rompió, arrastrando al muchacho al precipicio. Pero un viento fresco se elevó del mar, llevó al muchacho sentado a horcajadas sobre la rama como si fuera una alfombra voladora y, agitando las hojas, fue a dejarle suavemente al pie del acantilado.

Kin Chan-liang saltó rápidamente de la rama y se puso a buscar el melocotón. Pero había desaparecido. De repente, sintió en la boca un sabor suave, como si acabara de comer alguna deliciosa ambrosía, y advirtió que crecía, crecía, hasta el punto de que en un instante se había convertido en un apuesto y fuerte mozo, ancho de hombros y muy alto.

Se puso a trepar para buscar a la Dama Crisantemo. Al verla, le dijo, muy triste:

—¡No te traigo ningún melocotón! ¡Lo siento!

—No lo necesito —le tranquilizó la Dama Crisantemo echándose a reír—. Jamás he estado enferma. Solamente quería hacer de ti un hombre verdadero, para que a partir de ahora nadie pueda hacerte daño.

Dirigió una larga y dulce mirada al joven, juntó las manos y volvió a transformarse en crisantemo, más bello y más perfumado quizá que la primera vez que Kin Chan-liang lo había descubierto, no lejos de su cabaña.

Se puso a llamarla voz en grito, desesperadamente:

—¡Dama Crisantemo! ¡Dama Crisantemo! ¡No hay humo sin fuego ni hijo sin madre, y yo no puedo existir sin ti! ¡Vuelve, Dama Crisantemo!

Pero la flor guardaba silencio. El muchacho la llamó sin parar, pero los pétalos no se movieron ni se inclinó la flor.

Al final, Kin Chan-liang comprendió. Le dijo:

—Has querido que tenga buen corazón y que no tema nada; después has hecho de mí un hombre. Ay, Dama Crisantemo, seguramente ahora deseas que me separe de ti y que llegue a ser útil a mis semejantes.

En ese instante, la abeja dorada salió del corazón de la flor y, emitiendo un zumbido, emprendió el vuelo lejos, muy lejos, hacia el valle. Detrás de su estela se dibujó un camino luminoso.

Kin Chan-liang inclinó la cabeza. Tenía un nudo en la garganta. Entonces se puso en marcha, por la vía luminosa, y caminó, caminó a donde le condujo la abeja de oro: hacia su pobre cabaña, al pie de la montaña U-t'ai-chan.

Volvió a instalarse en su casa. Como era fuerte y no temía a nadie, porque era bueno y justo, tomó la defensa de los oprimidos de la región. Gracias a él, los monjes ya no se atrevían a explotar a la gente. De una montaña a otra volaba el nombre de Kin Chan-liang, despertando la esperanza en el corazón de los humildes.

Durante toda su vida ayudó a las personas honradas, y vivió muchísimos años. Pero nunca, nunca olvidó a la Dama Crisantemo, su bienhechora.

La danza de la muerte

AL pie de la montaña Lu-chan hay una fuente que se llama el manantial de las hadas. Y en aquella montaña vivía antaño un cervatillo de jade. A veces la gente, cuando bajaba de la montaña para volver a su casa, oía *flic flac floc, flic flac floc*, como si sonaran miles de campanas. Era el cervatillo de jade que trotaba, pero nadie le había visto jamás. Según decían, sólo se aparecería a quien tuviera el corazón puro como el diamante.

Al pie de la montaña Lu-chan se extendía una pequeña aldea en la que vivía un poderoso granjero muy avaro que no hubiera dado ni el agua en la que cocía los huevos y que explotaba a sus criados terriblemente. Le llamaban el Desollador. Un joven que se llamaba Ch'eng-Chu estaba empleado en su granja. Era un buen muchacho, honrado y laborioso, como difícilmente se encontraría otro en este mundo. Trabajaba de la mañana a la noche, a veces sin comer apenas, y encima hasta le pegaban.

Cada día iba a buscar leña a la montaña, y volvía por la noche con el haz al hombro.

Pero ocurrió una vez que no tomó el camino de vuelta hasta después del crepúsculo. Pasaba cerca de la fuente cuando sus ojos se fijaron en algo brillante. Miró a su alrededor, no había nadie, y el objeto brillante era una horquilla de plata. ¿A quién pertenecería? El bosque estaba silencioso, la naturaleza dormida, sólo las estrellas velaban en lo alto del cielo, altísimas por encima de los árboles.

—La cogeré y me la llevaré —se dijo Ch'eng-Chu—; mañana seguramente encontraré a la persona a quien pertenece.

Al día siguiente, cuando el sol se hallaba todavía en el horizonte, Ch'eng-Chu salió como de costumbre, pero se detuvo cerca de la fuente y esperó mucho rato. Cayó la noche, apareció la luna, pero nadie se presentó. Entonces Ch'eng-Chu fue a recoger su haz de leña, se lo echó al hombro para volver y

se quedó paralizado de admiración ante lo que vio. Cerca de él, encaramada en una enorme piedra, una joven le sonreía, y sus ojos eran como dos estrellas. Llevaba un fino vestido rosa, hecho de velos transparentes.

—Dime, te lo ruego —y su voz era fresca como la brisa de primavera—, ¿no has encontrado por casualidad mi horquilla de plata?

Demasiado emocionado para responder, Ch'eng-Chu le entregó la horquilla sin decir palabra.

La bellísima joven le dio las gracias amablemente, se oyó un ligero frufrú en el aire, pasó un ligero viento y la aparición se desvaneció.

Durante mucho tiempo, el joven sólo pudo pensar en aquella aventura. Sobre todo, lo que no podía olvidar era la belleza de la joven hada, cuya imagen permanecía impresa en su retina y no le abandonaba. Esperaba volver a verla cada día, pero nada. El bosque permanecía silencioso, y la ninfa no se mostraba.

Entonces, algo extraño le ocurrió al muchacho. Había recogido las ramitas, atado el haz, y se había sentado para tomar su modesto alimento de la tarde. Estiró la mano para coger el pequeño hatillo en el que había guardado unas cuantas tortas, pero —¡oh, decepción!— el paño estaba vacío: ¡las tortas habían desaparecido!

—¡Qué extraño! —se dijo—, ¿se habrá comido mi cena algún animal salvaje?

Sin embargo, el incidente se repitió al otro día. Y desde entonces, el mismo percance cada tarde.



—Espera un poco —pensó el muchacho dirigiéndose al desconocido ladrón—, ¡un día te atraparé, bribón!

Entonces trepó a la copa de un pino, donde se agazapó para esperar. El sol se puso, todo se sumergió en la oscuridad de la noche, y la luna llena iluminó el cielo.

Entonces oyó un *flic flac floc*, mientras un extraño espectáculo hundió a nuestro joven amigo en un gran estupor. Del otro lado del claro del bosque, dirigiéndose hacia él, avanza rodando una bola plateada, muy brillante. Cuanto más se acerca, más obligado se ve a cerrar los ojos, porque el resplandor que despidе es fulgurante, deslumbrante. Luego abre los ojos y ve, bajo el árbol donde está encaramado, un cervatillo que parece ser de jade blanco, cuyo pelaje brilla como la más resplandeciente piedra preciosa, pero que precisamente está acabándose de comer la última torta...

—¡Al fin te pillé! ¿Así que eres tú el que se come mis tortas? —exclama el joven bajando rápidamente del árbol—. ¿No te da vergüenza? Si tuviera de sobra, no diría nada, pero ¿sabes que por tu culpa me acuesto cada noche con el estómago vacío? —añade, lleno de reproches.

—No me he comido tus tortas porque sí —le responde el cervatillo de jade—, y para pagártelas, te voy a proporcionar una bella prometida.

—Ay, cervatillo, eres muy amable —dijo Ch'eng-Chu lanzando un suspiro—, pero ya ves que apenas puedo alimentarme a mí mismo, ¿cómo podría alimentar a una mujer?

—No te inquietes —le tranquilizó el cervatillo de jade—, tu futura esposa no será una carga para ti, sino al contrario. Se bastará a sí misma, y además te ayudará. Cuando salga la luna, irás a la fuente y esperarás. Nueve ninfas vendrán a bañarse en ella. Escoge la que más te guste, quítale los velos y escapa con ellos lo más rápidamente que puedas. Sin su ropa, no puede volver al cielo, y se convertirá en tu mujer.

Dicho esto, *flic flac floc*, trotando, trotando, el cervatillo de jade se alejó en su bola de luz, y desapareció en la espesura.

Ch'eng-Chu se acordó entonces de la bella muchacha desconocida que había perdido su horquilla de plata junto a la fuente de las hadas. ¡Si ella fuera una de las nueve ninfas! Y al día siguiente, antes de que saliera la luna, estaba en su puesto, escondido cerca de la fuente.

Salió la luna. La superficie del agua estaba en calma, como un espejo. De repente el aire pareció animarse, un resplandor se extendió por todos lados a la vez, y una bella muchacha vestida de rojo apareció en el borde de la fuente. Luego, un rayo pareció desgarrar el aire, y una segunda aparición se acercó a

la fuente, vestida de verde esta vez. Y así, una tras otra, las ninfas descendían a la tierra para bañarse. Ch'eng-Chu contenía el aliento. ¡Cielos! ¡En su vida había visto tantas bellezas juntas! Pero, en el fondo de su corazón, Ch'eng-Chu estaba decepcionado. La muchacha por la que pasaba tantas noches suspirando, la bella desconocida de la horquilla de plata, no estaba entre las que tenía ante los ojos. Entonces, un murmullo pasó por encima de su cabeza, como una suave brisa, y la última ninfa se posó en el suelo, la novena, ¡y era *ella!*, la bella, vestida de rosa, con su horquilla de plata en los cabellos.

—Ésta es la que quiero, y no otra —se dijo Ch'eng-Chu.

Esperó a que las ninfas se hubieran desvestido y se deslizó furtivamente hasta sus velos. Mientras se bañaban, cogió el vestido rosa transparente, y huyó. Corrió y corrió, hasta que le pareció que le llamaban. Se volvió, y vio a su amada, que le miraba con sus grandes ojos alegres. Le preguntó:

—¿Por qué me huyes? Nos conocemos perfectamente, y creo que somos amigos. ¿No me quieres por mujer?

Ch'eng-Chu estaba loco de alegría. Llevó a su joven esposa a su casa, y eran muy felices juntos. Desde ese momento, la miseria huyó de la casa, porque la joven esposa se sentaba al torno e hilaba un hilo más fino que la seda. Ch'eng-Chu llevaba su labor a la ciudad y volvía con espléndidos escudos de oro.

Evidentemente, aquello no le gustó nada al granjero, el siniestro Desollador. Mandó llamar a Ch'eng-Chu y gritó y vociferó tanto que el criado acabó por contar a su amo la historia del cervatillo de jade, cómo el cervatillo le había comido las tortas, cómo él le había sorprendido y cómo había sabido la forma de seducir a una ninfa de los bosques.

Al oír quello, el granjero se dijo:

—¡Tortas, miserables tortas de centeno! Si yo le ofrezco buenos pasteles de harina blanca y fina, con mantequilla y huevos, sin duda me indicará el medio de conseguir muchachas todavía más bellas...

La noche siguiente el granjero hizo un hatillo con buenos pasteles de crema y emprendió el camino hacia la montaña. Dejó los pasteles sobre una piedra y trepó a un árbol para permanecer al acecho. Y, efectivamente, cuando salió la luna, una bola de plata apareció al otro lado del claro del bosque, se acercó rápidamente, cada vez más resplandeciente, hasta que el cervatillo de jade apareció al pie del árbol y se lanzó sin vacilar sobre los pasteles.

—¡Te pillé, has venido a comerte mis pasteles! —exclamó el granjero, bajando precipitadamente de la rama—. ¿Te vas a comer la cena de un pobre

como yo? Si me sobrara, no diría nada, pero ahora tendré que acostarme sin cenar.

—No soy un ladrón y no como porque sí —dijo el cervatillo con voz humana—. Para pagarte, te voy a indicar cómo puedes conquistar a una bellísima mujer.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó el granjero, muerto de impaciencia.

—Cuando salga la luna —dijo el cervatillo de jade—, ve a la fuente y espera. Nueve ninfas irán a bañarse. Elige la que más te guste, quítale su ropa y llévatela corriendo. Sin sus velos, no puede volver a los cielos, y será tu mujer.

Apenas el cervatillo hubo acabado de hablar cuando el granjero echó a correr hacia la fuente, sin ni siquiera darle las gracias.

No había pasado mucho tiempo cuando salió la luna. Y del mismo modo que había ocurrido unos días atrás ante Ch'eng-Chu, las ninfas empezaron a descender a la tierra, una tras otra. El claro del bosque que rodeaba la fuente se iluminó con un resplandor celeste. ¡Cuántos colores irisados! ¡cuánta luminosidad! Los ojos del granjero se le salían de las órbitas.

—Las quiero a todas por mujeres —decidió—. ¡Son a cual más bella!

Cogió todos los vestidos que estaban reunidos alrededor de la fuente y huyó tan deprisa como pudo.

Corrió y corrió, y oyó que corrían tras él, con paso múltiple pero ligero. Las ninfas le alcanzaron. Formaron un círculo a su alrededor, tomadas de las manos, y se pusieron a danzar, luego la primera cogió al granjero como pareja de baile, le hizo bailar, girar, dar vueltas, y cuando se cansó se lo cedió a la segunda, ésta lo pasó a la tercera, y así sucesivamente. Ya no se trataba de una danza, sino de un verdadero aquelarre. El granjero estaba exhausto, le flaqueaban las piernas, tenía el cuerpo empapado en sudor, el corazón le latía con fuerza, le zumbaban los oídos, y, por mucho que suplicó, se lamentó e intentó soltarse, no consiguió nada. Le obligaron a seguir bailando y bailando, hasta que al final perdió el aliento. Expiró y se desplomó. Entonces las ninfas recogieron sus velos y volvieron al cielo. Apuntaba el alba. Y en el claro del bosque el desgraciado granjero demasiado avaricioso no era más que un cadáver tumbado en la hierba... ¡Había bailado hasta la muerte!

El modelo de la casa

O CURRIÓ que Lu Pan deseó construirse una casa.

Sin duda no sabéis quién era Lu Pan. Pues bien, era el carpintero más famoso y más hábil que el mundo ha conocido. Y, sin embargo, sin saber por qué, Lu Pan no estaba inspirado aquel día. No conseguía imaginar una casa digna de tal nombre.

Entonces uno de sus aprendices se acercó a él y dijo:

—Maestro, ¿por qué te atormentas así? He oído decir que el Rey Dragón de los mares orientales esconde en el fondo del mar el más maravilloso de los palacios. ¿Por qué no vas a verle y le pides que te lo preste? Podrías inspirarte en él.

—Es una buena idea —respondió Lu Pan moviendo la cabeza.

Y al día siguiente se puso en camino hacia el reino del Rey Dragón.

Este último escuchó su solicitud, reflexionó un buen rato y dijo:

—Está bien, accedo a prestarte mi palacio, pero con la condición de que me lo devuelvas dentro de tres días.

¡Qué no hubiera prometido entonces nuestro Lu Pan! Aceptó, cogió el palacio y volvió a su casa.

El palacio del Rey Dragón era algo muy distinto a los palacios de los reyes y de los emperadores de la tierra. Imaginad salas doradas sostenidas por gruesas columnas rojas, tejados recubiertos de tejas brillantes como las olas y cambiantes como el mar.



Pasó el primer día, y Lu Pan, ayudado por sus compañeros, levantó con mucho esfuerzo el armazón de la casa. Transcurrió el segundo día, y Lu Pan y sus compañeros construyeron las paredes. Cuando llegó el tercer día, Lu Pan y sus aprendices estaban sin aliento. ¿Qué hacer? ¿Quedaba todavía tanto trabajo! Y el palacio del Rey Dragón cambiaba de aspecto como el mar que ofrece el rostro, multiplicado hasta el infinito, de sus aguas movientes.

El plazo concedido a Lu Pan llegaría a su fin la noche del tercer día, y entonces tendría que devolver el palacio. Lu Pan se sentó y se puso a reflexionar. Estaba taciturno y sombrío. Pero de repente su frente se iluminó, dio un salto y exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Coged rápidamente cuatro gruesos tarugos y fijad sólidamente en el suelo el palacio del Rey Dragón!

Los compañeros ejecutaron las órdenes de su maestro, y el propio Lu Pan colgó de las cuatro esquinas del tejado unos cascabeles. Apenas hubo colgado el cuarto cuando se oyó en el aire un rumor: delante de Lu Pan y sus compañeros estaban los mensajeros del Rey Dragón: jóvenes dragones, peces, bogavantes y camarones, todo un ejército en orden de batalla con sus generales. Se acercaron al palacio para levantarlo y llevárselo. ¿Pero qué pasaba? ¡Era como si el palacio estuviera clavado en el suelo! Se apoyaron contra él, sudando, resoplando, empujando, tirando con todas sus fuerzas de las paredes, pero el palacio no se movió ni un ápice. Sólo los cascabeles en las cuatro esquinas del tejado se balanceaban tintineando en tono burlón.

Y poco a poco transcurrió la noche, se acercaba la mañana y el palacio del Rey Dragón parecía estar anclado en el suelo. Los mensajeros del rey estaban aterrorizados. No era cuestión de volver con las manos vacías, porque al Rey Dragón no le gustaban las bromas. Estaban, pues, muy agitados, presas de una especie de pánico, y por fin decidieron recurrir a la fuerza. Los peces se pusieron a dar enormes saltos, a dar fuertes golpes con sus potentes colas en las puertas y las ventanas. Y los bogavantes, camarones y peces más pequeños se lanzaron en un abrir y cerrar de ojos contra las paredes.

Y en el mismo instante la noche terminó. Cantó un gallo y el sol adormecido apareció más allá de las colinas. Era demasiado tarde para pensar en volver. Con los primeros rayos del sol, los mensajeros del Rey Dragón se transformaron en piedras. Y con los mensajeros petrificados a Lu Pan le pareció el palacio del Rey Dragón diez veces más hermoso. Entonces decidió imitar en todo al palacio y a los mensajeros. Y su casa fue más bella que el palacio del Rey Dragón.

En recuerdo de Lu Pan, sus descendientes siguieron construyendo sus casas igual. Y si no lo creéis, id a verlo con vuestros propios ojos.

La vanidad del carpintero

SI vais algún día a Chao-Cheu veréis dos puentes. Uno se llama el Gran Puente de piedra y el otro el Pequeño.

La altura del Gran Puente no la conoce nadie, porque no se ha medido jamás. Pero cuentan que un niño cayó un día de él y antes de llegar al río se había convertido en un anciano de barba blanca. Desde luego, el puente Pequeño es algo menor, pero menos de lo que se podría creer, porque también dicen que un día cayó desde él un huevo del nido de una urraca que anidaba bajo uno de sus arcos. Y antes de alcanzar el río, una pequeña urraca había salido del huevo, había estirado las alas y emprendido el vuelo.

La existencia de los dos puentes se remonta a la noche de los tiempos, pero no existían en la época de Lu Pan.

Según cuentan, una mañana Lu Pan se dirigió al mercado de la ciudad de Chao-Cheu. Desde lejos divisó los muros de la población, que se dibujaban más allá del río. Y al acercarse al agua, un brillante espectáculo se ofreció a su vista. Gran cantidad de gente se dirigía corriendo hacia la orilla: comerciantes, porteadores, peregrinos..., y todos gritaban y se peleaban tratando de llegar los primeros a la otra orilla, porque las dos barcas que había para cruzar el río no bastaban para llevar a tanta gente.

—¿Por qué no construís un puente? —les preguntó Lu Pan.

—Es una buena idea —respondió uno de ellos—, pero todavía no hemos encontrado un hombre bastante hábil para hacerlo. Se ve que no eres de aquí y que no conoces las costumbres. ¿Sabes que el río tiene una anchura de diez millas en este lugar?

Entonces Lu Pan decidió construir un puente. Pero Lu Pan tenía una hermana. ¡Y las mujeres...! Cuando se enteró del proyecto de su hermano, acudió y se puso a hacerle reproches sin fin. ¿Cómo? ¿No había pensado en ella? Y le suplicó y le imploró tanto que al final Lu Pan le dijo:

—Muy bien, ya que tienes tanto empeño en construir el puente, construiremos dos, cada uno el suyo. Y veremos quién lo construye mejor y más deprisa. Tenemos hasta mañana por la mañana, con el primer canto del gallo.

—De acuerdo —contestó su hermana.

Y cada uno marchó por su lado. Lu Pan fue a construir el suyo, al oeste de la ciudad. Lu K'iang, su hermana, se dirigió al extremo sur de la población.

Lu K'iang se puso a trabajar inmediatamente y todavía no era medianoche cuando ya había terminado.

—Claramente, he ganado —dijo muy alegre, y corrió hacia el oeste para ver dónde estaba su hermano.

Ni rastro de puente. Nadie en la orilla. Sólo el río con sus olas rugientes.

—¿Qué ha sido de Lu Pan? —se preguntó, muy intrigada.

De pronto le pareció distinguir en la ladera de la montaña Chai Sing Chan, al otro lado del río, una silueta.

—Sin duda, es él —exclamó—. Pero ¿qué es lo que avanza ante él? ¡No son ovejas!

Y Lu K'iang contempló cómo su hermano se acercaba al río y descubrió, no sin sorpresa, que empujaba enormes piedras blancas.

—¡Oh, qué piedras tan preciosas! —suspiró con envidia—. Su puente será más hermoso y más sólido que el mío.

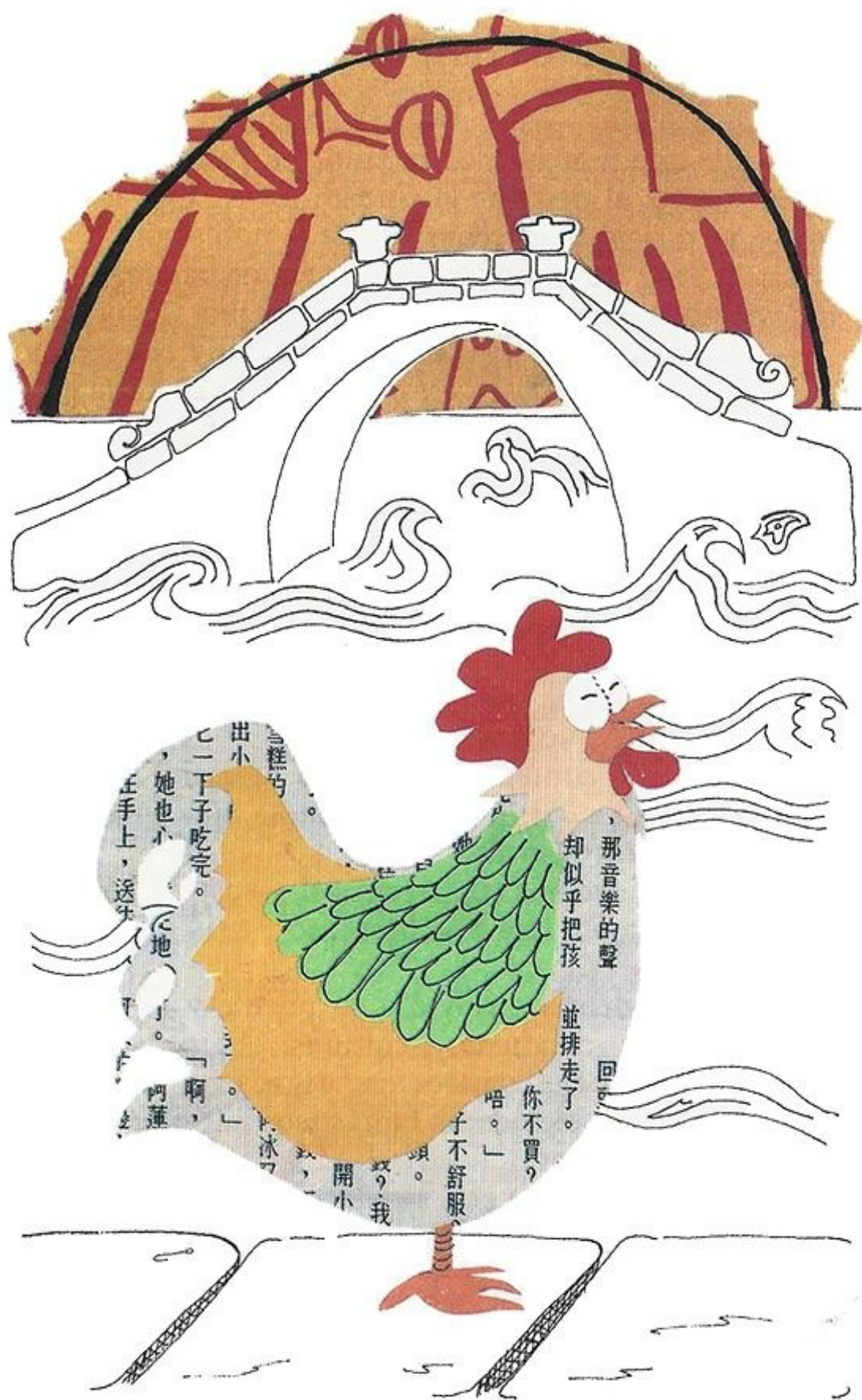
Y deprisa, deprisa, volvió a su puente y se puso a adornarlo con delicadas esculturas. A medida que transcurría la noche, pájaros de fuego, extrañas flores y un montón de elementos fantásticos nacieron de las manos de Lu K'iang.

Contempló su obra con satisfacción.

—Con esto basta —se dijo cuando el oriente empezó a blanquear.

Y se dirigió de nuevo hacia el lugar donde su hermano construía su puente.

Se quedó muda de asombro. Un puente se alzaba allí, enorme, espléndido, de un blanco resplandeciente. Sólo le quedaban a Lu Pan dos piedras por colocar.



—¡Cocoricó! ¡Cocoricó! —cantó Lu K'iang, imitando el grito del gallo, para asustar a su hermano.

Lu Pan se sobresaltó, se precipitó sobre las dos últimas piedras y las metió rápidamente bajo el puente. Entonces todos los gallos se despertaron y se pusieron a cantar a coro.

Lu Pan había ganado la apuesta. Había terminado su puente antes del primer canto del gallo y era más sólido y más hermoso que el de su hermana. Estaba muy orgulloso de ello. Se situó en un extremo para contemplar a gusto a los que lo utilizaban, gente a pie, caballos arrastrando pesados carros, burros cargados.

La fama de Lu Pan se extendió por los alrededores. El viento mensajero la llevó hasta la isla de los Bienaventurados, donde viven desde la noche de los tiempos Ocho Inmortales.

—Deberíamos ir a verlo —dijo uno de los Inmortales, Chang Kuo-lao, y ensilló a su inseparable amigo, un asno elegantemente ataviado.

A continuación cargó en él al Sol y a la Luna.

—¿No quieres venir? —preguntó al Rey del Fuego.

—Después de todo, ¿por qué no? —respondió el Rey del Fuego cogiendo una carretilla cargada con las cuatro montañas célebres, los cinco lagos y los cuatro mares.

Y el extraño cortejo tomó el camino de Chao-Cheu.

—No es un mal puente —dijo Chang Kuo-lao a Lu Pan cuando hubieron llegado al mismo—. ¿Sabes quién lo ha construido?

—Nadie más que yo —replicó Lu Pan sin modestia—. Hasta un niño lo sabe.

—¿Soportará esta carga? —continuó Chang Kuo-lao señalando el asno y la carretilla.

—¿Eso? —interrumpió Lu Pan en tono despreciativo observando al demacrado asno—. ¡Ha visto muchos y más pesados!

Y les hizo un gesto con la mano de que podían cruzar.

Y el extraño cortejo empezó a avanzar por el puente. De repente, Lu Pan, que les seguía con los ojos, se quedó paralizado. El puente oscilaba, crujía, ¡horror! ¿No sería una jugarreta de Chang Kuo-lao, el que conducía el asno? Pero, por el amor del cielo, ¿qué transporta en ese asno? Y Lu Pan descubre entre el pelaje del asno un solecito que asoma la punta de la nariz, y al lado del Sol, ¿no está acaso la Luna hecha un ovillo? Y en la carretilla, ¡dioses del cielo, tened piedad de mí y de mi vanidad!, murmuró Lu Pan, están las cuatro montañas célebres, los cinco lagos y los cuatro mares... Pero Lu Pan no pudo

entristecerse mucho tiempo, saltó bajo el puente y llegó justo a tiempo para sostenerlo con los brazos. ¡Poco faltó para que se viniera abajo!

—¡Es una lástima que tengas dos ojos y no veas nada! —exclamó maliciosamente Chang Kuo-lao antes de que el cortejo se desvaneciera misteriosamente.

Y todavía puede verse en el Gran Puente de piedra la huella de los cascos del asno y el profundo surco de la rueda de la carretilla, y bajo el puente, la marca de las manos de Lu Pan.

Lu Pan se arrepintió de su estupidez, y la última advertencia de Chang Kuo-lao a propósito de sus ojos le venía continuamente a la memoria.

—Chang Kuo-lao tenía razón —dijo por fin—. ¿De qué me sirven mis dos ojos si ni siquiera soy capaz de reconocer a los Inmortales?

Entonces Lu Pan se arrancó un ojo y lo fijó en el puente. El Rey Caballo que pasó por allí más tarde encontró el ojo muy a su gusto y se lo puso en medio de la frente.

Y por eso, desde entonces, todos los carpinteros cuyo antepasado es Lu Pan cierran un ojo para juzgar mejor su trabajo y normalmente se representa al Rey Caballo con tres ojos.

Las cuatro preguntas

HACE mucho, muchísimo tiempo, había una pequeña cabaña cerca del lago Aceitunado, al pie de la montaña Aceituna, y una madre vivía allí con su único hijo. La madre era una bondadosa anciana que ya no podía hacer gran cosa, pero, como su hijo era joven, fuerte y trabajador, conseguían bien que mal ir tirando.

La madre preparaba sus pobres comidas y remendaba los trajes raídos, y el hijo, de la mañana a la noche, tanto en primavera como en invierno, se deslomaba en un trozo de tierra que había alquilado al rico granjero de la aldea. Pero la renta era tan elevada que al final del año apenas le quedaba con qué asegurar para su madre y para él un escaso alimento. Por más que hacía, jamás había dinero en la casa.

Al atardecer, cuando acababa la jornada, el hijo tomaba el aire en el umbral de la cabaña y contemplaba cómo el sol se ponía en el lago Aceitunado.

—¿Por qué el agua de este lago estará tan turbia —se preguntaba—, si brota de un manantial?

Y al ver que su madre se estropeaba la vista remendando una ropa desgastadísima, se decía también:

—¿Cómo es posible que no tengamos nunca un céntimo? ¡Si yo trabajo duro!

Estos pensamientos no cesaban de agobiarle. Entonces, cuando un día oyó decir que hacia el oeste, en el monte, el Espíritu de la Montaña tenía respuesta para cualquier cuestión humana, tomó la decisión de ir a consultarle. Hubo de esperar mucho tiempo antes de conseguir almacenar bastante alimento para que su madre se mantuviera durante su ausencia —que bien podía durar un mes—, pero por fin se puso en marcha.

Como el Espíritu vivía en el oeste, esa dirección tomó, hacia el lugar donde cada tarde el sol sumergía en el lago sus enormes pies de oro. Caminó

siete días y siete noches hasta llegar a la otra parte.

Extenuado por el hambre, la sed y la larga caminata, llamó a la puerta de una choza de aspecto acogedor. Una anciana acudió a abrirle.

—Entra, hijo mío —le dijo en tono amable—, veo que necesitas un buen descanso.

Después de haber comido y bebido lo que la buena anciana le ofreció, el joven durmió a pierna suelta. Por la mañana se despertó, fresco y dispuesto, y se preparó alegremente para proseguir su marcha.

—¿Piensas ir muy lejos? —preguntó la mujer.

—Buena anciana, yo mismo lo ignoro. Voy en busca del Espíritu de la Montaña Occidental —respondió el muchacho.

—¿El Espíritu de la Montaña? ¿Y qué quieres de él?

—Quiero preguntarle:

*¿Por qué se enturbia
del lago Aceitunado el manantial?
¿Por qué, a pesar de mis esfuerzos,
hay tanta miseria en mi hogar?*

—¡Qué suerte haberte conocido! —exclamó la mujer, muy alegre—. Ya que vas, ¿podrías preguntarle una cosa de mi parte? Mi hija es muda de nacimiento, aunque muy bella e inteligente. ¿Podría indicarte el Espíritu un medio de curación?

—Con mucho gusto le haré la pregunta —afirmó el joven de buena gana.

Pero como ya el sol lanzaba sus primeros rayos en el horizonte, se despidió de la anciana agradeciéndole su hospitalidad, y reemprendió la marcha.

Caminó mucho tiempo, otros siete días y otras siete noches, sin descansar, sin beber ni comer.

En la tarde del séptimo día estaba tan agotado que apenas tuvo fuerzas para llamar a la puerta de una choza a la orilla del camino. Al verle, un viejecito acudió a abrirle, le hizo entrar, le ofreció de beber y de comer generosamente, y le invitó a acostarse en una buena cama. Por la mañana, cuando el viajero se disponía a partir, el viejo le preguntó:

—¿Adónde vas, mi joven amigo?

—A la Montaña Occidental, buen anciano.

—¿Y qué vas a hacer allí? —se sorprendió el viejo—. Nadie vive en esa montaña, no podrás ganarte la vida, y sobre todo corres el riesgo de perderte en ella.

—Quiero encontrar al Espíritu de la Montaña —respondió el muchacho.

—¿El Espíritu de la Montaña? ¿Qué quieres de él?

—Quiero preguntarle:

*¿Por qué se enturbia
del lago Aceitunado el manantial?
¿Por qué, a pesar de mis esfuerzos,
hay tanta miseria en mi hogar?*

—¡Estupendo! —dijo el viejo, muy contento—. ¿Podrías hacerle una pregunta de mi parte?

—¿Cuál es, abuelo?

—Verás: mi naranjo —sin duda lo has visto en el jardín— jamás da fruta. Florece, sus hojas son de un bello color verde, pero nunca ha dado una sola naranja. Me gustaría saber el motivo.

—Naturalmente haré la pregunta, puede contar con ello —dijo el joven, complaciente.

Después, dio las gracias al viejecito por su cordial hospitalidad, le dijo adiós y siguió su camino.

Anduvo mucho mucho tiempo. Luego, advirtió que le resultaba imposible ir más lejos: el camino estaba cortado por un ancho y tumultuoso torrente. El joven examinó los alrededores, pero hasta donde alcanzaba la vista no había la menor embarcación, por pequeña que fuera, ni barquero alguno. No sabía qué hacer. Se sentó en una piedra a reflexionar en el modo de pasar al otro lado.

De repente se levantó viento, que empujó por el cielo una enorme nube negra. Una violenta tormenta se desencadenó, pero no duró mucho. Pronto volvió a salir el sol, y en el cielo las nubes color púrpura se disiparon. Era como si el agua del torrente, enrojecida por el reflejo celeste, se hubiera teñido de sangre. El agua se puso a burbujear y una cabeza de serpiente emergió de las impetuosas olas.

—Hola, muchacho, ¿adónde vas? —preguntó la enorme serpiente al joven viajero.

—En busca del Espíritu de la Montaña —respondió el joven, que se levantó y se alejó prudentemente una pizca de la orilla.

—No debes tener miedo de mí —dijo la serpiente en tono bonachón—. Jamás he hecho daño a nadie. Pero dime, ¿qué quieres del Espíritu?

—Quiero preguntarle:

*¿Por qué se enturbia
del lago Aceitunado el manantial?
¿Por qué, a pesar de mis esfuerzos,
hay tanta miseria en mi hogar?*

—Muy bien, pero te ruego, muchacho, que le preguntes algo de mi parte —solicitó la serpiente—. Jamás he hecho daño a nadie, y sin embargo estoy condenada a permanecer aquí mil años. Quisiera saber cómo podría llegar más rápidamente al cielo.

—Lo preguntaré, no temas —prometió el joven. Entonces la serpiente se ofreció a transportarle a la otra orilla. Lo colocó en su lomo y cruzó el torrente. El joven le dio las gracias, le dijo adiós y siguió su camino.

Siguió andando durante todo el día y, de repente, cuando empezaba el crepúsculo, se encontró ante la Montaña Occidental, desierta y salvaje. El mozalbete se aventuró en ella. Cuanto más se acercaba a la cima, más parecía alejarse ésta. Por fin llegó a una enorme meseta, en cuyo centro se alzaba una ciudad antigua, antiquísima, con altas torres y un palacio hacia el que nuestro amigo se dirigió sin vacilar.

Allí, saludó al portero, un bondadoso anciano, y le preguntó:

—¿Sabes, buen anciano, dónde vive el Espíritu de esta montaña?

—Vive aquí, naturalmente, ¿dónde iba a vivir? Es su montaña, y este palacio es el suyo —respondió el portero.

Muy contento, el muchacho pidió ser recibido por el Espíritu, y el portero le introdujo en una sala magnífica, como jamás en su vida había visto y ni siquiera imaginado. En el centro, dominándolo todo, había un noble anciano de cabellos y larga barba de plata, que le miraba con afable sonrisa.

El joven hizo acopio de su valor para dirigir su solicitud al Espíritu de la Montaña, pero este último se le adelantó y le preguntó:

—¿Qué deseas, muchacho?

—Quisiera una respuesta a cuatro preguntas —dijo atropelladamente el joven, muy emocionado.

—¿Cuatro? Escucha, entre nosotros hay una regla:

*Una pregunta puedes hacer,
pero dos, imposible conceder;
tres, sabrás la verdad;
cuatro, proponerlas no podrás.
Exigimos un número impar,
rechazamos un número par.*

Tú deseas una respuesta a cuatro preguntas. Tienes, pues, que abandonar una. Piensa bien lo que quieres preguntar.

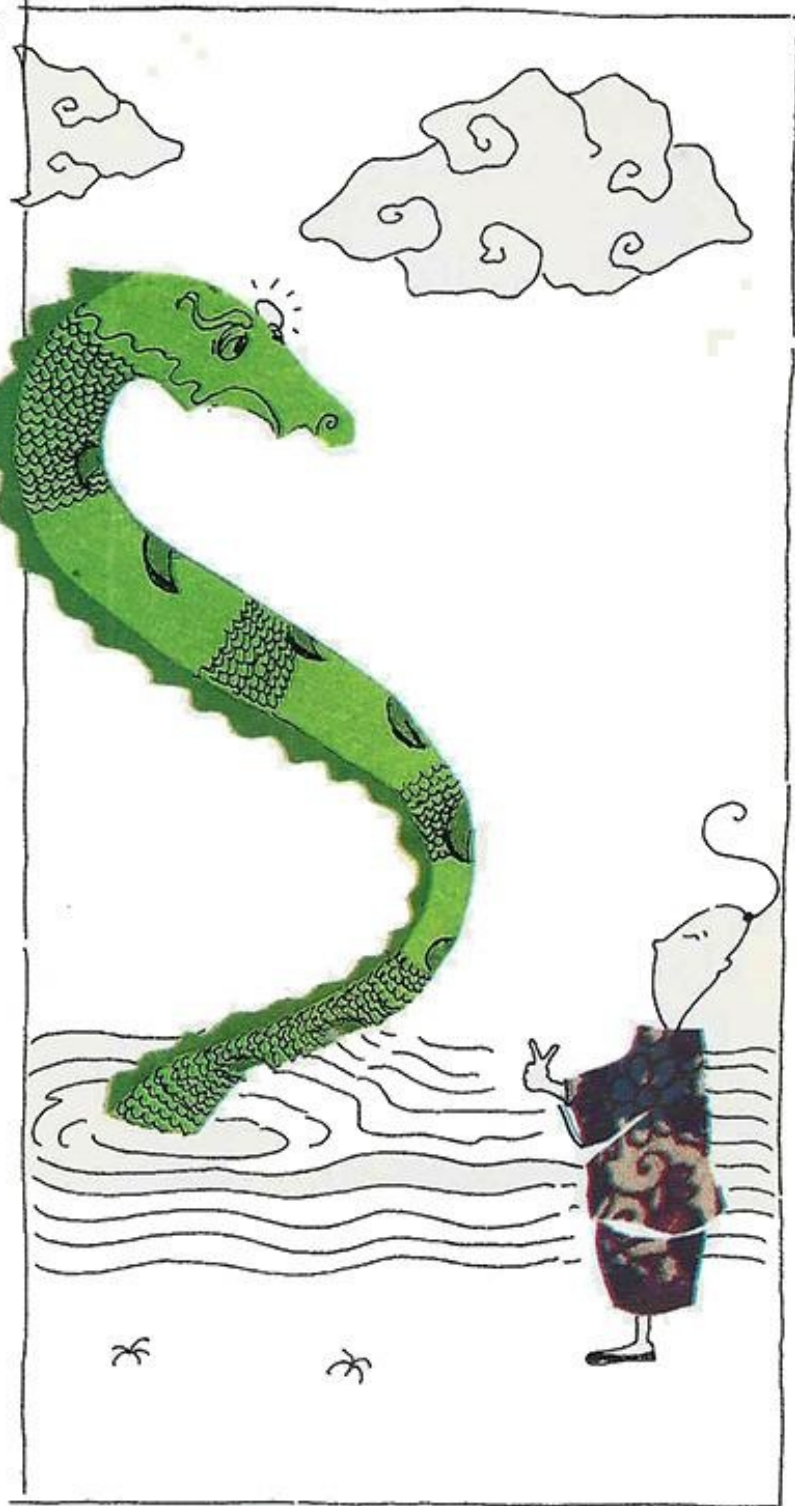
El joven se puso a pensar, pero estaba perplejo. Su propia pregunta le parecía muy importante, porque para encontrar su respuesta se había puesto en camino, ¡y había pasado tantas penalidades! Había, pues, que decidir cuál de las otras tres cuestiones debía quedar sin respuesta. Pero, por mucho que se rompió la cabeza, no consiguió tomar una decisión, porque todas eran importantes para aquellos que le habían encargado descubrir su solución, y además cada una correspondía a una promesa que él había hecho. Además, era honrado y quería cumplir su palabra. Concluyó, pues, que la única solución consistía en abandonar su propia pregunta, y así lo hizo.

Después de haber obtenido la respuesta a las tres preguntas planteadas, siguió el mismo camino, en sentido inverso.

La gran serpiente le esperaba ya a lo lejos:

久毒有金見朱學呈

祝行之車已余部，久時子香白也



—¿Lo preguntaste por mí? —le interrogó llena de impaciencia cuando el muchacho llegó a su lado.

—Debes llevar a cabo dos buenas acciones —le dijo el muchacho, e inmediatamente irás al cielo.

—¿Qué buenas acciones? Lo haré con mucho gusto, pero dime deprisa de qué se trata —dijo la serpiente, muy contenta.

—La primera es pasarme al otro lado del torrente; y la segunda, quitarte de la frente esa perla que te ilumina en la noche.

—Es poca cosa —exclamó la serpiente—. ¡Rápido, salta a mi lomo!

La serpiente pasó al joven al otro lado del torrencial río, trepó a la orilla y rogó al muchacho que le ayudara a quitarse la perla.

Sacudieron, tiraron, agitaron, arrancaron con tal destreza que la perla cayó. En el mismo instante dos grandes cuernos crecieron en la cabeza de la serpiente, que se transformó en dragón alado y se elevó por los aires. Subió derecho al cielo y, en el momento en que sus cuernos tocaban las nubes, dirigió una última mirada al suelo y gritó a su liberador:

—¡La perla, hijo mío, te la doy como recuerdo y agradecimiento!

Se alejó y se perdió en las nubes y el firmamento.

Cuando se hubo recuperado de su estupor, lo que le llevó cierto tiempo, nuestro joven amigo recogió de la hierba la perla luminosa y se puso de nuevo en marcha.

El viejecito, que le esperaba con impaciencia, avanzó a su encuentro.

—¿Has cumplido tu promesa? —le preguntó en cuanto le vio.

—¡Naturalmente, buen anciano! —respondió el joven—. El Espíritu de la Montaña te hace saber que en el fondo del estanque de tu jardín están enterrados nueve toneles llenos de oro y nueve llenos de plata. Tendrás que regar el naranjo con el agua fresca del manantial que brotará cuando hayas sacado los toneles de la tierra; entonces el árbol dará frutos magníficos.

El viejecito llamó a su hijo para que fuera a ayudarlo, y se puso inmediatamente a trabajar. Nuestro joven, comprendiendo que cuatro manos no bastarían para tan ardua labor, ofreció de buena gana sus vigorosos brazos.

Primero vaciaron el pequeño estanque, luego se pusieron a cavar en el fango y la tierra. Buscaron durante media jornada y nada aparecía. Siguieron cavando durante la otra media jornada, y cuando hubieron hecho un agujero profundo, muy profundo, los picos sonaron sobre algo. ¡Eran los toneles de oro y de plata! Con gran dificultad los sacaron de la tierra, donde dormían desde hacía tanto tiempo, y cuando hubo salido el último, un agua clara brotó del agujero, llenando el estanque tan deprisa que tuvieron que correr para no

morir ahogados. ¡Era un agua límpida como el cristal! El viejo regó con ella abundantemente su naranjo, y nada más caer las primeras gotas, sobre las hojas nacieron bellas naranjas doradas.

El viejecito daba saltos de alegría. Ofreció al joven viajero varios puñados de monedas de oro y plata, y éste le dijo adiós para reemprender el camino de vuelta.

Cuando llegó a la cabaña donde vivía la anciana madre de la hija muda, la pobre mujer le saludó en cuanto apareció en el umbral:

—Sé bienvenido, muchacho, entra a descansar después de tan larga caminata. Pero no habrás olvidado tu promesa, ¿verdad?

—Lo prometido es deuda —respondió alegremente el joven—. El Espíritu de la Montaña me manda decir que tu hija se curará cuando vea al hombre que le ha sido destinado.

La joven llegaba en ese momento y, desde la puerta, había oído las últimas palabras. Miró tímidamente al muchacho y se puso colorada como una amapola.

Se acercó a su madre y le preguntó al oído:

—¿Quién es, mamá?

—Hija mía, mi niña, ¿qué ha ocurrido? ¡Pero si estás hablando!

Y la madre, loca de alegría, se echó a llorar de emoción, y repetía:

—¡Alabado seas, Espíritu de la Montaña, que has dado la voz a mi hija y un yerno a su madre!

Los dos jóvenes se miraron profundamente a los ojos, luego la muchacha bajó los párpados.

Y de este modo el joven peregrino reemprendió el camino hacia su propia cabaña con una perla resplandeciente, un montón de monedas de oro y plata, y una joven y bella esposa.

Mientras andaba, se sentía alegre por hallarse ya cerca de su hogar, donde daría una agradable sorpresa a su madre. Pero ¡ay!, afligida por la larga ausencia del joven, la pobre anciana, temiendo que le hubiera ocurrido alguna desgracia a su hijo, había derramado tantas lágrimas que su vista se había debilitado hasta el punto de perderla completamente.

¡Cómo deseaba el pobre hijo que su madre pudiera ver a su joven esposa! ¡Cómo le hubiera gustado que se alegrase a la vista del oro brillante y sonoro! ¡Cómo hubiera querido enseñarle la perla que brillaba en la noche! Pero la anciana no podía sino acariciar los cabellos de la joven esposa, escuchar el tintineo de las monedas de oro y hacer rodar la perla entre sus dedos.

El muchacho se sentía muy desdichado por ello. Puso la resplandeciente perla en los ojos de su madre, esperando que pudiera ver su brillo, pero en vano. Su resplandor no podía traspasar la oscuridad en la que ahora vivía la anciana.

El hijo apretó la perla con los dedos y pensó con todas sus fuerzas:

—Daría todos estos tesoros para que mamá recuperara la vista.

Entonces la madre abrió los ojos y lanzó un grito de alegría. Saltó al cuello de sus dos hijos, abrazándoles y riendo: ¡había recobrado la vista!

¿Acaso la perla tenía poderes mágicos? Para comprobarlo, el joven la apretó de nuevo y pensó:

—¡Que los ricos malvados desaparezcan del país! ¡Y ocurrió como lo había deseado! Desde entonces, los pobres han sido felices. ¡Y el agua del lago Aceitunado se ha vuelto clara como el cristal de roca!

El buen carpintero

EN la provincia de Kilin hay un lugar llamado Long P'eng, que significa la Cabaña del Dragón. Pero en el transcurso del tiempo la primera significación de aquel lugar se olvidó y a la gente le gustaba más decir Leng P'eng, o sea, la Cabaña Fresca. Si ignoráis por qué el lugar se llamó la Cabaña del Dragón, escuchad esta historia.

Hace mucho tiempo, un cierto Chang Hiang vivía en una aldea. Era carpintero y pobre, como lo son normalmente los carpinteros, sobre todo porque tenía una anciana madre y una esposa que alimentar. Pero era muy hábil con las manos. Podéis creerme: carpinteros de su talento hay pocos por el mundo; con él se rompió el molde. ¿Qué más podría deciros? Conocéis a Lu Pan, sabéis qué clase de hombre es; pues bien, a Lu Pan nuestro Chang Hiang le hubiera ganado fácilmente la partida. Construía casas, puentes, sabía hacerlo todo en madera, cuanto se pueda imaginar: pájaros, peces, los animales de los dioses; en resumen, todo. Su fama se había extendido lejos, muy lejos, a más de ochenta leguas de su aldea, hasta llegar por fin al palacio acuático del más poderoso de los señores, el Rey de los Dragones en persona.

Este último estaba buscando precisamente a alguien capaz de reparar su palacio, y los buenos artesanos no recorrían las calles, ni en aquellos tiempos ni ahora. Entonces el Rey de los Dragones invitó a Chang Hiang a ir a su reino. Sin perder tiempo en reflexionar, el carpintero respondió enseguida a tan halagadora invitación. En cuanto estuvo en el palacio, se sintió amigo y compañero del Rey de los Dragones. Hermano por aquí, amigo por allá...; en una palabra, desde el principio se entendieron de maravilla. Incluso a veces el carpintero se permitía gastar bromas al Rey, que las aceptaba alegremente. En el palacio, Chang Hiang estaba totalmente como en su casa. Los generales Cangrejo y Gamba eran buenos amigos suyos, conocía a los hijos y nietos del gran Dragón, y tenía la impresión de haber vivido siempre en aquel palacio, donde además llevaba una existencia muy agradable, comiendo y bebiendo

cuanto quería y podía. Lo que no impidió que, por muy bonito que fuera todo, al cabo de cierto tiempo no sintiera nostalgia de su pobre cabaña medio derruida y añorara a su anciana madre y a su pobre esposa abandonadas.

Una serena y tranquila noche se encontraba charlando con el Rey de los Dragones, cuando éste le dijo:

—Pareces pensativo, carpintero.

—Es verdad, Rey de los Dragones, últimamente me siento triste. Echo de menos mi casa y a los míos. Me gustaría saber si por lo menos están bien allí. ¿Puedes decírmelo tú? ¿No padecen sequía mientras yo estoy aquí tranquilamente en tu palacio acuático?

El Rey de los Dragones cogió un cofrecito en el que guardaba el tiempo y con el que mandaba sequías o inundaciones según lo abriera o lo cerrara. Lo observó atentamente y dijo a su amigo:

—Carpintero, hermano, no quiero engañarte. Este año hay una gran sequía en tu aldea.

Chang Hiang se sobresaltó y preguntó a su poderoso amigo:

—¿No podrías hacer que lloviera un poquito?

—¿Qué dices? Es imposible. Ya se ve que ignoras nuestras leyes. Está exactamente escrito de antemano, Cuándo y dónde debe llover y cuándo y dónde no lloverá, dónde habrá sequía y dónde las inundaciones lo arrasarán todo. Está escrito, y no se puede cambiar nada. Ahora le toca a tu aldea conocer la sequía. Y si no me equivoco, la sequía durará exactamente noventa días.

A Chang Hiang se le puso la carne de gallina. En su imaginación divisó su pobre aldea, su casa, su madre, su mujer y la gente que tan bien conocía. Sabía lo que significaba la sequía. La tierra calcinada, el humo en los sembrados, la gente que suda y cae de hambre y de cansancio, los dedos que rascan el suelo para coger raíces secas, que se hieren al arrancar la corteza de los árboles, y para terminar, la muerte lenta pero segura, la muerte por hambre. Chang Hiang no podía soportar aquella visión. Volvió a dirigirse al Rey de los Dragones:

—Rey, por lo más sagrado de este mundo, te lo suplico, deja caer un poco de lluvia allí. Si no, van a morir, ¿comprendes?, ¡a morir todos!

—Estás loco —respondió el Rey riendo—. ¿Qué puede importarte? Cuando hayas terminado tu trabajo de reparación en mi palacio te pagaré muy bien, recibirás oro, plata y perlas a montones; y entonces, ¿qué le faltará a tu familia?

—La lluvia es lo que quiero, la lluvia para todo el mundo, ¿no lo comprendes, mi rey? ¿A ti te daría igual ver morir a tus hijos y a tus nietos?

—No tengo ganas de escucharte por más tiempo —dijo el Rey—. Llover, no lloverá, y nada más. He dicho.

Agitó sus anchas mangas y desapareció.

«¿Así que te vas? —se dijo Chang Hiang—. Pues vete. Pero yo también me voy».

Recogió sus herramientas, sierras, martillos, hachas, tijeras, buriles, cepillos, y se preparó para volver a su casa. Cuando el Rey de los Dragones se enteró de la noticia acudió rápidamente al encuentro de su amigo:

—Charlamos tranquilamente y tú, de repente, te irritas —le dijo en tono jovial.

—Verás, Rey —respondió Chang Hiang en tono muy serio—, debo ir a mi casa para saber cómo se las arreglan con la sequía.

—Escucha, carpintero, si te quedas conmigo, te daré esta perla, que es el mayor tesoro del mundo.

Mientras hablaba mostró a Chang Hiang una perla de espléndido oriente. El otro la cogió y, sin mirarla siquiera, la tiró a un rincón. El Rey se puso furioso. Llamó a los guardias:

—¡A mí la guardia! ¡Rápido! ¡Prended a este insolente, y encadenadle!

Inmediatamente llegó en alud el estado mayor de los generales Cangrejo y Gamba, armados hasta los dientes. Cuando Chang Hiang quedó reducido a la impotencia, el Rey le preguntó:

—Entonces, carpintero, ¿repararás mi palacio, sí o no?

A lo que el otro respondió con la pregunta:

—Y tú, Rey, ¿harás que llueva, sí o no?

—¡Ya te he dicho que no! —vociferó el Rey.

—Entonces yo no repararé absolutamente nada —declaró con frialdad Chang Hiang.

—¡Llevadle, guardias!, y hacedle...

Sin embargo, se contuvo de expresar la orden que su ira le sugería, porque se dijo a tiempo que si mandaba decapitar a aquel excelente carpintero, no encontraría a nadie tan bueno para que le reparara el palacio. Se dominó, pues, haciendo un gran esfuerzo de voluntad —hay que reconocerlo—, y dijo:

—Está bien, soltadle.

¡Chang Hiang estaba prisionero! Realmente, el Rey había mandado que le soltaran, pero el palacio se encontraba custodiado por todas partes. Imposible, pues, salir para volver a su casa, y en su casa, la sequía estaba haciendo

estragos. Se sentó para reflexionar sobre lo que convenía hacer. Reflexionó y reflexionó tanto tiempo, que al final su mirada se detuvo en una de las columnas del palacio y se le ocurrió una idea.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Cogió una sierra y serró, serró, serró..., zzzzz..., zzzzz..., zzzzz..., el palacio se estremeció, las paredes se tambalearon.

El Rey llegó, alarmado, e imploró al carpintero, que no cesaba de serrar impetuosamente:

Carpintero, ¿qué haces? ¡Detente!

—¿Harás que llueva? —preguntó el carpintero enderezándose.

—Sí, de acuerdo, haré que llueva —prometió el Rey, horrorizado.

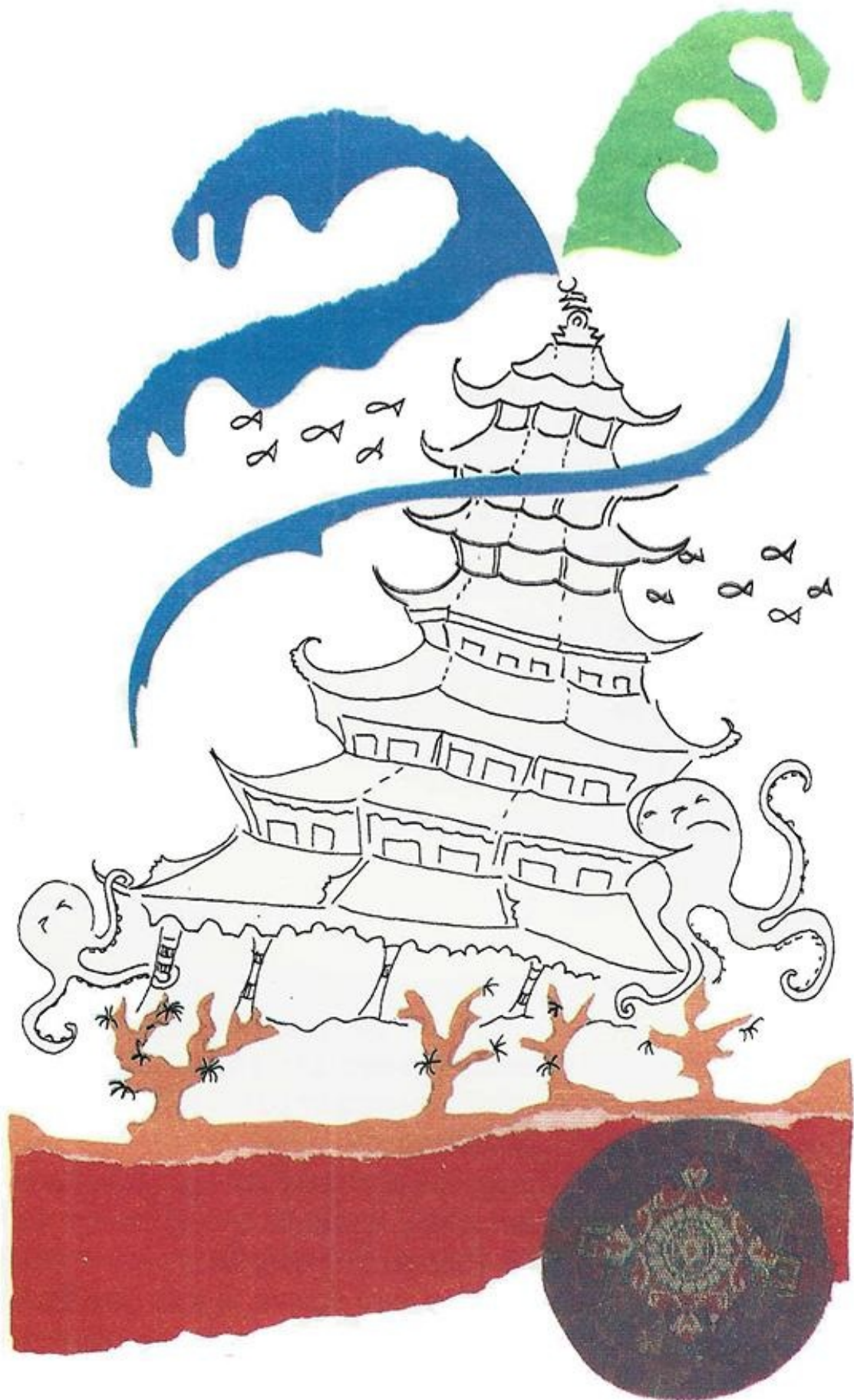
—Entonces, haz que llueva ahora —dijo Chang Hiang.

—Ya te he dicho que sí —repitió el Rey.

—Pero eso no es todo. Quiero que me prestes tu cajita, ésa con la que mandas la sequía o las inundaciones.

—La tendrás, la tendrás, naturalmente, te lo prometo —aseguró el Rey, solícito.

—Muy bien, Rey, pero las cosas deben quedar claras entre nosotros: te lo advierto, nada de trampas, no vayas ahora a hacer que llueva demasiado y haya una inundación. Cuando yo diga que llueva, harás que llueva, y cuando diga basta, te detendrás. ¿Has comprendido?



—He comprendido —respondió humildemente el Rey, pues realmente no tenía otro remedio.

Porque yo os pregunto: ¿qué podía hacer el pobre Rey? Si se hubiera negado a acceder a la petición del endiablado carpintero, el muy cabezota le hubiera demolido su palacio, y ¿cómo iba a ser el Rey de los Dragones sin el palacio de los Dragones?

El carpintero cogió con las dos manos la columna serrada, como si fuera una pluma, y la clavó en la grieta de la pared. El palacio quedó firme, dejó de temblar sobre sus bases y volvió a presentar el mismo sólido aspecto de antes.

Pero el Rey no estaba tranquilo. Se atrevió a preguntar al carpintero:

—Dime, carpintero, ¿no podrías poner mi palacio un poco más derecho? ¡Mira qué torcido está!

—De momento está bastante bien —respondió el carpintero levantando la mano, y añadió—: Veré lo que tengo que hacer según hayas enviado o no la lluvia a mi casa. Si lo haces, juro que repararé tu palacio de tal modo que hasta el Emperador de Jade te envidiará.

—De acuerdo —concluyó el Rey de los Dragones, muy alegre en su fuero interno ante la idea de la cara que pondría el Emperador de Jade.

Entonces se quitó su manto de dragón y lo puso sobre los hombros del carpintero; a continuación, llamó a sus hijos y nietos dragones. Poniendo un haba de oro en la mano de Chang Hiang, le dijo:

—Vete, carpintero, pero recuerda que mientras llueva no puedes reír: eso está formalmente prohibido. Si ríes, caerás al suelo y será tu fin.

Pero el carpintero no escuchaba ya. Había emprendido ligeramente el vuelo, se había elevado por los aires y ahora subía, subía, acompañado por su séquito de dragones. Sobrevolaron las nubes, las bellas nubes blancas esponjosas como el algodón, que se balanceaban perezosamente en los cielos. A veces, Chang Hiang las apartaba un poco con la mano para escudriñar por dónde iban. Bajo él desfilaban aldeas, casas, personas, y luego de nuevo los sembrados y los prados, los ríos. Y seguían volando. De repente el carpintero sintió el corazón oprimido y triste, con un peso que le hizo descender al suelo. Echó una ojeada por un agujero entre las nubes y, ¡ay!, ¿qué vio?: la tierra quemada, agrietada, calcinada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista; los sembrados resecos, cuarteados, agrietados por la sed... Como cada vez descendía más, Chang Hiang empezó a distinguir a las personas entre las casas. ¿Pero acaso eran personas? Sombras más bien, fantasmas que se arrastraban lamentablemente, los que todavía podían.

—¡Mi región! ¡Mi pobre región! —se lamentó entonces el carpintero.

Pero rápidamente se dominó y ordenó:

—¡Que llueva inmediatamente!

En ese instante, las nubes, que hasta entonces flotaban indolentemente en el cielo, se reunieron en enormes cúmulos y en seguida las primeras lágrimas benefactoras empezaron a caer sobre la tierra sedienta. Primero fueron unas gotas, y luego una lluvia fina y recia. ¡Era el aguacero salvador!

Abajo, la gente salió de sus casas gritando:

—¡La lluvia! ¡La lluvia!

La tierra quemada cobró un tono más oscuro. Bebía, bebía cuanto podía. El trigo, hasta entonces lamentablemente caído, empezó a enderezarse y a crecer a ojos vistas.

Chang Hiang estaba loco de alegría. ¡Su aldea se había salvado! Miró encantado el dichoso espectáculo del renacimiento de su aldea. Entonces una pequeña silueta de mujer, que corría hacia su casa llevando un cubo de agua, atrajo su mirada.

«Pero si es mi madre —se dijo Chang Hiang—. ¿Y si le hiciera rabiar un poco?».

Dicho y hecho. ¡Plam! Lanzó hacia ella el haba de oro que le había dado el Rey de los Dragones y que seguía llevando consigo. Pero apenas soltó el haba, se quedó mudo de asombro. ¿Qué pasó? Pues que, al caer, el haba creció y creció. Era ya como un gran huevo de pato, pero un huevo de oro, cuando cayó en el cubo de agua que llevaba la mujer. ¡Pluf! El agua se salió, salpicó a la mujer, que se quedó muy sorprendida y se asustó, poniendo pies en polvorosa... Rápidamente, entró en su casa y dio un portazo, lanzando un gran suspiro de alivio.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Chang Hiang se echó a reír—. ¡Qué susto le he dado a mi madre!

Pero su risa cesó inmediatamente. ¡Maldición! Había olvidado la recomendación del Rey de los Dragones: ¡no reír! Y apenas brotó su carcajada cuando su cuerpo quedó petrificado, rígido, endurecido. Se había convertido en dragón de oro, y ahora, con todo su peso, cayó a velocidad vertiginosa justo en la plaza de su aldea, donde se quedó sin movimiento.

La gente acudió:

—¡Mirad! ¡Venid a ver! ¡Un dragón de oro! —gritaban—. ¡Acaba de caer del cielo!

Un anciano sabio declaró a la multitud reunida:

—No es un dragón corriente, es el que nos ha traído la lluvia. Debemos testimoniarle nuestra gratitud. Los dragones vienen del cielo y se van por el

mar, no pueden permanecer en tierra; si no, perecen. A éste tenemos que construirle una cabaña y procurarle siempre el agua que necesita para vivir.

Los vecinos se dispersaron para volver en seguida trayendo uno una viga, otro madera, otros cañas de bambú, piedras, tejas. Y pronto se alzaba una preciosa cabañita muy fresca para resguardar al dragón.

Chang Hiang abrió los ojos, ¿y qué vio a su alrededor? A sus buenos amigos de la aldea, su madre, su mujer, que le llevaban agua y le rociaban a cuál mejor. Quería gritarles: «¡Soy yo, Chang Hiang!», pero no era posible porque estaba convertido en dragón de oro. Tenía la garganta petrificada y no podía abrir la boca.

Mientras tanto, los hijos y nietos del Rey de los Dragones habían vuelto al palacio.

—¿Dónde está Chang Hiang? —preguntó el Rey de los Dragones cuando les vio llegar.

Al saber lo que había pasado, el Rey se puso furioso.

—Id a buscarle y ¡traédmelo inmediatamente! —ordenó a sus hijos y nietos.

¿Creéis que quería proteger y salvar a su querido amigo? ¡En absoluto! Sólo pretendía recuperar a su carpintero, porque, yo os pregunto: ¿dónde iba a encontrar un artesano tan hábil como Chang Hiang? Y el palacio de los Dragones, que tenía más de un milenio de antigüedad, necesitaba reparaciones, ¡podéis creerme!

Obedientes, los hijos y nietos del Rey de los Dragones emprendieron el vuelo y volvieron a la aldea donde se había quedado Chang Hiang.

Los campesinos estaban todavía reunidos en torno al dragón de oro que les había traído la lluvia, cuando de repente se quedaron mudos de asombro al ver llegar hacia ellos gruesas nubes blancas llenas de dragones. Antes de que se recuperaran de la sorpresa, la bandada aérea había descendido hasta Chang Hiang, le había levantado como a una pluma y llevado por los aires, desapareciendo en los cielos en medio de las nubes.

¡Adiós, dragón de oro! ¡La fresca cabaña no se había utilizado durante mucho tiempo!

De este modo, Chang Hiang se encontró otra vez en el palacio del Rey de los Dragones. Pero no pronunció protesta alguna. Era feliz, su aldea estaba salvada. Se puso a trabajar de buen humor, y pronto pudo mostrar el resultado al Rey, que se enorgulleció de su bello palacio brillante, resplandeciente, sólido como una roca y espléndido hasta el punto de que el Emperador de Jade tuvo envidia de él.

El Rey de los Dragones estaba satisfecho. Pagó bien a nuestro Chang, que pudo emprender el camino de su hogar forrado de oro y plata.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —le preguntaron los habitantes de su aldea.

—¿Adónde creéis que he ido sino al palacio del Rey de los Dragones para repararlo? —respondió.

Pero cuando les contó sus aventuras, la gente no quiso creerle. Movían la cabeza con gesto dubitativo. Chang Hiang quiso probarles lo que decía:

—¡Era yo el dragón que os trajo la lluvia!

Por fin la gente le creyó. De la multitud que rodeaba al carpintero salió un anciano de blancos cabellos que declaró a la asistencia:

—Hermanos, nuestro amigo Chang Hiang nos salvó la vida. Sin él hubiéramos perecido de miseria. Propongo perpetuar el recuerdo de su acción salvadora llamando a partir de ahora a esta fresca cabaña que habíamos construido para resguardar al dragón de oro la Cabaña del Dragón. ¿Qué os parece?

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Poco a poco empezaron a llamar «la Cabaña del Dragón» no solamente al lugar donde se alzaba, sino a la aldea. Y, si queréis saberlo, pues bien, os aseguro que la aldea todavía existe en nuestros días.



El avaro engañado

HABÍA una vez un campesino avaro y perverso. Pobre del que se atrevía a llamar a su puerta para pedir limosna: inmediatamente era expulsado y perseguido por los perros.

Una gran miseria asoló la región donde vivía aquel hombre malvado. Las gentes vagaban por el campo, como sombras, con el estómago atenazado por el hambre. Todo el mundo sabía que los graneros del avaro estaban llenos, pero nadie se atrevía a ir a su casa. Entonces un joven dijo un día:

—Vecinos, yo voy a ir. Quizá consiga ablandarle el corazón.

Y fue.

Cuando llegó al jardín del campesino, se sentó bajo un árbol y se puso a contemplar su follaje.

El campesino, que acababa de terminar de comer, se había levantado de la mesa y acercado a la ventana.

—Vaya, vaya —murmuró—, ¿qué está haciendo ese granuja? ¡Seguramente prepara alguna jugarreta!

Salió precipitadamente y gritó:

—¡Eh, tú! ¿Qué estás maquinando?

Pero el muchacho hizo oídos sordos y siguió contemplando las ramas.

El granjero era curioso, se acercó y repitió:

—Te he preguntado que qué miras. ¿Eres sordo?

—Busco un nido en este árbol. Ayer vi pasar al pájaro de fuego, y allí donde hace su nido se encuentra siempre algún tesoro, porque en él esconde la planta milagrosa. ¡Ah! ¡Ya lo veo! —exclamó de repente el muchacho con voz alegre.

—Hum..., la hierba milagrosa —farfulló el granjero—. ¿Y para qué sirve tu planta milagrosa?

—Es difícil de explicar —respondió el muchacho en tono evasivo.

—Habla —ordenó el granjero muerto de curiosidad—, dime inmediatamente lo que tu planta milagrosa puede hacer.

—Es una hierba que supera a todas las demás —articuló lentamente el muchacho—. Sólo florece una vez cada mil años y sólo da fruto una vez cada diez mil años. En lo que se refiere a una sola de sus ramitas, no puedes imaginar, granjero, el poder que tiene.

—Cuenta, deprisa —resopló el granjero, que ya no podía más de curiosidad.

—En primer lugar —repuso el muchacho—, si alguien introduce una de sus ramitas en sus cabellos, se vuelve invisible y puede hacer lo que le plazca porque nadie le ve. Después...

Pero no pudo decir más.

—¡Lárgate, vamos, fuera, y que no te vuelva a ver! —gritó el granjero.

—¿Con quién hablas? —preguntó el muchacho—. ¡No hay nadie aquí!

—Hablo contigo. ¿A quién si no quieres que me dirija? ¡Desaparece! La hierba milagrosa es mía, está en mi jardín.

—Pero la he encontrado yo —replicó el muchacho—, ¡y si quisiera, la destruiría!

Y se dispuso a trepar al árbol.

—Espera, espera —añadió precipitadamente el granjero, que temía perder una planta tan rara—. Déjamela, te daré cincuenta ducados.

—¿Cincuenta ducados? ¡No, no, es demasiado poco, granjero!

—¡Pues cien!

—No, no te la dejaré por tan poco —dijo el muchacho moviendo la cabeza.

—¡Bueno, te daré doscientos ducados! —se apresuró a cerrar el trato el impaciente granjero.

—No, además, no quiero dinero. Pero a cambio de cincuenta sacos de trigo te la dejo.

El granjero dudó un instante. ¡Pero aquella planta extraordinaria valía mucho más! Aceptó.

El muchacho llevó los sacos a la plaza del pueblo y los repartió entre la gente más pobre.

Durante ese tiempo, el granjero mandó bajar el nido del manzano y fue a buscar a su mujer.

—¡Oh, mujer nacida bajo una buena estrella! —le dijo al verla—, adivina lo que me ha ocurrido.

—¿Cómo podría saberlo? —replicó su mujer—. Supongo que has conseguido adquirir las tierras de algún pobre diablo...

—No, no lo puedes adivinar —interrumpió el granjero frotándose las manos.

—Entonces has conocido a otra mujer —añadió ella, frunciendo el ceño.

—¡Ja, ja, ja! ¡Nada de eso! ¡Imagínate que he encontrado la planta milagrosa!

—¿Y para qué sirve la planta milagrosa? —preguntó su esposa.

—¡Oh, inconsciente mujer! ¿Nunca has oído hablar de la planta milagrosa? ¡El que la posee se hace inmensamente rico!

—¿Es ésa? —continuó ella señalando con gesto incrédulo el montón de hierbas secas de que estaba hecho el nido.

—Aquí está, mujer, la ramita o la brizna de hierba que vuelve invisible. Presta mucha atención, voy a colocármelas una por una en el pelo y tú me dirás si todavía me ves o no. Bueno, ¿me ves? —preguntó el granjero poniéndose en la cabeza la primera ramita seca.

—Te veo —respondió la mujer.



—¿Y ahora?

—Te veo.

—¿Y ahora?

—Te veo.

Y se fue poniendo todas las ramitas en el pelo mientras preguntaba sin parar a su mujer, hasta que al final, harta y cansada, le gritó:

—¡No veo nada! ¡Y ahora déjame en paz! —y se fue.

—¡No ve nada, no ve nada! ¡Me he vuelto invisible! —exclamó el granjero, loco de alegría.

Y salió precipitadamente y se dirigió a la ciudad.

Tenía un hambre de lobo cuando llegó. Un delicioso olor a buñuelos flotaba en el aire y el granjero localizó la tienda de la que salía el perfume. Se acercó a ella, cogió dos buñuelos, que se metió inmediatamente en la boca, y se alejó corriendo.

El vendedor, que por casualidad conocía al campesino, pensó que debía de tener prisa y no había tenido tiempo de pagarle.

—Me pagará a la vuelta —se dijo, y dejó que se alejara tranquilamente.

—La planta milagrosa funciona —pensó, no sin alegría, el granjero—. ¡No me ha visto!

Y aquel incidente le dio tanto valor que entró en una tienda cuyo propietario estaba contando sus ingresos.

El granjero no pudo resistir la visión de tantas monedas acumuladas y tendió la mano para cogerlas, pero en el mismo momento una voz exclamó:

—¡Al ladrón! ¡Cogedle!

Y los golpes empezaron a lloverle por todos lados a la vez.

Y el granjero salió vivo de allí de milagro y pudo volver a su casa.

Los dos hermanos

UN hombre tenía dos hijos: el mayor se llamaba Wang Ch'eng, y el menor, Wang Kuei. Aunque habían tenido los mismos padres, eran muy distintos uno de otro. Wang Kuei era un muchacho de corazón de oro, amable y trabajador, pero muy feo. Wang Ch'eng era perezoso hasta más no poder, malévolo y perverso, pero guapo como el día. Con frecuencia ocurre que la naturaleza tiene tales contradicciones.

No lejos del pueblo donde vivían se alzaba una montaña, y en la ladera de aquella montaña había una gruta a propósito de la cual la gente murmuraba cosas que ponían los pelos de punta. Decían que el lugar estaba encantado por el hada Adefesio, que se divertía burlándose de la gente y jugándoles malas pasadas. Un día, al parecer, había llenado la frente de un desdichado de cuernos, y le había dotado de largas orejas por añadidura, además de pezuñas y afiladas garras. Por eso, la buena gente prefería pasar de largo por la gruta, por temor a que les ocurriera alguna historia parecida.

Pero una noche, los dos hermanos Wang Ch'eng y Wang Kuei se habían retrasado en volver a casa, después de haber ido a visitar a su tío. Para tomar el camino más corto, tenían que pasar cerca de la entrada de la gruta. Precisamente cuando estaban allí, en aquel lugar que era siempre un poco terrorífico, a Wang Ch'eng se le ocurrió una idea diabólica, y dijo a su hermano:

—¿Y si fuéramos a ver lo que hay dentro? Cuentan que esta gruta contiene riquezas inmensas.

Wang Kuei no puso objeciones, y los dos hermanos entraron en ella.



Apenas habían avanzado unos pasos más allá del umbral, cuando el hermano mayor dijo al menor:

—He perdido por el camino el paquetito que nuestro tío nos dio para mamá; espérame aquí, voy a ir a buscarlo; no tardaré mucho.

Y se fue corriendo.

Wang Kuei, obediente, esperó en el lugar en que su hermano mayor le había dejado, y se puso a admirar el bello castillo, rodeado de un parque y un pequeño lago, admirable espectáculo que se ofrecía a su vista desde la entrada de la gruta.

—Entra —dijo de repente una voz femenina, dulce y agradable.

Era el hada Adefesio, que le invitaba a su palacio.

—No puedo, discúlpeme, pero debo esperar aquí a mi hermano mayor —respondió Wang Kuei.

—Pero entra, te daré un tesoro.

—No necesito tesoros, se lo agradezco, pero espero aquí a mi hermano, y empiezo a temer que le haya ocurrido alguna desgracia por el camino. ¡Tarda tanto!

—¡Pobre ingenuo! —exclamó el hada Adefesio—. Hace siglos que llegó a vuestra casa, y te ha dejado aquí para burlarse de ti. Pero si no quieres tesoros, te aconsejo que por lo menos te refresques un poco en el agua del lago antes de proseguir tu camino.

Sin vacilar un instante, Wang Kuei se sumergió, ¡*pluf!*, de cabeza en el agua cristalina del lago, que le proporcionó inmediatamente una agradable impresión de frescor. Estaba descansado y alegre. Al salir de allí, sin saber por qué se sentía ligero, feliz, vivaracho. Se inclinó sobre el espejo del agua para poner su pelo en orden, y entonces se quedó paralizado; poco le faltó para quedarse sin aliento: lo que veía en el agua era el reflejo de un joven apuesto, sonriente y amable.

Con una sonrisa, el hada le dijo, antes de desaparecer:

—Es exactamente la imagen de tu buen corazón, consévala.

Durante ese tiempo, Wang Ch'eng, que había vuelto hacía mucho a casa, se frotaba las manos de dicha maligna pensando en lo malo que le habría ocurrido a su hermano, al que había dejado ante la gruta terrorífica. Pero de repente la puerta se abrió y un guapísimo joven entró como si fuera su casa, y le preguntó:

—¿Por qué me dejaste allí, hermano? Como el tiempo se me hacía tan largo, dejé de esperarte y he vuelto, ¿y te encuentro aquí?

Sólo entonces Wang Ch'eng reconoció a su hermano menor en aquel verdadero Adonis. Pensó:

«A un idiota como él le ha ocurrido esto. ¡Menuda suerte!... Si me hubiera quedado yo, ¿me habría sucedido algo todavía mejor?».

Y, lleno de envidia, decidió ir él también a bañarse al lago mágico.

Se puso en camino a la mañana siguiente. Apenas había llegado a la orilla del lago de aguas límpidas cuando la voz suave se dejó oír:

—Entra, hace mucho que te espero.

Y el hada Adefesio, saliendo del palacio, fue a su encuentro. Wang Ch'eng estaba en el séptimo cielo. El hada le había cogido de la mano, le introdujo en su salón y le recibió como a un huésped especial, con té y pasteles.

Después, le dijo con amabilidad:

—Seguramente estarás cansado de tu larga caminata. ¿No quieres bañarte en el lago para refrescarte?

Era lo que Wang Ch'eng esperaba con tanta impaciencia. No se hizo repetir dos veces el ofrecimiento, y, ¡*pluf!*, saltó al agua de cabeza. Cuando, después de haber descansado largamente en las agradables aguas, subió a la orilla, se apresuró a inclinarse sobre la superficie del lago, una vez que las ondas se hubieron calmado, para ver su reflejo en aquel espejo natural. Entonces un largo grito de dolor salió de su garganta.

Pero ¿cómo? ¿Aquel monstruo de piel de cerdo arrugada era él? No, no podía dar crédito a sus ojos. ¡Por todos los dioses! ¿De quién era aquella horrible cara gesticulante cuya imagen devolvía el agua?

Detrás de él sonó una carcajada, acompañada de estas palabras:

—No te enfades. Lo que ves no es sino la verdadera imagen de tu perverso corazón.

Dicho esto, el hada Adefesio desapareció como si el suelo se la hubiera tragado.

En vano Wang Ch'eng se lamentaba ahora, gemía y prometía al cielo enmendarse. Era demasiado tarde. No tenía más remedio que volver a su casa, y desde entonces nadie en el pueblo le llamó de otro modo que Wang el Monstruo.

El fantasma del cenador

HABÍA una vez un carnicero cuyo gran valor admiraban todos. No pasaba un día sin que matara un cerdo en alguna aldea y tenía tan buena fama que con frecuencia le llamaban de muy lejos. Por eso casi siempre volvía de noche después de haber terminado su trabajo y puesto sus utensilios en orden.

Pero un día le llamaron de una aldea muy lejana, aproximadamente a tres leguas de su casa. Y, como de costumbre, era muy tarde cuando acabó su trabajo.

—No te pongas en camino tan tarde —le dijo el hombre para el cual acababa de matar un cerdo—. ¡Puedes encontrar un fantasma!

—Fantasma o no, tengo que volver a mi casa —respondió el carnicero.

Y se fue. La noche era clara y la luna brillaba sobre las colinas y los ríos. El carnicero se sentía contento de caminar en una noche tan bella, y su único temor era tropezar con alguna piedra o meterse en el barro. Después de andar un buen trecho evitando los obstáculos, se detuvo para descansar un poco.

Y divisó un bonito cenador en un recodo del camino. Entonces se acercó y vio que había alguien dentro. Sin duda, una joven campesina que le daba la espalda y parecía no prestarle ninguna atención.

«No me ha advertido —pensó el carnicero—. ¡Con tal de que no se asuste al verme de repente! Podría hacerse daño. Pero ¿qué puede hacer aquí esta muchacha? —se preguntó—. ¡Ya caigo! ¡Habrás discutido con su suegra! Es algo que ocurre a menudo. Se discute con el marido, luego con la suegra, las mujeres huyen y, por pura estupidez, se tiran al río o se ahorcan».

El carnicero se sintió muy turbado ante esta idea y se dijo:

«¡Naturalmente, no se lo permitiré! ¡En absoluto! ¡Y si cree que sí, se equivoca! Voy a impedirle que haga una tontería y la acompañaré a su casa».

Entonces tosió ligeramente para que advirtiera su presencia y dijo:

—¡Pobre muchacha! ¿Qué haces aquí, en plena noche? ¿Quién eres? Puedes confiar en mí, soy discreto. No tengas miedo. Puedes creerme.

Luego, el carnicero se calló porque no tenía costumbre de hablar tanto. Pero consideró que a una desesperada había que hablarle mucho, ahogarla, en palabras.

—¿Por qué te metes en lo que no te llaman? —replicó la muchacha sin volver la cabeza siquiera.

«Le pongo nerviosa —pensó el carnicero—; no va a ser fácil» —y continuó:

—Vamos, vamos, pequeña, ¡no debes enfadarte! Comprende que no puedo dejarte en este estado y marcharme con la conciencia tranquila. ¿De qué aldea eres? Dime por lo menos tu nombre. O si no quieres, dime solamente lo que debo explicar en tu casa y vendrán a buscarte.

—¿Quieres dejarme tranquila? —exclamó la muchacha—. Ya que eres tan curioso, me vas a obligar a asustarte.

Y con un movimiento brusco se volvió hacia él. Entonces el carnicero vio un rostro blanco como la cal y comprendió inmediatamente que no era la cara de un ser vivo, sino más bien la de un fantasma terrible, seguramente el espectro de un ahorcado. Sintió que su frente se llenaba de un sudor helado, pero como en verdad era un carnicero valiente, se armó de valor y se esforzó por no dejarse impresionar. Luego, sacando fuerzas de flaqueza, soltó una carcajada un poco forzada:

—¡Ja, ja, ja! Tus artimañas no te sirven, muchacha. ¡Muéstrame cómo harás para asustarme! ¡Tengo mucha curiosidad por verlo!

Y soltó otra sonora carcajada. Pero le pareció que el fantasma estaba disgustado, así que añadió rápidamente, aunque con voz ahogada:

—Te aseguro que tengo ganas de ver cómo te las vas a arreglar.

El fantasma no respondió. Moviéndose tan fuerte la cabeza que sus largos cabellos cayeron sobre sus hombros y sacó la lengua.

El carnicero recuperó el aliento.

—Eso no es nada extraordinario —dijo—. He visto fantasmas peores que tú en nuestro templo. ¡Sacaban la lengua mucho más!

El fantasma estaba muy indignado. Reflexionó un instante y sacó más la lengua, pero esta vez le salió sangre de la boca, de la nariz y de las orejas.

El carnicero, cada vez más tranquilo, no pudo contener su alegría:

—Vamos, vamos —empezó a decir moviendo la cabeza, no sin cierta conmiseración—, ¡qué trabajo tan pésimo! ¡Si crees que eso me da miedo! No se tiene miedo de una mosca, ¿sabes? Estoy acostumbrado a la sangre. ¿Has

visto alguna vez matar un cerdo? Entonces sí que verías sangre. No, realmente no vale lo que la muerte de un cerdo.

El fantasma tenía un aspecto lamentable. No sabiendo ya qué hacer, utilizó entonces sus últimas armas e hizo que su rostro pasara del negro al rojo y luego al azul, y seguía con ansiedad los resultados de sus esfuerzos en la cara del carnicero.

Éste silbó y dijo en tono indiferente:

—Hay que reconocer que eso no ha estado mal. La semana pasada vi en nuestra ciudad a un bufón que interpretaba a un fantasma, y para cambiar de color debía esconderse debajo de una mesa para que nadie le viera hacerlo. No tenía otro medio. Tú lo haces con facilidad; de eso no hay ninguna duda.

A pesar de aquellas alabanzas, el fantasma estaba muy afligido.

«Tengo que hacerlo suavemente» —se dijo, y dirigió estas palabras a nuestro carnicero:

—Por lo que veo, muchacho, eres valiente, así que voy a decirte por qué estoy aquí —empezó el fantasma con voz triste—. Después me dejarás en paz porque ya tengo bastantes preocupaciones. Soy el espectro de una joven que va a ahorcarse en esta aldea. Necesito concentrarme en el ahorcamiento o lo estropearé todo.

—¡Vaya, vaya! —pensó el carnicero muy inquieto—. ¡Realmente es una bonita misión!



Pero fingió que compartía las desdichas del fantasma.

—Encantado de conocerte. Nunca había conocido a un espectro. ¿Y quién es la desdichada muchacha que va a ahorcarse?

—Ya te he dicho que es de este pueblo —refunfuñó el fantasma—. Muy cerca de aquí, cierta familia que se llama Li.

—No puedo creerlo. ¿Por qué había de ahorcarse así, de repente?

El fantasma, receloso, vaciló un instante, pero en seguida dijo con voz huraña:

—La suegra está siempre peleándose con su nuera. La buena mujer la empujará al suicidio.

—Entonces tú no tienes nada que hacer, porque la suegra se encarga de todo —concluyó el carnicero un poco decepcionado.

—¿Cómo que no tengo nada que hacer? —protestó el fantasma indignado—. Es un trabajo espantoso. Tú crees que resulta muy sencillo. ¡Y soy yo quien debe organizado todo!

—¿Tú? No comprendo —replicó el carnicero adrede, impaciente por saber más.

—Es muy sencillo —repuso el fantasma dándoselas de importante—. Mañana es el cumpleaños de la suegra. Le regalarán una cesta de melocotones y la cesta desaparecerá. Seré yo quien la eche al fuego y nadie lo sabrá. ¡Imagina lo que hará entonces la suegra! —continuó guiñando un ojo al carnicero en señal de complicidad—. Inmediatamente acusará a su nuera y ¡menuda escena! La joven se sentirá tan desdichada que será muy fácil convencerla. ¡Rápido irá a ahorcarse!

Y el fantasma rió triunfalmente.

Al carnicero le costó no dar rienda suelta a su ira.

«Puedes reír lo que quieras, pero no hay motivo para estar tan orgulloso» —pensó.

Pero se abstuvo de mostrar sus sentimientos y añadió en tono indiferente:

—Bueno, ya me he retrasado mucho discutiendo contigo; debo pensar en volver a casa.

Entonces el fantasma le dio la espalda para reflexionar a gusto y el carnicero se fue.

Cuando llegó a su casa se acostó, pero no pudo cerrar los ojos porque temía no despertarse a tiempo.

Al día siguiente acudió a casa de la desdichada familia Li. A cierta distancia de la casa, el viento le trajo el rumor de una discusión.

«Ya está —se dijo—, llego justo a tiempo» —y apresuró el paso.

Cuando llegó muy cerca de la casa oyó:

—¡Ya no puedo soportarlo más! ¡Pum! ¿Qué otra mujer soportaría esto? ¡Pum! ¡Qué necesidad tengo de sufrirlo a mi edad! ¡Pum!

«Seguramente es la suegra» —se dijo el carnicero, y echó prudentemente un vistazo a la casa. La suegra estaba sentada a la mesa y daba terribles puñetazos. La nuera, acurrucada en un rincón, sollozaba.

Al ver aquel espectáculo, el carnicero entró en la casa y exclamó:

—Pero mujeres, ¿por qué discutís?

—Mira lo que ha pasado —gritó la suegra—. Esta mañana dejé una cesta de melocotones en ese rincón, he salido un momento y la cesta ha desaparecido. No estoy ciega. ¡Los melocotones no han podido comerse solos!

Los gritos habían impresionado al carnicero y no se atrevía a decir ni pío ante aquel torrente de furia. Pero como en verdad era un carnicero valiente, dijo:

—Mujer, mujer, creo que debes calmarte un poco. ¡Los melocotones están en el horno!

—¿Cómo en el horno? —estalló de nuevo—. ¡A menos que los hayas puesto tú, o que alguien los haya escondido adrede! —gritó, mirando a su nuera.

Ésta volvió a sollozar en su rincón.

El carnicero dijo entonces, de prisa y con ansiedad:

—Bueno, mira en el horno, mujer. ¡Tengo curiosidad por ver si están allí realmente!

La suegra metió la mano en el horno, y sí, sacó la cesta. No faltaba un solo melocotón.

—El fantasma me dijo la verdad —suspiró el carnicero aliviado.

—¿Qué fantasma? —preguntó inmediatamente la suegra.

Entonces el carnicero se puso a contar la historia. Habló muy poco de él, solamente las terceras, quintas y séptimas palabras; mientras tanto, la suegra y la nuera comprendieron hasta qué punto era valiente el carnicero. Y la entristecida nuera dejó de llorar e incluso se atrevió a levantar los ojos hacia él y sonreírle.

Cuando le pareció que todo estaba otra vez en orden, el carnicero se sintió muy aliviado, pero decidió asustar a la suegra para que dejara de torturar a su nuera.

—Créeme, mujer —dijo severamente—, acabarás por matarla. El fantasma creía que iba a ser hoy. Y cuando ya los fantasmas hablan mal de ti,

piensa un poco en lo que diría la gente si le ocurriera alguna desgracia a tu nuera. Esos problemas, mujer, no se los desearía ni a mi peor enemigo.

Y mientras hablaba observó el efecto de sus palabras. La suegra temblaba de espanto.

—Espero, pequeña idiota, que no me pongas en vergüenza —murmuró con voz suave.

El carnicero se quedó totalmente tranquilo. Pero siguió contando toda clase de cosas espeluznantes sobre la suerte que reservan los fantasmas a las suegras malvadas.

«Espero que baste con esto —se dijo al fin—. A esta muchacha la libro para siempre de las recriminaciones incesantes de su suegra o dejo de ser carnicero y no comprendo absolutamente nada».

Y se despidió y volvió a su casa cuando el sol se ponía.

Al día siguiente, al llegar la noche, se dirigió al cenador que estaba al borde del camino.

—¿Qué estará haciendo hoy mi fantasma? —se preguntó.

El fantasma estaba allí, pero parecía apagado y muy triste.

—¿Cómo se te ha ocurrido ir a contarlo a la aldea? —reprochó el fantasma—. ¿Sabes cuánto tiempo necesité para organizar el asunto? ¿Por qué me has hecho eso? ¿Tienes algo en contra de mí?

—Claro que no —respondió el carnicero—, pero no podía dejar que ocurriera, tengo el corazón demasiado tierno. «Y si crees que te voy a decir algo más, te equivocas de medio a medio —pensó el carnicero—. Y, además, ¿qué haces aquí? Nadie te necesita».

Entonces recordó haber oído decir en su casa que nada temen tanto los fantasmas como que les cojan por los pelos. Decían que incluso preferían convertirse en un trozo de madera, en tronco o en cualquier otra cosa, con tal de evitar eso. Y antes incluso de haber acabado de pensar en ello, el carnicero se dio cuenta de que estaba sujetando al fantasma por los pelos. Con la mano izquierda había cogido su cuchillo y cortaba, tras, tras, tras...

Pero en el mismo instante el fantasma desapareció y el carnicero vio que tenía en la mano un cerdo, ¡un cerdo fuerte y grande que podía pesar perfectamente ciento cincuenta kilogramos!

El carnicero se echó a reír.

—¡Estupendo, lo conseguí! ¿Acaso ignoras que soy carnicero? ¡Y sé lo que voy a hacer contigo ahora mismo!

Y volvió a su casa con el cerdo.

Desde ese día hubo paz en la región. Las suegras ya no se atrevían a gritar, los fantasmas ya no se atrevían a asustar. Y todo porque en aquella comarca vivía un carnicero valiente, muy valiente.

El puente de plumas

ANTAÑO, hace muchísimo tiempo, tres personas vivían juntas en una cabaña: un hombre con su mujer y su hermano más joven. Formaban una familia. El hermano mayor era un compadre muy astuto, y su mujer no vivía mal. Comían bien, descansaban todavía mejor y apenas trabajaban. El hermano menor, soltero, era un muchacho extraordinariamente apuesto y trabajador, aparte de poseer otras muchas cualidades. Jamás se le hubiera ocurrido la idea de que su hermano mayor pudiera explotarle. De la mañana a la noche, tras desayunar su sopita de leche, trabajaba todo el día el campo común con un celo tal que ni siquiera sacaba tiempo para volver a casa al mediodía a comer. A esa hora prefería sentarse en una piedra mientras la vaca Blanquita pastaba a su lado. Por eso le llamaban el Pastorcillo.

Un día estuvo trabajando el campo con Blanquita. A mediodía desató la vaca y la dejó pacer; él se tumbó en la hierba y miró el paso de las nubes sobre su cabeza. De cuando en cuando, Blanquita, le lanzaba una mirada y seguía pastando. El Pastorcillo permanecía tumbado, observaba las nubes y no pensaba en nada. De repente la vaca le habló:

—Pastorcillo, ¿por qué no vas a comer a casa?

—¿A comer? ¡Ya comí esta mañana! —respondió, muy sorprendido.

—Haz lo que voy a decirte —le aconsejó Blanquita—. Cuando al arar descubras una piedra plana, echa la reja del arado encima. Luego, vuelve a casa y pon la disculpa de que se ha roto la reja.

Pastorcillo movió la cabeza, pero pensó que podía probar. Rompió la reja sobre una piedra plana, cogió a Blanquita por el cabestro y juntos volvieron a casa.

Precisamente, su cuñada preparaba en aquel momento una excelente comida, y un oloroso vapor se desprendía del puchero de sopa, cuando, al echar un ojeada al exterior, se quedó petrificada de asombro: Pastorcillo cruzaba el patio.

—¡Qué estupenda sorpresa! —exclamó, poniendo a mal tiempo buena cara—. Precisamente, habíamos decidido preparar una buena comida y acababa de decirle a mi marido: hay que ir a buscar a Pastorcillo. ¡Y aquí estás, como si te hubiéramos llamado!

El hermano mayor dijo:

—¿Por qué has vuelto así, tan de repente?

—Se me ha roto la reja —declaró Pastorcillo, y comenzó a comer con buen apetito.

«¡Muy bien, Blanquita!», pensó, y se alegró de lo que había pasado.

Al día siguiente, cuando faltaba poco para mediodía, Blanquita volvió a hablar:

—¡Eh, Pastorcillo!

—¿Qué? —masculló Pastorcillo, que se había adormilado al sol.

—¿Por qué no vas a casa? Hoy tienen albóndigas.

—Hoy no puede ser —contestó en tono de disculpa a Blanquita—. ¿Qué le diría a mi hermano?

—No seas tonto —insistió Blanquita—. Esto es lo que vas a hacer: cuando tropieces con la piedra plana al arar, lanza fuertemente la cuchilla sobre la piedra para romperla. Luego, vuelve a casa y diles que la cuchilla se ha roto.

Pastorcillo obedeció a Blanquita, lanzó violentamente el arado contra una piedra y la cuchilla saltó en pedazos. Entonces volvió a casa con Blanquita.

Llegó y ¿qué vio? Un oloroso vapor escapaba de la gran olla, y la mujer de su hermano estaba retirando cuidadosamente las albóndigas y disponiéndolas en una fuente.

—¡Al parecer llego a tiempo, cuñada! —exclamó alegremente Pastorcillo, y comenzó a devorar, más que a comer.

Esta vez, la cuñada se puso de mal humor, y el hermano mayor declaró en tono furibundo:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la tierra?

—La cuchilla se ha roto contra una piedra —explicó Pastorcillo, sirviéndose una segunda ración de albóndigas.

—Esto no puede continuar así. ¿Qué te imaginas? Lo mejor será dividir nuestros bienes y que cada uno viva su vida.

El tercer día, un poco antes de mediodía, Blanquita volvió a hablar a Pastorcillo:

—Pastorcillo, ¿no tienes hambre? Lanza las estevas contra una piedra y vuelve a casa.

—Blanquita, mi pequeña Blanquita, ¡no me tientes! ¿Qué diría mi hermano?

—¿Qué podría decir? Tú estás aquí trabajando, y ellos, comiendo bizcochos.

—¿Bizcochos? —exclamó Pastorcillo, sorprendido.

Entonces lanzó las estevas del arado contra una enorme piedra, tan fuerte que se hicieron añicos. Luego, cogió a Blanquita por el cabestro y se marchó corriendo a casa.

Por el camino, Blanquita le aconsejó:

—Arranca aquí un manojo de estas malas hierbas y llévalo contigo. Cuando lleguemos al patio, lo pones delante de mí, y cuando esté comiendo dices:

*Está muy triste nuestra Blanquita,
pero la hierba amarga, ¿a quién le gustaría?
A mí también me desagradaba la sopita de leche todas las
mañanas.
Da a Blanquita excelente heno,
¡y para mí bizcocho, que es lo bueno!*

Tu hermano te echará de casa, entonces pídele tu parte: el viejo arado hecho pedazos, la cuerda usada y a mí misma.

Pastorcillo obedeció. Arrancó un haz de malas hierbas y prosiguieron su camino hacia la choza.

Ya de lejos se percibía el delicioso aroma de los bizcochos dorándose en el horno. Al joven se le hizo la boca agua. Puso las malas hierbas delante de Blanquita, se precipitó intrépidamente a la cocina y, sin vacilar, sobre el bizcocho que su cuñada acababa de poner en la mesa.

—¡Especie de inútil, de holgazán, de tragón! —refunfuñó la cuñada—. ¿Es que crees que te vamos a alimentar por no hacer nada?

El hermano mayor apenas podía expresar sus emociones, de tan furioso como estaba.

Pastorcillo dijo, muy tranquilo:

—¿Quieres saber, hermano, por qué he vuelto a casa? Mira las estevas del arado, se han roto.

Y, como si nada, siguió engullendo un trozo de bizcocho tras otro. Una vez harto, salió. Blanquita permanecía, delante de las malas hierbas, sin

comer. Señalándola con el dedo a su hermano, Pastorcillo dijo:

*Está muy triste nuestra Blanquita,
pero la hierba amarga, ¿a quién le gustaría?
A mí también me desagradaba
la sopita de leche todas las mañanas.
Da a Blanquita excelente heno,
¡y para mí bizcocho, que es lo bueno!*

El hermano mayor recuperó entonces de golpe el uso de la palabra:

—¡Esto ya es el colmo! Decididamente no podemos seguir viviendo juntos. Repartamos nuestros bienes. Yo me quedaré aquí con mi mujer, y tú te irás a otra parte.

Inmediatamente, la cuñada le preguntó:

—¿Qué quieres llevarte?

—A Blanquita...

—Y un saco de arroz, ¿verdad? —añadió ella, en tono provocativo.

—No, arroz no..., el viejo arado y este gastado trozo de cuerda, con eso bastará —dijo Pastorcillo sencillamente.

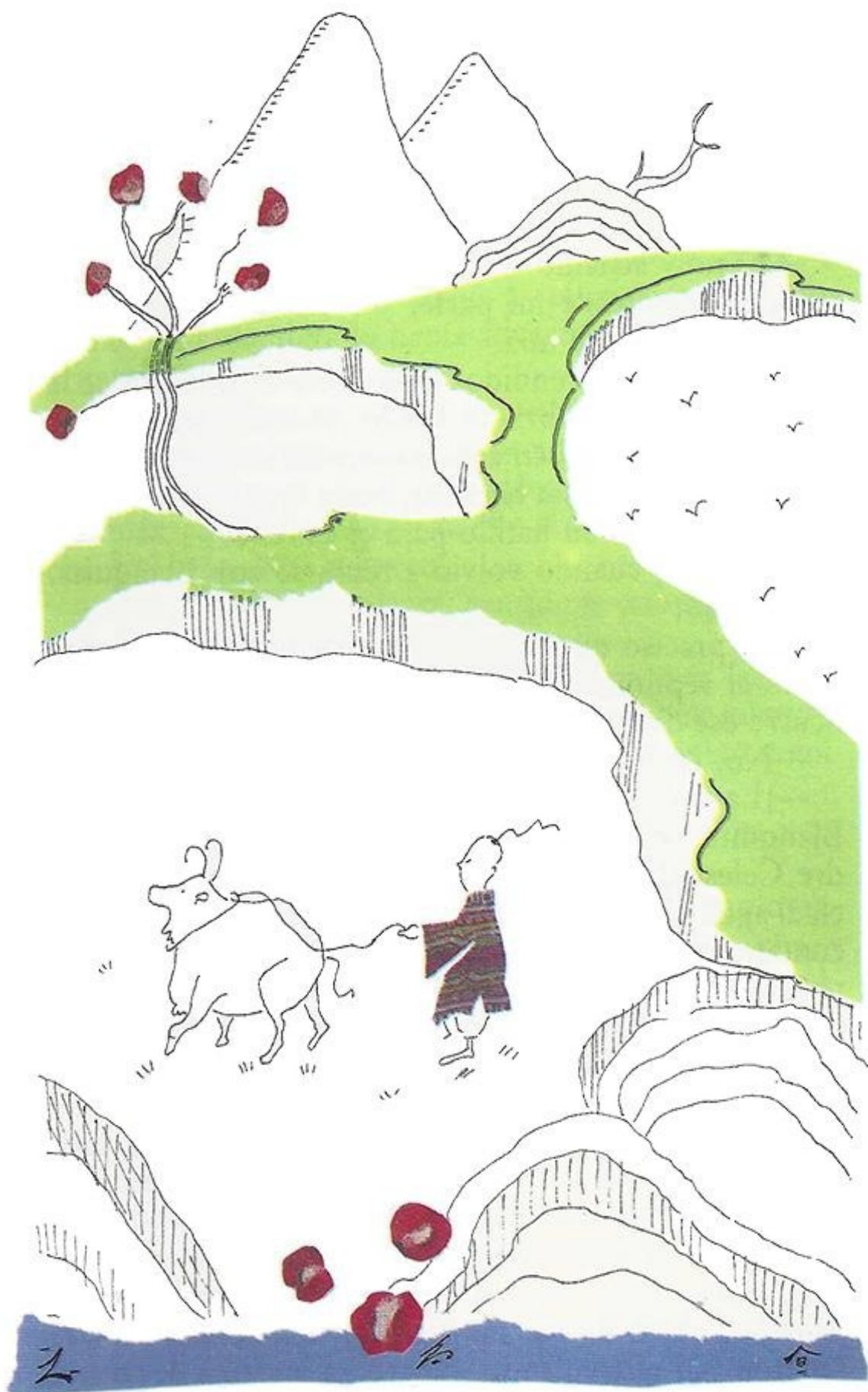
El hermano y su mujer, sin poder dar crédito a sus oídos, entregaron rápidamente a Pastorcillo lo que pedía, y él, como ya nada le retenía en la casa, ató a Blanquita al arado con la vieja cuerda y se puso en camino.

Como no tenía idea alguna sobre qué dirección seguir, Blanquita tomó el mando. Se dirigió directamente hacia el Sur. Caminaron mucho, muchísimo tiempo. Era como si aquel camino no tuviera fin. Pero un día desembocaron en una cañada por la que corría un arroyo de aguas cristalinas.

—Desátame —dijo Blanquita—. Voy a pacer un poco esta hierba tierna.

Pastorcillo se sentó en una piedra. Pensativo y con cierta envidia, observaba a la vaca, que comía la hierba con patente satisfacción. Él tenía el estómago completamente vacío.

—¡Blanquita! —llamó con timidez.



—¿Qué ocurre, muchachito? —dijo ella, levantando hacia él sus grandes y bondadosos ojos.

—Ocurre que tengo un hambre de lobo. Tú tienes aquí cuanto necesitas para beber y comer, pero yo, ¿cómo me voy a alimentar si me aconsejaste que no trajera arroz?

—Es muy sencillo. Ve a la otra ladera de esta montaña, preséntate de mi parte, y recibirás todo lo que quieras por cuenta mía.

Realmente sorprendido, Pastorcillo hizo lo que se le había dicho y, palabra de honor, cuando declaró que quería comer por cuenta de Blanquita, le dieron de comer y de beber hasta hartarse, hasta que llenó su estómago, y además su hatillo para el camino.

Más tarde, cuando volvió a reunirse con Blanquita, ésta le dijo:

—Es preciso que yo me ocupe de tu futuro. Mañana es el séptimo día del séptimo mes. ¿Sabes lo que ocurre ese día?

—No, no lo sé —respondió Pastorcillo.

—¡La puerta del Paraíso del Sur se abre! —le susurró Blanquita, en tono confidencial—. Las hijas de la Madre Celestial salen y vienen aquí, a lavar sus vestidos en el agua de este arroyo. Tú únicamente tienes que esconderte y observar bien. Cuando las veas, cuéntalas, partiendo del Oeste hacia el Este. La séptima será la Hilandera. Cógele su vestido, y sobre todo ¡no se lo devuelvas! Cuando quieras devolvérselo, no lo hagas tú. Llámame tres veces y acudiré.

Pastorcillo escuchó atentamente a Blanquita y prometió actuar según sus instrucciones. Se escondió tras unos matorrales y se puso a observar, muerto de impaciencia, esperando ver a la Hilandera.

A medianoche, la puerta del Paraíso chirrió de repente, se abrió de par en par y siete palomas blancas salieron por ella volando. Bajaron a la orilla del río y, cuando tocaron tierra, se transformaron, una tras otra, en bellas muchachas.

Las jóvenes se colocaron en hilera al borde del riachuelo y se pusieron a hacer la colada. Pastorcillo las contó, de Oeste a Este, y sus ojos se detuvieron en la séptima. ¡Qué bella era! Se quedó sin respiración. Entonces avanzó muy despacio, arrastrándose, cogió el vestido y rápidamente corrió a refugiarse en el matorral. La Hilandera lo había advertido y corrió tras él gritando:

—¡Devuélveme mi vestido! ¡Devuélveme mi vestido!

—¡Jamás! —respondió Pastorcillo.

—Por favor, te lo suplico, devuélveme mi vestido. Además, ¿qué ibas a hacer tú con el vestido de una muchacha? —insistió la joven.

—No, no te lo devolveré, porque te escaparás y emprenderás el vuelo.

La joven cerró los párpados y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Sus hermanas, que mientras tanto habían terminado su colada, se disponían a volver al Paraíso.

—¿Vienes, hermanita? ¡Vamos, date prisa, es hora de marchar! —la llamaron.

La Hilandera dirigió otra vez una mirada implorante a Pastorcillo, que la observaba sin bajar los ojos, y la muchacha sintió que la mirada del hombre le penetraba hasta el corazón. Enrojeció de emoción y se dirigió a sus hermanas:

—Me gustaría mucho volver con vosotras, hermanas, pero ¿qué puedo hacer? Ya veis que no consigo recuperar mi vestido. ¿Cómo podría volver al Paraíso?

Entonces se oyó de nuevo el chirrido de los goznes de la puerta del Paraíso y salió un muchacho robusto. Llamó:

—¡Ea, muchachas, rápido, entremos! ¡Vamos a cerrar!

Las jóvenes tomaron impulso y, ante los maravillados ojos del Pastorcillo, se transformaron en palomas blancas, que se perdieron en los aires. La puerta del Paraíso volvió a cerrarse tras ellas.

La séptima muchacha, la bella Hilandera, se había quedado en la orilla del arroyo.

—Ahora, devuélveme mi vestido —imploró.

—Todavía no puedo devolvértelo —dijo Pastorcillo moviendo la cabeza.

A continuación, cogió a la muchacha de la mano y le dijo:

—Me gustaría mucho que fueras mi mujer.

La muchacha le contempló largamente, y sus ojos resplandecieron como estrellas. Entonces le preguntó, esbozando una sonrisa:

—¿Y adónde me llevarías? ¿Dónde vives?

Pastorcillo se entristeció:

—A ninguna parte, bella muchacha; ya no tengo casa, los míos me han echado.

La joven exclamó mientras contemplaba las espléndidas estrellas del cielo:

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Esta noche vamos a construir nosotros mismos nuestra casa.

«Todo eso es muy bonito —se dijo Pastorcillo—, construir una casa, pero ¿con qué? Ni siquiera hay un trozo de madera apropiado al alcance de la vista».

Quiso decírselo a la bella; se volvió para hablarle, y se quedó con la boca abierta: se había quitado el pañuelo que llevaba alrededor del cuello, lo lanzó al aire y se puso a soplar en él. El pañuelo brillaba bajo las estrellas, era tan resplandeciente que Pastorcillo tuvo que cerrar los ojos, y antes de que volviera a abrirlos del todo una preciosa casita, salida de la nada, se alzaba a pocos pasos. Casi se quedó sin aliento, de dicha. La muchacha, sonriente, le cogió de la mano y le introdujo en su acogedor hogar.

De repente, pues, Pastorcillo se encontró con la más bella de las mujeres y un techo sobre la cabeza. Allí vivieron juntos, muy felices. Tuvieron dos hijos, un niño y una niña.

Cuando la niña festejó su tercer cumpleaños, la Hilandera comentó al Pastorcillo:

—Nuestros hijos ya son grandes. Quizás ahora puedas devolverme mi viejo vestido. Sé que lo has escondido bajo un gran bloque de piedra.

«Tiene razón, ¿por qué no devolvérselo ahora?», se dijo Pastorcillo. Y, sonriendo a su fiel esposa, sacó el vestido de su escondite y se lo dio.

Aquella noche, Pastorcillo se despertó sobresaltado. La niña lloraba. Alargó la mano hacia donde normalmente reposaba la cabeza de su mujer, pero en lugar de sus sedosos cabellos tocó una fría piedra. Se levantó de un salto y miró por todas partes en la habitación. Tenía miedo.

«Espero que no se haya ido», pensó horrorizado.

Pero en ninguna parte encontró rastro de su amada. Salió corriendo en dirección a la puerta del Paraíso del Sur. Pero en el cielo nada se movía. En la noche de plata, la bóveda celeste brillaba con millones de estrellas. Pastorcillo se quedó allí, petrificado de dolor, y silenciosas lágrimas rodaron por su rostro.

En aquel momento recordó lo que le había recomendado Blanquita.

«¿Cómo pude olvidarlo?», se reprochó, y con todas sus fuerzas llamó en la noche:

—¡Blanquita, Blanquita, mi pequeña Blanquita!

Tap, tap, tap, las pezuñas de Blanquita sonaron en la dura tierra del camino, y Pastorcillo acudió a su encuentro. Le rodeó la cabeza con los brazos, e inmediatamente se sintió aliviado. Blanquita le miró con gesto de reproche:

—¿Ves lo que te ha pasado por no escucharme?

—¡Ay, Blanquita, lo olvidé completamente! —respondió Pastorcillo lanzando un gran suspiro lleno de desolación.

—¡Lo olvidaste, lo olvidaste! Eso es fácil de decir. Bueno, ¿qué se puede hacer? Te voy a decir cómo intentar que las cosas se arreglen. En primer lugar, coge una buena hacha y córtame la cabeza.

—¿Qué estás diciendo, Blanquita querida? ¿Cómo podría hacer semejante cosa? Precisamente a ti, que siempre has sido tan buena conmigo —dijo el joven.

—No discutas y haz lo que te digo —ordenó Blanquita en un tono que no admitía réplica—. Cuando me hayas cortado la cabeza, quema mis huesos y ponte mi piel sobre los hombros. Trenza dos cestas de mimbre y mete en una a tu hijito y en la otra a tu hijita; después te dirigirás hacia la puerta del Paraíso del Sur. Pero hay que pasar tres puertas: la primera está guardada por un león de oro, la segunda por un león de plata, y en la tercera un diablo terrible te enseñará los dientes. Cada uno de ellos querrá lanzarse sobre ti, pero tú les dirás: «¡Baja las patas, soy el marido de la Séptima Bella!», e inmediatamente se apartarán para dejarte pasar. Después la Madre Celestial saldrá a recibirte; te introducirá en una estancia donde siete muchachas estarán sentadas en un gran diván. A primera vista, todas te parecerán exactamente iguales: Pero te bastará con colocar ante ellas a tu hijita y la niña reconocerá de inmediato a su madre.

Pastorcillo hizo lo que Blanquita le había ordenado, se puso la piel sobre los hombros, llevó a sus hijos en dos cestas de mimbre y se dirigió hacia el Paraíso del Sur. Apartó a las bestias feroces y, gracias a su hijita, reconoció a su mujer. La Madre Celestial les proporcionó una pequeña estancia donde la familia reunida se instaló.

La Hilandera era muy feliz por tener de nuevo con ella a su marido y a sus hijos, y estaba convencida de que esta vez nada les separaría. Pero no era así.

A la Madre Celestial le complacía la boda de su hija y amaba a sus nietos, pero el padre, el Emperador de Jade, no veía el matrimonio con buenos ojos y su mal humor empeoraba de día en día. Consideraba que su hija hubiera podido encontrar un marido de mayor dignidad que el ordinario Pastorcillo. Le daba mil vueltas a la cabeza para hallar el modo de librarse de él, hasta que se le ocurrió una idea.

Aquel día, la Hilandera tenía los ojos hinchados de llorar y no cesaba de suspirar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pastorcillo, preocupado.

La Hilandera le respondió:

—Estoy muy inquieta. Mi padre, el Emperador de Jade, quiere hacer una apuesta contigo. Se va a transformar en insecto venenoso y a esconderse en

una rendija de la pared del Sur. ¡Pero ten mucho cuidado! En primer lugar, finge que le buscas por todo el patio y no le descubras hasta el final de tu búsqueda.

—No te preocupes, haré lo que me has dicho —contestó Pastorcillo a su mujer para tranquilizarla.

Y al día siguiente, el Emperador de Jade dijo a su yerno:

—Me aburro, ven, vamos a hacer una apuesta para distraerme. Hagamos una carrera.

Pastorcillo dijo:

—No es bueno que yo haga una carrera contigo, porque soy joven, y tú eres mucho más viejo que yo.

—Eso no tiene ninguna importancia —declaró el Emperador de Jade—. Hoy me apetece apostar contigo que no me encontrarás si me transformo y me escondo.

—Si te encuentro, ¿qué gano? —dijo Pastorcillo.

—Te perdonaré que te hayas casado con mi hija —prometió el suegro.

—¿Y si no te encuentro? —quiso saber Pastorcillo.

—Entonces, te comeré —respondió el Emperador riendo.

—De acuerdo —respondió Pastorcillo, y el Emperador se fue para esconderse.

本 辰 言 札 真
 合 式 出 示 楚
 木 固 分 及 不
 在 中 司 刑 式
 自 然 五 中
 至 戊 五 不
 見 而 吉 寺 介
 笑 人 果 言 荒



Pastorcillo se puso a buscar. Buscó, buscó, miró en todos los rincones y recovecos, las grietas, las hendiduras de las paredes del patio, hasta que por fin llegó a la muralla expuesta al mediodía. En una pequeña ranura consiguió ver el insecto venenoso que buscaba con tanto ahínco, lo sacó entre el pulgar y el índice y dijo, como sorprendido:

—Suegro, ¿eres tú? Mira, bastaría con apretar una pizca los dedos para aplastarte.

—¡Sí, soy yo, claro que soy yo! —exclamó rápidamente el Emperador con su vocecita de insecto, apenas audible—. ¡Suéltame, me haces daño!

—¿No vas a comerme? —quiso saber primero nuestro Pastorcillo.

—¡Cómo se te ocurre semejante idea! —gritó el Emperador, y Pastorcillo dejó en libertad al insecto.

A la mañana siguiente, la Hilandera volvió a decir, muy angustiada, a su marido:

—Hoy papá quiere volver a apostar que no le encontrarás. Se va a transformar en un precioso fruto rojo, y se esconderá en el arca de mamá. ¡Ten mucho cuidado, presta mucha atención!

Y, en efecto, el Emperador volvió a apostar que Pastorcillo no le encontraría; éste buscó por delante y por detrás de la casa, hasta que por fin, como por casualidad, abrió el arca de los vestidos que se encontraba en la habitación de la Madre Celestial, y allí vio un precioso fruto rojo que cogió en la mano, exclamando:

—¿No eres tú, por casualidad, suegro? Contéstame, porque tengo muchas ganas de morder este fruto magnífico.

—¡Sí, soy yo! ¡No, no me muerdas, cuidado, me estás arrancando la barba!

—¿Y tú no me comerás a mí si te libero? —quiso asegurarse Pastorcillo antes de soltar su presa.

—Sabes perfectamente que eso lo dije en broma y, además, me has encontrado, así que no puedo comerte —respondió el Emperador de Jade.

Entonces Pastorcillo dejó suavemente el fruto donde lo había encontrado y fue a reunirse con su querida esposa. Y ésta le dijo:

—Mañana eres tú quien deberá esconderse. Pero no temas, te transformaré en algo.

Y al día siguiente, en efecto, el Emperador de Jade dijo a Pastorcillo:

—Hoy te esconderás tú.

Pastorcillo pensó aparte para sí: «Seguramente este viejo astuto me encontrará, me esconda donde me esconda», pero recobró la confianza al

acordarse de la promesa que su mujer le había hecho. Entonces, en lugar de esconderse inmediatamente, corrió hacia su mujer, la Hilandera, que le transformó en aguja de oro. Ella cogió la aguja y la utilizó para prenderse una flor en el pelo.

En seguida llegó el Emperador, que se puso a escudriñar y a buscar por todas partes, aunque en vano. Visitó los menores rincones y recovecos, pero Pastorcillo no estaba en ninguna parte.

«¿Cómo es posible? —se asombraba—. Él me descubrió dos veces y yo no le encuentro...».

Entonces su hija tiró la aguja de oro al suelo, Pastorcillo recuperó su forma y fue inmediatamente a decir a su suegro que había ganado la apuesta.

—Mañana volveremos a apostar por última vez —le dijo el Emperador, en tono huraño—. Y si vuelves a ganar, entonces te perdonaré definitivamente. Pero si pierdes, te aplastaré como a una nuez.

Pastorcillo, muy tranquilo, se reunió con su querida esposa, a la que anunció que sólo quedaba una prueba por superar al día siguiente y que luego por fin tendrían paz. Pero esta vez la Hilandera tuvo realmente miedo de su Pastorcillo. Le dijo:

—Mañana tendrás que enfrentarte con mi padre en una carrera.

—¡Maravilloso! Estoy seguro de ganar, porque corro como una liebre —exclamó Pastorcillo, muy contento.

—No estés tan seguro —suspiró la Hilandera, enfriando su entusiasmo—. Mi padre corre muy deprisa, y temo mucho esta prueba.

—Te prometo que le ganaré —aseguró Pastorcillo.

—Completamente solo, lo dudo —prosiguió la Hilandera—. Más vale tomar precauciones. Ve a coger, del tesoro de mi padre, una buena cantidad de varitas y de piedras preciosas rojas. Cada vez que mi padre esté a punto de alcanzarte, tira una varita o dos piedras preciosas. Además, aquí está mi alfiler de oro. Si ves que no puedes adelantarle, traza una línea en el suelo, con la punta del alfiler, delante de ti. Recuérдалo bien, sobre todo no te equivoques, es muy importante: ¡delante de ti, no detrás!

Aunque Pastorcillo prometió hacer lo que le había dicho y no olvidar nada, no pudo evitar que la Hilandera se quedara preocupada. Estaba muy triste, y Pastorcillo no consiguió alegrarla. Por fin llegó la mañana del día siguiente.

La despedida entre los esposos fue más larga que de costumbre, la joven esposa lloraba todas las lágrimas de su cuerpo. Y con el corazón oprimido, Pastorcillo se presentó ante el Emperador de Jade, su cruel suegro.

—Vamos a hacer la carrera —proclamó éste—; tú vas a correr, y yo voy a perseguirte.

Y echaron a correr. Pastorcillo delante, perseguido por el Emperador de Jade; detrás de ellos, la Hilandera con sus dos hijos, y después, la abuela.

Pastorcillo corría, corría, pero de repente oyó que se acercaba el Emperador, que ganaba terreno. Cogió una varita y la lanzó tras él.

El Emperador detuvo un instante su carrera, y se preguntó:

«¿De dónde diablos ha sacado una de mis varitas?».

Recogió el objeto, se lo metió en el bolsillo y tomó aliento para seguir persiguiendo a Pastorcillo. Ya estaba pisándole los talones a su yerno cuando advirtió que otra varita caía al suelo. La recogió y se dijo:

«Otra de mis varitas. Pero ¿de dónde las ha sacado?».

La puso al lado de la primera, y reemprendió la rápida carrera.

Esta vez, Pastorcillo volvió a ganar un poco de tiempo lanzando dos piedras rojas, que el Emperador recogió, mientras su ira iba en aumento:

«¡Ha debido de coger todo lo que había en mi tesoro!».

Mientras guardaba cuidadosamente las preciosas piedras, Pastorcillo ganaba terreno. Y así corrieron, uno detrás de otro, el Emperador un poco retrasado, pero cada vez acercándose más al perseguido, hasta que a Pastorcillo sólo le quedó el alfiler de oro como salvación. Ya sentía el aliento del Emperador en su nuca. El miedo empezaba a apoderarse de él cuando oyó a la vez las voces de su mujer y de su suegra que le gritaban:

—¡La raya! ¡Traza la raya en el suelo con la punta del alfiler!

Pastorcillo se volvió y vio que el Emperador estaba allí, a punto de atraparle. Comprendiendo que estaba perdido, no esperó más: cogió el alfiler de oro entre sus dedos crispados, se agachó y trazó una raya en el suelo. Pero como se había vuelto hacia el Emperador, la línea mágica estaba trazada detrás de él, y no delante, como tanto le había recomendado su mujer.

En el mismo instante, el universo entero se quedó silencioso y, por la raya fatal, el Río Celeste se puso a manar lentamente. El agua corría, corría, cada vez más abundante, hasta convertirse en un río inmenso que separó para siempre a Pastorcillo de la bella Hilandera, su esposa. La veía, de pie en la otra orilla, alejándose cada vez más, y sintió que se le partía el corazón. Ella, con sus dos hijos y su madre, lloraba y le tendía los brazos, pero el despiadado río corría y crecía sin cesar. ¡Pastorcillo ya no podía reunirse con su Hilandera, y la Hilandera ya no podía abrazar a su Pastorcillo!

Durante un año entero permanecieron así, mirándose de lejos y tendiéndose los brazos, sin poder acercarse el uno al otro.

Y cuando hubo llegado el séptimo día del séptimo mes, aquél en que se abren de par en par las puertas del Paraíso del Sur, no quedaba un solo pájaro en la tierra. Todos se habían reunido a orillas del Río Celeste, porque no podían soportar la vista de aquellos dos enamorados destrozados por la separación. Uno tras otro, habían dado una de su plumas a Pastorcillo, para que construyera un puente. Cuando el último pájaro hubo dado la última pluma, el puente estaba techo. Y en ese día único, Pastorcillo y su Hilandera se encontraron en medio del puente, y así pudieron hacerlo cada año, desde entonces.

Aquel que contemple atentamente el cielo ese día —recordadlo bien: el séptimo día del séptimo mes— verá un arco enorme. Es el puente en el que Pastorcillo y su mujer se reúnen una vez al año. Y quizá, si os escondéis tras los matorrales, podréis oírles hablar de su amor, que la Hilandera, como muchas mujeres, expresa en forma de reproche:

—¿Ves lo que ha ocurrido? Te dije claramente que hicieras la línea delante de ti...

Y él, muy triste, pide y obtiene su perdón...

Notas

[1] *Toesas* (aut.): medida francesa de longitud equivalente aproximadamente a 2 metros. <<